This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA

BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA

EL

HERMANO MAYOR

NOVELA ORIGINAL

POR

MANUEL A. BEDOYA

LIMA

Oficina tipográfica de "La Opinión Nacional"
Gremios 441

1908

PQ 8497
B395H4

Don José Manuel de Bragada, español y conde, contrajo matrimonio en 1874, con la ilustre señora limeña doña Juana de Melgarejo, descendiente del señor Superunda y rica. Nacieron tres hembras y dos machos: Amelia, Laura, Sofía, Manuel Antonio y Teodoro.

Esta era la familia que proporcionaba á Lima la alegría de un escándalo social.

Don José Manuel de Bragada llegó al Perú con el objeto de negociar en minas. Parece que en España no le sonrió la fortuna y acudió al bello país del Perú para tentar una suerte propicia y justa.

Contaba en aquella época la edad de cuarenta años, que jamás hombre alguno llevara con tan reposada distinción. Su cuerpo era alto y blando; una cara morena de felinos bigotes prestigiaba su personalidad extranjera, aristocratizándole; pero en los párpados de sus ojos negros y cortesanos y en el reborde de sus labios descolgados, había cierta estúpida complacencia, cierto conformismo animal, causantes de una impresión sugestiva y rara.

El señor conde gustaba de la elegancia en el vestir y su predilección era notable por los chaquets de color y los chapines, impermeables y crudos. Su aparición en algunos bailes, le regaló una fuerte reputación de "hombre de sociedad" y, como deseaba, una vez derrotado en la combinación minera, operar en ese medio, estimulóse conquistando el envidiable título de "imprescindible."

Las niñas y señoras decían:

—¡Inviten al conde!.... ¡que no falte el señor de Bragada! es tan simpático!... ay! es tan amable! tan galante!

En uno de esos bailes, conoció á la señora de Melgarejo, viuda ya de otro señor muy rico, de quien heredara estupen- bienes. Jóven, bella, rica y viuda, tenía los más grandes isivos títulos para figurar en primera línea entre las *leras*. De esta manera, un orgullo justificado y sentido, jaba de la turba de gomosos y cameladores, que, según ta, también por aquella época abundaban en Lima.

M848942

Hablábase de cierta turbia aventurilla de la señora de Melgarejo, habida en Chile con un desconocido, pero se la atribuían al despecho de los envidiosos. No era posible admitir que la señora de Melgarejo, descendiente del ilustre señor de Superunda y rica, anduviese en aventurillas... puf! aventurillas!...

El primer encuentro, fué una noche de gran baile en casa de doña Encarnación, esposa del general (*). La señora de Melgarejo, viuda y rica, creyó encontrar en el "conde" del señor de Bragada, en su correcta musculatura, en el tono extrangero de su voz, en la aristocracia de sus chapines impermeables y crudos, al marido ambicionado. Don José Manuel, á su vez, halló el empalme que él ambicionaba para sus planes del porvenir, y felicitándose del hallazgo, declaróse.

Seis meses después, tras un vulgar aunque muy comentado noviazgo, fueron esposos don José Manuel de Bragada, conde de Barrio Nuevo y doña Juana Melgarejo, formando el tronco de la familia limeña de los señores y señoritas de Bragada y Melgarejo.

Para pasar la luna de miel fué escogido el pintoresco balneario de Chorrillos, en donde una vegetación profusamente diseminada y un desórden gustoso en las construcciones daban á esas playas el privilegio, la exclusiva para la luna de miel. Instaláronse en un suntuoso rancho enjardinado, con vista al mar pacífico, cuyo azul opaco se alarga mansamente hasta romperse en el gris tosco y lejano de la isla de San Lorenzo.

La señora Juana era una hembra en toda la extensión de la palabra. Exigente y majadera, tiránica y sensual, tomó el matrimonio nó como la aproximación necesaria de dos seres humanos para formar una vida intelectual y material, sino como la fórmula decorosa y permitida para satisfacer un deseo, un capricho; quizás si por sólo hacer una cosa seria!

Además, don José Manuel no era un hombre enérgico, varonil, conocedor de su supremacía como macho y como marido. Educado en el convencionalismo de una familia de improvisada nobleza, movido en un medio de antipatía por la virtud y la "moral," hostilizado por una suerte negra en los negocios, arruinado entre las pecadoras del viejo mundo, perdió ese prestigio, esa grave desenvoltura que siempre necesita un marido cuando tiene que habérselas con el matrimonio. Ido, pues, al nuevo hogar, sin energía física; sin la templanza moral que da una vida reposada, noble; con hondas decepciones y convencimientos amargos de lo que es esta

vidita; con la subordinación anticipada de un alma que solo va al matrimonio por procurarse una situación social y económica desde donde poder triunfar con brutales especulaciones; tuvo que ser el vencido, la víctima.

—¡Me fué mal en la negociación de minas.... vamos á ver cómo me va en la negociación matrimonial!—Decía á su íntimo amigo el chapetón Anduaga, siempre que éste le increpaba sus porquerías.

De los garitos europeos, de los sucios focos de prostitución, por los que don José Manuel dejó enganchados trozos de su juventud, apenas consiguió una dolencia sutil y profunda, que enfermara su organismo. Al principio no apercibióse, pero á los dos meses de casado, notó que su mal era cierto. Esta contingencia fué el primer eclipse de aquella artificiosa luna de miel.

Doña Juana le interrogó entónces por el orígen de esa enfermedad y, al fin, su marido tuvo que desembuchar todo y pedirle perdón. Hubo entonces un grave disgusto que les vino á demostrar que estaban condenados á una odiosa vida de engaños y de postizos.

Aunque vagamente, don José conocía su situación. Sabía que quien sufragaba los gastos de la doméstica vida, era ella; que si tenía amigos y le consideraban, era por ella; en fin, que su mujer tenía derecho á ciertas gangas excepcionales, á ciertas deferencias. Luego vino el perdón, la excusa servil, la hipocresía, el encorvamiento de espinazo, la inclinación consiguiente de cabeza, y ya estaba dado el primer paso de sumisión en el camino de las tiranías domésticas de la mujer sobre el marido; y que, el chapetón Anduaga decía pomposamente que era "la más odiosa, la más absurda, la más funesta de las tiranías."

La primera partida, pues, estaba ganada. Doña Juana, avaloró su triunfo y sacó todo el provecho á la victoria. Enojábase, ajestaba el rostro, poníase altanera, dominante; y el ilustre señor de Bragada, ridículo y vencído, acudía á desagraviarla arrastrándose por la alfombra como un faldero; y levantando su hociquillo de bigotes felinos, pedíale besos y fracesitas quedas de enamorado platónico. La señora condesa, según frase textual de su marido, "era muy impresionable á la caricia." Su temperamento meridional y la nerviosidad de su cuerpo nutrido y gordo, eran perfectamente
otados por el señor conde, quien, á pesar de una juven-
desvirilizada por la orgía, conservaba la potencia de un
ro. Como macho, triunfaba, calmando siempre las exi-
cias histéricas de su mujer, pedigüeña y pródiga como
erra. Pero pasados esos instantes de fiebre brutal, la

tiranía y caprichos de Juana imperaban, no obstante los pergaminos preclaros y costosos del señor conde.

Este que no creyó llevar al matrimonio sino la espectativa de una holgada posición social; y. quizás, también, la fiebre de una pasión retenida y estimulada por seis meses de noviazgo puntual con una hermosa mujer, encontróse después de algunos días de casado, con que apenas si le interesaba su esposa en cuanto se refiriera al amor. El caracter de limeña que lleva en dote fortuna, belleza y viudez; el orgullo que la adulación social y un gran señor en la ascendencia amontonan en las cabezas pueriles y fatuas; la perspicacia de mujer experimentada y de mundo, y una infeliz herencia de menguadas costumbres y prejuicios, erigieron en Juana el persistente deseo de gobernar su casa, de ser la dueño absoluto, de convertirse en una mandona suave pero omnipotente.

A don José Manuel complaciérale hasta cierto punto, esta coquetería de superioridad, este gobierno amable y doméstico de su señora esposa. Creyó al aceptarlo, cumplir un deber de galantería matrimonial, pareciéndole feo y cursi sobreponerse á los antojos de su mujer, cuando todavía estaban en los comienzos agradables y varios de una nueva vida. Al principio, desviaba los disgustos y rencillas domésticas, á un terreno en que con besos y abrazos triunfaba airosamente; pero agotado ese recurso vino en comprender su posición inferior y frágil. Luego atribuyó á los nervios, los engreimientos de Rosa, á quien lograba hacer reír con chistecillos y chascarros oídos entre la chulapería de su país. Sin dar importancia á las cosas, cogiéndolas por el lado ridículo, conseguía disimular siempre sus fracasos domésticos.

Un día, Juana en cierta crísis de mal humor, descerrajó á su marido esta pregunta:

—Y, antes de casarte conmigo, ¿por qué no me revelaste esa puerca enfermedad que heredarán nuestros hijos?

Sumiso, cobarde, respondió José Manuel:

—Ay! nena, porque yo tampoco lo sabía!

Y su gallarda figura, afiebrando los ojos negros y cortesanos, se erguía delante de Juana:

—¿Pero é que no te chalo así, vida mía? ¿pero tú chiquía, que te jas figurao?

La condesa concluía por reír de la *españolada* de su marido, respondiéndole en un tono reparador y criollo:

—¡Perdón, amorcito, ¡te amo!... toma!... toma!... — Y la abrazaba estampándole, violentos y bulliangueros besos.

Poco á poco fué venciendo á su marido, sobre el que diariamente ejercitaba una labor devastadora. Ya José Manuel asentía casi siempre, sin contradicción y en conformidad, voluntaria y sufrida á los hipos dominantes de la señora de Melgarejo. Para disimular sus debilidades y flaquezas, acudía siempre á jocosas salidas, á torpes hilaridades con las que apenas conseguía enmascarar la indigencia de su alma y los ocios de su vida de hombre bien comido y bien vestido. Quizás si desde el principio no intentó la lucha para triunfar y mandar; quizás si no opuso resistencia, tan solo por no turbar la calma de sus molicies, la amable pereza de su burguesía. Encantábale esa vida de plena satisfacción de necesidades físicas, de todos los antojos de su temperamento caprichoso, y aunque bajo la férula de su mujer, decidió continuarla en el mismo estado, en idéntica forma, sin tropiezos, ni oposiciones, ni resistencias, puesto que la paz de sus ocios le saturaba el cuerpo de un amable y beatífico bienestar. Oponerse, resistir, hubiera sido un acto importante de trabajo que mortificaría inmensamente la siesta incomparable de su vida. ¡Era un príncipe criollo! En un principio creyó de su deber la obediencia, y, más tarde, la resignación se agarró á él, ya como un hábito, como un mal llevadero.

Nunca se tomó la molestia de medir las consecuencias de ese paso en falso, y se adormeció en la bonanza de una paz doméstica, aparatosa y farsante. Incapaz de someterse voluntariamente á la tortura de pensar cinco minutos en una sola idea, resignóse á su mujer, á su vida, á las adulaciones de los amigos, á los murmullos de los enemigos y á usar hasta la muerte, las telas de color y los chapines impermeables y crudos.

Pasaron algunos meses, y una tarde de otoño, porque era del mes de junio, el chapetón Felipe Anduaga, aconsejaba al ilustre varón de Bragada:

—¡No debes dejarte dominar por tu mujer, José, no debes dejarte dominar!

José Manuel, á quien las noches de amor habían palidecido, hizo un gesto de conformidad, y escupió esta frase:

Me conviene, hombre, me conviene!

n los ojos abiertos, Felipe Anduaga quedóse mirando
migo entre irónico y terrible.

¿Te conviene?

Ya lo creo. Figúrate que mi mujer es de lo mejorcito
na, emparentada con la más alta sociedad, bella, ele-

gante, rica... y yo... yo soy conde, es cierto, pero sin dinero. Nuestra condición es muy diferente, Felipe, y ya comprenderás que me conviene.

Felipe lió un habano, y, familiarmente:

—Vamos—dijo—esas son pamplinas... ¡me cáchis!... que porque es decente, bella y rica... voy á dejar que se monte en las narices? ¡Pero si es mi mujer y tiene que obedecerme! Y si nó... ¡obedecerme!... ¡que diablos!

José rió de la manera tan estéril como su amigo gastaba la energía, y tomándole de las solapas de su americana, respondió:

—Mira, Felipe; mi mujer es y será nada más que mujer de salón, nunca de su casa, de lo que han dado en llamar hogar.

—Y, sabiéndolo ¿por qué te casaste con ella?

—Porque era el matrimonio que necesitaba. En esta vida hay que ser práctico y dejarse de repulgos de sacristán.—Luego añadió con aparato:

—Yo era un noble arruinado; venido á estas tierras sin más patrimonio que esta *facha*, este *cútis*, estos *chaquets* y este "conde."—Y sacando una tarjeta sobre la que negreaba un escudo nobiliario, subrayó lo de conde.—Además, yo, después de todo soy muy feliz, estoy seguro que en el fondo envidias mi posición social, y, contigo, medio Lima; ¡todos me admiran cuando paso en mi coche!

—En el de tu señora, insultóle Felipe.

—Sea, en el de mi señora, pero que lo ocupo yo. Bien. Tú sabes que soy orgulloso y vano como un alcalde, de suerte que esta vida de adulación, de elogios, de admiraciones, me halaga, me divierte y sería un necio que por no resistir un cuarto de hora los nervios de una mujer, renuncie á lo que de otra manera no podría conseguir.

—Pero eso es un rufianismo aristocrático, repugnante á las conciencias honradas.

José Manuel, guardó la tarjeta que un momento entretuviérale los dedos, y contestó.

—Já! já! no me hagas reír. Estoy casado por la Iglesia, la sociedad me acepta y admira; Juana me dá mucho para que no se cobre siquiera con una tiranía que al cabo me resulta agradable y artística.

—Todo eso será lo que tú quieras... pero lo que habl gente! lo que dicen todos!...

Habían llegado al club, y entraron.

—Lo que habla la gente... lo que habla la gente... — murmuró José Manuel—ríome de los envidiosos; esos son co

los perros hambrientos que cesan de ladrar cuando se les tira un trozo de carne!

Y, jovializando su cara, añadió:

—¡Ya verás!

Fijó la mirada en un grupo, y, todos servil, melosamente, gritaron:

—¡Señor conde!... ¿cómo le va al señor conde?... cómo le vá, cómo le vá!

Se formó un compacto grupo de amigos, en donde el presidente del club se encontraba, y principiaron á charlotear.

—¿Y la condesa?

—¿Y la salud de la condesa?

—¿Qué milagro que se le ve al señor conde?

—Tenía usted razón en no dejarse ver, porque cuando se tiene una esposa como la que usted tiene, mi querido!...

El señor de Bragada, dominante á la par que amable, dejaba sentir sobre sus amigos el suave influjo de su superioridad social. De cuando en cuando, hacía desapercibidas señas al chapetón Felipe, quien fumando siempre sus habanos, disimulaba correctamente.

El coronel Ramón Jauranga, acercóse al grupo, y, haciendo sonar la espada, se curvó ante el chaquet de José Manuel, sombreando ligeramente sus chapines impermeables y crudos. Luego solemnemente, con bizarra presopopeya militar, preguntó al conde:

—Y ¿cuándo tenemos un vástago?

Una estrepitosa carcajada reventó sobre el moreno y heroico rostro del coronel.

—¿Cuándo tienen un vástago los esposos Bragada? Dirá usted. — Enmendó un periodista notable de oposición.— Porque eso de "¿cuándo tenemos un vástago...?"

El coronel, que tenía fama de "muy bruto," corroboró, una vez más, lo aseverado por sus amigos. El conde acudió en su auxilio.

— No hay palabra mal dicha sino mal interpretada.—Y refiriéndose á lo principal, añadió:

—Dentro de algunos meses habrá un Bragadita.

—¿Entónces ya hay un sucesor?—preguntó el director de "La Tarde."

—¿Con que ya es usted feliz?—agregó otro.

Sórdidas adulaciones recrearon los oídos del conde, al cabo que, entusiasmado y engreído, se animó á pedir champagne. Los rostros se alegraron como si hubieran conseguido su objeto principal. Ese afanoso aclamar á un hombre tiene el mérito de poder convidar á comidas y buenos vi-

nos, impulsó al señor de Bragada á mostrarse despreciativo y ceremonioso. Fueron destapadas algunas botellas y el estallido de los corchos alarmó la calma de los jugadores de billar, lectores de biblioteca, simples "habitues" y un rumor ondeante y prestigioso, circuló en todo el local.

—¡Es el conde!... ¡es el señor de Bragada!

La conversación se animó. El coronel llamado con solicitud por el conde, pretextó una partida interesante de briscán y quedóse en una mesita. Conmovido el club por el champagne, se notó desusado movimiento entre los mozos, y, hasta la calle, asomaba un rumor de conversaciones timbradas y elegantes.

En el angosto mármol del largo mostrador de la cantina, las copas de champagne burbujeaban, tragándose la humosa luz de las lámparas de petróleo. Los mecheros de gas, distantes y altos, descolgaban sobre las preclaras calvas ó sobre el aceite de las cabezas peinadas un fulgor plácido y rutilante.

—Salud!—dijo el conde.

Y un chasquido general de lenguas demostró que las copas ya estaban escanciadas. Se sirvió otra tanda, y con el licor trepado á la cabeza, chirigotearon alboratadores y supérfluos.

En el alto y fijo reloj del club dieron las ocho, y un "comeremos" se esperó de la boca de algún bienaventurado. Conscientemente, el señor conde corroboró la hora en su monumental y suizo reloj de oro, y dijo á sus amigos:

—¡Ya es tarde, comeremos!

Se preparó una expléndida mesa como para veinticinco cubiertos. Fueron invitados algunos ministros, diputados, senadores, diplomáticos, banqueros y cuanto de menos huraño tenía ésta tres veces coronada villa. José Manuel, avisó con un criado, á su señora, que se quedaba á comer en el club. Jauranga no quiso acompañarlos y salió haciendo sonar pomposamente las cadenas de su espada. Felipe, también intentó irse, pero José Manuel le retuvo, ofreciendo preferirle en todos los detalles de la comida.

Luego se decía:

—Ese español es íntimo amigo del conde... y... de la...

La comida fué *sonada* en Lima. No se hablaba sino de la generosa amabilidad del señor conde de Bragada, y ya en los altos círculos sociales se esperaba que Rosa diera á luz para tener la oportunidad de ir á sus bailes. Conocían su temperamento, y era indudable que después del año de matrimonio, renovase su antigua vida de animación y actividad social.

Aquella noche, José Manuel regresó á su casa medio ébrio y con una anotación en la cartera de deber trescientos soles. A las dos de la mañana llegaba á su casa en compañía de su amigo Felipe y del coronel Jauranga, quien de noche regresara al club. El conde se despidió familiarmente de Felipe y, agradecido y ceremonioso, ofreció su casa al coronel. Luego abrió la puerta y se dirigió á su departamento. Habíanse trasladado de Chorrillos á Lima, y, en Belén tenían una espaciosa y confortable habitación.

La señora Juana, en camisa y con un chal de lana roja, esperábale sentada, sobre un negro sofá de cuero, amplio y muelle. José Manuel quedó sorprendido al ver á su mujer.

—Tú aquí?—preguntó el conde con asombro y discreción.

Juana, con flemática y estudiada posición, miróle fijamente:

—¿Estas son las horas de venir? ¡caballerito!

Don José se enmarañó en excusas y explicaciones. Sus ojos negros y cortesanos, lucientes por el alcohol, erraron sobre la mueblería y fijáronse luego en el reloj.

—Tienes razón, balbuceó, son las dos; pero los amigos!...

—Los amigos... los amigos... — Gritó Juana levantándose bruscamente.—¿Y por los amigos vas á dejarme así todos los días, sola, sin más compañía que las criadas?

—Pero si te avisé!

—Nada, nada, ya me tienes harta. Me carga esta vida. Además, te parece correcto que estando en cinta tu mujer, preñada! lo oyes? vengas á tu casa á tal hora y en tal estado?

Y, dominante, le amenazaba agitando los brazos y moviendo por debajo de la camisa de seda sus carnes suculentas. Don José Manuel, imperturbable, apenas interrumpida la respiración por los erutos del vino, escuchaba el sermón matrimonial. La señora le trató de "inmundo," de "charlatán," y acabó por llamarle ¡borracho!

—Y cuando menos, habrás estado con mocitos! mocitos!

Don José se animó á levantar ese cargo y cerciorado del efecto que producirían sus afirmaciones, replicó:

—¿Mocitos?... te equivocas! Estuve con el doctor Mogrovalle, Jauranga, Anduaga, Damián, el ministro de hacienda, y muchos senadores y diputados... muchos...

La cólera de Juana pareció calmarse como por encanto, aterarse de que su marido había estado con tan ilustres sonajes; y el conde, comprendiendo el efecto obtenido, dió:

-Y por cierto que me preguntaron por tí, por nuestro

futuro hijo.—Y diciendo esto, clavó su ebria mirada en el vientre aristocrático y muelle de su señora. Esta, apaciguada ya, casi agradada, sentóse ágilmente, de un brinco, sobre el tapete del escritorio y pidió detalles de la comida.

Las piernas de Juana, sin topar el suelo, quedaron colgantes y soberbias, arremangada la camisa como en una pornografía de tarjeta postal. El conde, incoherentemente, enteró á su mujer de los pormenores de aquella fiesta suntuosa, y, acercándosele melosamente, añadió:

—Eso cuesta mucho, amorcito, pero prestigia, prestigia! Y, desabridamente, cursimente, besó á su mujer en una mano. No pareció disgustarse la ilustre señora, quien preguntara á cuánto ascendía la deuda. José Manuel, apresurado tomó de su cartera la cuenta y se la mostró.

Después de aquella crísis furiosa, una especie de espasmo y calma sensual reinó en los nervios de la señora Juana, trocándola de altanera en sumisa y amable. El conde, aunque ebrio, conoció el cambio operado y púsose, audazmente, á violentar lo que él llamaba "débiles de mi mujer."

Con ocho horas de gas encendido y de ventanas cerradas, el escritorio se había caldeado y una amable tibieza en los muebles trasmitía á la epidermis calofríos de bienestar. Un alto chinero relucía su caoba y sus lunas; y, su descomonal espejo reproducía liberalmente todos los muebles, el chaquet de color y las ilustres piernas de la señora condesa. Esta, diciendo, uff! qué calor! despojóse del chal de lana roja, que parecía arder sobre el fondo celeste de su camisa; luego, tomó la cuenta y estirando su brazo desnudo, señaló la parte en que decía: "total $ 300:"

—Esta es una miseria!—Exclamó bamboleando sus ilustres piernas. Después añadió:

—Phs! la renta de un día!

José Manuel permanecía á su lado, y cuando ella levantara los hombros despreciativamente, advirtió por el descote de la camisa sus senos apetitosos. Sin poderse contener la besó torpemente:

—Gracias! gracias, amorcito!

El tufillo de vino que ese beso llevara á las narices de la condesa, la hicieron creer en una aventura con aristocrático borracho, legendario; y su temperamento ardiente, novelesco, experimentó una sensación de vivir en las épocas de un país galante y romancesco. Los detalles referidos por el marido; el champagne, la comida con *personalidades*; la llegada tarde de un hombre borracho y conde que la sorprend casi desnuda; esos $ 300 de la cuenta, despertaron en s.

nervios una feróz sensualidad, haciéndola soñar en las orgías de una Afrodita entre los brazos de un Demetrios extravagante y borracho. Estrujó la cuenta y habló:

—No importa, eso y mucho más te daré... bésame!

Don José Manuel de Bragada, temiendo, muy razonablemente, un aborto, quiso argumentar, pero Juana exijió.

—Bésame... lo que quiero es que me beses!—Y, nuevamente sintió el tufillo de esos labios alcóholicos, llegándole hasta la médula. Entonces sobrevino el "ataque" en toda la plenitud de su exigencia y José Maneul, violentado, tanto por el vino como por las circunstancias de oportunidad, asintió en llevarla al cuarto contiguo, en donde amplios cortinajes, blancos y colgantes, denunciaban el "tálamo nupcial."

—Nó, nó!... aquí! aquí!

El conde, como un último repulgo, objetó:

—Pero, las sillas... la incomodidad... nuestro hijo... nuestro hijo!

Pero ya Juana en el vértigo sexual, en el "momento azul" apenas espumarajeaba estas palabras:

—Aquí quiero!... aquí!

Arrancóse brutalmente la camisa, y desnuda, hermosamente blanca, con el pelo destrenzado, inundada en luz, derecha en medio del escritorio, se ofreció á su marido, íntegra, con fanatismo. José Manuel, más ébrio de pasión que de vino, cojióla toscamente, la palpó, la olió, y besándola, balbuceaba:

—Nuestro hijo... nuestro hijo!...

Súbito, en la ventana que daba á la calle, vibró filudo y afónico, el pitido de un sereno que anunciaba las cuatro de la mañana. La luz del gas alumbró, después, dos cuerpos sudosos que se debatían como en una lucha romana. Saltó un botón del chapín del conde y fué á incrustarse en la oleografía de una Dolorosa, colgada en la pared. Tras largo jadeo, los dos cuerpos, apelotonados, en el espasmo del deleite, resbalaron del sofá con fofo rumor, y, rodando por la alfombra del piso, cayeron sobre el chal rojo, fatigados, abatidos... Y, bajo la turbia luz del gas, que amarillaba al mezclarse con los albores de la mañana, los dos cuerpos trenzados sobre el chal rojo, fingían el pagano cuadro de dos gladiadores muertos sobre un charco de sangre!.....

.....

ábase oir yá el arrastrarse, cercano y fuerte, de los ... de los primeros transeuntes, y obcenas conversacio-...e obreros, y tardos traqueteos de carreta, y densos

ruidos de ciudad que se despierta, disonaron feamente con el canto de un gorrión madrugador.

Hacía tres meses que la señora condesa era madre, y, para llamarse Manuel Antonio, el niño fué llevado á la cristiana pila.

El bautizo se efectuó con gran solemnidad, rodeándosele de pomposa magnificencia. Hubo una fiesta de recordado renombre; y, el conde aquella vez, extrenó la primera peluca. Una calvicie prematura envejeció su juventud, y como la calva le supiera á cosa fea, resolvió vestirla con una peluca postiza. Selláronse médallas de plata y oro, conmemorativas del suceso, y á los caballeros se obsequiaron tabaqueras de paja. El señor cura, siempre blando y siempre con las uñas sucias, ofició el acto del bautismo, según se dijo entónces, "con maestría cristiana."

Al cura oficiante le llamaban Genaro, pero más se le conocía por el "padre Camacho." Tenía en la voz un meloso ceceo del bajo pueblo madrileño, y en la blandura de sus carnes y en el perturbante olor de su sotana, había no se qué de atrayente y repulsivo. Como reverendo en moda, las principales familias eran visitadas y confesadas por él. Hablábase de remordimientos y de expiaciones sufridas por una aventurilla que de niño tuviera, y toda la masa femenil y católica de Lima, sujestionóse con la brava virtud de ese fraile desconocido pero amable, que tenía en sus carnes un balanceo felino y en su apostura toda, una ambigüedad sexual de eunuco.

Era íntimo de los condes, y, un día al ver al condesito, exclamó:

—Será Presidente de la República ó alto prelado eclesiástico! Y desdoblando los pliegos de su sotana, repitió:

—¡Ya lo creo que será Presidente... ó también alto prelado!...

El nuevo vástago nació paliducho y triste. Una carilla redonda, con dos ojillos como simples huecos de la piel, daban una impresión de cosa repugnante y deforme. Su pelillo ralo y rubio, cubría malamente un cráneo degenerado, y en las babas que siempre vomitaba, se advertía una herencia fatal y desgraciada. Sin embargo, en el resto de su cuerpecillo de larva, había no sé qué presagio de robustéz y pujanza; al punto, de que un día, al verlo el coronel Jauranga,

que ya era familiar en la casa, exclamó cuadrándose militarmente:

—Presente, mi futuro Napoleón!

Consiguió hacer reír al ama de leche, quien poco después charlaba en la cocina:

—Yo no sé como admiten á este señor en la casa... porque es más bruto!...

—Calle usted!—interrumpió el cocinero, que desplúmaba un pollo.—La señora le estima mucho... y si le estima, por algo ha de ser!...

—Es muy bien plantado... caramba!—dijo la criada amarrándose una liga.

—Y sobre todo, hace tres días que lo nombraron ministro de la guerra—aseguró fuertemente el criado Juan, pellizcando una pierna á la de la liga.

Al oír esta revelación, fué oportunamente retirado lo de "muy bruto," y desde entónces, entre las domésticos, el ministro Jauranga halló favorable acogida.

La señora tornó, entonces, á sus antiguas prácticas de mujer de gran mundo y abrió sus salones á las visitas y á las tertulias. El conde, atacado ya más cercanamente por su enfermedad, comprendiendo que, en su estado y condiciones, oponerse á los antojos de su mujer, era necio, estéril y sobre todo molesto, resolvió dejarla en ese camino donde bien de cerca la vigilaría. Pero no obstante esto, el señor conde continuaba yendo al club para jugar su tresillo indefectible y para conversar de los asuntos del día. Relacionado, ya por la amistad ó por la golosina, con los más altos círculos sociales, rodeóse de selectos amigos aduladores, aunque en el fondo le despreciaban. Dedicóse entonces á hablar mal de todos y de todo. Para él no habían ni virtudes, ni honras, ni pergaminos. Sus pergaminos y la honra de su mujer, eran lo cierto; lo demás, falso! Y quizás si por esto, se relacionó más fuertemente con el foro, la medicina, la política, círculos que teníanlo engreído y satisfecho.

Juana, también reanudó sus relaciones con las antiguas y buenas amigas de la escuela, con las primas que eran muchas y hermosas; con todos los parientes, en fin, con cuanto había conocido en su vida social. Sin embargo, no estaba del todo satisfecha; mirábase aislada, sola; no hallaba ami- — alguna que la secundara en empresas de audacia social, siquiera en el invento ó implantación de algún nuevo y ante juego de prendas. Todos se retraín en hipócritas exmaciones de "ya eres mujer, Juanita, debes pensar en tu · en el porvenir," pero luego, infantilmente agregaban:

"¿Y cuándo tenemos un paseo á Amancaes, como el que el *anteaño* nos ofreció el general? ¿Te acuerdas?"

Y con estas alternativas y veleidades de caracter y de temperamento, de entusiasmos y de desganos, de actividades y desfallecimientos, Juana dudaba y desconfiaba de sus mejores amigas. Una tarde, que su íntima Margarita, había ido á la casa para acompañarla una semana, le sorprendió una carta.

—¿De quién es?—preguntóle.

Margarita, entónces, timida, con nerviosa desconfianza, intentó contar á su amiga la historia de esa carta.

—Mira—le dijo—precisamente la traía para que la vieras... pero nó, es feo lo que voy á hacer y debo romperla!...

—Eso nó! ¿Por qué?—argulló exaltada Juana.—Quiero verla!

Margarita miróse un instante en los ojos de Juana, y resueltamente:

—¡No puedo!—contestó—¡No debo!

Luego familiarmente, protectoramente:

—No preguntes—añadió—fué un momento de locura mía, y nada más que locura!

—¿Locura?

—Sí, locura!... porque no debí aceptarla!...

—Luego—preguntó ansiosa la condesa—¿estás enredada en una aventurilla que ignora tu marido, y vienes á consultarme?

Margarita, dió á su amiga una palmada, y le dijo en tono capcioso:

—Ya esto acabó!... Háblame de otra cosa!

Juana, miró á su amiga con investigadora insistencia y creyó advertir temor, quizás remordimiento en el gesto de su cara. Se imaginó que aquel billete, recatado y misterioso, era el comprobante de una debilidad de Margarita, de un desliz, de una falta, talvez; y, cerciorada casi de la verdad, llevó á su amiga al recio y pintoresco terrado de su casa:

—Ven—dijo—Si eres amiga mía, cuéntame, qué significan esa timidéz, ese recato de tu cara.... Mi marido no viene aún del club!

Estaban en el escritorio del conde, y todavía colgaba la Dolorosa con el hueco en el rostro; y se dirigieron al interi de la casa, atravesando salones y alcobas de sensuales enervantes olores.

Subieron tortuosa escalerilla, que crugió al azote de l faldas nuevas y al taconeo breve, y llegaron al terrado.

Un brusco y macizo mirador, plomeaba en la sombra difumando su altivo palomar en el negro galante y discreto de esa noche. Como en las figuras de un minué, ceremoniosas y pausadas, las dos amigas tomaron asiento en un banco, bajo y viejo; y, tomándola de una mano, la condesa dijo á su amiga:

—¿Verdad, que alguien te hace el amor?

Margarita protestó por última vez, y entónces Juana, molestada por ese silencio, le preguntó insinuantemente:

—¿Caíste... no? De seguro que ese fué un momento... que tú...

—¡No prosigas!—interrumpió secamente Margarita.

Pero Juana continuó ya sin detenerse:

—Uno por el que has engañado á tu marido... y que en esa carta te dice muchas cosas... quizás si hasta una cita...

—Juana!

—Nó, ya sé... Al fin y al cabo son tan odiosos los matrimonios, tan seriotes... ¡me lo explico! anda, cuéntame... yo puedo aconsejarte...

Margarita, sin detenerse por más tiempo:

—Ya qne me crees así—dijo—ya que tú misma lo quieres... toma!—Y le entregó la carta, estirando un brazo que blanqueó furtivamente en el negro discreto y galante de la noche.

Juana cogió con avidéz esa carta que iba á revelarle la historia de los amores de su amiga; que iba á demostrarle por primera vez el lenguaje persuasivo y audaz de una epístola criminal; que iba á enseñarle la manera como se inicia, cómo se mantiene ó cómo se concluye el amor delictuoso, tantas veces ambicionado y tantas otras purgado. Un momento tuvo la carta entre los dedos, percibiendo apenas el cuadrado de sus contornos blancos, y alzando los ojos, miró á su amiga, interrogadora, ansiosa:

—Y ¿has sido feliz?—Le preguntó con infantil ingenuidad.

—Lée, no más—respondió Margarita.

No había luz y llamaron á la criada Petronila para que trajera una vela. Y Juana, leyó entónces el contenido del misterioso y recatado billete. Un ligero carmín que amarilló la luz de la vela, se notaba en el rostro de la condesa, cuando acabó de leer. Margarita, al verla tan incierta y entre[illegible]da, rió mordazmente y le dijo:

No querías enterarte?

ectivamente: esa era una carta de amor criminal, de [illegible]elictuoso! ¡A la condesa de Bragada, declaraba su

"intensa pasión" el ilustre señor Ramon Jauranga, ministro y coronel.

Al principio, Juana rió tambien y celebró con su amiga, tan intempestiva noticia.

—Y ¿cómo se animó á entregártela?

—Sencillamente, conociendo nuestra amistad... y aunque he hecho feo papel...

Juana, se mantuvo indecisa, luego dijo:

—Pero se necesita valor para decirme lo que este caballero me dice en su "declaración." Ni que una fuera bebé.

—Quizás, también, si tu le hayas preferido en algo: deferencias de amistad ó... de algo más... y eso es lo suficiente para que un hombre diga á una mujer casada lo que el señor ministro te dice.

—Le perdono... no sabe lo que hizo...

Una luna tardía, apareció rompiendo trabajosamente la dura sombra; y, á su menguada luz, las terrazas y los toscos miradores, aparecieron, lenta, medrosa, difusamente... Por las viejas arquerías de la casa volaban los murciélagos. Una racha de viento apagó la vela, trayendo el eco de las campanadas con que un reloj anunciaba las doce, y llevándose el humo pestilente de la mecha.

—¡Es tarde!—Dijo la condesa.

—¿Y qué piensas tú hacer?—Preguntó Margarita.

Juana púsose de pie, haciendo gemir el viejo banco, y, guardando la carta, respondió:

—Nada, hija, nada... ¡reír!... ¡sólo reír!...

Pero como Margarita notara que la condesa guardaba la epístola, exclamó;

—¡Vamos!... no tan nada. Advierto que guardas la carta como una valiosa joya, y te pones pensativa.

La condesa finjió indiferencia, y, alzándose de hombros, dijo:

—Tienes razón, ni me había fijado, y rompiendo la carta, la arrojó por la baranda del terrado al patio de la casa.

El conde, como nunca, había llegado yá del club, y pasaba por el patio, pensando darle á su mujer una "agradable sorpresa;" mas al sentir sobre su preclara calva empelucada, los trozos de papel que del terrado caían, gritó fuertemente:

—Señoras! bájense, que creo está cayendo granizo!

Las dos ilustres amigas rieron de la quijotesca ilusión del conde, que creía granizo, lo que sencillamente eran trozos de papel; y se dirigieron á la escalera de caracol.

—Trayéndote esta carta, cumplí mi deber como amiga—dijo Margarita, bajando.

—Y yó, rompiéndola, lo cumplí como esposa.—Respondió la condesa, en un brioso alarde de honradéz y decencia. Luego, bajó tardamente, chicoteando con sus faldas acrinolinadas el enorme tirabuzón de la escalera.

El conde, imaginando torrentosa lluvia, se refundió en un cuarto, llamándolas fuertemente:

—Vengan! vengan! pueden cojer una pulmonía! como cae el granizo, como cae!...

Y, la señora Margarita, que durmiera allí aquella noche, advirtió un trocito de carta que blanqueaba, preso todavía, en la preclara peluca del señor conde.

Don José Manuel, agobiado por su enfermedad, vióse reducido á todo género de privaciones. ¡El colmo! ¡Dormía en un departamento separado al de su ilustre esposa! Ya le fastidiaba el club con sus tresillos, sus conversaciones politiqueras, sus aduladores.

La tiranía de su mujer, á quien no acariciaba como antes, su "quebrantada salud," la calva prematura, el encanecimiento anti-social de sus felinos bigotes, y ¡tantas! ¡tantas! desgracias más que le sobrevinieron, animáronle á disipar tristezas y dolores, en la sana diversión de un "viaje de recreo." Habló á su mujer, para lo cual.

—Sabrás—la dijo—que el doctor me ha ordenado, salga inmediatamente de Lima... otros aires... otro clima... Vengo, pues, á consultártelo.

No sin sorpresa del conde, la señora condesa acercósele, diciendo:

—Sí, hijito. Estás muy mal... Lima te hace daño... necesitas, como tú y el médico dicen, otros climas... otros aires...

Intempestivamente el señor conde temió al adulterio. Sin embargo, resolvió ir á los famosos baños de Yura, purificadores y milagrosos.—Necesito bañarme!—había dicho, é i á la bella provincia del Misti. Con tan plausible motivo, c un expléndido baile de despedida.

La casa Nove, en gran auge, por aquel entónces, colabo- l eficazmente al lustre y prestigio de la *soirée*, sirviendo t cena de viandas y licores finísimos. Los tres salones, a ...os é iluminados, abrieron desde temprano sus puertas,

y por debajo de las espesas cortinas de Damasco, desfilaron ceremoniosos, colmados de etiqueta, los invitados. Una recargada nota clara en el papel de las paredes, alegraba la seriedad de los enormes muebles coloniales, de los altos y macizos chineros venidos de Paris; de los monumentales y ovalados espejos, centuplícando la luz, y de toda esa muebleria lujosa y grave, oliendo á cosa antigua, rejuvenecida por las lámparas de gas, las lunas, el dorado de los marcos y el claro del papel de las paredes. El piano, rebrillando el negro de su caja, se abultaba en el fondo del segundo salón, amarillando vivamente el bronce abrupto de sus candelabros;sobre el mármol de una mesita, entre un amplio florero de Sévres, agonizaba un ramo de camelias.

En el primer salón, la señora condesa, "recibía." Llevaba un luminoso traje verde malva, tachonado con menudas lentejuelas, sobre las que estallaba la luz de cinco arañas de gas. Presa en su castaño cabello, blanqueaba una rosa té; y con infinita coquetería, con supremo buen gusto de artista, ponía las negras plumas de su abanico sobre la alta frescura de su descote.

Petronila, dijo que la señora estaba en "su día," y el criado Juan, chirigoteando, aseguró: "está en su mejor noche."

La acompañaba su íntima Margarita, vestida de blanco y con ramazones de un vago color azul. El vestido era de corte, y lo extrenaba aquella noche. En un extremo, de frac y curvado, el señor conde recibía á los invitados, pendulando su cabeza y haciendo brillar el aceite de su peluca postiza. Tiesos y rectos mayordomos de afeminados pabellones y melosos en la voz, pedían los sombreros. Ño Ciriaco, uno de fama, miraba á todos capciosamente, desviando hacia los descotes, oblícuas miradas.

Del patio de la casa llegaba un fuerte olor á tierra mojada. El señor conde había hecho traer del norte ciertas plantas de flores finas y olorosas, y con ellas había procurado formar un pequeño jardín; pero la señora se olvidó, y... estaban allí adornando la entrada del primer patio. Fuertes macetas de terracota y barro cocido, con mil yerbas vulgares aunque limeñas, orillaban el pasadizo que conducia á la primera sala; y gruesos cordones de laurel y hojas de fic—, enguirnaldaban las rasas y polveadas paredes. Un enor e ganso de cobre, vomitaba por el pico un delgado y puja e chorro de agua y, á la entrada, como centinelas cafres, c s enormes negros de bronce sostenían en sus brazos nervu s y venosos, altas bombas de luz.

Una rumorosa multitud se agolpaba á la puerta, comentando la suntuosa fiesta. Fuertes olores de andrajo restallaban sobre las narices aristocráticas de los invitados, y algunas damas respiraban al través de sus pañuelos, haciendo muecas de asco; algunas, democráticamente, volteaban el rostro donde la multitud ó hacían mimos á los bebés que alguna plebeya tuviera en brazos. Poco á poco iban llegando los "amigos de la casa," y los tres salones colmábanse yá de muy buena gente. Las atenciones del recibo hacíanse menos exijentes, y entónces pudo don José Manuel regalarse al círculo de sus buenos amigos, de sus íntimos.

—¡No puedo menos que felicitarte por el éxito alcanzado esta noche!—le dijo el chapetón Anduaga.

El conde, apercibiéndose de que no le oían, respondió:

—Que quieres... que quieres... la vida social... todos se divierten á mis costillas... pero esa es la vida!...

Luego, añadiera, pretextando una llamada:

—Permíteme un instante, que el Dr. García de Mogrovalle me está haciendo señas.

Vislumbrábase animación tras de los polvos de arroz de las concurrentes; y las viejas arquerias de la casa colonial crujían al estridor de las risas, de la música, y al taponeo brusco y sorpresivo de las botellas. Abriéronse todas las ventanas del primer salón y desembocaron frías rachas de fuertes aromas, como si al venir por los tejados hubieran traído el acre olor de los gatos y de las ropas sucias abandonadas á la intemperie. Por breves instantes dominó este olor, pero, luego, nuevamente, un sutil perfume de mujer, atiborró las salas.

Notóse la ausencia del señor ministro de la guerra, y Margarita dijó znmbonamente á su amiga:

—¿Por qué no habrá llegado hasta ahora el coronel Jauranga?

—No sé—contestó Juana—ofreció venir....

Un murmullo timbrado, argentino, de las damas, anunció la presencia del señor Jauranga que llegaba en uno de los coches de "gobierno." Desde afuera sintióse un ¡ah! unánime y plebeyo de la multitud, siempre emocionable ante sus mejores glorias militares, y el coronel inclinó melosamente la cabeza. Se escuchó uno que otro aplauso, y, nuevamente impresionado, descubrióse el ministro, sollozando:

¡Pueblo generoso!

Con el sombrero de pico en una mano, en épica apostura como quien regresa después de una gloriosa acción de armas, el ministro Jauranga penetró en la primera sala de

baile. Plantóse en la puerta y, liberalmente, contestó los saludos que de lo más lejos le mandaban los amigos, curvando su grueso cuerpo y haciendo llamear el oro de sus entorchados que ardían bajo la alta luz del gas.

—Parece un torero—dijo á otro un convidado—solo le faltan medias de color y solo le sobran bigotes... porque hasta su sombrero se parece al que sacó esta tarde el *negro Angel.*

El conde se acercó ceremonioso, como un lacayo de la Corte de Luis XIV, al señor ministro, y le pidió personalmente el sombrero, ¡podrían ensuciarlo los criados!

—No se moleste mi amigo, estas son cosas de los sirvientes.

Y, aunque todos creyeron que esos sombreros, aparatosos y rituales, eran solo dignos de los lacayos ó cocheros, protestaron jovialmente, y el señor conde, al fin, llevóselo, coronando con él la punta de una sombrera atestada de tarros de unto.

—¿Y, cómo le vá á la señora condesa?

La condesa entrecortada, con pudor angelical, respondió:

—Muy bien, coronel... gracias.

—¿Tendría usted inconveniente en ser mi compañera... de baile... quiero decir: mi pareja para el primer baile.

Juana le miró entónces, con maliciosa fijeza. Comprendió perfectamente las intenciones del coronel, y acabó:

—Con mucho placer, señor ministro... ¡já!... ¡já!... y se retiró riéndo nerviosamente.

En el segundo patio y sobre un tablado forrado en raso rojo, que parecía incendiarse sobre el fondo gris de los muros, hallábase instalada una orquesta de aventureros. Hacíanse llamar "Los Náufragos," porque, sin duda, habían sozobrado en el "mar de la vida," pero que ellos contaban ser el mar Cantábrico, una noche tempestuosa en viaje hacia las tierras de Egipto. Tristes rostros, amarillentas pieles, miserables cuerpos roídos por misteriosas enfermedades, ostentaban aquellos hoscos tipos humanos venidos de no sabe dónde en busca de otras vidas, otras gentes, otros países. En sus caras patibularias tostadas al sol ó al hielo; en sus carnes incompletas; y en el gesto enigmático de sus actitudes, adivinábanse pasados tormentos, brutales expoliaciones de otras razas, existencias dolorosas, hostiles, que lo orlaba con nimbos misteriosos, con esa nota sujestiva grave de lo desconocido.

Hacía muy poco tiempo que los "náufragos" habían llegado á Lima; y por los hoteles y plazuelas paseaban sus

das, atrayendo á la gente, con la música de sus violines de sus cornetas.

—¡Que bien tocan!... ¡que bien tocan!...—decían todos y, para algunos bailes, se les contratara ventajosamente.

Esa noche debían hacer música para varios números de baile. El director, vestía un levitón de oscuro color azul, y, como los demás, usaba una gorra de lana. En sus grandes ojos, apagados y tristes, habían un langor de místicas nostalgias, una flemática lasitud de mucha gente. Era polaco. Sus manos callosas parecían haber arrastrado cadenas en las cárceles de la Siberia y su cuerpo enjuto y triste, parecía haber orado alguna vez, en las tierras de Jerusalen ó de la India.

Tocaron una composición "Aguas del Nilo," que dijeron ser original del cornetín, y que saturó el ambiente de un viril y grave romanticismo. Luego el polaco levantó el arco y principió á herir las cuerdas de su violín, dando la señal de la cuadrilla, y empezó el baile, robustecido y caldeado por la filarmonía extrangera de aquellos pobres diablos...

—¡Que bien se acompañan uno!—dijo el coronel Jauranga, ceremoniosamente—estos náufragos deben haber sido alumnos de algún conservatorio europeo!

El ministro bailaba con la condesa, y su vistoso uniforme ponía un claro brochazo alegre sobre la monocromía de los fracs. La atmósfera se cargaba de sensuales vahos, y una como neblina entoldaba las luces del gas. La multitud, agolpada á la puerta, iba enrareciéndose, y al terminar los náufragos sus números de música, les aplaudían entusiastamente.

Una banda del ejército había asistido, también, estacionándose en el primer patio; pero los náufragos entusiasmaron á los *señores*, y por esa vez se desairó al ejército nacional.

Sonaron las dos de la mañana y se pasó á los amplios comedores para honrar las viandas de la, en auge, casa Nove. Hubo un fantástico movimiento de fracs, de albas pecheras, de tules, de gasas, de sedas, y las parejas se encaminaban hacia el lugar de la cena común.

Una niña pusilánime, al pasar delante del director de orquesta, le miró desconfiadamente:

Que cara tan dolorosa, pero nó... quizás sea un ban-
d

si todos habían tomado asiento al rededor de sus pro-
p —esas, y muy pocas parejas quedaban en la sala de bai-
l a señora condesa salía de un cuarto para entrar en
o —ando el señor ministro la retuvo:

—Permítame, señora, me parece que no hay mucha prisa.

Detúvose la condesa, y socarronamente miró al coronel.

—Usted dirá—respondió.

Desde que llegara, el ministro cortejó á la condesa de extraña aunque decorosa manera. Su cuerpo alto, musculoso, sus bigotes donjuanescos, prestigiados por su uniforme y por su "señor ministro," hacía tiempo que impresionaran á la ilustre señora. Con la lectura de la carta, Juana, logró tener siempre presente al coronel, y según Margarita: "que una mujer tenga presente á un hombre, ya es un gran paso del hombre en la conquista de la mujer."

Por otra parte, el conde, casi diariamente, tenía sendos disgustos domésticos, viviendo en perpetuos resentimientos y desavenencias.

El coronel tenía en las manos sus inflados guantes blancos, y ansiando ahorrar palabras, tiró á la condesa, como una estocada, esta pregunta:

—¿Y... recibió usted la carta?

Juana no pudo hablar, así tan de pronto; pero repuesta de la brusquedad de la pregunta, contestó asombrada:

—¿Carta... de quién?

Entónces, el coronel comprendió que era inútil ahorrar palabras, y se despeñó en una declaración, ministerial y de persona grande. Díjole que "hacía mucho tiempo la amaba" que "á pesar de los alhagos del poder, no conseguía vivir sin su amor," que "él comprendía las dificultades que *ello le acarrearía*, pero que le era imposible resistir por más tiempo." Y como frase final, con inaudita valentía erótica, la tomó de un brazo, é infantilmente, ingenuamente, añadió:

—Yo la amaré, señora, como solo saben amar los grandes, bravos, heroicos corazones! Mas, recordando su alta y gubernamental posición, agregó:

—Y, sobre todo, ¡qué caramba! repare bien en que usted conmigo nada pierde... yo no soy un chiquillo... y, en cuanto á discreción, ah! en cuanto á discreción, señora... —Y señaló, con los brazos el infinito.

Habían llegado al primer patio. La condesa, dócil, mansamente, se había dejado conducir allí, fijos los ojos en los entorchados de Jauranga, y oliendo golosamente el fuerte vaho de macho que se desprendía de su casaca. Las carnes del coronel, eran, según lo dijera una vez la amiga Margarita: ¡fornidas! Los soldados de la banda del ejército, al ver

señor ministro, se cuadraron ceremoniosos y puntuales, y, el coronel, importunado por este rito, pensó: ¡imbéciles!

En tanto, habíase notado la ausencia de la condesa; y alguien fuera al patio para llamarla.

—Señora—dijo el emisario—nótase falta de animación en la cena, y me envían por usted y por el señor ministro.

El coronel, maldijo al importuno, pero no tuvo más que decir.

La señora de Bragada se disculpó diciendo que había ido al patio para que la banda de música del ejército, amenizase la cena. Añadiendo:

—Y el señor ministro tuvo, la fineza de acompañarme.

El coronel pensó para sí: "me disculpa!"

Los jóvenes de aquella época experimentaron gran emoción al ser un hecho el matrimonio de la señora Melgarejo, de suerte que no faltó quien se aventurara en galantear á la señora condesa; pero no pasaron de allí. Esa noche, torpe, brutal, pero audazmente, el coronel había abordado el asunto y Juana comprendió que tenía un temible adversario. La educación de nuestras mujeres, superficial, aparatosa, llena de prejuicios y falsos conceptos de la vida, habíale enseñado á ser ignorante y orgullosa, ese error en que siempre vive nuestra mujer... Además, su constitución física; los nervios; su temperamento de hembra meridional, laxada por los climas del ecuador; el boato de una vida regalada; el ocio de sus siestas voluptuosas; el alejamiento del marido; todo ese conjunto rencoroso, traidor, hostil, con que la vida castiga nuestras miserias, le presentaban una pendiente peligrosa y rápida, por la que iba á precipitarse.

Juana, pensó entónces, con agradable porfía, en las palabras del coronel; y aunque las encontró torpes, rudas, *militares*, opuestamente diversas á los lisonjeos amanerados y dulzones de los jóvenes de sociedad; logró impresionarse, algo más, entusiasmarse. Su marido no era un joven que pudiera calmar sus caprichos y exijencias de mujer engreída, y ya Juana tuviera necesidad de pensar en su porvenir, en cuanto se relacionase con su vida social y amorosa. Además, no era el conde, quien decisivamente hubiera emprendido una tarea de celos, pesquizas, asechanzas ridículas; de suerte, pues, que el coronel encontró camino abierto, y se dejó imponer.

En la misma actitud, brutal y brusca del ministro; en la áspera rudeza de sus palabras, y en el tono bizarro, atrevido, casi heroico de su voz, halló Juana una salvaje poesía, extraordinaria, fuerte, que se conformaba con su tempera-

mento nervioso y su cerebro inculto. Acostumbrada á dominar, á ejercer tiranía sobre los que la rodeaban, experimentó secreta, amable satisfacción al verse ante un hombre que mandaba muchas vidas, altanero, despótico, brutal, pero que se rendía á los encantos de una mujer. Creyó entónces, cierta su belleza, cierto su linaje, cierta su fortuna, y al considerar que la *deferencia* del coronel la cercioraba de su triunfo, una apacible sensacion de gratitud halagó sus nervios, y plácida, reconocida, alargó la mirada hasta la mesa donde cenaba el coronel.

—¡Salud!—le dijo—por el representante del Gobierno, que hoy honra esta casa!

Los violines de los náufragos romantizaban la cena; y la banda del ejército, en un extremo del segundo patio, escuchaba fervorosa aquella música extranjera saturada de un vago melancolismo. En el extraño sonar de esas notas, creían advertir los sufrimientos de una raza de parias; las emociones de unas almas doloridas que pasearon sus desgracias por toda la tierra; las nostalgias de una bohemia tormentosa y triste que tanto les llevara á los garitos de Paris, á las tierras litúrgicas del Asia, á los yermos campos de Alejandría, como á esta pobre ciudad de los Virreyes. Por esas raras atracciones de los organismos inferiores, los soldados de la banda y los "náufragos," se aproximaron mútuamente y se juntaron, estrechados por misterioso lazo, por el mismo dolor.

Y un poeta, invitado, que observaba la charla de los músicos, pensó: "la desgracia universal, la miseria social, junta á los hombres, aproximando las almas y los cerebros."

Y, efectivamente, esos excluídos de la sociedad que los necesitaba para alegrar sus fiestas; esos postergados de la vida, hermanaron sus despechos; y, cuando al terminar el baile entre las ébrias carcajadas que rebotaban sobre las pecheras de frac, abuchadas y blancas, se alejaron los músicos, notóse cachazuda tristeza, irónica amargura en la despedida de aquellos soldados y de aquellos vagabundos... Los unos á sus cuarteles, y los otros á seguir errando en una caravana de malditos, de miserables, de afrentados!.....

Días después, el señor conde emprendía el viaje proyectado. Algunos extrañáronse de que no le acompañara la condesa; pero el de por "motivos de negocio" que en las despedidas pusiérase, disculpó aquella anormalidad.

Ya ido el conde, la señora condesa, fraternalmente acompañada por la señora Margarita, se entregó á una vida tal, que la gente al comentarla, no muy bien expresárase, aventurando conjeturas perjudiciales.

Bajo la opacidad de un cielo de otoño, las puertas enormes y nudosas de la casa de Belén, siempre entornadas y oscuras, daban una impresión de duelo reciente, de aristocrática tristeza. A veces el sol, intermitentemente apareciendo, se desmayaba en la enormes puertas, entornadas y oscuras, aclarando con raros exotismos de luz la somnolencia del zaguán. Las paredes se cuarteaban abriéndose en los rincones y las plantas de las macetas de terracota se desvestían y amarillaban.

La gente conocida, al pasar por allí, congeturaba á su manera; y, aunque algunos creían que la señora condesa lloraba la ausencia del marido, no faltó quien atribuyera ese remilgo á refinada hipocresía, llegándose hasta el punto de creer en cosas feas y vulgares. Sin embargo, Juana recibía á sus amigas con la misma galantería y amor. Las amigas nunca se pudieron arrepentir de esas visitas agradables. Hallaban la misma melosidad y aparato social, los mismos afectos, la misma fineza en los vinos y pasteles, con que era costumbre, les agasajara la señora Juana. En cuanto al sexo fuerte, la casa de Belén no era muy frecuentada. Solo ciertos amigos íntimos del señor conde continuaban sus visitas.

Entre los motivos de charla, uno de los menos interesantes era, á no dudarlo, la vida y estética de Manuel Antonio, primer vástago y bautizado yá.

Algunos dijeron que tenía gran parecido al conde; pero otros, á la madre le asemejaban. El chiquillo tenía dos amas rozagantes y lustrosas, como hechas de brea. Una de ellas, la vieja criada Petronila, le daba de *mamar*, y la otra le lim-

piaba los pañales y le limpiaba las narices. Su cuerpecillo iba adquiriendo precisas formas y, como gesto de individualidad, una eterna sonrisilla fruncía sus labios de muy curiosa manera. Siempre reía el condesito; y, para los amigos de la casa, tal detalle tenía la mar de gracia.

El médico era llamado con frecuencia; no obstante le fué imposible curar las llagas que un perpetuo babear habíale formado en las comisuras de la boca.

—¿Será un mal síntoma, doctor?

—¡Nada, señora, nada!

Y la condesa quedábase compungida, abatida, pesadamente agobiada por la admirable facundia científica del doctor. Este usaba lentes, bastón de puño de marfil, lapicero de oro y se llamaba Vargas. Luego se lavaba las manos, elogiaba siempre el jabón y decía por el agua de la palangana "qué fría." A veces prometiera regresar al día siguiente para enterarse del estado del enfermito.

Una tarde llegó preocupado.

—Creo—dijo—que el niño no está bien, ayer al examinarlo, noté...

—¿Qué?—interrumpió Juana.

—Creo, nada más—respondió el doctor Vargas—la ciencia no está segura aún... ¡la ciencia!... y por sus ojos rieló una desusada claridad.

—A este niño hay que llevarlo al campo... otros climas... otros aires...

Y, efectivamente, quizás si el niño hubiera necesitado para su robustéz física, para su templanza corporal, de una excursión hacia los alegres poblachos de Chorrillos ó del Barranco, en cuyos mares parece que siempre riera el sol. Otros climas! otros aires! El padre había salido en busca de esa misma sonaja, y el hijo debiera salir también.

El condesito reía siempre, pero reía con tristeza. A veces, cuando soltaba la teta de Petronila y levantaba los ojos, siempre tropezaba con los espesos cortinajes que entoldaban su camita. Temiendo un resfrío, muy pocas veces le sacaban al segundo patio ó á la calle. Solo, cuando el día estaba algo calientito, el ama le paseaba por las azoteas de la casa; pero casi siempre le tenían en los cuartos, debilitado por el olor de los Rogget y los Ackinson.

Manuel Antonio era, sin que nada autorizara para cr lo contrario, el primero y único hijo de la señora conde Sin embargo, Juana no experimentaba en toda su inter dad maternal ese fanatismo egoista de las *primerisas*. C cedió muy poca importancia á los consejos del médico,

doctor Vargas, erudito y viejo. Margarita García distrajérale de estas atenciones, y como Juana, de por sí no era muy partidaria de lo "que debe ser," estimuló su indeferencia y acabó por no preocuparse del niño. Cosa rara y cierta!

—Cosa rara y cierta!—decía el ilustre Camacho, elastizándose.

Este fenómeno, el importarle muy poco la salud de su hijo, se señaló en su vida como el síntoma culminante de una evolución que ya se operaba en su espíritu y en sus costumbres. No sin sorpresa, Juana advirtió que lejos de contrariarla el viaje de su marido, experimentaba satisfacción, algo más, bienestar; y cuando el fruto de ese matrimonio, ilustre y desgraciado, Manuelito, corría la contingencia de una enfermedad, notó que le importaba poco lo que tanto interesara á otras buenas madres.

Margarita, eficazmente, contribuyó á esta derrota total del buen tono y moralidad de que era capaz aún, la ilustre señora condesa. La señora García vivía *separada* de su marido, según ella lo contó á Juana, por "serias disquisiciones domésticas" y porque la "hacía desgraciada." El marido estaba en Europa y la sociedad creía que, asuntos mercantiles, le retenían allá. Pasaban cuatro años y el olvido se había encargado de adormir el asunto. ¡El olvido! ese olvido que alguien dice: "es un ujier parado en los umbrales de la dignidad humana."

Margarita, pues, llevaba una existencia de despechada, de sufrida. Sus conversaciones locuaces, interesantes, malsanas, hacíanse indispensables para la condesa, la que, en raros momentos de sosegada quietud, se preguntaba: ¿por qué prefiero esta amiga á las demás? ¡porque *congenio* con ella! y, de allí, deducía su identidad moral con Margarita, el gran parecido de sus pensamientos y de sus sentimientos, esa proximidad inconsciente que la llevaba á la convicción de una fatalidad futura é inevitable.

Por estos raciocinios, ella indujo que si confraternizaba con su amiga, era por la igualdad de almas y de cerebros, de pensamientos y de sentimientos; porque eran igualmente livianas, coquetas, malas mujeres!

Y, uno como escrúpulo supersticioso y vago, estimuló en ella el remordimiento!

Iso alejar la amiga que no la honrara ni la beneficia-
r sus deferencias, y un día, uno de los últimos días de
a ño triste, Margarita le dijo á Juana, que iba á pa-
s días en Ancón; la condesa no opuso la menor re-
sistencia.

—Si tú lo quieres!..:

Probablemente, hubo luchas entre su deber y la alegría, el alhago que le producían las charlas, confidencias y la labor persecutora, hostil de la amiga; pero lo cierto es que la ilustre señora Juana, llegó á la conclusión de que esa amiga le era indispensable y amena. Falta de energía moral, muerta la voluntad en su educación, el medio y los prejuicios, resolvió arrostrar todos los peligros que tal amistad le acarreara.

Pasaron los dos días, y notando que Margarita no regresaba, le escribió para que viniera, una carta afanosa y facil.

Durante esta pequeña ausencia, Juana llevó una vida de sigilosos misterios, de secretas intimidades. Las criadas, Petronila sobre todas, jugaron gran papel en sus distracciones y en sus recreos.

El ministro continuaba frecuentando la casa, y no muy bien de estas repetidas visitas, expresábase la gente.

Bajo un cielo albo, fugazmente manchado por la nota negra de los cuervos, una tarde, la condesa reclinada en un diván del segundo patio, intentaba sestear mientras una criada le escarmenaba el castaño denso de su cabellera. Un sol difuso borroneado en las nubes, saturaba la hora de apacible ociosidad; las palomas del mirador, adormidas y lentas, parecían filosofar cachazudamente, y apenas si se escuchaba torpe y enrarecida, la bulla de la ciudad. Juana no lograba el sueño, y apresuró á la criada para que con más suavidad la peinase. Sobre el terrado, Petronila paseaba en brazos al condesito, y el eco de sus cánticos arrulladores se elevaba al cielo con melancolía de rezo. Pasaba y repasaba tarda, balanceante tras las barandas de la azotea, rompiendo con el carbón de su cara, la tenue blancura de la niebla. Con voz metálica de corista de iglesia, canturreaba al bebé aquello de:

"Duérmete niño lindo,
duérmete yá,
porque si viene el coco,
te comerá!
te comerá!"

.....

Y, poco á poco, ese canto monótonamente repetido, e enseñoreó de todo, y hasta las palomas fingieron adormi e en un sueño tranquilo y feliz. La otra criada, invadida ta - bién por el ocio del ambiente, cesó de peinar á la condesa y

ésta, entornando los párpados soñó cosas vagas y románticas como el canto de la negra. Unas campanas dieron las tres de la tarde, y lentamente, tristemente, la monotonía del eco resonó en las somnolencias de Juana, con la tristeza lejana y abstracta del paisaje de las horas. Flotaba una molicie de harem y extrañábase la presencia de un rey togado y con barbas,

Margarita regresara y tiró de la campanilla. Juana, vuelta de su letargo, dislocando los brazos en un desperezamiento sensual, incorporóse. Volvió á oirse la llamada aguda y sutil, disonando en la magestad de la hora; luego, al ver á su amiga, la condesa tuvo un momento de entusiasmo desusado y activo. Se abrazaron, y entre besos, contáronse lo ocurrido en la ausencia.

Juana supo después, que el paseo de su amiga, obedeciera á una cita con su amante.

—¿Sigue viniendo el ministro?—preguntóle Margarita, con punzante y socarrona malicia.

Juana dudó al contestar, pero, segura, respondió:

—Sí, continúa!

Pero Margarita supo después, que su amiga la condesa de Bragada, era amante del coronel Jauranga.

Una mañana al tomar el desayuno, ya con más intimidad, las dos amigas conversaban de escabrosos y delicados asuntos de honor. Cuando las mujeres se conocen en sus más pequeñas porquerías, siendo igualmente pecadoras, una fuerte corriente las acerca, las estrecha, como si en la complicidad encontraran alivio para el dolor común. La igualdad en el mal une á los seres, como la miseria universal, une al paria y al soldado!

Con lógica femenil y alocada, discutían deleitándose mútuamente en la reincidencia de sus faltas.

—Al fin y al cabo—decía Margarita—estoy disculpada. Nadie como yo fué tan infeliz; y pienso que quien es desgraciada en el matrimonio, debe buscar felicidad en el adulterio.

Juana reflexionaba detenidamente en la jurisprudencia y en la moral, sencillas y cómodas, en las que le iniciaba su amiga; y concluyó por opinar de la misma manera.

—Tienes razón, hija... si tu marido es un mandón, el mío es un cordero. !Odio los extremos!

pudorosamente, nacía en la condesa una necesidad de
ciar á su marido, un fuerte deseo de humillarle, de ver-
empre sumiso, obediente, resignado como un jumento;
á sentir por su recuerdo, algo así como una sensación

No obstante gustar ella de la obediencia, de los alhagos del mando, le contrariaba no encontrar resistencia de parte de su marido, oposiciones que, aunque débiles, hubieran importado lucha, y al fin, el triunfo hubiera sido más apetecido y mejor paladeado. Pero nunca hallaba esa resistencia ni esa oposición.

Una alma insensibilizada entre la indolencia de las sociedades europeas; cultivada en las manifestaciones de una suprema intelectualidad; refinada y excéptica por el convencimiento de lo que es, ni más ni menos, esta vida, daban al conde viajero una conformidad de supremo refinamiento, un "¡que importa!" intelectual y elegante, considerado como estúpido y despreciable, por el criollismo ingenuo y cursi de nuestros aldeanos limetos. Sin embargo, el señor de Bragada sonreía de cuando en cuando, y á veces, vengaba sus derrotas morales, hablando mal de todos y escudando sus podredumbres en su conocimiento de la vida, en la decepción, en la amargura que mucha gente y muchos países le habían amontonado en el alma al rozarse con toda la humanidad. Sus labios descolgados y su frente lisa y pulida, denunciaban, muy á su pesar, un organismo fabricado especialmente para reconocer la superioridad de las autoridades legalmente constituidas, de los principios establecidos, de las viejas costumbres tradicionales. Sin embargo, el señor conde pensaba mucho sobre su manera de ser, pero llegaba al convencimiento de que no valía la pena de tomarse molestias por nada que no redundase evidentemente en la felicidad personal y material del interesado.

Estaba en esa evolución de los espíritus decepcionados, en que ya ni se rebelan, ni les importa un comino la importancia ó la seriedad de las cosas; que no creen en Dios por interesarles muy poco el romanticismo de las religiones, por hartarles hasta la repugnancia, la candorosidad é inocencia de lo divino; que no se preocupan de las dudas de la inteligencia, de los combates por las doctrinas ó los principios, por hallarlos quijotescos é irónicos. El conde se burlaba y se reía del mundo entero! Siempre leía libros casi todos ligeros ó sicalípticos, de cien páginas á lo más; y abominaba los graves tomos en donde se dilucidan problemas de un orden superior, y en donde se plantean teorías de encontradas tendencias.

La filosofía de que "en esta vida solo estamos de tránsito" y que "nada se pierde ni nada se crea," esterilizó su cerebro en una resignación sórdida, rufianescamente elegante!

Desde hacía algún tiempo, su amigo, el alegre Anduaga, insultábale:

—Tu mujer... es una mala mujer!

Pero el señor conde pensaba que no tenía derecho á las exigencias que otro marido, honrado y criollo, pudiera tener.

En un momento de feliz clarividencia comprendió el peligro que le amenazaba y por sus ojos apuntó la embocadura de un extraño porvenir, oscuro, poblado de trasgos, y por su imaginación desfilaron en lento peregrinaje, con macabro claror de pesadilla, atormentadas figuras, contrahechas, multiformes, que le presagiaron una vida muy sucia y muy triste. Supersticioso, más por decepción que por educación, en el más leve y natural fenómeno de las cosas, creía advertir una futura desgracia, irremediable y grande; en los asuntos que no acertaba á explicar su ociosidad intelectual, por no tomarse el trabajo de pensar cinco minutos, los atribuía á diversas anormalidades de la vida. Según el "agüero" del detalle impresionable, imaginábase funestas ó propicias perspectivas. Por ejemplo, la noche que commemorara su viaje, aquella del baile de luminosos recuerdos, volcósele al cenar el salero, y creyó en una desgracia. Y tímido, ridículo, pensó en la muerte. ¡Con esta idea emprendiera el viaje!

Juana sabía todo esto de su marido, sabía mucho de su historia, de sus costumbres, de toda su vida, y se permitió no tomarlo en seria consideración. ¡Despreciarlo! Siempre lo viera tan arrastrándose por el suelo, que llegó un momento en que no deseaba sino verse alejada de él lo más pronto y decorosamente posible. Además, ya el conde, abatido, muerto *anticipada* y moralmente, era incapáz de cumplir sus más elementales deberes, ¡sea como fuere! como hombre ó como amante!

Luego, pues, Juana ambicionó esa ausencia quizas si doblemente estimulada por innobles y secundarias intenciones.

Además, las amigas, después de casada, le vituperaban su proceder, reprochándole ese matrimonio que le iba á llevar á la ruina. Todas parecían estar acordes en que ese matrimonio, á pesar de los títulos que llevaba el marido y el dote de la mujer, no podía ser del todo feliz; pero los perros y la fortuna ahogaban toda voz que pudiera levantarse hostilmente. Pero ya ido el señor conde, no faltaron quienes que le dijeran:

—No tienes el marido que necesitabas. Tú vales más que tu marido.

Y hasta el padre Camacho, pletórico de adulación:

—Mira hijita—le aconsejaba en los momentos de charla íntima—yo soy ministro del Señor, y le digo que ese marido no es digno de su persona... no es moral... no tiene un Dios!... ya lo creo, ya lo creo!... — Y le acariciaba con su mano fofa de repugnante suavidad.

Otro día, el reverendo blandamente le decía:

—Usted necesita, hija mía, un hombre digno de su belleza... digo, usted necesitó!...

Y, al remendar la frase, por sus ojillos languidecidos en los placeres solitarios, fugó violenta luz incendiando la opacidad de sus ojeras profundas y anchas.

Todas estas gestiones persecutoras y malsanas; esta labor degradante y hostil; este afanoso empeño de divorciarlos, consiguieron estimular aún más las desconfianzas, los recelos de la señora condesa. Siempre se la repetía la lección y, como ella lo sintiera en sí misma, como propia y deliberada consecuencia, creyó efectivamente un deber desgraciado, un mal necesario el adulterio, y pensó en él, con agradable temor, con plácida resignación.

Como en una pesadilla agradable, todas las noches meditaba su vida, y fué muy corta la lucha que sostuvo. Débil de caracter y de educación; precipitada por las amigas que solo le aconsejaban quizás con el innoble placer de contemplar la caída de una familia rival; con el mal ejemplo, eterna última palabra de los actos humanos; con detestables herencias, y ¿por que nó? con ese tan femenil fervor con que se ambiciona lo que no se conoce, lo misterioso pero sugestivo, Juana vióse en la pendiente con mil voces que la decían: "¡resbala!" con mil distracciones en el trayecto; vistosas decoraciones en el fondo, y sin tener una leal conciencia que le dijera que nó, precipitóse en la ranfla, llena el alma de ensueños.

Fué, de tal suerte, muy fácil el triunfo del coronel. Por raras disposiciones de la fortuna, el ministro Jauranga había vencido, obteniendo barata y prontamente, lo que, en diversas circunstancias, le hubiera sido imposible obtener.

La señora Juana, fué pues, al adulterio conscientemente deliberadamente, premeditamente.

Y, fué un adulterio prosaico, brutalmente continuado como quien cumple un deber comercial, una obligación ineludible é inaplazable.

Algún tiempo después, la señora condesa escribíale al conde, entre otras cosas rituales y superfluas, lo siguiente:

"..... ¡quién lo creyera!..... ¡tenemos un vástago!..... es una mujercita y pienso ponerle el nombre de tu madre..... si la vieras!".....

Algún tiempo después, el conde, entre otras cosas rituales y superfluas, contestaba á la condesa:

"..... ¡quién lo creyera!..... ¡quién lo creyera!".....

Y, en esa parte de la carta, las letras agarrotadas y tumultuosas demostraban una violencia reprimida, para continuar después dóciles, iguales, como en una jovialidad de resignación.

Con el nuevo parto, Juana, apenas si recibía unas cuantas amigas. Las puertas continuaron cerradas, enormes, oscuras, y solo la entrada del médico, el ilustre doctor Vargas, interrumpía la romería femenina indagadora por la salud de la enferma. Como partero, el doctor Vargas era único entre la muchedumbre médica de Lima, y las señoras, en él, mucha confianza tenían.

—Esto no es nada... nada... nada!

Y, para su intelectualidad no habían sorpresas. ¡Qué iban á haber!

La chiquilla fué bautizada con el nombre de Amelia, que, efectivamente, correspondía al nombre de la madre del señor de Bragada, y el padre Camacho ofició el acto, como en el anterior descendiente.

Por aquel entónces, los bautizos en Lima, tenían un carácter de verdadera festividad local. Los padrinos se apercibían para esa noche, y una verdadera procesión de amigos acolaba la ceremonia.

En una noche agugereada por la luz de muchas estrellas, entre un coche, tardo y tosco, de la señora condesa, iban los padrinos con el pequeño moro. Las tristes callejuelas, retorcidas y empantanadas, que conducían á la parroquia, se atirabuzonaban en la sombra apenas aclarada por distanciados mecheros de gas. En las esquinas, comentábase la repentina figuración de Nicolás Piérola, y uno que otro caba-
o bien trajeado, pelaba la pava.

El ladrido de los perros ingratos se alejaba por las calles
.o un grito de desolación; los chiquillos corrían trás la
nitiva y, el sordo coche tirado por un tronco de caballos
rdos y alazanes, traqueteaba feamente sobre la piedra
ruda que pavimentaba la calle. En las luces de gas revo-

laban los moscardones y las señoritas al pasar junto á los férreos postes, tenían que taparse las narices y brincar nauseabundos charcos de orín podrido. Los faroles del coche proyectaban sobre la menuda piedra dos luminosas manchas, móviles y sangrientas. Uno que otro granuja decía fuertemente "¡padrino sebo!" "¡padrino sebo!" y el eco de sus gritos, en la dura y remota sombra, desafinaba con el ladrido de los perros....

Tristes construcciones de una arquitectura ojival y *conservadora*, orillaban las callejas, levantando al cielo negro, la mole pesada y deforme de sus techumbres. Casi todas las puertas estaban cerradas y solo, de cuando en cuando, una que otra silueta se adivinaba tras las rejillas de una ventana cautelosamente entreabierta.

El coche paró á la entrada de la iglesia. Dieron las nueve. Bautizaban al niño.

Un fuerte olor á zahumerio respirábase en todas partes. A un lado, el famaso rabí abríase de brazos, prendido en su cruz, y una lamparilla iluminábale sobre el costado izquierdo, una llaga demasiado abierta y muy mal pintada. En el fondo, el altar mayor, con meticuloso gusto, había sido atiborrado de ángeles de yeso, de lienzos groseramente religiosos y de telas claras. En el coro gemían horribles voces que se caramboleaban en la sombra de las naves. Las beatas y curiosas, negras en sus mantas, interrumpían la muriente claridad de los cirios, manchando con sus sombras el fondo luminoso de los altares blancos.... Altas lámparas encadenadas por cuentas de cristal á los curvos techos, descolgaban sobre las gentes y los ángeles un bilioso fulgor parecido á la luz de las linternas de presidio.

La pila de agua bendita, ancha, desbocada, alta, simbolizaba una serpiente arqueada en el suplicio de querer beber.

La condesa llevaba joyas que refulgían á las lámparas; y una vez bautizado el niño, postróse ante un altar que cautivaba á la Verónica, rumió un Padre Nuestro, y observó de reojo el gesto de los asistentes.

El padre Camacho les llevó donde un santo, tan milagroso como el "Señor de los Milagros," y con solicitud de hortera que recomienda un trapo al marchante:

—Venid—dijo—veréis el último santo, que casi puede decirse, se apareció aquí... venid amigos míos... — Y engolfándose en una mística relación del hallazgo, acabó pontificalmente:

—Y es el más poderoso... mirad... ¡qué milagros! este de oro se lo obsequió la señora condesa, ofrecedle una limosna

un milagrito de plata, un sacrificio cualquiera, y veréis... veréis...

Y, levantando dogmáticamente las narices, clavó en las bóvedas del techo una mirada clara y apostólica....

Un murciélago pasó aleteando y llegaban de las torres los gritos de las lechuzas.

Todos abandonaban la iglesia. La comitiva, de vuelta ya, era seguida por infinidad de curiosos y galopines que gritaban ¡padrino sebo!... ¡padrino sebo! Los padrinos lanzaban al aire monedas de cobre y los granujas se arremolinaban en el suelo como gallinas á quienes se les echa un puñado de maíz.

En la casa de Belén, todos fueron atendidos con una *copita*, pero como no estuviera el señor conde, viéronse precisados á retirarse. Poco á poco, los acompañantes se dispersaron. Solo el señor ministro en calidad de íntimo de la casa, retardó su despedida.

En la primera sala, enorme y de cortinas y techo blancos, conversaban el coronel, una hermana suya que *amadrinó el acto*, Margarita y la señora condesa. Comentábase el bautiso y esperábase la llegada del padre Camacho. Doña Encarnación Jauranga era una señora de gran fama y de enorme vientre. Siempre usaba el abanico y hablaba de cosas importantes. Le gustaban las personas serias. Como virtuosa y como caritativa no tenía rival; de suerte que su amistad era tan valiosa como la del señor Arzobispo. Unos pequeños ojos negros en una cara redonda y lechosa, daban cierta solemnidad á su soltería, y cuando se sentaba, sus senos inmensos y flojos, desbarrancábanse sobre el enorme vientre. Nunca se le viera caminar sola por la calle y su casa era una especie de club de los prelados y dignatarios eclesiásticos.

Sentada en una poltrona Luis XVI, aventuraba juicios acerca del porvenir de su ahijada:

—Dios quiera—decía—que Amelita sea el tipo de la felicidad... aunque en esta vida no hay verdadera felicidad...

—Ojalá!... ojalá! — repetía el coronel—es el deseo de sus padres y de los amigos de sus padres!...

Juana, guardaba enigmático silencio. Margarita con sus gra ojos pardos vueltos al cielo, observaba las luces de gas norme caserón parecía sumirse en gran calma; apenas ía el ruido de los criados que llegaba del fondo, y en la c el andar de uno que otro transeunte que regresaba á su c r las cortinas, apenas si se entreveía el patio,

lívidamente aclarado por una sola luz de gas. La enorme lámpara del centro había sido apagada yá.

El grito de los grillos y el reflejo de las plantas, agonizaban en la sombra...

Doña Encarnación habló de la necesidad de fundar una sociedad, mejor dicho, hermandad que se encargara de suministrar bautismo gratis á los niños que no pudieran obtenerlo.

—Es una verdadera música esto de bautizar... pero se acostumbra, y... qué caramba! la dicha de ser cristiano ha de costar algo!

Doña Encarnación, en un momento de calma, sacó de bajo de su vientre un relojito de oro que amarilló vivamente á la luz del gas:

—Dios santo! las diez!—y dirigiéndose á su hermano, agregó:—Vamos, tienes que acompañarme!

—¿Tan temprano?—dijo Margarita, parándose.

En ese momento, el padre Camacho avanzaba, negro y azotando con sus canillas los flancos de su sotana.

—El padre!—dijo Juana—por fin, ya está acá!

La señorita Encarnación, (nunca toleró se le dijera señora á pesar de sus cincuenta) volvió á tomar asiento, y siempre abanicándose los repliegues de su pescuezo, dirigió la palabra al reverendo.

El padre Genaro atravesó, ágil y raudo, el lóbrego patio y entró en la sala.

—¡Hola! ¡hola!—dijo entrando—que bueno de encontrar también á la madrina!

Esta, agradecida hasta la médula por tan inmerecida deferencia, cesó de abanicarse y piropeó al reverendo:

—Como supe que usted venía... por eso me quedé...

El coronel paróse bruscamente, y paseó la sala atuzándose los enormes bigotazos. Próximamente se vería en las cámaras su generalato y estaba muy preocupado. Muchos diputados y senadores habíanse comprometido con su voto; pero como era ministro de la guerra, los periódicos de oposición se escandalizarían... y muerta toda esperanza...

—¡Caramba! caramba! — dijo al reverendo, meneando los faldones de su levita—¿no le parece á usted que es una indignidad lo que hace el director de "La Tarde" al oponerse á mi generalato?

El reverendo, que preocupadísimo charlaba con la señorita Encarnación, apenas si oyó lo que el coronel le dijo a, pero respondió al punto:

—Oh! es una indignidad, una indignidad!...—Y, rehecho de su turbación, hizo la siguiente frase:

—Pero á los hombres de verdaderos merecimientos como el señor ministro, no les importa lo que digan directores de las tardes!...

Luego, solemnizándose, levantó los dedos al cielo, para concluir:

—Dios es muy grande!... hay que confiar en él! ¿verdad Juanita?—y enterró una mirada codiciosa en el hermoso seno de la condesa.

—Sí, lo que dice el padre—agregó Encarnación—próximamente tendremos un general más... y como es pariente...

El coronel se acercó á un lienzo recientemente colgado en la pared y que no conocía. Era al óleo y de Merino. Representaba un soldado en la fortaleza Manco, del Callao, en la épica actitud de "morir matando." El ministro fijó sobre él la mirada y preguntó:

—¿Quién es este?

La condesa, acercándosele, contó la historia de ese cuadro, lleno de inflamado patriotismo.

—Ah!—dijo fuertemente Jauranga—este muchacho peleó en el torreón Manco Capac, peleó conmigo, quiero decir á mi lado.... un valientazo! un valientazo!

El reverendo charlaba con Encarnación, y la señora Margarita habíase retirado á las habitaciones.

—Mañana, á las 9, sin falta... ¡donde Trini!

La condesa le hizo un "sch" porque podrían oirles, y miedosa, respondió:

—Veremos!

—Lo dicho!—masculló fuertemente Jauranga y acercándose á su hermana para hacerle notar que había llegado la hora de despedida, cojió su tarro de unto. Margarita entónces, hizo sacar unas copitas de Jeréz, y los amigos se despidieron.

—Y, ¿cuándo llega el señor conde?—Preguntó la señora Encarnación.

La condesa respondió:

—No dice cuándo, pero ¡Dios quiera que sea muy pronto!

Cómo repitiera y recalcara lo de "Dios quiera," Jauranga fulminó sobre ella, una mirada luciente y filuda como una navaja. Tuvo un gesto de celos. Metió el brazo por un
aco de su hermana, dió las noches; y en compañía del
.re Camacho se alejaron, graves y borrosos, entre la som-
de las calles.

Era el último domingo de aquella primavera alegre. Las rosas y los claveles del jardín estallaban de color y de vida. Un recio perfume de flores alegraba el segundo patio, inyectando juventud y belleza en aquellos muros seculares y feos. El caserón de la calle de Belén, conventual y viejo, remosábase al beso de la primavera; y sus grandes y polvosas cuadras, en donde se arrastraron quizás, las calezas de algún virrey, llenábanse de vida presintiendo las fecundantes caricias del verano.

En el fondo del segundo patio, ya borroneados por el polvo ó por las lágrimas de lluvia que se dibujaban en la pared, veíanse enormes frescos de escenas y paisajes románticos, en donde junto á tristes acuarelas ó tupidas arboledas, entre las que se alzaban graves y amarillentas torres de castillos nobiliarios, se enamoraban apuestos caballeros con emperifolladas princesas, siempre bajo un cielo azul por el que volaban las aves.

Todo en Belén, rejuvenecíase, en ese último domingo de primavera alegre.

Por lo demás, no había cosa interesante. Solo noticias políticas traían los diarios, y esperábase de un momento á otro, la caída del gabinete. Un tibio sol apareció aquella mañana.

La gente, endomingada y con "la ropa limpia," dirijíase á misa.

Margarita se había levantado ya, y tomaba desayuno en el traspatio conversando con la criada. El ama tenía en los brazos á Manuel Antonio, y con una sonaja le hacía reír. El chiquillo miraba á Margarita y le tendía las manos.

—¿Qué será mi hijo?—preguntaba la negra.

Margarita reía y con la punta de los dedos, finamente se llevaba á los labios la taza de chocolate. Vestía una lirísima bata de mañana, descotada, de mangas trasparen y muy cortas.

—Y, ¿cuándo llega de Europa su esposo, señorita?—p guntó la negra, por decir algo.

Margarita se entrecortó:

—Ay! hija... los negocios... los negocios!

—Pero entónces debía mandar por usted.... ¡Qué caray! si mi marido estuviera en Europa, tendría que llevarme: ¡qué caray!

La señora rió de la ingenuidad de la criada.

—Ya lo vés—é irónicamente levantó el dedo donde se anillaba la sortija matrimonial. Luego añadió:

—Nadie es tan feliz como parece!

—Pero—dijo asombrada Petronila—¿usted acaso, no es feliz? Aquí es usted la patrona... tiene plata... ¿qué le falta, pues?

Margarita acabó de tomar el chocolate y miró el cielo, en donde una suave racha sur deshilachaba las nubes. Un leve tono gris se difumaba en el poniente, y una larga tela de vapores azules, como enorme cabellera, se desgreñaba sobre el sol.

—¡Qué linda mañana! — dijo tristemente Margarita.— ¡Qué linda mañana que se pierde!

Y volvióse á quedar pensativa, abismando la mirada en la clara tonalidad del cielo...

Los criados entraban y salían haciendo compras menudas; las palomas revolaban aleteando blancamente, y en el terrado, los pañales puestos á secar sobre un cordón, al batirlos el aire, aleteaban también. Juan, en mangas de camisa, fregaba los cubiertos; y una albura de pureza se notaba en todas partes. Apenas la chiminea, ponía un filudo brochazo negro, cortando en dos un metro de cielo.

Margarita pidió "El Comercio." Traía un editorial sobre la crísis del gabinete y alarmantes telegramas sobre las relaciones entre Chile y Bolivia.

—Siempre lo mismo!—murmuró fastidiada Margarita.

Petronila se había retirado, y en el fondo del patio, un enorme gallo ajíseco, crestón, de enormes estacas, perseguía á una gallina papuja, regalo del coronel Jauranga.

—¡Voten esos animales! — gritó Margarita, ruborizándose.

Pero el gallo había pisado ya á su novia y cantaba triunfalmente. Luego vino el panadero y Juan salió con la canasta.

Margarita siguió leyendo el periódico. Tropezó con un nacional, y principió á leerlo:

La señora tenía un hijo desterrado con motivo de la ción francesa. Este hijo volvió á Francia á los treinta su madre había optado por entrar á un convento.

El hijo no quiere visitar á la madre, si la madre no sale del convento... ¡La lucha entre el amor de madre y el amor á Dios!..... Tal el argumento.—Pero ¿por qué no buscarán asuntos locales? Sin embargo, es legible... pero muy romántico. Yo hubiera salido del convento para ver á mi hijo después de tantos años... ¡ya lo creo! Y ya se desperezaba para ir á despertar á Juana, cuando vió la lista de pasajeros. Llegaba vapor del sur. En ella figuraba el nombre de José Manuel de Bragada.

Margarita se sorprendió vivamente.

—Imposible!—pensó—sin un telegrama!... sin ningún aviso!... imposible!

Fué de prisa al cuarto de la condesa. Las cortinas estaban corridas y las ventanas abiertas. Debió haberse levantado ya.

Llamaron á la puerta de la sala. Margarita creyó que había llegado el conde y dudó entre salir á recibirlo ó avisar á Juana. Repitióse la llamada y Margarita salió entónces á ver quién llegaba.

Era la señora Carmen Ravales, tía, casi madre de Juana, que venía por ella para ir á misa é invitarla á almorzar en su casa.

—¿Y Juana?—preguntó la señora Carmen.

—Debe estar adentro—contestó Margarita—precisamente le iba á dar la sorpresa de que hoy llega José Manuel!

—¿Hoy?

Margarita cojió el periódico y mostrándoselo, agregó:

—Y, me llama la atención que no nos lo haya comunicado de alguna manera... ¡quizás si esté enfermo!

—De veras!—dijo la señora Ravales—que es sorpresa, y buena!

Margarita pidió permiso para avisar á la condesa la nueva formidable. Y, haciendo una venia, desapareció tras las cortinas.

La señora Carmen, hermana de la madre de la señora Melgarejo de Bragada, crió á Juana. Desde la infancia la condujo por la senda de la vida, hasta que contrajo el primer matrimonio; mas, al enterarse del segundo con el señor conde, tuviera una gran rencilla con la sobrina, á no ser la buena manera y la esmerada educación, que sus padres, al educarla pusieran; sin embargo, mostróse disgustada y emprendió viage á Trujillo.

No se llegaba á resignar. ¡Una Melgarejo! ¡una descendiente suya, casada inconsultamente con un *quidam!* Pero los ruegos de la condesa, las súplicas y el hecho de que

conde, el "chapetón,"—como ella le apodaba—estuviera ausente, la animaron á venir á Lima. ¡Eso sí: para habitar en distinta casa... una que no fuera la de Belén!

Todos los domingos pasaba la tarde con su sobrina, y, después de comer, regresábase á su casa. Una criada envejecida á su servicio, la acompañaba. Chepa era su nombre, y *Mamaco* un cariñoso mote. Chepa había entrado por el callejón, y la señora Cármen, bien perfumada y jamona, esperaba la salida de su sobrina.

Examinando la finura de la alfombra, entre cuya monocromía, verde y muelle, naufragaba la tristeza de unas flores grises, sintió que abrían familiarmente la sala y que entraba el conde, el "chapetón."

De pronto tuvo la idea de retirarse á los cuartos; pero á más de que siempre la vería, aquello hubiera resultado ridículo.

Se miraron instantes. Luego, la señora Ravales, solemnizándose en un gesto de orgullo trujillano, le saludó fríamente:

—¿Usted por acá?

—¡Señora Cármen!—dijo el conde, descubriéndose y tendiéndole una mano—Eso también digo yó: ¿usted por acá?

Cármen, aunque trujillana y Ravales, comprendió la ironía; y por consiguiente, como es de costumbre en esos casos, mordióse el labio. Sin embargo, no muy airosamente respondiera:

—Sí, un viaje... por motivos de negocio... de salud... Vine á visitar á Juana, no tardará en salir...

José Manuel resolvió quedarse en la sala para sorprender á su mujer cuando saliera.

Había envejecido.

Una barba gris y en punta, prestigiaba su rostro moreno, semejándolo al de los caballeros de las pinturas de Merino. Había abandonado la peluca postiza y una calva tersa y grave le cubría casi todo el cráneo. Los ojos miraban más vagamente; en su voz se oía una música triste y clara; su cuerpo habíase reducido á aristocrática flacura, y en sus ademanes todos, campeaba una desenvoltura galante y civilizada.

A los ojos de la señora Cármen, ese chapetón, tan desdeñado antes, adquiría ahora una rara amabilidad, un no[illegible]prestigio.

halló tristemente hermoso, humilde á la vez que mun[illegible], y advirtió en él la belleza mística de un tipo naza-

—¿Y ha sufrido usted tanto, que le veo tan triste?—preguntó Cármen entre amable y sonriente.

El conde meditó, y descalzándose los guantes, dijo:

—!Oh mucho!... ¡la primera ausencia!...

Luego rumió con elegancia:

—Siempre la primera ausencia!...

Hablaron luego del viaje, y la señora Cármen le pregnntó si sus chaquets habían sido hechos en provincias.

El conde afilábase con los dedos la punta de su barba. No era tupida.

Margarita interrumpió la charla, y, al ver al conde, palideció:

—Hola!—dijo sofocando la emoción—¿usted por acá?

El conde, saludándola cariñosamente estrechó su mano. Preguntó por Juana.

—Ha ido á misa—respondió entrecortada Margarita.

—Pero—argumentó José Manuel—la señora Cármen dijo que había venido por Juana para ir á la Recoleta, y que en el periódico habían visto mi llegada...

—Sí, pero sin duda quiso ir temprano y se habrá demorado...

La mirada del conde se encontró con la de Cármen, y por un momento se hizo el silencio. Margarita habló de lo mucho que ella y Juana le habían extrañado; y el conde preguntó, por decir algo:

—Pero mi mujer está buena, ¿verdad?

—Oh!—respondió Margarita—está más gorda, tiene mejor apetito! Pero usted está muy flaco... y la barba... ¿qué es esto?... ¿cómo?...

José Manuel se rió de la manera como su amiga desviaba la conversación y sarcásticamente le dijo:

—Y usted siempre tan viva, tan juvenil y tan buenamosa!... ¿eh?

Y pensó, que en los brazos de su amiga, sufriría con gusto prisión perpetua.

Con esta nueva faz la conversación hízose docil, agradable.

—Pero venir sin avisar... sin compañía alguna—decía la señora Cármen—en fin, ya estamos juntos!

—Y con salud—vulgarizó el conde.

Luego, despóticamente, pero con admirable despotism elegante y merecido, habló de las provincias.

—Allá—dijo—literalmente no se puede vivir. La ger hace paseo en carreta como fardos, y no es raro encontr en los caminos criollas caravanas de provincianos y prov

cianas que, viajantes en burros, peregrinan hacia algún fundo para comer... ¡fruta! ¿oyen ustedes? ¡fruta!

Nuevamente se afiló la barba, y como hiciera reír, esmeróse:

—Todos saludan al prefecto aunque no le conozcan; hablan de Lima con venerable voz; gustan de los espectáculos de circo, y todos, absolutamente todos, quédanse abobados al paso de los acróbatas que en la tarde de la función se pasean á caballo ó en asnos, en trajes de caracter... ¡Abominable!... Los hombres fuman cigarros del pais y hablan con fervor de las revoluciones. No se puede tolerar la vida en provincias! Siquiera hay vinos, y á fé que lo son bastante buenos!

Púsose una maletita en las rodillas, y sacó una mona canasta.

—La he traído para usted Margarita, que le gustan tanto los dátiles... á mi paso por Pisco.—Luego, acercándose á la señora Cármen, añadió:—Y ya que la tengo presente, le obsequiaré esta reliquia del padre Guatemala... un santo (!) iqueño.

—Gracias, gracias!—contestaban las señoras cumplidamente.

—Buenos días, señor conde!—balbuceó Juan, entrando—¿cómo ha llegado el señor?

El conde respondió afablemente y ordenó que metiera sus maletas.

Tras las cortinas, la cara de Petronila, negreaba lucientemente.

—Y, tú ¿cómo estás Peta?

La negra salió para dar los días. Luego dijo:

—Si viera usted señor, qué lindos están los ñaños!

—Son un encantol—agregó la señora Cármen.

La cara del conde se nubló ligeramente:

—Exacto, trae... deb... estar hermos....

Se entrecortó; y Margarita apercibiérase.

Entraron al segundo patio, donde se tendía con exuberancias de luz, la claridad primaveral de noviembre. Los canarios y chivillos de las jaulas doradas, trinaban claros y metálicos cantos, y en una estaca, manchando un fresco de la pared, verdeaba una lora.

El conde había invitado á almorzar á la señora Cármen, compañía de ella y Margarita, conversaba de cosas ...les.

Petronila, apareció empujando el coche en que dormía Amelita, y en los brazos llevaba á Manuel Antonio.

José Manuel comprendió que había llegado el momento de la crísis y temió el ridículo. Pero, siendo peor vacilar, se decidió:

—¡Qué hermoso está mi roro!—dijo levantando en brazos á Manuelito; luego besándolo fuertemente repetía: —¡qué bien! ¡qué bien!... ¿verdad Margarita?

Esta contemplaba los arrebatos paternales del señor conde, alejada, temerosa de una rara escena. Sabía de lo que era capaz el conde, pero temió en él, un resto de dignidad... y ¿entónces?...

José Manuel mostró el condesito á la señora Cármen.

—¡Está muy crecido... pero... pálido, muy pálido!

—Sí, algo enfermito—contestaba la criada.

En tanto, la señora Cármen había sacado de la cuna á Amelita, y á su vez, se la enseñaba al conde.

—Y de ésta se olvida usted—dijo—cómo se conoce que le ha dado la chochera por el primogénito.

Margarita, previendo una violencia, pálida, recelosa, en un extremo del patio jugaba con los canarios. José Manuel la miró, mas como la hallara de frente, quiso desviar la conversación. Pero Cármen le metía al bebé por la cara, diciéndole:

—Ustedes son muy malos con las mujeres... no tienen razón de ser así. Amelita se le parece á usted mucho... más... mucho más que Manuelito!... los ojos... oh! sí, los mismos ojos!

José Manuel se resolvió, y tomando al niño entre sus brazos, amargamente dijo:

—Amelita!... Amelita!...

Y le clavó una feróz, una turbia mirada, como buscando por la frente de la criatura, el paso de la sangre de Jauranga!

Las piernas le temblaron y tomó asiento. En ese instante la hubiera querido matar estrujándola entre sus manos; pero ¡qué se hubiera dicho en Lima! ¡qué hubiera dicho la señora Cármen!

Y, reconcentrando el furor de su venganza, le tocó las naricillas, repitiendo en un mimo torpe:

—Amelita!... Amelita!...

—Jesús! pero ¿ni un beso?... qué desabrido está uste replicó la señora Cármen y metiéndole al bebé por la ca agregó dominante y coqueta—Nada! á besarla! bésela l

El conde volvió á mirar á Margarita y la halló conte plando la escena, retadora, cruel.

—Bésela... bésela usted...

Y, tomándola, depositó sobre su frente un beso frío, triste, infinitamente triste, con la solemnidad con que se besa á un cadaver.

Los pelos de la barba de José Manuel se le metieron en las naricillas al bebé, y éste rompió á llorar.

—Calla, calla—decía la señora Cármen—si es tu papá, es tu papá!

Al llanto de Amelita, la lora principió á gritar: papá!... papá!... já!...ja!... ja!... Y rió el animalejo escandalosamente.

Fastidiado por la escena, José Manuel brincó de un solo salto, cojió la lora y la tiró contra el suelo; en la crísis de sus nervios volvió á cojerla, y de un puntapié mató al infeliz animal, que fué á caer bajo una silla, con los ojos y el pico abiertos, como si todavía riera.... papá! papá! ja... jay!...

Cármen y Margarita, contemplaban mudamente ese repentino arranque de ferocidad.

—!Estos animales—dijo rabioso el conde—son de fonda ó de garito! ¡y esto no es fonda, ni es.....

Se detuvo. Aunque había saciado sus odios, sus rencores, sus despechos, pateando á la lora, un fuerte deseo de venganza se adueñó de él, y delante de esas amigas de la casa, quiso insultar á su mujer.

—Qué nervioso está usted—dijo Cármen sobrecogida de terror.

El conde serenóse nuevamente, y, fingiendo sonreír, respondió:

—Es que soy supersticioso—y cobardemente añadiera—recuerdo que en un viaje llevaba una lora y... naufragamos!

—Pero—argulló irónicamente Margarita—ya está usted en tierra firme y no puede naufragar ¿eh? pobre mi lorita, pobrecilla.

Y arrastró una mirada lenta hasta azotar la cara del conde que se paseaba enterradas las manos en los bolsillos del pantalón.

Sin poderse contener, Cármen soltó la risa.

—Esto tiene gracia—dijo—vaya... vaya!

José Manuel comprendió que había hecho el ridículo más ..zoso. Sencillamente: era cobarde estupidez ensañarse a un animalejo, que por rara coincidencia, parecía de la comedia representada por el señor de Bragada.

go se animó á decir:

)ispénseme, ha sido un momento de nervios. Ustedes nderán .. sobre todo usted Margarita, que me co-

noce... He traído *puro* de Ica, es Italia, tomaremos una copita mientras hacemos tiempo.

—Y llega Juana—añadió Cármen—hoy ni hemos ido á misa.

—En cambio Juana la estará oyendo por todos nosotros—ironizó el conde, interrogando mordazmente á Margarita. Luego consultó su enorme reloj. Eran las 12. Debían almorzar yá. El sol alumbraba turbiamente y una tibia sombra melancolizaba el enorme patio. Los canarios y los chivillos cantaban tristemente como llorando la ausencia eterna de la lorita; y Chepa fué mandada para avisar que la señora Cármen se quedaba en la casa de su sobrina.

Margarita, previendo que Juana faltase á almorzar, dijo á José Manuel:

—Quizás si Juana tarde en venir... la habrán convidado sus primas, las Villa-Gómez.

José Manuel comprendiera el embuste y no respondió. Solo Cármen, incendiando el asunto, dijo:

—Pero yo no me explico que una señora casada en ausencia de su marido, salga á la calle y se quede á almorzar, sin un avisito. Merece un buen castigo, José Manuel!

Este "merece un buen castigo, José Manuel," halagó sobremanera al señor conde. Sorprendíase de la familiaridad con que ya le tratara la señora de Ravales, cuando fuera el más terrible adversario de su matrimonio. Nunca esperó un cambio tan brusco y favorable. Varias veces le había llamado ya "José Manuel" y le había dicho, "esas son cosas de usted."

Creyó entónces, advertir en ella, otro ser resignado, partidario de los hechos consumados, y le alhagó la idea de hallarse delante de un alma igualmente constituída, con las mismas miserias y debilidades; de manera, pues, que procuró sondear y averiguar de su yó.

Imaginó verse fatalmente condenado á que esa mujer le conociera en todas sus porquerías y degeneraciones, y aterrándole la idea de verse solo con su mujer, algún día, en ese enorme caserón, dijo á la señora Cármen, mientras Margarita les pedía permiso para irse á peinar.

—¿Y por qué no se viene usted á vivir con nosotros, que estamos tan solitos?

La señora vaciló en responder. Orgullosa como pocas no consentiría jamás que nadie le sufragara los gastos de casa y alimentación, como á una colegiala; y resolvió responder negativamente:

—No me es posible—dijo—sería una estéril molestia... Además, soy partidaria de no estrechar las amistades, ni los parentescos, ni nada; porque en la intimidad, no hay quien sea tan bueno como parece.

Luego elaboró fatigosamente una cita histórica:

— ..... "No hay hombre grande para su ayuda de cámara," dijo Napoleón.

—Pero... entre parientes...

—¡Alto allí! Yo seré tía de Juana, pero ¿de usted? vamos por partes mi amigo, además, voy á decírselo francamente.

Adoptó solemnidad y facundia:

—Todo lo antipático que me era usted cuando recién le ví, me es de simpático ahora, y... no quiero desilusionarme.

—Luego ¿me estima usted de verdad?

—Ya lo creo. Me he convencido de que es usted un padre amante de sus hijos. Además, he visto que no tolera usted alborotos ni desórdenes en su casa. En fin, que lo creo á usted todo un hombre!

Después la señora Cármen se eternizó en lo indispensable que eran para un marido, la dignidad y la energía. ¡La energía moral!

—Los hombres que á todo se resignan—acabó—son indignos de vivir. Merecen el desprecio de toda la humanidad. Ah! pero usted es todo lo contrario; lo acabo de ver.

El conde rió con aires de suficiencia, y quizás si por primera vez, llegó á descorazonarle la ironía de las cosas. La señora Cármen le creía digno y enérgico, cuando precisamente, había dado la más culminante prueba de una perfecta resignación y cobardía.

Y, rió cachazudamente, quizás si por primera vez, al comprender la ironía, la infinita ironía de la vida humana!...

Margarita se había retirado y los dos amigos conversaban de cosas serias. El conde dijo que había regresado pronto porque no se "hallaba" fuera de Lima, y además, porque su enfermedad era ya incurable:

—¡No tengo remedio y pronto moriré, mi querida amiga!

El conde, al hablar de su próximo fin, suspiró melodramáticamente y miróse los escarpines.

En ellos, incendiábase al sol una mancha de sangre... go se puso á pasear por el patio. Juan en el fondo, haba fuertemente; y, acres olores á cocido llegaban de la na. Margarita apareció peinada, rebrillando de aceite y ndo blanquear los brazos hasta más arriba de los codos.

José Manuel no pudo contenerse:

—Qué bien se conserva usted, caracoles!—Y la inventarió golosamente.

El de cedro y monumental reloj del comedor dió la una y se sentaron á almorzar

Sobre el mantel, alhajado por la cristalería, el sol estallaba una luz fuerte y chillona.

El péndulo del reloj, al relucir, paseaba por el fondo oscuro de su caja de cedro, un punto de luz.

El criado Juan apareció trayendo un chupe de camarones, y se hizo el silencio. El conde dijo que el chupe era lo único que se hacía bien en Arepuipa. La conversación decaía cuando entró presurosa la condesa.

Y fué la escena de esperarse. El conde la abrazó efusivo y aparatoso; la señora condesa le besó efusiva y aparatosa.

—Me demoré en misa... las amigas... pero ¡qué sorpresa!

El conde comprendió que era inútil querer luchar con su mujer y volvió á hablar de su enfermedad y de su muerte. Regresaba, quizás si peor de lo que se fuera; y, sorbiendo un huevo crudo, acabó:

—Si he de sufrir lejos de mi familia, mejor es que sufra cerca de ella.

Escupió una que otra vulgaridad más, y brindó un vino de Ica, por la "salud de los presentes".

La condesa, mirando á Margarita, dió al conde, saludos de parte de las Villa-Gómez, é importándole muy poco los episodios del viaje del conde, habló de cosas pueriles y de un vestido color almendra que se había mandado hacer.

Pasados algunos instantes, cuando se bebia el café, Juana esperó que José Manuel le preguntara por sus hijos y no hizo mención de ellos. Una criada entró para llevarse la mantilla de la señora. Hacía poco que estaba al servicio de la casa y José le preguntó su nombre.

Era india, maciza de carnes, bien formada y de Huancavelica.

Saludó al conde, y tratándole de "tú", le dijo que un señor le buscaba. Luego salió llevándose la mantilla. José Manuel pidió permiso. Era Anduaga. Llevóselo al escritorio.

En tanto, Juana acababa de almorzar y la señora Cármen se despedía, alegando ser esa la primera vez que no almorzaba en su casa.

—Otro día será—dijo. Y salió.

En derredor, los altos aparadores de cedro, con labr duras y dibujos de metal, manchaban el claro papel de l paredes, vestidas ralamente por malos cuadros, buenos e ponentes de la pintura nacional. En una acuarela se enar

raban amantes de cuerpos gentiles y en actitudes caballerescas. El sol entraba por las ventanas en una ancha faja de luz, haciendo relucir el aro de una escupidera sobre la que revolaban las moscas. Las cornizas hacían una sombra dentada y fija; y una tibia racha sur abanicaba los bordes del mantel que caían aleteando sobre los flancos de la mesa.

Margarita ordenó á Juan que se llevara la escupidera correspondiente al asiento de doña Cármen y acabó su café.

Juana preguntó á su amiga:

—Y ¿ha visto á los ñaños?

Margarita acercó su silla y habló en voz baja.

—La escena más cómica—dijo—¡cómo no estuviste para presenciarla!

Y le contó detalladamente lo del beso y lo de la muerte de la lorita. La condesa halló original el lance y rió mucho al considerar á su marido pateando el animalejo. Margarita habló después de lo peligroso que era el continuar en esas aventuras, y aconsejó á Juana:

—Esto debe terminar yá, tus asuntos con Jauranga; no todo ha de concluir en asesinatos de loras y... una desgracia!... figúrate ¡una desgracia!...

—Si es incapáz de mirarme de frente—decía Juana—¿no te fijaste lo amable que me abrazó?... otro me hubiera preguntado en dónde estuve!

Juana había estado con el coronel en la casa de Trini. Allí se citaban. Allí se amaban.

—No tengo seguridad de que Amelia sea hija mía—le había dicho el coronel esa mañana—si tenemos otro, entónces creeré.

Juana gustaba de la rudeza del coronel á quien solo le hablaba de asuntos de importancia. "Por tí diera mi vida," "por tí, con cien hombres entrara á Lima," y otros por el estilo, eran los jocundos piropos de Jauranga. Nunca le regaló una flor; y el día del santo de Juana, le obsequió un pato y dos gallinas, que el ministro recomendó como muy "ponedoras."

En otra ocasión la sacó de comadre, enviándole un pisquito y dos enormes quesos de cabra.

—¡Hay que comer, hay que comer bien, de la salud del cuerpo, depende la salud del alma y tosía rudamente.

Gustaba de ensartar en las conversaciones los más rimbombantes refranes y los más abultados lugares comunes.

—La vida es un soplo, pero ¡qué caramba! es un soplo muy agradable!

Creía en Dios; hacía *inocente* el 28 de diciembre y hablaba con respeto del Ejército y de la Patria. Amó á Juana porque era bella y condesa. La primera vez que la vió dijo á un amigo:—¡Qué hermoso animal!

Usaba fama de muy valiente, y en una batalla, por su propia mano, dió muerte á veinte enemigos. Ah! un valientazo! Tenía una cicatriz en el pecho y olía rapé á la hora de la siesta. Pocas veces iba al teatro y, cuando se le preguntaba porque no le gustaba el dráma, él, Jauranga y ministro, colmado de autoridad y de facundia, respondía:

—Si en la vida hay tantos sufrimientos gratuitos ¿por qué va ir uno al drama para pagar *plata* por sufrir?

Cambronne, diciendo sus clásicas palabras, era superior á Napoleón, retirándose de Moscow.

Y siempre agobiaba á Juana, con la narración de sus heroismos y proezas.

Las citas donde Trini eran frías, metódicas, sórdidas, como si se fraguara una conspiración para derrocar al Gobierno.

En todo esto, Juana hallaba una áspera poesía; un fuerte romanticismo; una brava sensualidad que la adormían en sueños robustos y sanos. Jamás tuvo una pesadilla de sus amores; y cuando soñaba con Jauranga, siempre le veía triunfante sobre nubes de pólvora y fuego, triunfante y envuelto en el bicolor nacional, aupado sobre el corcel de la gloria, en donde flameaba algo que no se sabía si era la crin del corcel, el pabellón de la patria ó los enormes bigotazos del ministro. Además, éste calmaba sus histerismos con desconocida fogosidad, y siempre le hallaba, físicamente, distinto á esa turba de gomosos, tisicuelos y encorsetados, que apenas le hubieran resistido una noche de amor.

Cada dos días con la puntualidad comercial de una sesión parlamentaria, veíanse en la casa de Trini, y el coronel, después de hablarle de sus planes políticos, olía rapé. Siempre le hallaba leyendo periódicos, y hubo tarde que le dió la mano, sin mirarla, abismado en la lectura de un crímen espeluznante en Chumbivilcas.

Luego bebían cualquier licor; el coronel hablaba de su cicatriz, de sus planes en el ministerio, y la abrazaba, después, torpemente, depositando en sus golosos labios de hembra insaciable, un beso solemne, ritual, espantosamente serio. Volvía á oler rapé y estremecía la casa con sus formidables estornudos.

—¡Hasta pasado mañana amiga mía, no hay que faltar! —Decía al despedirse. Otras veces añadía:—¡Saludos al señor conde de Bragada!

Margarita sabía todo esto y le llamaba la atención que su amiga hubiera podido amoldarse á los *desmanes* de ese hombre, como ella decía. ¡Siquiera un joven que supiera hablarla de amor!

Siempre juzgó de brutal esa pasión, y más de una vez, dijo á Juana que desistiera; pero la condesa temía una ruptura porque el coronel, aunque insensiblemente, la había llegado á dominar.

Juana comprendía yá que Jauranga ejercía la misma influencia, que la que ella ejercía sobre su marido, y comenzó á alarmarse.

Cierto día faltó, por "enfermedad," único motivo por el que Jauranga podía dispensar su ausencia, y el ministro en persona, fué á la casa de Belén, para enterarse de la veracidad de la disculpa.

Las dos amigas acabaron el café, y riendo del arranque original del conde, se encaminaron á las habitaciones interiores.

El sol se había oscurecido nuevamente, y todo se vestía de una gris amabilidad.

José Manuel, en su escritorio, conversaba con su íntimo el chapetón Anduaga. La Dolorosa oleográfica había sido retirada ya, y tras la cristalería de los estantes, los libros enfilados ostentaban la policromía de sus lomos. Un enorme diccionario de la lengua, erguíase contundente, catedrático, inexorable, como un juez. De una casa contigua, en la mo'icie enorme de la hora, llegaba lenta, irónica, trepadora, la música de un piano.

—¡Como molesta ese pianol—dijo Anduaga y el conde miró la mancha roja de sus escarpines.

Había un suave olor y una suave luz....

—Oh! esta vida es tan cachona como las notas de ese piano—rumió filosóficamente José Manuel.

Habló de su llegada y del modo como le recibiera la con-

elipe Anduaga, sabía de las relaciones de Jauranga con na y le escribiera á José Manuel: "Amelia no es hija tu- .... no puede ser....." "debes venirte inmediatamente y r lo que todo hombre de honor está obligado á hacer..."

José Manuel había venido y se portara, según decía

Anduaga, como un "cabrón repugnante, pretencioso y vulgar." Sin embargo, trató de disculparse.

—Qué quieres—decía á Felipe—no puedo proceder lijeramente.

Luego añadió con aires de suficiencia:

—Estas cosas hay que tratarlas con mucha calma...! con prudencia sobre todo! La precipitación á nada conduce, y en estos asuntos de vida ó muerte, hay que proceder con cautela, prudencia, mesura, sosiego, calma, pero con mucha calma.....

—Estoy por creer que eres un cobarde, pues ¿no tienes el empaque de decirme todas esas majaderías...? ¡me cáchis!

Y el chapetón se profundizó en una tortuosa y oscura, enumeración de peligros que se presentaban en ese camino, y además, aseguró que en Lima, ya se hablaba del asunto, con los peores calificativos para él; en el club no se comentaba otra cosa y la sociedad le señalaba con el dedo..... ¿Cómo era posible que la sociedad le señalara con el dedo? .....

—¿Qué quieres?—amargamente argumentaba Bragada—¿que le pegue á mi mujer? ¿que la mate? ¿un duelo con Jauranga?..... Fíjate: en el fondo de todo esto hay una horrible ironía de la vida... y muy necio será el que intente luchar contra la suerte... ¿por qué, pues, soy así? ¿por qué, pues, la alegría siempre me tira la contra?..... — Mira — añadía — al recibir tu carta me decidí á efectuar un escarmiento en la casa de Belén, y te juro que traía el propósito de portarme como un hombre digno, de esos que pegan, gritan y cumplen el deber social; pero al llegar, me asaltó la duda, un vago temor de resultar injusto, porque después de todo, podría equivocarme..... sin seguridad..... porque ¿quién me asegurará todo esto que me cuentas?.....

—Entónces... ¿tú quieres presenciar el acto amoroso para tener seguridad?

José Manuel se amoscó por tal rudeza, pero luego se repuso:

—No me creas tan imbécil, no me ofendas; además, no es lo mismo hablar que hacer las cosas. Llegué y Juana.....

Aquí se detuvo. No quiso confesar la ausencia de Juana, ni el percance con la lora, ni la presencia de la señora Cármen, ni el beso á Amelita; y fuertemente, abyectamente dijo:

—Llegué, y al momento, con un cariño incomparable, tendió los brazos; y, brillando en sus ojos la más pura verdad, me enseñó á.....

Tosió, miróse los escarpines:

—.....Los ñaños!.....

—¡Acaba!—interrumpió Felipe.

—Y..... me los mostró, pues.

—Pero tú... ¿qué hiciste?

José Manuel rió teatralmente, y, siempre mirándose los escarpines:

—Caracoles, hombre, qué intrigado... parece que trajera noticias del extrangero.....

Extornudó por el rapé:

—¿Que hice?... pues los tomé en brazos y... los besé... son tan bellos!...

Miráronse al través de un grave silencio.

Felipe se convenció de que ya nada podría hacer por la dignidad de su amigo. Como este descendiera al más bajo nivel moral, como se revolcara en el fango, se hacía el ridículo al pretender su emancipación... Se levantaría del fango, pero siempre saldría enlodado.

—Cómo caen los hombres!—pensó; y una piadosa compasión, en ese momento, saturó su alma de infinito dolor. No podía conformarse á esa inmundicia, á esa transacción de conciencia é intentó un último esfuerzo. Comprendía la esterilidad de sus consejos, pero la amistad obliga en los momentos de desgracia, y Anduaga juzgó desgracia lo que le aconteciera á su amigo.

—¿Y qué piensas hacer?

José Manuel, cabizbajo, pensaba cosas absurdas, incoherentes, paradógicas.

—¿Yo?—dijo—Mira ¿qué haré?... En el fondo no creas que soy tan despreciable. Yo no estoy ahora para explicaciones con ese Jauranga porque lo hallo muy á destiempo, y sobre todo, estúpido, ridículo. A mi mujer ni siquiera puedo decirle una palabra, porque tú sabes lo que vengo á ser yo en esta casa. De manera, pues, que estoy imposibilitado para proceder como tú dices, cual un hombre de honor.

Luego, suspirando, añadió esta frase amarga, cierta, llena de verdad y triste:

—El adulterio me ha designado para ser su víctima, y fuera tan necio resistir, como si los vagabundos escogidos por la miseria de una raza, intentaran luchar, rebelarse. La vida, Felipe, honrado chapetón, hombre digno, tiene sus eleg s, fatalmente, incuestionablemente, y lo que apenas nos c ede es la mejor manera de ser desgraciados!.. Oh! es muy ir , muy triste, muy cachón esto de vivir.....

piadosamente, enjugó unas lágrimas turbias. Parecía q sus ojos, en el fondo mismo de sus hermosos ojos,

algo se nublaba, algo se oscurecía con la infinita tristeza con que cae la sombra en las tardes del otoño... Felipe afligióse también y en el fondo de su alma buena disculpó á ese marido que la suerte marcara tan cruelmente.

Luego se animó á decir:

—Todo puede estar muy bien; pero lo que me impacienta es tu resignación, tu indiferencia. "El que no espera vencer, ya está vencido"..... Trata á tu mujer de otra manera..... en fin, emplea cierta táctica..... con energía..... ¡eso es! ¡con energía!

—¡Con energía!—rumió el conde—y ¿de dónde la saco si la he gastado al rozarme con la gente de salón?... ¡energía! ni esta arma tengo.

Y en un arranque de ferocidad y despecho, gruñó:

—Porque, pues, ¡demonios! entre mil maridos que hay en Lima, he de ser yo el asquerosamente desgraciado? ¡hay para pegarse un tiro!

—No disparates José Manuel, estás muy nervioso, vamos á la calle, al club, hablaremos largo....

Abatido por tan desusado esfuerzo intelectual, el conde se pasó una mano por la calva y la enterró luego en su rala barba gris. Puso los ojos muy serios y adoptó una actitud grave y profunda.

Procuraba presentarse ante Felipe lo más humilde, lo más desesperadamente posible, y consiguió hacerse oir. Al fin y al cabo, José Manuel, más que un desgraciado, venía á ser un "superior" que interpretaba las cosas de manera tal, que si todos la apreciaran de igual suerte, serían quizás felices; dadas las circunstuncias en las que entrara el matrimonio, tenía que esperar este desenlace, y *á priori*, ya estaba resignado.

Si regresó tan pronto de Yura, fué porque sintióse muy mal de salud, con un ligero reumatismo. Quiso, pues, hacerse ver por médicos limeños. Además, siendo hombre de mundo, acostumbrado á los ritos sociales, no pudo resistir por más tiempo la estrepitosa cursilería provinciana. Allí nadie usaba escarpines y los ternos se hacían comprando la tela en tienda distinta á la sastrería. ¡Puf! eso era abominable. Las mujeres vestían ropas escandalosamente vivas y se perfumaban con olores "por onzas."

Siempre le llamaban: señor conde.

Sin poder tolerar la provincia, regresó á Lima, á las [illegible] veces coronada villa, en donde le esperaban tan poco e[illegible] cantes nuevas.

Felipe y José Manuel entraban al club. El conde había cambiado los escarpines y estrenaba una flamante levita gris y lanosa.

Al verlos entrar, los amigos se pararon escandalosamente.

—¡Señor conde! ¡qué milagro! al fin se ha acordado usted de Lima... ¡Qué milagro!

Y le estrechaban las manos con fuertes y cordiales apretones.

El conde sentíase fatigado y tomó asiento.

El club estaba lo mismo. La estatua del centro, los mismos criados, las mismas mesas de billar, el mismo perrito, los mismos amigos. Solo, asomado al balcón, un socio desconocido silvaba la Marsellesa.

Sobre el paño de un billar las bolas amarillaban su calvicie, y al rededor de don Amalio Varetas, varios congeturaban estruendosamente sobre las probabilidades de una guerra.

—De qué se trata—preguntó el conde, incorporándose al grupo.

Todos callaron, y uno de ellos, con locuaz desenvoltura, contestó:

—Nada, sencillamente: don Amalio dice que no estamos preparados para una guerra? ¡Ha visto usted!

—Chile no tiene ni para comenzar—dijo el conde, agregando pomposamente:—¡Ya lo creo!

Engolfáronse en una enorme discusión sobre si el Perú, ilustre patria de los Manco y de los Atahualpa y de los Rumiñahui y de los Calcuchimacs, *podría más* que Chile, modesta lenguecilla de tierra, patria de los araucanos y secuestradora de la reputación de Andrés Bello. Todos hablaban con severidad y facundia. Don Amalio Varetas, en sus pujantes crísis de verbosidad, encendía el rojo de su naríz, braceando desaforadamente por sobre las cabezas de los oradores:

—No hay que hacerce ilusiones, el pais no está ahora para luchar con nadie. ¡Qué diablos!

Alguien aeotó esta frase hecha: "irá por lana y saldrá *trasquilado...*"

—¿Usted por acá señor conde?—gritó de sorpresa el señor coronel Jauranga, abrazando al de Bragada.

José Manuel, satisfecho de tal deferencia, le abrazó á su

[illegible]a había preguntado por usted... pero, en fin, ya nos [illegible] abrazado... y ¿cómo anda esa política?

[illegible]uranga había entrado al club y de improviso se dió [illegible] conde. Intentó salir, pero eso hubiera sido mal visto,

mal interpretado y se decidió. Además, ¿no podría ignorar el conde lo sucedido? y ¡qué! en un extremo, en último recurso, ¡pues iría al campo del honor! ¡Había peleado en veinte batallas! ¡personalmente había muerto á veinte enemigos! y ¿no iba á batirse con un solo hombre? Sin embargo, no dejó de sorprenderle la afectuosidad de José Manuel y pensó para sí: "no sabe nada." Además era ministro y ¡qué caramba! no siempre se tiene la suerte de tropezar con ministros.

Vestía de paisano: un saco claro á cuadros; pantalones oscuros á la *waterloo*, zapatos amarillos y con elásticos, tarro de unto.

Intervino en la discusión de don Amalio.

Al aparecer el ministro, hízose el silencio. Anduaga temió una violencia de parte del conde y se dispuso á mediar. Daba el lance por hecho, al punto que hizo retirar las copas vacías de una mesita, y previendo el caso de que, en la lucha que la dignidad hacía esperar, rodase alguno por el suelo, despejó el sitio, arrinconando las silletas. Acercado el coronel, Felipe Anduaga esperó una bofetada, y se puso de pie, para intervenir..... pero con desabrida decepción, vió que su íntimo amigo el conde de Bragada, aquel que le había dicho tantas cosas sesudas y graves en la casa de Belén, tendía los brazos al amante de su esposa y le preguntaba por la política! ¡era inaudito! sintió impulsos de gritarle ¡cabrón! para ver si de esa manera sentía sangre en sus venas y se portaba como un caballero ¡como un hombre!

—Si me lo hubieran contado no lo hubiera creído—pensó; y púsose á contemplar el grupo en donde la voz de Jauranga sobresalía, precisa, triunfante, militar, como un toque de corneta.

—¡Que no estamos preparados!—gritaba el coronel—¡mil diablos! si hay una guerra con esos *rotos* yo mismo dirijo el plan de ataque, el ejército y la marina, y ¡por Cristo! ¡los hago comer polvo! ¡polvo!...

Y, sus enormes bigotazos, al azotar su rostro amoratado por el entusiasmo, flameaban como banderas de combate.

Luego, agregó, bajando la voz, como quien revela un secreto de Estado:

—Hay una nación que nos podría dar buques, y dinero... ¡dinero!

Y la palabra !dinero! vertida en momentos tan solemn para la patria y el Club de la Unión, por el señor minist de guerra y marina del Perú, tuvo raras resonancias bé cas y rodó por los oídos como si ya se hubiera salvado patria!

¿Habían buques y dinero?... ¡Se había ganado la guerra!

El conde admiró la valentía del coronel y, aristocráticamente, le dijo:

—Usted sería digno de suceder en la historia al mismísimo Alejandro!

Todos aplaudieron el piropo, y aun el coronel, babeante de agradecimiento, articulaba:

—Carambas!... que no merezco! que no merezco!...

Algunos comprendieron la burla de esa coquetería condal; y dos viejos morenos, de cabezas rapadas que jugaban con un naipe inglés, voltearon la cara y felicitaron al conde por la defensa que había hecho de los altos intereses nacionales. Uno de ellos chupó una colilla de su cigarro y el otro escupía por el colmillo, dibujando en el suelo un aro de salivazos.

El caballerete que silvara la Marsellesa, tomó asiento junto á Felipe é hízole compañía. Se habían conocido en Barcelona.

—Oye Felipe—preguntó el de la Marsellesa—¿quién es ese animal que compara á Jauranga con Alejandro?...

Felipe rió jovialmente:

—¡Es el conde de Bragada!

—Ah, si! ese cuya mujer anda en trapicheos con el ministro....

Felipe volvió á reir y se consideró embarazosamente colocado. Su obligación era levantar ese cargo y hacer callar al intruso:

—Sabrás—dijo—que el conde es muy mi amigo y eso que habla la gente es envidia, porque no pueden darse el lujo que ellos gastan!... Si fuera verdad, ¿crees tú que iban á estar juntos?

—Oh, Felipe, en la vida como en el teatro, todo es convencional.

—Nó!—protestó Felipe--es indigno!

Efectivamente, era indigno lo que estaba oyendo; qué !el conde! el ¡señor conde de Bragada! no podía estar en esas villanías, en esas porquerías!...

Se sirvieron copas y el conde llamó á Felipe. Este le presentó al caballerete, quien á pesar de juzgar al conde, cinco minutos antes, de "puerco," dobló el espinazo ante el señor de Bragada, dió, arrastrando humildemente, un "Sebastián Rosales" y gustosísimo aceptó el Jerez qne se servía. Hablaron luego de toros y los dos viejos del naipe inglés, se fueron sin saludar.

—Oh! en España... esas son corridas!—argumentaba Anduaga, suprema autoridad, inapelable dirimente en estos asuntos.

—Usted, que entiende de cuernos, señor conde, ¿quién le parece mejor, "Capa de Oro" ó el negro "Angel"?—preguntó un aficionado.

El conde huyó esa alusión personal; y sin dar importancia al asunto:

—¡Angel! ¡mil veces Angel!—contestó—y que lo diga Felipe.

Anduaga impacientábase con la calma de su amigo. Advirtió que era tarde.

Se sirvieron otras copas y dispersáronse los amigos. Algunos esperaron ser invitados á comer, pero el conde despidióse secamente. No faltó quien le calificara de impolítico, de desconsiderado.

El coronel, alegando un compromiso, retiróse también, no sin repetir ministerialmente:

—Como les dije enantes... buques... dinero... ¡Por Cristo! polvo!.. polvo!..

Afuera gritaban los biscocheros, y el crepúsculo agonizaba tristes luces sobre las celosías de los balcones. La catedral se inundaba en tonos amarillos y el palacio de gobierno agazapábase bajo los altos chopos de la plaza. Ladraban los perros callejeros, y de entre la dura sombra de las torres, ascendía el tañir de las campanas.

Felipe y el conde caminaban pasmosos, bajo la baja arquería del portal de Botoneros. Entraron á Mercaderes. A la caricia del crepúsculo, con todas las tristezas de sus nostaltalgias virreynales, el palacio de gobierno erguíase humilde, con sus dos pisos, chatos y deformados, mostrando por sus anchas puertas abiertas, el solemne patio de las galantes aventuras; de los palafreneros y calezas; de las conspiraciocuartel; de las ceremoniosas etiquetas; del sigilo y de los denes desafíos..... Sus viejas paredes, polvosas y rajadas yá, mostraban ora el paso de las rudezas de una guardia brutal, ora el recato de misteriosas inscripciones embozadas por el yeso de los enlucidos.

Felipe arrastró una mirada hasta el palacio que amarillaba al sol, y, en un arranque festivo, ironizó:

—Lo que es el palacio de los peruanos, podría ser m bien la cuadra de nuestros caballos españoles!

Volvió al asunto principal, y Felipe le increpara su a tud para con el coronel. Luego le relató lo que Sebast Rosales le había dicho:

—Estás haciendo un tristísimo papel—repetía—y eso... eso.....

Pero José Manuel alzábase de hombros. Esa era su condición. Acostumbraba solucionar todos los conflictos de su vida, con un "¡qué importa!" sufrido, intelectual, paciente. Comieron en la casa de Belén, en compañía de Juana y Margarita; y otra vez conversaban en el escritorio:

—No pude dar un escándalo en el club... ¡No soy de los bullangueros!

Felipe le atacó entónces rudamente:

—¿De manera que piensas seguir en estas concomitancias, en estas transacciones?

Con más calma, el conde volvió á su antigua indiferencia, á la vasta cachaza de su filosofía. Se acarició la barba, y como quien se resuelve á la última jugada, habló largamente:

—Sí—dijo—pienso seguir como hasta ahora. No seré yo, por supuesto, quien me oponga neciamente á los acontecimientos. Además, una reacción en mí, sería tan extraña, tan extemporánea, que llegaría al ridículo; mientras que con el estado de cosas, el misterio con que me rodeo, esa intriga de que me orlo, seducirá siempre, consiguiendo mucho más de lo que te figuras!

Tomó aliento, y, sonriendo, prosiguió:

—Es increible lo que me ar.o á mi mismo; y por no someterme á la tortura de investigar; por no colgarme en los hombros el trabajo de una violencia; por no angustiarme con la actividad de una molestia seria; por no echarme encima la vulgaridad de una separación ó un desafío, no hago lo que me aconsejas. Yo me casé por dinero y... tengo dinero: Juana no viene á ser para mí, sino el mejor mueble, el mejor jarrón de mi sala; la actriz menos insoportable de la comedia en que actúo. Para ella soy lo mismo. De suerte, pues, que estar en interrogatorios ridículos de enamorados de la edad media, en averiguaciones románticas, es sencillamente no saber vivir, es como te dije enantes, no dar con la mejor manera de ser desgraciado!...

Felipe, le miraba estupefacto, como quien se sorprende de una revelación. Nunca creyó á su amigo capaz de tales argumentaciones y filosofías, pero lo estaba oyendo, con la calma de un orador que tiene seguro su triunfo, con la calma incomparable del que sabe lo que hace.

—Con que ¿esas cosas sabías?—dijo burlonamente—no te conocía el talento que me revelas ahora. Efectivamente, si crées todas esas cosas que dices, debes resignarte á todo...

¡Me cáchis! creí que eras un reverendo pobre diablo por quien tenía la debilidad de sentir simpatías, pero me hallo con un burgués, ¡todo un burgués! más refinado, vamos, que los de París. Luego añadió:

—Pero esto resultará en París que es muy grande, que tiene infinitos placeres é infinitas opiniones, pero ¿en Lima?...

—Aquí en Lima, precisamente. Si estuviera en Paris probaría la falta de mi mujer, que me engañaba, y la separación, se haría en las mejores condiciones para mí! ¡Pero en este país, en esta Lima cursi y moral, que apesta á una moralidad rancia, no se puede ser feliz!..... ¡Yo sé lo que hago! Mi mujer está intrigada con el misterio de que me rodeo, el silencio; y eso mismo me entretiene y divierte! Mira: mientras ella se ríe de mí, yo me río de ella, por la vulgaridad de amarse con un militarote. Ella me llamará carnero, yo le diré cursi, y ¡estamos pagados! ¿Ves? La vida, te repito, es esencialmente irónica; muy sucia; muy triste..... De manera, pues, que todos son sufrimientos, hostilidades, una vasta omnipotencia de dolor; y, querer luchar contra ella, es perder lamentablemente el tiempo, es hacer lo que los demás: suicidarse de puro querer vivir con dignidad!.....

Encendió un cigarrillo que le obsequiara Anduaga, y continuó sorprendentemente:

—Para mí, no hay cosas serias, ni graves. Todo lo juzgo con cachaza, de todo me río. ¿Que mi mujer me engaña? ¡Yo también puedo engañar á mi mujer! Porque, óyeme Felipe: ¡quién me responde que el amante no me dé una paliza, ó no me pueda matar en un duelo, ó no me pueda matar una enfermedad, un accidente cualquiera sin haber logrado mi objeto, sin haber lavado mi honra, sin haber castigado al ¡¡¡delincuente!!!

Se alborotó el pelo y erigióse en actor de melodrama:

—Mientras así dedico al placer los mejores ratos de mi vida. Pronto moriré y resultaría un necio si alardeara de lo que se apoda honradez, dignidad, &; que yo considero como las mayores tonterías humanas, el deshonor é indignidad más grandes, más desabridas, más cursis, menos interesantes!.....

Y, pegando una feróz chupada al cigarrillo, desmadejóse en la amplia butaca de cuero negro.

— ¡Mil diablos! — apenas articulaba el chapetón. - Eres muy curioso..... Si piensas así, haz lo que quieras... Sigue con tus levitas y tus ideas. Estoy con un palmo narices, y convencido! Eres elegante en el hablar, cuan quieres, y ya tengo vergüenza de decir una vulgaridad dela

te de tí é incurrir en el enorme delito de resultar cursi!..... ¡Te has adelantado á tu tiempo, José Manuel!

Tomó su sombrero, anonadado, desconfiado, fatigado, y en la puerta, al despedirse ese chapetón honrado, digno, ese varón justo y bueno, dijo á un miserable resignado:

—Te envidio Felipe, te envidio!

Algunos días después, el conde supo que la querida de Felipe le había engañado y que el chapetón le diera una soberana paliza y desafiárase con el amante. Fué vencido Anduaga, y siempre la querida se fué con otro.

—Imbécil—gruñó José Manuel, en una malsana satisfacción de triunfo—qué imbéciles son los hombres dignos!..... ¿Qué ha conseguido el honrado Felipe? A más de una soberana paliza, una abyecta vida de amargado, pensando siempre en la cochinada de una mujerzuela á tanto la libra, á tanto la hora!...

Entónces explicóse el interés que Felipe tomara para preguntarle lo que pensaba hacer respecto á esa situación, y dedujera de tal actitud, las convenientes enseñanzas. ¡Pobre Felipe!

Y, triunfal, con aires de omnipotente superioridad, saboreó ese "¡te envidio!" que todo un hombre de honor le salpicara al oído..... ¡Quién lo había de creer!

Y, nuevamente, le poseyó el espasmo de la ironía humana!.....

¿Quieres venir?..... Vive con ella una linda muchacha..... ¡una fresa!

Un antiguo amigo de José Manuel, negociante en alhajas y objetos de arte, le invitaba á pasar un rato alegre entre mujeres.

El conde aburríase en Belén. Hablaba con su mujer solo de cosas importantes, y desde que llegara de Yura, la había besado una vez. Aquello encontrábalo intolerable, horriblemente monótono. Tenía un departamento *separado*, apenas si se veían á la hora de la comida. Nunca creyó que las cosas llegarán á tal extremo, pero incapáz de sorprenderse, quiso seguir inalterable, enigmático.

La condesa había resuelto no pasar en el campo ese verano, y el conde, al enterarse de tal resolución, díjole:

—Está bien, imponderablemente bien pensado:

Terminaba enero y ya era seguro que la familia Bragada no iría al campo. Sin embargo, la gente no habló mal de semejante excepción, y el conde buscó la alegría de que aún pudiera ser capaz, entre las prostitutas.

Aquel día era santo del amigo negociante en alhajas y objetos de arte, Damián, apodado "Damiancito" por su afición al bello sexo. Era muy gordo y lampiño, usaba melena, anteojos azules y fumaba toscanos. Lucía un enorme brillante en el dedo meñique. Habló al conde de las *redondeces* de sns amigas Pancha y Narcisa, pero aseguró que eran algo carillas.

—Lo bueno hay que pagarlo—decía el negociante en alhajas.

El conde protestó. La mujer nunca está bien pagada.

—Todo el oro del mundo no bastaría para pagar á la "Rubia..... ¿La conoces?

"Damiancito" conocía de sobra á la "Rubia." Era una inglesa que hacía poco vivía en Lima, alborotando el cotarro y escandalizando á las buenas madres de familia por l[illegible] maliciosas ojeras que extrenaban sus hijos. Hablaron de [illegible] "Rubia" y el conde recordó á su compañero una andalu[illegible] también rubia que conocieran en Madrid ¡costaba cien pe[illegible] tas! Ah! pero las valía!

—¡Ya lo creo!

Como en Lima no tuvieran tarifa sino las mestizas y las de medio pelo, la aparición de una mujer de cabeza dorada, entusiasmó la juventud masculina. Y un hijo de familia, de enorme apellido, robó á sus padres una fuerte cantidad de dinero para gastársela con la inglesa. Se habló de expulsar á la *gringa*, del territorio nacional, pero el alcalde se opuso después de una entrevista que de noche tuviera con la inglesa.

—Las criollas me apestan!—decía el conde escupiendo—¿estas son criollas?

—Son paisanas, chico. ¡Españolas de tránsito!

El conde se alegró notablemente. Compraron cerveza, pasteles y entraron en una casuchita de un solo piso y de un caño de agua en el zaguán. Un faldero blanqueando en la sombra, ladró familiarmente. Sentíase un fuerte olor á orín, y en la sala una lámpara triunfaba, incendiando la nota roja del papel y las alfombras.

Pancha abrió la puerta y fué presentada al conde. Este la halló apetitosa, y, sin quitarse el sombrero, dió un nombre supuesto.

—Vamos—dijo Damián—déjate de repulgos. Y dirigiéndose á la Francisca añadió:

—Mentira! este caballero es don José Manuel de Bragada, conde de Barrio Nuevo.

Y ese "conde de Barrio Nuevo," en el ambiente plebeyo y denso de la sala, rebotó caballeresco, vibrando con etiqueta

—Tanto gusto... el señor conde...

—Para mí no hay condes, sino hombres: todos iguales.—Berreó la Tomasa, zamba de cincuenta años y criada de las españolas.

Rieron.

Hablóse después de lo pueril que era la humanidad y Damián hartándose de conversación tan petulante, gritó escandaloso y rotundo:

—¿No está en casa la señorita Narcisa?

Esta apareció encorcetada y grave. Olía á jazmín y un meloso vaho de mujer halagó las narices. Narcisa era la mejor.

Vestía falda salmón; por las mangas holgadas de su l sa blanca, salían unos brazos pulidos, sin vellos, que re- taban en manos breves y ensortijadas.

El conde pensó: con esta me quedo; y al enterarse de que l cha era la preferida del amigo Damián, felicitóse viva- te.

Hablaron del tiempo, y una vez que la primera copa de licor intimó la conversación, recordaron Madrid y la vieja España.

De pronto, como percibiendo un oscuro detalle de la infancia, preguntó la Narcisa:

—¿Ahora diez años usaba barba el señor conde?

—Nó! y ¿por qué lo pregunta la señorita Narcisa?

—Mire: yo recuerdo haber visto su retrato.

Satisfecho el orgullo del conde porque viérase su retrato, preguntó:

—¿Y ádonde le viste tú, criatura?

Narcisa entristeció la voz, y armándose de extraña valentía, contó una historia:

—¿Por qué no lo he de decir?... fué en casa de mi madre, la Nieves Miralar, á quien se le decía por mal nombre "la Lunarcito."

El conde recordó. Sí! fuera su querido. Gastárase con ella parte de su juventud y de su fortuna.

—Oh! Nieves, Nieves!—repitió petulantemente, contemplándose los escarpines—¿y qué es de ella?

—No sé—contestó secamente Narcisa; y Pancha besó al negociante de alhajas.

El conde pensó que la suerte le brindaba una ironía más. Poseyó á la madre y poseería á la hija. ¡Dos generaciones puestas á su servicio! Toda una raza empleada en satisfacer sus porquerías, por un puñado de monedas!

Las españolas se quejaron luego, con desenvuelto cinismo, de lo mal que andaba el negocio. El conde balbuceó una galantería vulgar y cursimente besó á la Narcisa en la boca.

Pancha cruzó las piernas y lió un cigarrillo. Damiancito le habló en voz baja y ella le llamó: ¡amor mío!

José Manuel tenía fastidio y miró sus escarpines: eran lavados y relucían. En la cabeza de Narcisa, suavemente azuleaba un manojo de violetas. La lámpara de petróleo derretía en el cuarto una sucia claridad, agonizando torpemente en la molicie de los rincones. En el centro, sobre una mesita de trípode, en un vaso, moría una flor, y enfundada en la sombra, veíase amarillar una guitarra.

—¿Tocas?—preguntó el conde á Narcisa.

—Francisca sabe...

Y Panchita levatánndose con fastidio, bordoneó una tenera. Se rompió una cuerda, y fatigosamente, se le reemplazó por otra.

—¡Hay que templar bien!—dijo Damiancito, y se tumbó sobre el sofá para oír mejor el aire español.

José Manuel intentó cantar, pero su amigo dijo que estaba afónico. Damián se incorporó entonando una jota. La luz rielando en el sudor de sus bigotes afeitados, descubrió una piel gruesa y porosa. Pancha cantó luego cierta canción obcena que gustaba mucho, y, en un ¡olé¡ desabrido y frío, mostró una dentadura completa y blanca. A Narcisa le faltaba un colmillo y el conde ofreció costearle el postizo.

Se había acabado la cerveza, y Pancha mereció la aprobación general. Luego, dando unas "buenas noches señor conde" se retiró abrazada al enorme cogote de Damián, quien antes de desaparecer tras las cortinas, se curvó maliciosamente haciendo relucir el brillante y amarillando la enorme cadena de su reloj.

El conde apagó la luz y todavía oliendo el humo aceitoso de la lámpara, besó crudamente á Narcisa, pero no pudo poseerla. Y entonces, invocando refinamientos y originalidades, ejecutó con su española un placer curioso.

Narcisa le llamó cochino; y el conde entraba en la casa de Belén á las dos de la mañana.

Recordando la noche en que después de una comida en el club, regresara á su casa, sensual y borracho, sentóse en el sofacito de su escritorio. Extrañó un chal rojo, una oleografía, un cuerpo desnudo de mujer hermosa. La ventana tenía una hoja abierta y la luna entraba desinteresada y fría, acuchillando la sombra con una faja de luz. El conde convencido de no poder hallar poesía en ese marco de cielo, y por ende, no hallar entretenimiento alguno, cerró prosaicamente la ventana.

Un momento quiso ir donde su mujer, despertarla y proponerle una reconciliación.

—¡Cuánto la haría gozar si aceptara!—pensó, pero no atreviéndose á tal audacia, acabó por acostarse y dormir como un bienaventurado.

Era domingo. El sol picaba la piel. La condesa acompañada de Margarita tomaba el chocalate. José Manuel entró al comedor.

—¿Qué tal noche? señor conde—saludaron juntamente las dos señoras.

—Expléndida, sobre todo original.

¡Orginal?—extrañó Margarita.

sé Manuel explicó la originalidad, refiriendo una aven-
Dijo que por primera vez había perdido en el club, en
mbor, cien soles de plata... ¡cien soles!
n soles habíase gastado con la española y quería sa-
s á su mujer.

—Y, ya sabes Juana, que las deudas del juego son muy sagradas.

La condesa estrenaba esa mañana una cárdena palidez y el conde advirtió que su mujer nuevamente estaba en cinta. ¡Era indudable! Los ojos lánguidos, la voz engolada, la bata alta por delante y viceversa por detrás. ¡Tenía otro hijo!... Indudablemente él, como marido incomparablemente poseedor de todos sus goces matrimoniales, en pleno ejercicio de ellos, tenía otro vástago!

—Que se va á hacer—pensó José Manuel, concluyendo furiosamente su chocolate.

—¿No vas á misa?—preguntó.

La condesa no quería ir á misa para que nadie se percibiera de su estado. Aunque no todos tenían mala lengua pero se hablaría ¡ya lo creo que se hablaría!

El señor conde en chinelas, pregunto por Manuel Antonio, y Margarita dijo que le estaban bañando.

—Pero ¡que desarrollado está! ¿no?—afirmó la condesa.

Era una insolente calumnia. Manuel Antonio crecía con menguada mezquindad, con la fofa blandura de las manos del padre Camacho.

Petronila había ido donde una comadre y la criada Margarita sacó á Manuelito. El sol hirió sus párpados, y, lacrimeando, el chico berreó un agudo chillido. Tenía las manos escaldadas y babeaba como un borracho.

—Que crecido está!... que bien!... que bien!

Luego dijo la condesa como si se tratara de la compra de un pato:

—Y pesa su poco, está en carnes.

El conde tomó al chico por los brazos; Manuelito le dijo ¡papá! Luego se puso á jugar con la barba del conde. Juana opinó porque debía recortársela.

—Y ¿á quién voy á gustar yá?—ironizó el conde.

—Pues... á mí—dijo con cacha la señora Melgarejo y escapó.

José Manuel dijo á su amiga Margarita, que su mujer era muy bromista. La criada desapareció con el niño. La amiga Margarita bordaba sentada sobre una silla baja y sin respaldo. De cuando en cuando veía el revez del bordado Una enorme bola de lana roja rodaba por el suelo, y la silla sin espaldar, mostraba al señor de Bragada las admirable caderas de su amiga.

Un momento las contempló golosamente y díjole:

—¿Todo eso es de usted?

—..... Se refiere?.....

—Al bordado!

¡Todo era suyo, efectivamente! El conde la halló superior á Narcisa y la deseó con vehemencia. A cada instante, al agazaparse para coger la bola de lana roja, hacía pendular sus formas, provocadoras y amplias, bajo la fina tela que las vestía. Se figuró entónces José Manuel una admirable disposición para el placer é intentó una audacia.

—Sabe usted Margarita..... yo deseo decirle una cosa..... dos palabras.....

Margarita dejó el crochet. El conde, que se paseaba, detúvose:

—Dos palabras.....

Acobardado, desvió la pregunta.

—Se trata de que quiero entrar en una negociación de minas.

Margarita protestó en tono de consejo.

—Oiga José Manuel, como amiga suya, me duele verle en tantas torturas. Usted siempre se afana, se mortifica, trabaja. ¡Se desvive usted, en una palabra, por incrementar los fondos de la familia! Pero no es conveniente tirarse á matar, un poco de descanso, no hay que ser tan laborioso, todo con medida. Déjese de negociaciones; cuando se ha tenido la suerte de ser rico hay que echarse de barriga y... ¡aunque se caiga el mundo!

El conde comprendió la cachaza de su amiga y comprendió también que esa mujer le despreciaba.

Margarita adoptó seriedad, y luego, suficiente y masculina, habló de lo innecesario que era para la gente acomodada, el trabajo.

—¡Eso queda para los pobres!

El conde quiso interrumpir, pero dejó que su amiga siguiera entreteniéndole el fastidio de esa hora.

Margarita ahondó en el asunto y desbocándose en bullangueras apreciaciones sobre el porvenir comercial del Perú, dijo esta frase sentenciosa y solemne:

—¡Seremos ricos mientras tengamos islas!

Luego el conde cambió:

—Tendremos islas mientras seamos ricos!

La amiga guardó los útiles del bordado, y desdoblando paño de hilo claro, mostró al conde un admirable dibujo, ıltado en lana. Dominaba el rojo, y José Manuel calificó :ursi tal nota sangrienta.

Volvieron al asunto de negocios. El conde habló ceremo- y breve de sus (!) propiedades, y reveló un proyecto

de reconstrucción de fincas. Margarita agitó los brazos para perorar en tono edilicio y el conde constató una enorme lascivia, una sensualidad glotona, en aquellas carnes rosadas, muelles, lampiñas.....

—No hay que afanarse tanto, amigo José Manuel—dijo Margarita y desapareció riendo falsamente.

—¡Charlatana!—balbuceó el conde—¡Charlatana!...

Fué de ese modo como nació en sus nervios una interesantísima pasión por Margarita. Entró luego á los cuartos con fútiles pretextos, como quien se despreocupa, solo por aventurar un encuentro propicio y encontrarla en el abandono delicioso de las mujeres que se creen solas.

Supo por investigaciones ulteriores que Margarita tenía unos senos admirables, y que olía muy bien. Averiguó de un lunar en la pierna, y el conde pensó muchas veces en ese lunar. Recordó á la madre de Narcisa. También la Nieves tenía un lunar en la pierna que él, su querido, había besado muchas veces.

José Manuel reconstruyó escenas de su maritaje con "Lunarcito," y, cerrando los ojos, creía tener entre sus manos, en un loco abrazo de venganza y de deseo, á la amiga Margarita. Largas horas pensaba en lo tanto que gozaría á la amiga, si ella quisiera; pero imposible; le despreciaba; y ¡el odio antes antes que el desprecio!

Había caído el Gabinete. Se habló de que el ministro de guerra continuaría al frente de su cartera; pero fué aceptada su renuncia. Los altos intereses de la política lo reclamaban. Además, la opinión pública... ¡Oh, la opinión pública exijía una reparación!

En los diarios aparecieron editoriales patrioteros.

La condesa dió á luz una mujercita. Margarita, la criada, fué nombrada su ama de leche. El conde tuvo tercianas; dos meses después, sanaba, y un domingo por la noche, volvía donde Narcisa.

Llovía. Era el mes de julio, visperas de la fiesta nacional. Habían grandes preparativos. Al doblar una esquina se dió con Anduaga, envuelto en un sobretodo claro y con tarro. Le habló escandalosamente:

—¿A dónde bueno?

El conde que ya no quería ocultar nada á Felipe, le contó que iba donde unas españolas, viejas amigas, íntimas de negociante de alhajas.

—¿Paisanas?—exclamó Anduaga.

—¡Sí hombre, ven, echemos una cana al aire!

Felipe no opuso resistencia y acompañó á su amigo.

Luego dijo éste:

—¡Oh, si las conocieras! yo me divierto mucho con Narcisa.

—Guapota ¿eh?

—Mira—respondió José Manuel, iluminando la sombra con una chupada del cigarro—voy á ser franco. La prefiero á mi mujer, siempre es nueva, me mima.....

—Y te mina—chirigoteó Felipe. Luego preguntó por la otra. Habló después de que esas mujeres eran unas desgraciadas y de que no debían humillarlas.

—Hay que pagarles bien.

José Manuel, mirando el punto rojo de su cigarro, dijo:

—Si yo les pago es porque necesitan, de lo contrario..... de lo contrario, vivirían conmigo por amor, puro amor..... ¡Si supieras lo que me adora la Narcisa!

Felipe rió y llegaron á la casa. No había luz; tocaron: salió una negra y dijo que las niñas habían mudado de domicilio.

—Esto es una lavandería!

—¿Y á dónde viven ahora?—preguntó Felipe.

La vieja tiró la puerta y gruño una obcenidad.

—Cómo—dijo el chapetón—estas son las ninfas que te amaban tanto y se mudan sin avisarte!

Para salir del paso, José Manuel pidió auxilio á una fracesita:

—¡Mujeres..... al fin mujeres!

Desconsolados y en la esquina, se separaron.

El conde regresó á Belén con el más completo aburrimiento y malestar. Le iba cargando esa enorme monotonía de clubs, mujeres, naipes, honras, patria..... El ajetreo social de siempre, la sempiterna sonaja. Era intolerable. No había encontrado á Narcisa. Habíase mudado sin avisarle.

—Perdidas!—balbuceó el conde rencorosamente.

Entró al escritorio. Daban las 9.

Por entre la fuerte sombra de las calles trotaba el eco de una riña. Súbito, desabridamente, un borracho aulló:

—¡Viva el Perú, señores!

sé Manuel cerró la ventana y se puso á meditar. El c) contiguo, por última disposición, era el de la amiga M rgarita. El conde sintió rumor de pasos. No había luz. I ó en los senos de su amiga, en el olor y color de sus car- r ¡ay! sobre todo en el lunarcito de la pierna.

Dudó. Entablóse en su cerebro una lucha. Entrar al cuarto ó no entrar; hablarle ó nó; ser audaz ó tímido; y, anulada su actividad en tales indecisiones, quedóse arrellenado en el sofá de cuero, tembloroso el cuerpo, sacudidos los nervios por ese vendabal de pasión con que á ciertas horas de la noche, ciertas mujeres decentes, por ciertas circunstancias excepcionales, suelen violentar á los hombres. En la crísis del deseo, tuvo impulsos de penetrar en el cuarto y tumbarla brutalmente sobre la cama; y ¿si gritaba? ¿si le hallaba su mujer? Hubiera sido el ridículo más espantoso. Nó! era imposible. Además, no estaba fuerte; las tercianas le habían devastado y una aniquilante laxitud anulaba la energía de sus miembros... ¿Cómo se expondría, pues, al ridículo de ser vencido en una lucha de amor?

Erró la mirada por la sombra del cuarto y apenas percibió las dos manchas claras de sus escarpines. Los dientes le hacían traición y de su boca salían torpes palabras. Pensaba en la amiga Margarita; quizás si estaba deseosa de que él, conde de Barrio Nuevo y buen mozo, la fuera á sorprender en el momento en que caía de su cuerpo la camisa de día... quizás... ¿por pué nó? Sería despreciable en cuanto á lo moral, pero en cuanto á lo físico! ah! era toda una belleza masculina y... quizás! ¿por qué nó?

Sentíase con más insinuación el ruido de faldas, ruido sensual y discreto, invadiendo voluptuosamente la molicie de la sombra... Aguzó el oído... púsose de pie... Precisos, blandos, trepadores sobre la carne, oíanse unos pasos que morían en los tapices.

No pudo resistir por más tiempo, y locamente, en la nota más alta de sensualismo, se resolvió.

Todo veíalo negro entre la sombra, como si caminara por entre el lunar de Margarita. ¡Era en la pierna! Paróse en el umbral de la puerta. Cesó el rumor de pisadas. Un momento creyera en *penas*; pero se animó á decir despacio, muy despacio:

—Margarita!.....

Oyó un "sch" imponedor de silencio; y, con la feróz alegría del que ya ha triunfado, removió los brazos buscando á su amiga. Halló una mano que él creyó breve, y la besó atropellado, torpe:

—Margarita..... Margarita..... — balbuceó sordamente; y, á tientas, la llevó hasta la cama.

Le palpó los senos, los brazos, y, ridículamente, buscó el lunar de la pierna.

La cama sensual, olorosa, muelle, crugió con gentileza....

.....

Al abrirse, sonó la puerta de la sala, y el conde, apresurado, con la más honda gratitud á la vida por felicidad tan suprema, volvió al escritorio, no sin tropezar antes con un bacín.

Ya en la butaca de cuero negro, suspiró con petulante avidez. ¡Por fin, había conseguido hacer suya á la amiga de su mujer, la más elegante, la más hermosa de todo Lima! Pensó el conde cosas incomparablemente halagüeñas. Creyó que por su belleza física, la de él, había logrado vencer esa repugnancia moral que Margarita aparentaba tenerle. Colmado de vanidad y satisfecho de su *potencia*, que en tantas otras veces le traicionara, abrió las ventanas, y, retorciéndose la barba, exclamó para oírse el mismo:

—¡Era de esperarse... era de esperarse!

Luego meditó, regaladamente, en la repetición, en la dulce continuación de esas aventurillas, cómodas, baratas, sin resistencia y creyóse feliz!

¡Ya tenía amante en la propia casa! ¡Cómo se reiría de su mujer! Halló sumamente curioso aquello de engañar á la mujer en la propia... ¡en la propia casa!

Un ¡Petronila! vibró pujante y airoso en el fondo de los cuartos. Era la señora condesa que había llegado.

José Manuel, satisfecho de tanta buena suerte, se encaminó al encuentro de su esposa. Además, quería verle la cara á Margarita, á... ¡su querida! En tal antojo, José Manuel efectuaba la revancha de su pasado ridículo, la venganza total de sus agravios. ¡Quería verle la cara á esa mujer de campanillas que alardeaba de honradez y de nobleza de alma, poseída por él, animalmente, después de un: "Margarita..... Margarita," y de un empellón brutal sobre la cama!.....

—Ah!—pensó Bragada—¡Bendita seas vida humana, si sabes proporcionar tan infinitos placeres!

Luego ahondó en el porvenir de sus amores y vióse paseando del brazo de "Margot" en una noche de luna á lo largo de las largas avenidas.

ntró al comedor. Estaban Juana y Margarita; pero, ¡ orpresa! hallábanse con la mantilla en las faldas y en t e de calle. Venían ellas, las dos juntas, Juana de Melgar y Margarita García, de la novena. ¡Imposible!... ¡impos-

Ah!—pensó socarronamente José Manuel—¡que sabida! se ha vestido rápidamente y puéstose la mantilla para disimular. ¡Pero no había habido tiempo!

Y espantosa y horrendamente asustado, fué cerciorándose de que su amiga Margarita había estado en la iglesia, en la novena... ¡rezando!

José sintió que volaban sus ideas y que era víctima de una burla sangrientamente irónica! Pero..... ¿de quién?.....

—De la vida!..... de esta existencia de.....

Sordamente dijo cuatro necedades y retirábase ya á su escritorio, embarazado por el cruel misterio de esa aventura doméstica, cuando sintió que una criada de la casa se le acercaba, soplándole al oído:

—¡Oye, señor José Manuel..... espero no le dirás, pues, nada á la señora!.....

La tierra huyó de sus pies, y sin articular palabra alguna, rodó como un fardo, estúpidamente, hasta su escritorio.

Había sido la criada Margarita, el ama india, la de Huancavelica.

Algunos años pasaron... La condesa tuvo dos hijos más. Manuel Antonio entró al colegio. Vino la guerra y la condesa perdió gran parte de su fortuna en los "ranchos" de Chorrillos que le fueron quemados.

Odiamos á los chilenos... Nos vencieron... A Tacna y Arica le llamamos "las cautivas"... Bolognesi fué un héroe; y el conde murió miserablemente de una pulmonía, sin que en la conciencia de la señora condesa quedara el remordimiento de haber sido por falta de asistencia médica.

¡Fué con todos sus auxilios!.....

Como convenía á personajes de tan elevada estirpe, Manuelito de Bragada y Melgarejo ingresó al ilustre colegio de los RR. Jesuitas, y las señoritas Amelia y Sofía, al no menos ilustre y copetudo colegio de Belén. Laura y el último niño de la condesa, Teodorito, disfrutaban aún, de los cuentos del ama Petronila, que se conservaba en la plenitud de una vida saludable. La negra Peta amamantara á todos los hijos de la señora Juana, quien no se cansaba de admirar la potencia extraordinaria de esa mujer.

Por diversas disposiciones de la suerte, vióse obligada á vender la casa de Belén, y á ocupar otra en la calle de San Pablo [1]. La fortuna de la señora viuda había mermado considerablemente. Las fuerzas chilenas quemaron sus ranchos de Chorrillos y como las haciendas y casas fueran pésimamente administradas, poco á poco tuvo que irse deshaciendo de ellas para mantener el lujo y el tren fastuoso con que acostumbraba vivir.

Cuando Manuel Antonio cumplió diez años, su madre, por consejos del padre Camacho, quiso enviarle á España para que recibiera una sólida y religiosa educación; pero, hecho un inventario comercial de los ingresos de la familia, se convenció de que no contaba con los suficientes recursos para ese lujo extraordinario. Apenas quedaban la casa de la calle de San Pablo, en donde vivían, un rancho en el Barranco y algunas tenduchas en las calles apartadas de Lima y centrales del Callao.

La decantada fortuna de la condesa había desaparecido, pues; pero la pompa de pasados esplendores, el prestigio de [illegible]jos timbres nobiliarios, el brillo de los damascos y cortines bordados puestos en los balcones al paso de la procesión de los "Milagros," iluminaban todavía la existencia de

—Disimúlese la invención de esta calle.

esa familia linajuda y rumbosa, dorando las apariencias, con la igual fortaleza que hay en un golpe de luz crepuscular, cuando un sol hermoso refleja sus agonías sobre la solemnidad de un viejo castillo, derruído y noble.....

Don José Manuel, ya difunto, nunca se preocupó de los bienes, y se avenía resignadamente á vivir de las rentas. La condesa á su vez, creyó que su fortuna era inagotable y nunca pensó en ella sino para vivir lo más cómodamente posible. Cierto individuo de nacionalidad inglesa le robó unos cuantos miles de billetes; y muchos compatriotas de su marido la trampearon con fuertes sumas. Todo parecía serle hostil, y la condesa por primera vez, pensó laboriosamente en su porvenir y en el de sus hijos. Habíase acostumbrado al buen tono de una vida despreocupada, y ahora que se hallaba de cara á la vida, vaciló, temió, oró.

Además, sus deslices con el coronel Jauranga [enfermo de ataxia en uno de los sanatorios de la ciudad], habíanla distanciado de ciertas amigas escrupulosas y dignas, que no podían avenirse á tales inmoralidades. De manera, pues, que el prestigio de su nombre amenazaba una ruidosa caída; y jamás necesitara tanto dinero para sostener el brillo de sus condales pergaminos. Era necesario mucho dinero para nuevos bailes, nuevas comidas, toda esa tramitación de la fama social que el oro abrevia y aligera.

La condesa comprendió todo esto, y, en su alma orgullosa y terca, germinó reciamente el deseo de luchar. Por primera vez paladeó gustosa la idea de vencer y mirar humillado al reducido grupo que la asqueaba, y que, después de haberle succionado todo lo que tenía, parecía hacerle un mohín de desprecio por haberse amado con el coronel. ¿Casi todas no eran lo mismo? ¿No habían tantas igualmente cochinas? ¿Margarita no lo era? ¿Por qué entónces ese ensañamiento contra ella?

—Es muy brutal la sociedad—pensó; y, revolucionando contra su vida pasada, púsose á urdir, á tramar, para obtener una resurrección airosa de su vieja omnipotencia. ¡Ah, cómo gozaría entónces!

Estas crísis eran pasajeras, impetuosas, pero fugaces. Denunciaban su temperamento nervioso, la inusitada actividad de su cerebro femenil, supérfluo, que un momento reacciona para decaer. Luego creía en cosas irrealizables, verdaderas monstruosidades. Pensó en feos negocios, en ingeniosos timos, en abyectas especulaciones..... Llegó hasta querer rematar los bienes que le quedaban, para abrir una gran casa de comercio, una gran fábrica, alguna cosa cualquiera,

para tener dinero, mucho dinero en la misma ó mayor abundancia que el año de 1874. Pero luego comprendía que aquello pugnaba con la limpieza de sus títulos heráldicos. Además, una mujer no podría hundirse en el complejo mecanismo de vastas negociaciones; era una tontería; ¡imposible! Entónces lamentó la muerte de José Manuel. Si él hubiera vivido, le impulsaría á trabajar, á ponerse al frente del conflicto, pero luego se decía:

—Fué un imbécil.....

Buscaba en la imaginación algún amigo, un viejo amigo, y no lo hallaba. Esa generación parecía haberse extinguido. Efectivamente no halló ningún amigo digno de esa confidencia. Todos le traían á la memoria infélices recuerdos. Recordó entonces la existencia de un tío, que ha mucho tiempo habitara en España y del que era única heredera... ¡Si el tío se conservara soltero!

—¡Pero se casará ó me enterrará!

Tras largo batallar comprendió que era muy espinoso el camino que en adelante tendría que recorrer. Su existencia no se presentaba tan fácil como en la primera época de su matrimonio. Había que resignarse, hacer lo que tanto agradara á su difunto conde.

La señora había envejecido. Ya se lo dijeran las amigas.

—Te pones chocha.

La hermosa cabellera de tiempos mejores, era yá por el año del Señor de 1887 una desaliñada mata de pelos, verdosos por entre los que á veces saltaba el blancor de una cana. Su cara estaba inundada por ciertas pecas, que, con asombro de los médicos, poblaran su piel en el último parto; y su nariz, aquella hermosa y noble nariz de 1874, larga, resbaba entre sus pómulos manchados con una grave palidéz. Los ojos miraban como otros ojos vulgares; perdiera su buen cuerpo, y, francamente, que la señora condesa estaba fea.

El coronel Jauranga, que recibiera otra herida en Miraflores, corroboró la decadencia prematura de su ex-amante.

—¡Caramba, caramba, quién me había de decir que esta es la señora Juana de 1874!

Los periódicos, al comentar la famosa batalla, dijeron q[ue] Jauranga se había batido como un león; y el coronel ya n[o] hablaba á sus amigos sino de meticulosas relaciones de e[s]odios y heroicos hechos.

Los bolivianos! esos bolivianos fueron los causantes d[e] derrota... ¡Malditos sean! era de ver cómo corrían... Si h[u]bieran sabido ser tiesos, ternejos... pero... ¡malditos sean!

La campaña había devástado su viril y copiosa musculatura; y, después de aniquilantes aventuras amorosas que purgara en Huacachina. arrastraba una ataxia en una casa de salud. Su hermana, la señora Encarnación ya no visitaba San Pablo.

En cambio, la tía Cármen había intimado con su sobrina y asistía con frecuencia; todos los martes almorzaba con la condesa. Esta toleraba esa intimidad porque como su tía era persona que gozaba fama de ser seria, de respeto, daba á su casa una solemnidad de morada de gentes de órden. A pesar de lo que se murmurara, doña Cármen de Ravales, no se preocupó jamás de que los jóvenes de Bragada fuesen hijos ó nó del chapetón.

—Cuentos..... chismes!

Sin embargo, no iba á la casa de San Pablo sino los martes, y eso, solo á almorzar y conversar de religión, de los últimos siniestros y de las sesiones de la Junta. Siempre tenía alguna noticia:

—¿Saben quién ha muerto? ¿saben que se casa fulana? ¿quién es el nuevo párroco, el obispo?

Intima suya era doña Segismunda Rios, hija de un general veterano y que tenía, á más de grandes vinculaciones con la iglesia, una hija preciosa llamada Mercedes. Visitaban también la casa de San Pablo y parecía existir cierta inteligencia entre esta bella criatura y Manuel Antonio.

Doña Segismunda también era viuda y para olvidar la ausencia de su marido, comulgaba todos los días y era presidenta de varias asociaciones religiosas. Muchos reverendos le habían dedicado sus sermones impresos y el padre Camacho decía, que era "una santa matrona." Este ministro del Señor, también visitaba con frecuencia la casa de San Pablo y á menudo pedía á la condesa valiosas limosnas para el culto. Cuando Juana acudía á él en demanda de consejos, era respondida con hinchada gravedad:

—Hay que esperar la voluntad del Señor..... ¡hágase su voluntad!

Y la condesa quedaba muy pagada de las estupideees de su reverendo.

—Es un santo varón, pensaba, complaciéndole el ser preferida por un santo varón.

En una terna presentada por el supremo Gobierno, pai proveer un obispado, obtuvo entre los representantes cer 38 votos. Ya era un título! En cambio el coronel Jaurang solo había conseguido 30 votos para su generalato. Ya e un título!

El reverendo Camacho tenía á su cargo la clase de Historia en el Colegio y usaba sotana muy corta, hasta vérsele los tobillos, abultados y recios, bajo la media. Naturalmente, en las clases, defería al hijo de su amiga la condesa de Barrio Nuevo. Siempre que iba á San Pablo le hacía un mimo y le preguntaba:

—¿Dónde está Dios?

El chiquillo se hartaba de conversaciones tan superiores á él y concluía exigiendo un cuento. Entónces el padre le maltrataba con narraciones espeluznantes, desproporcionadas, llenas de sacrilegios, de horrendos castigos por haber faltado á Dios. Niños despedazados por llameantes caballos; mujeres cubiertas de cilicios; sacerdotes martirizados orando en los desiertos, con las uñas y el pelo muy crecidos; brutales descripciones del diluvio universal y Sodoma; episodios monstruosos de la vida de los santos; toda esa fanfarria criminal y farsante, esa cursi vulgaridad de un paraiso, un diluvio, una Sodoma, unos cuantos imbéciles que el tiempo trascurrido los presenta como divinos, un Dios hecho hombre, unos cuantos ingenuos que la humanidad ha llamado Santos, y unos frailes traficantes en conciencias, que constituyen la humorada religiosa de la historia.

Era incontenible el reverendo don Genaro cuando hablaba al jovenzuelo de Bragada.

—Yo no quiero que te pierdas entre esta sociedad de descreídos..... debes huír de la mala gente ¿eh?

Y le palmeaba los hombros, protectoramente, con su mano repugnante y fofa como el vientre de un batracio.

Ejercía sobre el muchacho una gestión invasora, fuerte, antipática. Manuel Antonio se intrigaba con las palabras del sacerdote, saturadas de una fonética novedosa y siempre le rogaba que repitiese aquello del "sacrificio de Abraham."

—Ah!—respondía el fraile—Dios quiso probar á Abraham y le ordenó que matara á su hijo Isaac.

—Y.....?—interrumpía el chico con dolorosa ansiedad.

—Espera: Dios quiso probarlo, nada más, para lo que le mandó un angel que le detuviera el cuchillo..... porque yá tenía el cuchillo levantado.

Manuelito, sin interesarle algo más, preguntaba infantilmente:

—¿Y de dónde sacaría el señor Abraham ese cuchillo? ¡uf grandazo sería!

Después de todo, el pequeño gustaba de esos episodios giosos, llenos de exajeración y deformes, nó porque su alsaborease lo de divino que el tema encerrara, sino por el

aire novelesco de esas charlas, los asuntos enmarañados, los tipos extraordinarios, los hechos sangrientos, inverosímiles, los más á propósito para malograr el alma ignorante y fantástica de los niños y las mujeres.

En un principio, Margarita, la esposa (pues la otra, la huancavelicana, había sido despedida yá) apoyara al reverendo; pero después, como se reconciliara con su marido, tuvo que abandonar á la condesa y se embarcó para Europa en busca de una vida reparadora y digna.

La condesa sintió profundo pesar por la ausencia de su mejor amiga, que tan bien se conformara á su manera de ser. ¡Tanto tiempo vivieron juntas!

En ese mismo detalle la condesa creyó advertir una nueva hostilidad de la vida, un puntazo del destino ¿por qué su amiga Margarita se reconciliaba con su marido en el preciso instante en que más necesitara de su amistad?

Recordó plácidamente los arranques filosóficos del conde, siempre llenos de malsana amargura, de hondos desprecios é indiferencias.

—La vida es muy irónica!—le había oído decir con frecuencia, y muchas veces escuchara puntuar sus conversaciones con aforismos graves, con metáforas sencillas y tristes.

En el alma de ese harapo social que, bajo la forma de conde, se alzó hasta ser su marido, encontraba ahora, en los momentos de la desgracia, sutiles enseñanzas, ciertas lecciones de la vida, rudas franquezas desvestidas de toda hipocresía social que saturaban sus hastíos y sus rencores de una mundana filosofía. Pero al lado de estas sabias máximas, tropezaba con el idealismo de una moral intransigente, despótica, imposible, cuajada de prohibiciones y remilgos entre la que desaparecía toda felidad terrestre, condenando á sus proeélitos al vano consuelo de ser solamente buenos, virtuosos, sin ningún resultado práctico de felicidad. ¡Pero ella no podía bastarse con ser meramente buena ó virtuosa, necesitaba, con necesidad inmediata, ser también feliz;¡¿encontraría, pues, una fórmula intermediaria que conciliara ambas exigencias? ¡Tras largo meditar cayó en la cuenta de que en Lima era incompatible ser feliz con ser honrada.!

Las recias alegrías de esta única vida que nos interesa vivir; las fuertes emociones del amor, solo se hallan exuberantes, expléndidas, omnipotentes de vida, entre el prosaismo franco, sabroso, de las grandes poblaciones regidas por un amplio criterio de liberalidad. Pero aquí, en las sucias tortuosas callejas de Lima, en los yermos campos de su vi

social, en la organización toda de sus costumbres de aldea, en su fanatismo rígido y severo, apenas si se encuentra la extravagancia de una ciudad bárbara metida á ciudad civilizada en pleno siglo de las luces.

¡El exotismo de una extravagancia!

Todo esto había oído á su marido en largas y enconadas conversaciones.

—España! oh! España era otra cosa..... Bélgica, Suiza, Holanda...

Y, recordando los últimos rencores del conde, exclamaba:

—¡Esto es una pocilga!

Después de todo, la ilustre viuda, que cuando oía hablar á su marido le motejaba de loco, llegó al convencimiento de que José Manuel de Bragada, aquel resignado, aquel anfibio social, representaba para la vida práctica un coeficiente más positivo y preciso, que muchos utopistas nacionales..... Un hombre superior á su medio, muerto en la ingenuidad de nuestra vida. Un refinado, un culto!

Y Juana pensó con amor, en Europa, ¡París! en donde nadie se ocupa de nadie, en donde los hombres eran Bragadas y las mujeres Melgarejos.

—Cómo no le comprendí, qué feliz hubiera sido!

Y se atribuyó la enorme responsabidad de no haber comprendido y hecho feliz á ese gran civilizado. Había tenido en la propia casa la más brillante oportunidad para ser dichosa, y e la, Juana Melgarejo y limeña, tuvo la tontería de hacer ascos y repulsas por las indignidades de su esposo. Este fuera un europeo chapado á la moderna, en la galante, en la elegante acepción de la frase.

Y, ¡cómo había pasado desapercibido y oscuro!

El padre Camacho que se asociaba á estas disquisiciones, cuando en las charlas intervenía el recuerdo del difunto, peroraba con suficiencias de sermón:

—No crea usted Juanita..... ¡que Dios me lo perdone! pero el señor conde (que en paz descanse)—decía entre dientes —no fué digno de mejor suerte, se lo merecía; además, era medio ateo.....

Discutían con desabrido interés, y el fraile, acariciando á Manuelito, acababa:

—¡Que sea lo que la condesa quiera!

Luego, llamaba á Amelita y le preguntaba por los últis "pasos" del colegio. Entónces las chiquillas hablaban, opelladas, disonantes, sobresaliendo, infantiles y agudas, palabras: Madre Teresa, Pacomita; eran muy buenas las dres pero demasiado severas; á Sofía casi la castigan por

haberse reído en el oratorio. El fraile les hablaba de Dios, de las muñecas, de Calleja y de premiarlas un día con *ranañote* si sacaban buenas notas. Después de poner sus manos, pecadoras y blandas, en las bocas de las niñas, salía de San Pablo.

Amelia tenía yá doce años, y Sofía once. Sanamente desarrolladas, contando apenas como enfermedades, una tifoidea y una tos convulsiva, crecieron robustas y bellas; ambas tenían el pelo castaño y en la rosada frescura de sus rostros alegres, unos enormes ojos negros ponían la nota grave y melancólica. Parecíanse mucho, y algunos creíanlas mellizas. Amalia sufría algunas jaquecas y Sofía hablaba de bajarse el traje "una sesma, nada más." La condesa decía que ésta era más agrandada que su hermana mayor; y Manuel Antonio cuando ésta le interrumpía en sus estadios, la motejaba colérico, de "metida á gente."

El condesito siempre asumía ante ellas humos de superioridad. Les hablaba oscuramente de sus libros, abobándolas con la jaculatoria compleja y densa de muchas fechas y nombres. Agobiaba á su madre con intempestivas consultas, majaderas, exigiendo respuesta inmediata. Desde muy niño gustara de las recias emociones del estudio y con frecuencia veíasele absorto y solemne, contemplando un libro laminado ó un cuadro de la sala. Un día compró la condesa una acuarela para adornar la galería del salón. Era un difuso crepúsculo en el que naufragaba la tristeza de un paisaje otoñal.... En el fondo se recortaban siluetas de trovadores y princesas emperifolladas y gallardas, asomadas por las ojivas señoriales.

—¿Se enamoran? — preguntó Manuelito al padre Camacho.

El padre aseguró que estaban gozando de la puesta del sol.

—Eso se llama crepus..... cúlo! tonto! Enmendó resueltamente el pequeño y salió corriendo.

Al cabo de un rato lo acusaba ante su madre y le calificaba de saber más de lo necesario.

Pero lo que sí, efectivamente, tenía, era una gran facultad de asimilación, muy corriente en esta parte de América, y una memoria prodigiosa. Los profesores le consideraban mucho y le decían: "nuestro amiguito", "joven precoz." Los compañeros de estudio le miraban con cierto respeto, y algunos le decían: "el conde". Vestía bien, y á sus íntimos les hablaba de su familia, de sus títulos y de un caballo "galopín". Nunca se le vió jugar á la pelota, ni tomar parte en e'

recreo; generalmente leía cuentos, periódicos ó hablaba con los maestros de cosas difíciles. Su mayor insulto era decir á sus colegas "zambo" "cholo" y gastaba "círculo."

—¿Cómo juegas con esos serranos? dijo una vez á Ricardo Bezanes, su mejor amigo y decente.

Ricardo se alzaba de hombros y seguía en las revueltas del recreo infantil. Siempre le enrostraba su superficialidad, y una vez le aconsejó Manuel Antonio:

—Oye Ricardo, ya tienes edad para portarte como debe ser una persona seria.....

En cambio, sus hermanas, seguían la vulgaridad del colegio de Belén. Sabían rezar, tenían "modales," "maneras," y casi todas saludaban en francés. Amelia ya tenía enamorado; y una vez Teodoro, al verlo hablar con su hermana, le rompió las narices. Sinembargo siguieron escribiéndose.

Algún tiempo pasó.

Amelia y Sofía, eran yá unas señoritas tan hermosas y plenas como lo fuera su madre en 1870. Laura estudiaba todavía en Belén

Teodoro cursaba el segundo año de media; pero no quiso seguir la esclavitud del colegio. Siempre se hacía la "vaca" y la señora optó porque su hijo fuera marino y contar en la familia con un esforzado paladín de los mares. Pero Teodoro se obstinó en traicionar las naturales espectativas de su madre y un día se presentó en la casa diciendo que había conseguido un destino y que no estaba para estudiar. Doña Juana deploró esta determinación de su hijo menor en el que ya no habían esperanzas de regeneración.

—Eres la vergüenza de la casa—decíale á menudo—aprende de tu hermano Manuel..... dá gusto verle..... pero tú no piensas sino en diversiones y..... en ¡qué diversiones!

Desde muchacho, Teodoro mostrara precóz y enfermiza deferencia por la holganza, el ocio de una vida regalada. S mpre salía mal en las clases; pero los profesores, por rueg ó dádivas de la señora condesa, le hacían en los exámenes p sar por "agua caliente." Tenía fama de "faite" y á menud se enredaba en recias trompeaduras con los jóvenes del b rio. Gustaba de oir narraciones grotescas de aporreadur ; y, de las secciones de los diarios, escogía las rotuladas

por "crímen," "asalto" ó "robo." Se detenía con malsana fruición en las partes detalladoras del escándalo y hacía hincapié en los pormenores espeluznantes. Hablaba con admiración y respeto de los matones de Lima, y era para él un tipo legendario, cierto capitán de caballería á quien apodaban el "Quimba." Siempre se burlaba de la sociedad que elogiaban sus hermanas y cuando veía á Manuel Antonio abstraerse en la seriedad de un libro, le motejaba de iluso.

—Déjate de tonterías, de fantasmas..... eso nada deja..... sé práctico como yo, hacer dinero para la mujer y..... ¡á gozar!.....

Manuel Antonio había terminado el segundo año de Letras, y yá bajo las curvas, coloniales arquerías de la Facultad de San Cárlos, se hablaba, con insistencia y con rencor, de la figuración intelectual del joven Bragada. Ese año se había llevado la "contenta" de bachiller presentando una tésis sobre "la influencia literaria en la vida social," que le mereció la fuerte reputación de ser el primer alumno universitario y la de "verdadera esperanza del país." Tenía admiradores y con ellos organizó un partido formidable que muy pronto le elevó á la presidencia del "Club Universitario." Este acontecimiento se señaló en su vida como la emoción más airosa y triunfal.

Se rodeó el acto de verdadero aparato eleccionario. Hubo, pues, puñetazos y fraude. Teodoro acompañó á su hermano en tan duro trance y fué recompensado por los amigos con el título de "héroe de la elección." El contendor era un alumno de 3er. año de Letras y arequipeño. De la Universidad del Misti había traído una vistosa reputación de poeta que sedujo un tanto á cierto grupo de la Facultad; pero la presencia de un talento tan erudito y aristócrata, como el de Bragada, opacó toda reputación provinciana, ganando éste la ambicionada presidencia y pasando de la simple virtualidad intelectual, á la reputación afianzada y sólida de "esperanza del país."

Por ese tiempo dominaban en la Facultad los politiqueros y los charlatanes. Era el vicio de nuestros estudiantes. Se hablaba con frecuencia de la patria; del porvenir del Per y algunos juzgaban incomparable felicidad el entrar á San tiago de Chile en calidad de vencedores.

Sentían tal veneración por sus maestros que nunca llegaban á replicarles. Admitían todo lo que los profesores le endilgaban y el que osaba objetar, lo hacía nó porque creyera que estaba en su derecho, sino por *mataperrada*. Allí había un viejo con toda la barba blanca, terrorífico, airad

que siempre les trataba de "tú" y les llamaba con frecuencia "imbéciles", "brutos."

Este pavoroso maestro, fósil aciago de nuestras pretéritas generaciones intelectuales, cierto día que faltara á la clase un alumno, le dijo:

—¿Por qué no viniste la semana pasada?

—Porque mi madre murió, señor.

—Por ese motivo no vendría tu madre, pero tú, ¿por qué no viniste?

Manuel Antonio se propuso una reacción. No toleró un momento las necias tiranías de su profesor, el que, era tal, porque mecánimente recitaba hechos, vidas, razas, con sonsonete de letanía. Daba lecciones por el número de páginas y "tomaba al pie de la letra." Una vez Manuel Antonio le preguntó acerca de un acontecimiento histórico, no registrado en los compendios, y le desarmó en un momento. Entónces el maestro, que gran influencia en el gobierno tuviera, vino en comprender que no estaba tratando á un provinciano y tuvo que aceptarle interrupciones, polémicas.

Igual sucedía con otro profesor, un ignorantón, chapado á la antigua y que plagió unos manuscritos, consiguiendo la cátedra de filosofía objetiva:

—¡Psicología, Moral y Lógica! ¡Psicología, Moral y Lógica!

Eran sus grandes divisiones. La ciencia de Aristóteles estaba comprendida en esos tres libros. A veces, cuando el profesor se refería á los altos principios de la Metafísica en los que siempre se enredaba, decía:

—Nosotros los filósofos no podemos comprender estas cosas..... y ahora ustedes, infelices criaturas..... pchs.....

Toda su moral se reducía á amar al prójimo..... &; á no hacer á otro..... &; á dedicar sus compendios á sus hijas y á escupir en el pañuelo.

En sus lecciones manifestaba profundo desdén y hasta compasión por los grandes filósofos. Compadecía á Spencer, decía que Spinoza era un loco, Locke, Descartes, Berckeley, Kant, Bacon, &, &, eran "filósofos" y nadie le sacaba de la asecita "son filósofos."

En una repartición de premios estrenó la palabra "Pendores."

Hecha excepción del que después fué profesor de filosofía bjetiva, verdadera eminencia de erudición, y uno que otro tedrático que supiera francés, los demás fijaban "pasos", maban lección y oían misa los domingos.

Manuel Antonio discutía siempre con sus maestros abo-

bando á los compañeros, quienes se quedaban asombrados ante tan atrevida actitud. Esto mismo, esta supremacía intelectual, moral y social, le aureoleaba de un luminoso prestigio con el que fué consiguiendo perpetuar su autoridad. Era el árbitro, el dirimente de toda controversia. Cierto día se le acercaron dos compañeros que discutían sobre la existencia de Dios.

Solemne, resolvió:

—Cuando siquiera se discute la existencia de ese caballero, no se tiene derecho á creer en él!

Colaboraba en casi todos los diarios, y solo, cierta vez, publicó un soneto á Nerón, en el que aludía al clásico incendio. Se refería con frecuencia, en su prosa vibrante y sugestiva, al estado intelectual del pais, y atacó al Gobierno. Creía en la genialidad de Chocano; admiraba á González Prada, á Palma y sostenía el talento de Amézaga.

En la Facultad de Letras intimó, más aún, con Ricardo Bazanes que ya era un "sportman" un verdadero "gentleman." Tenía caballos, perros de caza y muchos amigos. No era pobre, ni de oscura familia; y, como vistiera siempre en la mejor sastrería, almacenaba las más grandes cualidades para serlo todo. Estaba ya en la Facultad de jurisprudencia, cursando el mismo año que Manuel Antonio, pero como siempre pensara solamente en hacer un viaje á Europa, abandonó la "carrera." Su ideal era solamente ver una de caballos en Londres.

Manuel tenía marcada predilección hacia este amigo, porque lo hallaba de cierta cultura, de tan buen gusto y corrección que siempre lo veía excepcional, original. Bezanes era todo un buen mozo, retocado por las mejores maneras sociales; sin conocer París, tenía sobre nuestra juventud, superficial y criolla, la inestimable cualidad de no ser cursi. Jamás incurría en un lugar común, nunca se engomaba el pelo y ni en las conversaciones gustaba de ensartar frases hechas ó refranes. Tenía el orgullo de la forma. Era uno de esos cultos y artísticos, socialmente impecables, aristócratas del salón, sin jactancias y sin aspiraciones á ser útil á su país. Sinembargo, la sociedad de Lima le quería y le admiraba.

Manuel Antonio, pues, encontró al amigo ambicionado y se propuso vincular su vida de amistad á ese ser exquisito y cultivado. En esta vida limeña, angustiosamente vulgar, plagada de monotonías y de método, la arbitrariedad de un tipo "bien" marcó en su existencia social una fuerte revolución. Los jóvenes de aquella época, iluminados aún, por

los resplandores de la vida de sus antepasados, por la opulencia de su abolengo, paseaban sus ocios y sus hastíos burgueses por una relativa actividad social.

Con cierta frecuencia, la conmemoración de un natalicio reunía en animadas fiestas de salón á la sociedad y se bailaba hasta horas avanzadas de la noche.

Ricardo acudía á casi todas, y, á veces por aburrirle, Manuel Antonio le echaba en cara esa vaciedad.

—Pero ¿qué te haces metido en el humo vano de la vida, Ricardo?

Este respondía sin amostazarse:

—Y ¿qué es lo que quieres, que me muera de puro aburrirme?

Después de todo, tenía razón. ¿Qué sería de Lima sin esos entretenimientos?

Para otros, el mayor de éstos consistía en la hora de las noticias políticas. El viejo soldado de la Breña ocupaba la presidencia de la república y no todos simpatizaban con su gobierno. Siguiendo la más vieja y cuerda tradición de esta feráz república sud-americana, se había pensado en la guerra civil; y, efectivamente, ésta asomara yá su "monstruosa cabeza" en algunos departamentos.

Era el 1894. No se hablaba sino de la "Coalición" y muchos jóvenes y viejos encontraron un medio de entretenerse.

Pasó ese año; llegó el 17 de marzo del 95, y el Perú entero se hundió, entónces, muellemente, en una era de paz y de progreso.

Lima, presentó nuevo aspecto físico y moral. Vuelta á la incomparable armonía de una existencia tranquila, solo se pensaba en una completa regeneración.

Y, esta tres veces coronada villa, presentó una decoración social distinta, una diversa cultura, otra orientación artística, que hicieron su vida más llevadera.....

Era el año de 1902. Las calles de Lima y la sociedad habíanse inspirado en la manera de ser europea.

La familia Bragada ya contaba con un doctor en Manuel Antonio; un "matón" en Teodoro y unas admirables joyas sociales en Amelia, Sofía y Laura. Estas, llamadas las tres gracias, por su número y belleza, eran unas de las más aristocráticas damas de nuestros salones, y bastaba su presencia para prestigiar un baile.

Aunque á doña Juana de Melgarejo, cierto círculo no mirara con buenos ojos, por las aventurillas de su pasado, las hijas le sucedieron en el predominio social y gobernaban un vasto círculo de relaciones..... ¡Ah, las hijas no tenían por qué purgar las faltas de la madre!

En San Pablo, única propiedad que en Lima conservara la condesa, hacíase una vida distinta. Contrastando con el enorme caserón de la calle de Belén, apenas si tenía un patio asfaltado y dos estátuas de mármol. Al medio día el blanco uniforme de los toldos proyectaba sobre las paredes una clara melancolía. En el centro, un enorme foco de luz eléctrica hacía resaltar los pintados vidrios de la farola, cuando la noche caía. En la fachada, llena de solemnidad y alta, erguíase el asta de bandera; á la derecha hallábase la ventana de reja y en el fondo retorcíase el callejón.

La familia, no obstante, atravesaba por la última crísis de su fortuna. En todo género de fiestas habíanse gastado el último céntimo y apenas si contaban con lo que les dejara la renta de una casita del Callao. Manuel Antonio había visto venir este desenlace pero no intentó oponerse, quizás si porque no dió la necesaria importancia al acontecimiento. Su madre ejercía sobre él una constante tiranía y hubiera sido imposible protestar.

Como verdadero y auténtico hijo del conde, le había heredado esa pasmosa conformidad, esa estupenda resignación. Recibióse de abogado y creyendo que nunca se le acabaría la fortuna, olvidó el abrir estudio y solo pensó en hacer un viaje á Europa en la amable compañía de su amigo

Bezanes. Pero le sorprendieron los acontecimientos posteriores, y allí estaba, doctor en Jurisprudencia, Letras y Economía Política, conde de Barrio Nuevo, "esperanza del país," decepcionado y triste, ante la ruina de su familia.....

Una tarde lluviosa y grave de setiembre, paseando por el centro, fijó la mirada en una hermosa casa de Mercaderes que le perteneciera y que malbarateara su madre para sostener el lujo de sus mayores.

—Esta fué mía—pensó Bragada, en un desconsolado gesto de aburrimiento, y decidióse á hablar á su madre de tales cosas serias.

Por primera vez se le presentaba la vida en su forma brutal y prosaica; y por primera vez, también, sintió la necesidad de luchar, de hacer útiles sus conocimientos, su vasta capacidad intelectual, sus relumbrantes títulos universitarios.

—Soy abogado—se dijo—fuí el mejor alumno de la Universidad... tengo amigos... ¡abriré mi estudio!

Y fuese á San Pablo, descorazonado y agrio, para hablar á su madre de tan maravillosos proyectos.

Juana leía "Madame Bobary," sentada en una butaquita japonesa. Al ver á Manuel Antonio le preguntó por la hora.

Sentándose, respondió Manuel Antonio:

—Las seis.

Luego preguntó:

—¿Lees?

Juana sin levantar la cabeza.

—La señora Bobary—respondió.

Manuel Antonio quiso sonreír pero se detuvo. ¡Novelas! Cuando estaban contados los días de su felicidad. Adoptó luego, reposada gravedad:

—Sabes mamá que quería preguntarte una cosa.....

La condesa dejó el libro y descabalgóse los lentes de carey:

—¿Y es?

—Nada, sencillamente, que he resuelto venir á decirte que esta situación no puede subsistir; que estamos llevando una vida de farsa, de puro aparato que no está bien, y que debe terminar de una vez.....

Juana pareció no sorprenderse y envolvió á su hijo en una mirada compasiva y sabia. Le conocía demasiado para dejarse impresionar:

—¿Te refieres, papá?

A Manuel Antonio le amoscó ese "papá" y habló claramente:

—No soy el papá de la familia, por eso es que no mando: soy el hermano mayor, por esto es que propongo... Te quiero decir que apenas si nos queda una renta miserble, una suma insignificante para llenar nuestras necesidades. Mis hermanas no se fijan en esto, gastan más de lo que tienen, y tú, sí! tú que nunca te opones y las llevas por este camino de derroches que nos puede llevar muy lejos.....

—Hombre; todo lo que dices está muy bien para dicho. Nosotros gastamos lo que estamos acostumbrados á gastar. Además, nada tan incierto como el porvenir, nada tan irónico, y el que piensa en él, sacrificando el presente, es un necio en toda la extensión de la palabra.....

Y sus últimas frases, sentenciosas y sonoras, vibraron gentilmente en los oídos de Manuel Antonio. Pasado un rato prosiguió:

—Es de la única manera como pueden tus hermanas conseguir un buen partido. Ahora las cosas han cambiado. Todos buscan en el salón á las mujeres. La sociedad es la mejor casa de "compra y venta," en donde las mujeres tienen la oportunidad de escoger postor y tener rápida salida. En la pobreza, arrinconadas en el hogar, nadie las busca; sólo que sea un pobre diablo el proponente, y me parece que no has de querer pobres diablos para maridos de tus hermanas.

Manuel Antonio inclinó la cabeza algo convencido; pero luego refutó, victorioso y firme:

—Todo eso que me dices lo sé yo de memoria; pero has tenido la astucia de callar lo que te es adverso, has callado maliciosamente lo contrario.

Púsose de pie, y con voz persuasiva continuó fácilmente:

—Figúrate que nos quedamos pobres, lo que me puedes negar que es imposible. Bueno. Mis hermanas no se han casado todavía... ¿Crees tú que entónces las tomarán en consideración? ¿crees que Laura, Sofía ó Amelia, iban á conformarse con llevar una vida de privaciones y de sufrimientos vulgares de la miseria? ¿consentirían en ir vendiendo poco á poco, todos los muebles y largarse á vivir en una casucha de los extramuros? ¿se avendrían á lavar ó coser para la calle?..... ¡claro pues, que nó! ¿y entónces?..... Ya sé que este es un extremo, que es muy difícil que suceda, pe no imposible. ¡La miseria es la peor consejera y nos llevai á quien sabe que otros extremos!

Juana sostuvo una tenáz mirada de su hijo, y crue sangrienta, le dijo con una irónica media voz:

—¿Y tú?

Al instante comprendió Manuel Antonio la enorme acusación que le formulaba su madre. Un relámpago de luz azotó su memoria, y, fuera de sí, respondió:

—¡Y yó... y yó! Eso me preguntas; es cierto. Yo debía ser el sostenedor de esta casa, de su lustre y bienestar; pero ¿alguna vez me has aconsejado? ¿alguna vez me revelaste las condiciones en que nos hallábamos? He vivido engañado. Sabes que soy indolente por educación y ocioso por herencia, y nunca te tomaste la molestia de consultarme tu vida, esta vida que tantas alegrías te ha regalado y que aprovechaste tú sola..... Y yó!..... Tú tienes la culpa de esta situación. Tú que nunca supiste manejar á tus hijos y que les votaste en huecas diversiones sociales, una fortuna que ahora solo les sirve de acicate; y, después de una loca existencia de sesenta años, sales diciéndome "¿y tú?"

La condesa comprendió que su hijo estaba impresionado. Sin duda se había influenciado por algún detalle exterior y esa influencia sería pasajera. Apeló á la guerra para disculparse:

—¡Fueron los chilenos, la guerra!

Efectivamente, los chilenos habían ennegrecido el limpio cielo de la felicidad de muchos criollos y el hálito mortal de la guerra pasó por sobre los viejos hogares de la más pura majeza peruana, como un soplo de desolación y de ruina.

En la salita japonesa en que hablaban Manuel Antonio y la condal viuda, ese "chilenos, la guerra" vibró siniestramente y Bragada, escupiendo un ¡malditos sean! principió á pasearse.

Vino la luz é iluminó una salita japonesa en donde los altos jarrones y las pintadas cañas de los muebles, al rebrillar, devolvían sobre los tapices oscuros y papel de las paredes, una riente claridad. En un ángulo de la sala, sobre dos columnas de mármol y bajo una tela con abanicos y faroles chinos, el retrato del conde de Barrio Nuevo, del estupendo don José Manuel de Bragada, con su barba en punta y sus ojos cortesanos, parecia contemplar esa segunda etapa de su hogar, con la fija tenacidad de una mirada al óleo.

Manuel Antonio docilitó el gesto de su cara, y triste y desconfiadamente aventuró un:

—Abriré mi estudio!.....

Había llegado el momento temido por la condesa. Creyó, entónces, que debía comenzar la comedia y habló:

Aun no es necesario que abras tu estudio. Demostraríamos á los demás que necesitábamos de pleitos y de esas mi-

nucias para vivir. Ten calma, no creas que nuestra situación sea como la pintas..... qué ocurrencia..... tenemos para mucho tiempo..... ¡qué ocurrencia!

Y adoptando jovialidad y reposo, confió á su hijo graves secretos de familia. Le dijo que todavía conservaba algunos bienes, que tenía una tía acomodada, y además, que Amelia estaba de novia con Enrique del Palacio..... y que las cosas no eran para alborotarse.

Calmado un tanto por el aplomo de su madre, experimentó cierta satisfacción ante tan halagador optimismo, y como de suyo gustaba muy poco de los asuntos domésticos, pensó solamente en sus amigos, en los libros, en el lustre de su personalidad; seguir en esa religión del "máximum de placer con el mínimum de esfuerzo."

—Después de todo—dijo—tienes razón, es cierto que mis hermanas necesitan este boato para colocarse. Solo que tú comprenderás el azoramiento que me causa una perspectiva de miserias y privaciones, de sufrimientos vulgares que les vendrían. Nó por mí, por que yó puedo luchar con más ventaja que ustedes..... Oh! todo lo que te engañas, si es que pretendes engañarme!

Metió las manos en los bolsillos y habló con facundia:

—Porque si tu me engañaras por no causarme el dolor de decirme la verdad, yo y todos los de esta casa llegaríamos al último nivel social. Yo conozco este Lima metalizado y adulón, que quema incienso á los que tienen dinero y que experimenta la más honda alegría al presenciar la caída de una familia como la nuestra, que siempre se rió de todos y de todo..... Ese es mi temor; pero nó, no me engañas.....

Juana comprendió su triunfo, y á la vez, midió las consecuencias de él. Pero ¿quién hacía caso de tales conjeturas?

—Deja, no más, Manuel, no te preocupes. Esto es muy chico para que no lo podamos dominar siempre. La vida es traidora, pero cuando se le conoce... ah! cuando se le conoce como yo la conozco!...

Y movió convencidamente la cabeza, esa cabeza ya gris y que guardaba la crónica social de cincuenta años de Lima!

—¡Cuando se le conoce como yo!... Repetía la condesa.

Y, cerrado los ojos, pareció repasar la memoria, esa memoria por la que desfilara la más hermosa generación peruana, con sus hombres y sus cosas, llena de color y de vida.

—Estos son otros tiempos hijo, este no es el Perú qne yo conocí.....

A la vigorosa y culta intelectualidad de Manuel Antonio acudieron las sombras del pasado, y su cerebro poblóse de escenas caballerescas y nobles. Una vaga nostalgia de las cosas muertas, de los paisajes y de las cosas desaparecidas, abatió su alma refinada y le condujo á esa otra Lima de nuestra historia. Pensó en los viejos mariscales, en las calezas, en los pajes, en los amplios caserones coloniales, y dióse con la figura de su padre, siempre respetado y con escarpines.

Reparó en su madre, flor marchita de aquella rumbosa generación, y exótica entre esa mueblería japonesa del siglo XX, y tuvo deseos de besarla.

—Oh!—qué vida la de tus tiempos!—Díjole apenas en un leal arranque de romanticismo y miró el retrato del conde. Luego encendió un cigarrillo y preguntó por sus hermanas. Ya era la hora de comer. La condesa respondió:

—Se quedan en Chorrillos, donde las Gómez; pero Laura está aquí.

Efectivamente, porque en ese instante entraba Laura. Era la última y rubia. Estaba en vísperas de bajarse el traje y con este motivo no se le podía tolerar el estribillo de:

—El día de mi santo me bajo el traje y hay que dar un gran baile.

Llevaba un mandil azul.

—¿Qué hora es?—preguntó á su hermano.

Eran las 8, Juana y Laurita salieron á pedir la comida. Manuel Antonio se quedó pensativo y paseándose. Tenía en meditación nna novela y estaba fastidiado por una contradicción en la trama, cuando se abrió la puerta y entró sigilosamente su hermano Teodoro.

Manuel volvió la cara sorprendido, pero al enterarse del importuno hubo de seguir paseando.

—¿Cómo estás hermano?—dijo tímidamente Teodoro sin sentarse.

El doctor Bragada comprendió á lo que éste venía y asumió una actitud de padre de familia:

—¡Qué milagro que se le vé la cara, señor mío! falta usted á su casa quince días y regresa usted de contrabando. Creí que se había embarcado para Europa.

Teodoro dió un traspiés, haciendo rodar la escupidera próxima y golpeando con las manos su sombrero de paño oscuro, respondió:

—¡Bromista! ¿Europa, no? Mira, hermano: tú sabes lo que te quiero. Si yo dejo de venir á la casa es porque no

estoy para bailes, ni visitas, ni músicas, aquí se lleva una vida ficticia; yo lo sé; ¡á mí nadie me la cuela! Mucho de estar con las mujeres, hablarlas, mirarlas, olerlas y..... ¡san se acabó! Yo soy positivista... se busca uno...

Erutó, luego dijo:

—Se busca uno cierto círculo en donde hayan más resultados prácticos y diversiones.....

—Y ¿á qué vienen esas sociologías? — Interrumpió Manuel Antonio, chupando el cigarrillo.

—¡Caramba, habanos! ¿no te abres con uno?

Manuel le obsequió un cigarro y prosiguió:

—Ya es hora de comer. Vamos; tendrás hambre.

—Calla hombre, no me vengas con *quimbas;* te traes esas *guaragas*, de comeremos juntos cuando ves mi estado.

—¿Qué estado?

—Vamos, pues el de mis relaciones con la familia Bragada que se cobija en esta casa. Yo vine á saber cómo estabas de salud; porque como te quiero tanto, hermano.....

Manuel Antonio rió é hizo gemir una poltrona de paja al sentarse:

—Y á eso no más has venido.... á enterarte del estado de mi salud?

—¡Já, já, y el de tu bolsillo! ¿sabes viejo? porque como tengo á la mujercita (cuya hermana desde ahora pongo á tus órdenes) y hay que mantenerla, ¿entiendes, hermano?..... pues, necesito... nó, no me pongas esa cara... pues necesito que me prestes una libra... ¡Prestada, nada más; ya tú me conoces!

Manuel encontró brillante oportunidad para aconsejar á su hermano y se propuso tentar una inmediata y provechosa reacción:

—Y ¿no te parece idiota eso de estar viviendo con una mujerzuela de tres al cuarto, vamos, de montón, una criatura innoble de la peor ralea? ¿te parece cuerdo abandonar á tu familia y arrastrar tu nombre ilustre por el lodo de los matones y los gorreros de Lima?

Teodoro sonreía embarazosamente y erutando gruesas tufaradas de vino, se animó á levantar el cargo que le hacía su hermano y defender los fueros ultrajados del cuerpo social á que estaba adherido:

—¡Pára, pára el carro! Paso lo de criatura innoble, peor ralea, &, &; eres mi hermano mayor y puedes permitirte tus expansiones! pero no debo dejar pasar por encima el hecho primordial de que viva con mi Antolina..... ¡qué quieres!..... ¿se te antoja que viva con la mujer de algún ministro ó

diputado, para andar solamente con diputados ó ministros? ¡No seas bueno, hermano! Yo me junto con esa gente porque los necesito y me sirven, si señor, saben servir como nadie, ¡eso es! pero en el fondo les desprecio; y, vamos! que yo sé lo que te digo. Hay que saber vivir y... ¡nada hombre, cuando quieras, la cuñada está á tus órdenes... ya le he hablado y, anímate!

Estiró la mano:

—Anda, pues, esa libreja prestada..... prestada..... ¡la cuñadita, viejo, es una fresa!

Manuel Antonio intentó el último esfuerzo para lograr una reacción, y le habló de la sombra que su vida desordenada y voluntariosa, estaba proyectando sobre la flamante reputación de su familia. Además, debía hacerlo por bien personal, por la propia salud.

Le repitió que se quedara en San Pablo y que abandonara la querida. En esta no podría hallar sino abyección y miseria....

Esos hombres degradados que, por desgracia, aún conserva Lima en el corazón mismo de la clase popular, eran una especie de abismo que fascinaba á los espíritus débiles. ¡Una manada de rufianes, una verdadera horda de machos, que fumaban, comían y vestían de las ganancias obtenidas por las prostitutas!..... Todos usaban pantalones á "*la waterlú*" y escupían por el colmillo. A la primera de bastos se lanzaban cuatro ó cinco, contra cualquier prójimo, le aporreaban y luego los comisarios les tenían pavor. Para ellos no existía policía y eran los amos y señores de ciertos barrios.....

A Teodoro, que siempre no soñara sino en las mujeres fáciles, en guerras y batallas, encontró en ese medio una pronta adaptación. Fué recibido con los brazos abiertos por los nuevos camaradas y ensartó su nombre famoso en el padrón oscuro de esos nombres plebeyos.

—Déjalos, Teodoro. Solo quieren sacarte el dinero que tengas, pudrirte. Quizás si llegan á precipitarte á las más feas acciones.....

Pero Teodoro permanecía con la mano estirada y parecía no querer escuchar una palabra; más bien manifestaba lestia por tan alargada espera. Estaba muy hundido en nal para ser arrancado de él con una reflexión de cinco utos en una salita japonesa; y, Manuel juzgó resignadate, que era necio el volver á la carga. Era la vigésima que le pedía dinero, y nó se lo negaba porque temía que loro fuese capaz de robar para conseguirlo y hacer el

escándalo... Transigiendo, pues, sacó el dinero y con un gesto de embarazo y desdén estiró la mano:

—Toma, y ten presente que es la última vez; que te diviertas mucho en compañía de tu señora y de los distinguidos personajes que te rodean.

Sin preámbulos, echósela en el bolsillo, y saliendo del escritorio, masculló torpemente:

—No seas tonto, cada uno se divierte á su modo... la cuñadita. ¡Adiós, viejo!

En el patio dió tal traspiés que se fué contra una hoja de la puerta de calle. Gruñó una obcenidad y maldijo á Dios.

Manuel Antonio le miró pensativo y sereno. Luego que salió su hermano se dijo para sus adentros en una amarga reflexión:

—¡Pobre, es un infelíz!

Y, cerrando colérico la puerta, gimió sordamente como si le hubieran herido:

—¡Sí; un infelíz, un rufián..... un Bragada borracho!.....

En el fondo de los cuartos vibró la campanilla que anunciaba la comida. Manuel Antonio, rumiando las impresiones del día, llegó hasta el comedor.

—¡Hola, Ricardo!—dijo al ver á su amigo Bezanes, entre los comensales—¡qué sorpresa! y usted señorita Ríos? ¡hola, hola!

En la sala había estado acompañada Laurita de esos amigos y nada dijera á Manuel Antonio para darle una sorpresa agradable. Ricardo explicó su presencia:

—La señora Juana que se ha empeñado en que les acompañe y como me diera en la yema del gusto, aquí me tienes dispuesto á ser la minoría de la mesa ó sea la oposición..... ¿De qué se trata para oponerme?

Algunos rieron, tomaron luego asiento y se sirvió un cok tail:

—¡Soberbio!—dijo Ricardo—¿de quién es?

—De Laura— aseguró Mercedes, agregando luego—n donde Broggi ó Klein los hacen mejor ¿pero usted señor Be zanes no era el que iba á oponerse á todo?.... ¡fanfarrón!

—Correcto: soy un apóstata y debo ser castigado con otro vasito. ¡A la salud de la mayoría!

Principiaron.

Merceditas Ríos continuaba siendo la misma antigua colega de las niñas de Bragada, tanto por su heroico linaje, hermosura física, cuanto por un coche particular que cargaba todas las mañanas á su madre para llevarla á la iglesia y que le fuera obsequiado por su novio el señor doctor Vásquez.

El criado Juan, ya viejo, atendía la comida; se sirvió una sopa..... Se conversaba sin plan y formando desbandada y franca algarabía.

—¿Han visto esta moda de las levitas en los trajes de señora?—preguntó coquetamente Mercedes, mientras Ricardo servía vino á Laurita y Manuel Antonio se limpiaba el bigote con la servilleta.

—Oh, es de muy buen tono—respondió Bezanes pidiendo apoyo á Manuel Antonio que parecía preocupado con una mayonesa de corbina—sabia manera de venir hacia nosotros ¡la moda más acertada, más feliz!.....

Manuel Antonio acudió á reforzar lo dicho por su amigo:

—Esta moda—dijo—las prestigia á ustedes porque las aproxima á las hombres.

Laurita protestó:

—No, no se entusiasmen ustedes los hombres: si esos trajes son bonitos, es por el corte, el "buen cuerpo" que forman; pero no por la sensación de hombre que ocasionen: porque nos aproxime á ellos..... ¡esto sí que es una ocurrencia!.....

Mercedes habló burlonamente de la peligrosa teoría de Manuel Antonio y éste resumió su argumentación en sentenciosas palabras:

—¡La mujer llega al máximum de su valer, cuando toca el máximum de aproximación hacia el hombre!

Ricardo habíase guardado para un decaimiento oratorio del doctor Bragada, y permaencía á la retaguardia esperando el momento apetecido; lo creyó llegado, é intervino con una sonrisa de galante conciliación:

—Creo que todos están en lo cierto.... La mujer, socialmente considerada, vale más cuanto más *femenina* es, ó sea, cuanto más difiere del hombre; é intelectualmente considerada, cuánto más *masculina* ó cuanto más se aproxime al hombre!

Luego, entre un gesto benévolo y tolerante de sus amigos preguntó:

—Ahora lo que falta saber es cuál de las mujeres deba ser la preferida: la mujer amando ó la mujer escribiendo?....

—¡Amando, amando! — gritó Manuel Antonio, reteniendo en una mirada febril á Mercedes, quien, sin repararlo, obsequiaba una flor á Ricardo.....

Entónces Manuel Antonio le llamó la atención, celoso de tan marcada deferencia por su amigo y le dijo socarronamente:

—Y ¿para mí no hay una flor?

—¿Para usted?.... ¡no la merece! Yo no he hecho sino premiar á Bezanes por su triunfo grandioso; para los derrotados, para los que resulten vencidos, como ahora lo ha sido usted, no puede existir galardón.

—Perfectamente; no habrá galardón para los derrotados, pero en cambio habrá piedad. Yo no sé cuál sea más poderoso: el pensamiento de la admiración ó el sentimiento de la piedad.

Juan sirvió un pescado y Mercedes obsequió la flor solicitada....

—La piedad—dijo—me lleva hasta las lágrimas: llega al corazón; el cerebro es el que admira. Ahora cuál es el que debe preferirse: el corazón, ó el cerebro?

Como Bezanes oyera esta conclusión de labios de Mercedes y fuera obsequiado por obra de la admiración, sostuvo que el cerebro debía predominar.

—¡El cerebro, cien veces el cerebro! Por eso ha hecho muy bien la señorita Mercedes en premiarme con una flor.

Manuel Antonio sonrió triunfalmentr y respondió victorioso á las afirmaciones de su amigo:

—De manera que si el cerebro debe predominar en la mujer, esta sería mejor apreciada cuanto más se aproximara á él, es decir cuanto más masculina sea.

E, irónicamente, acabó:

—Y veo que por una flor ofendes á las mujeres, te contradices lamentablemente y estropeas el orgullo natural de las damas.

Todos celebraron el triunfo de Manuel Antonio y Ricardo se declaró vencido; Mercedes, entónces, brindó un vino nacional, mandado espresamente de Ica para la señora condesa; y, ésta, que guardara silencio desde el principio de la comida, elogió el vino:

—También pueden conseguirse vinos buenos en el país; lo prefiero al Burdeos, y al Soterno.

Hubo, luego, otro brindis por Amelia y Sofía, las Gómez, y doña Segismunda. Ya era un triunfo el brindar por tan

selectas personas, con un vino hecho en el país..... Todo lo nacional era tan malo!

Manuel Antonio habló, entónces, de lo abominable que se estaba haciendo la vida en Lima y acabó por proponer un viaje á Europa, en caravana, todos juntos, en compacta emigración. Todos los habitantes del Perú deberian largarse á vivir á Paris y dejar Lima para el Gobierno y los sacerdotes!

—Sabrás que José, el poeta, nuestro viejo amigo, acaba de llegar de Francia. ¡Ha publicado un libro de versos! En cambio, Alfredo y Teófilo salen esta tarde para los Estados Unidos.....

Manuel pareció sorprenderse:

—¿Teófilo? y ¿con qué?

—Nadie lo sabe aunque para nosotros no es misterio la manera de que se vale para entrar á los clubs y asistir á los banquetes... y ¿sigue en la música?

—Tiene dos vals, creo que también una marcha ¡qué Teófilo!

Siquiera tenía el talento de huir de la catástrofe, ¡un feliz!

Laura sirvió una compota de higos y la condesa al ver que no salían del circulito de que "Lima estaba imposible," intervino maternal, y oportuna:

—Efectivamente, yo no sé lo que pasa en Lima; la vida se está poniendo de tal modo, que ya va á hacerse necesaria una ley del Congreso; pero no hay que aburrirse tan pronto, la cosa no es para tanto!

—La vida del club, por ejemplo señora—anotó Ricardo—se reduce á jugar billar, rocambor, leer en la biblioteca y á leer en la biblioteca, rocambor y billar... ¡Nadie sale de allí! Algunos tienen otras diversiones, hablan mal del prójimo y de la prójima, y se aburren también, créamelo usted.

Merceditas dijo que eso, siquiera, tenía sus encantos, sus emociones; al cabo era un entretenimiento. Pero la mujer, la pobrecita mujer apolillándose en el hogar, bajo la tiesa severidad de las costumbres sociales, se veía amenazada de muerte por aburrimiento.

De improviso entró la señora Cármen, la solemne tía de Laurita, presurosa y jadeante. Parecía hermana de la señora Segismunda de los Ríos, con la diferencia de que una era trujillana y la otra arequipeña.

—Noto que se pelea.

—¡Hola, tía!—gritó Manuel Antonio, poniéndose de pie.

Todos le siguieron y permanecieron con las servilletas blanqueándoles sobre el pecho.

—Tomarás una conserva de higos, está soberbia.—Dijo la condesa, mostrándole la dulcera de cristal que relumbraba á la luz del gas.

—¡Qué higos, ni qué niño difunto!—Protestó la señora Cármen.—Hace un siglo que comí; así tenemos que ser los enfermos; este estómago que no me deja tranquila un solo instante; hay un médico que me dice que es diabetis. ¡Ha visto usted crueldad! Pero siéntense; muchas gracias.....

Todos volvieron á sus asientos y la tía se instaló cerca de la condesa. Laura y Mercedes cambiaron una sonrisa, y Ricardo, ceremoniosamente, se propuso abordar á la señora Cármen:

—Y ¿cómo están sus pobres?

—Así, así. Siempre sufriendo los infelices; en la última sesión acordamos organizar una velada para arbitrarnos fondos; dado el fin tan levantado que perseguimos..... Dios nos protejerá!

Y volviéndose donde su sobrina Juana, acabó:

—Habrá discursos; también un poco de versos; su rato de música, en fin, una velada literaria-musical, como se dice. El padre Camacho me asegura un éxito. En fin, como nosotros lo hacemos solo por practicar el bien.....

—El bien á lo Siglo XX, tía.—Rió Manuel Antonio, y le recomendó Nietchze para que conociera su opinión acerca de la piedad de nuestros días.

La tía no qniso leer á nadie; se conformaba con lo que le dijera el corazón y *su* padre Camacho.

Bebióse el *pous-café* y salieron á la sala. La condesa y la tía Cármen se quedaron charlando sobre un asunto del colegio de huérfanos. Doña Cármen preparaba un expediente para un muchacho Cárlos Reyes, con el fin de que este ingresara al Hospicio de Huérfanos.

Por una razón, x, Cárlos no necesitó entrar ya. Se presentó, entónces, la madre de otro chico, Luis Cordero, solicitando á doña Cármen que colocara á su hijo en el hospicio mencionado. La señora Cármen, aprovechando del expediente aparejado á favor del chico Carlos Reyes, presentó con este nombre y acompañando la partida de bautismo, al otro Luis Cordero. La madre de éste, dos años después, recibe una herencia y quiere sacar á su hijo Luis. Pero como éste ha sido inscrito en los libros del colegio de huérfanos, con el nombre de Cárlos Reyes, no existe en ese establecimiento

ningún Luis Cordero. La madre denuncia el hecho á la Beneficencia, el engaño de que ha sido víctima por parte de su falsa protectora que le ha quitado el nombre de su hijo; y entabla un juicio. Doña Cármen de Ravales, la ilustre, casta y orgullosa trujillana, por querer hacer el bien de cualquiera manera, está próxima á ingresar en la cárcel. ¡Ha estafado á la Beneficencia!

—Sabes, Juana, que yo tengo que decir hasta el fin, que ese muchacho es Reyes, porque si declaro que es Cordero, me acuso responsable Yo sé perfectamente que con esto le quito la felicidad al muchacho y los soles que haya heredado, pero ¡qué historia! primero estoy yo; ¿no te parece?

—Tienes razón.

En la sala, una gran araña de metal, iluminaba con diez focos de luz eléctrica. En la alfombra verde malva asfixiábanse los pasos y en el papel de las paredes moría una opalescencia de crepúsculo. Un enorme jarrón de la China enderezábase en el centro ostentando un vistoso y grueso manojo de flores. La vaga tonalidad de las violetas y las rosas, apenas se interrumpía por el rojo colérico de algún clavel perdido.

Manuel Antonio que conversaba con Mercedes tuvo un rapto de romanticismo, y dijo á su amiga, señalándole las flores del jarrón:

—¡El amor es así: por puras, por blancas que sean las rosas del cariño, siempre tienen más ó menos oculto, el clavel de la pasión!.....

—¿Se siente usted poeta?—interrumpió Mercedes.

Luego, con admirable coquetería, con exquisita elegancia femenina, se llevó un dedo á la boca y en esa actitud permaneció callada.

Manuel Antonio interrumpió esa abstracción, aventurando una pregunta:

—¿Piensa usted?

Siempre con el dedo en la boca, le contestó Mercedes:

—¡Impongo silencio!

Comprendía que su antiguo enamorado podría ir muy lejos si ella se engolfaba en una larga conversación con él; y podría también traicionar la firme resolución de no oirle palabra alguna de amor.

Entre tanto, Ricardo preguntaba á Laurita por la partitura de "Boheme." Luego la obligó á sentarse al piano, y Laura pobló el ambiente de la sala con las líricas melancolías de la ópera sentimental.

—Hay mucha luz para apreciar y sentir esta música.— Aseguró Manuel Antonio apagando cinco focos de la lámpara. Solo quedaron encendidos tres, y, á su débil claridad, las notas despertaban en el alma vagas nostalgias de épocas románticas, de escenas amantes y gentiles.

Ricardo púsose á contemplar un cuadro de la sala cautivo en un enorme marco de madera dorada y telpa. En una avenida, sobre la única banquita, una mujer parece llorar, con la cabeza en las manos; y en el fondo, desgarrando la bruma remota del crepúsculo, piérdese la silueta del amante. Poseído por intensa emoción, se lo quedó mirando estúpidamente.

Mercedes estaba en la puerta de la sala bajo las graves cortinas de la entrada, recostándose sobre el respaldo de una silla. Manuel Antonio, por decir algo, afirmó que esa música le despertaba muchos recuerdos:

—Anoche la ví en la ópera, y usted, Mereedes, no tuvo la misericordia de responder á mi saludo.

—Pero ¿me saludó usted, es cierto? y ¿cómo en toda la noche no llegué á verlo ni un momento?

—Ya sé que en nuestros grandes teatros es muy difícil ver á una persona. Tiene usted razón.

—Rechazo la ironía por impertinente.

Manuel Antonio deshojaba un clavel; y, creyendo descubrir esperanzas en esa respuesta original de Mercedes, se atrevió á entrar de lleno en su declaración. Después de bajar los ojos y rastrear con ellos las flores borrosas que desfallecían en la alfombra, se quejó con amargura:

—Es que siempre le he sido indiferente; un anónimo, un amigo oficial; uno de eso amigos lejanos que desaparecen entre el montón general de los recuerdos. Por eso no me vió usted.

Mercedes inclinó la cabeza para defenderse. Ya que le era imposible volver á guardar un mutismo huraño y lleno de equívocas interpretaciones.

—Oh! no crea Manuel, no crea usted. Para mí es más que un recuerdo, más, mucho más que esos amigos de salón, más que en mi memoria, vive usted en mi.....

—Diga, diga,—interrumpió Manuel con entusiasmo, esperando una respuesta feliz.

—Y ¿por qué nó?... ¡vive usted en mi corazón!

—¡Oh, qué felíz me hace usted Mercedes! ¡Toda esta juventud que ve usted que tanto me aburre, tuvo sus mejores esperanzas en este momento; cifró toda su razón de ser en este minuto de felicidad y alegría!

Habían salido al patio y Mercedes guardaba silencio, recostada en la barandilla del comedor, que iluminaba la luna.

Laura tocaba el motivo del segundo acto y una vaga poesía romancesca elevaba el alma.

Un irreprochable traje oscuro hacía resaltar la tersa blancura del rostro de Mercedes, infinitamente encantador entre el marco de sombra que le hacía la noche.

Manuel Antonio miraba á su amiga con insistente voracidad, en una doble existencia de su amor y su deseo. Un instante respetó el silencio, pero no pudiendo mantenerse en él por más tiempo, y apoyándose á su vez en la baranda, se animó á decir con suplicante media voz:

—¿Por qué calla usted? ¿por qué no me contesta?

Mercedes movía la cabeza sesudamente y parecía meditar cosas remotas. Tomó asiento en un silloncito de brazos que estaba próximo y sacudió su falda. Un fresco y juvenil aroma de mujer perfumó la sombra.

Luego se pasó la mano por la frente como quien rechaza una mala idea y se resolvió á decir entre persuasiva y franca:

—Esto no puede ser Manuel, sería una locura... ¡no puede ser!... No me interrumpa; escúcheme. Quizás si cuando fuimos niños, quizás si cuando vivíamos siempre juntos llegué á amarle con la inocente ingenuidad de los primeros años, seducida por su seriedad, su aire de persona mayor, su talento de usted; vamos: usted, todo usted. Quien sabe si llegué á creer que era mi hombre ambicionado! Pero hemos crecido, le conozco demasiado; al menos lo suficiente para convencerme de que nunca podríamos ser felices, le repito que es una locura.....

—Y ¿por qué? dígame ¿por qué?

—Sencillamente; porque conozco su opinión sobre el matrimonio: le he oído expresar sus conceptos acerca de la existencia limeña; y, además, que es U. un hombre demasiado raro ¿cómo diré?.. así... demasiado excepcional para conformarse con la vulgaridad de tener una misma mujer para siempre, unos hijos para siempre, y ¡una suegra! que si no será para siempre, por lo menos, lo suficientemente lista para sacar en un día la autoridad de un lustro!

Manuel Antonio indujo de las palabras de su amiga, [illegible], burlonas, que era imposible conseguir lo apetecido. La [illegible]ló demasiado razonable, demasiado lúcida y cabal, para [illegible]rla impresionada; sin embargo, alentado por la esperan[illegible]venturó la última partida:

—Y ¿nunca tendré esperanzas de una recompensa?

Se miraron maliciosamente, y, Mercedes, poniéndose de pie, aseguró con desinterés y admirable:

—Dentro de un mes seré la esposa de otro caballero y el señor de Bragada comprenderá que no podemos estar juntos por mucho tiempo, en esta noche.

Manuel Antonio creyó advertir una doble intención en aquel "en esta noche" é intentó un agradecimiento, pero comprendiendo que, entónces; lo echaría todo á perder, supo mantenerse en la misma línea de corrección en que se mantuviera su amiga con la última respuesta.

Volvieron á la sala. Laura tocaba, entónces, un trozo de "Tosca" ópera en moda y que en aquella época se daba en el "Politeama."

Ricardo, al ver de nuevo á su amigo en el salón, creyó oportuna una ironía, pero hallando obcena la que se le vino á la cabeza, terminó por decir:

—Amigos míos, ¿que tál el fresco del patio?

Mercedes no respondió.

—Bueno, gracias.—Contestó Manuel Antonio con ingenuidad, pensando solamente en el redentor matrimonio de aquella iucomparable Merceditas Ríos.

Laura acabó de tocar. El último acorde, sentimental y exangüe, quedó resonando vagamente, hasta morir en los tapices.

—¡Bravo, bravo! ¡que se repita, que se repita!—Y todos formaron entónces un escándalo de aclamaciones. Por la puerta, también sentíase entrar un lujoso frú frú de sedas.

—Allí están.—Dijo Laura, y, acompañada por Mercedes, salió para recibir á los ausentes.

—Ahora, hasta las doce..... ¡no hay escapatoria!—Dijo Manuel Antonio á Bezanes, que se había quedado solo en la sala y parecía querer despedirse.

—Ya sabes que lo único que deploro es que no sea sino hasta las doce.

Ricardo asumió una galante y despreocupada actitud para recibir, con una salida ocurrente y feliz, á las señoritas Bragada. Pero esa noche estaba con el santo de espaldas. Había intentado varias veces una ocurrencia, y todas habían fracasado. Estaba imposible.

Las Bragada entraron bullangueramente á la sala entre risas estrepitosas, saludaron á Ricardo. Este aper pudo encajar "un señoritas, ¿cómo les vá?" ¡horrible, abonable!

Las acompañaban dos buenos amigos de Manuel Antonio: el novio de Amelia, Enrique del Palacio, y Julio Carrerras, que parecía estar enamorado de Sofía. Gastaban smoking y llegaban de Chorrillos.

La amplia sala se colmó, entónces, de luz y de ruído. Las risas y frases femeniles, desalojarou del ambiente los últimos ecos de "Tosca" y Manuel Antonio preguntó por el viaje, el paseo ó lo que fuera, á Chorrillos.

—¡Muy bueno, soberbio! ¿no es cierto, señor Carreras?—Dijo Sofía maliciosamente, mientras se descalzaba un guante.

—Figúrate, Manuel—respondió Julio—si habrá sido buena la noche, que ya nos hemos regresado...

—A las diez—cortó Enrique súbitamente, riendo.

—¿Qué le parece, nó?—dijo Sofía poniendo en espectación al auditorio—¿qué tal chasco el de Rosario?

—Ah!—exclamaron los acabados de llegar, como recordando el fiasco; pero Manuel Antonio y Ricardo inquirieron por la noticia.

—A ver ¿qué pasó?

—Figúrense que al soltar la carcajada en la hora de comer, se le cayó la dentadura postiza sobre un plato, y por supuesto, se le rompió en mil pedazos... ¡figúrense!

—Y ¿qué hicieron?—preguntó Laurita.

Mercedes aseguró con aires filosóficos que llegaría el tiempo en que las mujeres llevarían postizo el corazón. Entónces, Ricardo encontró oportunidad de hacer una ironía y se animó:

—Ya hay algunas que lo llevan postizo.

Pasó desapercibida.

Diseminaronse luego, por la sala y comentaron diversos asuntos. Sofía llevaba un amplio paletó de paño oscuro, entallado correctamente y Mercedes le preguntó que á dónde se lo habían cosido.

La señora Juana apareció con la tía Cármen. Habían comentado el asunto y la tía resolviera defenderse hasta el fin. No conocía á Julio Carreras y le fué presentado. Ricardo insistió, entonces, sobre el manoseado asunto de la piedad. La señora Cármen preguntó á Sofía y á Amelia si ya estaban listas para tomar parte en la próxima velada literio-musical que se proyectaba para socorrer á los deshelados de... Miraflores.

—Ya lo creo que están—respondió la condesa, como buena madre de familia católica—la caridad es la más humana y más divina de las virtudes.

Con este motivo, la señora Cármen amontonó los siguientes conceptos:

—¡Quien no hace el bien aquí, no recoje pase libre "allá!" El Señor lo dijo: "¡lo que sembrares en la tierra, cosecharás en el cielo!"

Manuel contuvo la risa y preguntó á Mercedes si ella también tomaría parte en la velada.

—Ya lo creo—dijo—parece que olvidara usted que soy hija de la señora Ríos. Sin embargo, voy á ser franca. Si tomo parte, no será precisamente, porque crea que vamos á mejorar la situación de los desvalidos de Miraflores, en donde solo hay cien habitantes, y ni tampoco que me vaya á salvar del Infierno; lo que pasa es que ahora están de moda esas fiestas; que á ustedes las primeras señoras de Lima, les ha dado la chifladura por la caridad, y dígase lo que se quiera, hay que hacer lo que hacen las primeras señoras.

La condesa, con una sonrisa de asentimiento, guardaba silencio, y la tía Carmencita protestó valerosamente de las "palabras vertidas," y luego, melosa, acabó por apaciguarse al asegurar la condesa, que todo había sido una broma.

Pero en el fondo eran sinceras las palabras de la señorita Ríos, puesto que ya constituía un timbre de orgullo el poder decir:

—Vengo del taller... he cosido... Uf! que calor! la señora de Bragada cortaba y yo cosía...

La alta sociedad se codeaba con la clase media, y ya era un triunfo democrático.

Con la sonaja de la caridad, hablaban del país, como si todos fueran una horda de mendigos á quienes había que echarles al paso, un trozo de pan. Asociaciones, clubs, feminismos, protecciones, veladas, conciertos, bailes, toda una comedia de aparato, fatigosamente representada para disipar el tedio que enmohecía nuestro organismo social. Se había recurrido á todos los medios; explotáranse las más cultas y modernas diversiones europeas, (regatas, carreras de caballos, teatros y corridas de toros, etc.) y, sin embargo, Lima se moría de aburrimiento. Funcionaba un cuadro de ópera y una carpa de acróbatas en la Exposición.

Parecía una ciudad antiquísima agonizando bajo la maldición de un innoble pasado!

Las crónicas sociales aparecían en las columnas de los diarios, con serviles noticias, domésticas y cursis:

VIAJEROS: "El distinguido caballero..... &."

SENSIBLE: "..... murió alguien."

ENLACE: "En la iglesia tál, contrajo matrimonio el acaudalado..... con la espiritual;..... el distinguido... hubo regalos: una bombonera de cristal, un juego de porcelana para té, &. Vestía la novia elegante *toilette*, gasa *chambery*, *valenciennes*, *braudée*.....

¡Abominable, abominable! Era preciso, pues, resucitar la vida social, reivindicar el prestigio de la Lima de 1874, y allí estaban las ilustres damas limeñas, copetudas y católicas, descuartizando la religión para arrancarle de las entrañas llenas de virtudes, una que redimiera sus pesadumbres. La Caridad fué el primer hallazgo y designósele para que emprendiera la ingrata labor de entretenernos.

Y, amparados por la sonaja de proporcionar alegrías á la gente pobre, lanzáronse á organizar fiestas en las que ¡nadie probó lo contrario! se estrecharon algunas relaciones; se concertaron matrimonios; se comieron expléndidas cenas y se bebieron los menos malos vinos.

¡La vieja religión de Cristo, esa religión nacida y fermentada bajo el techo de las cabañas de Judea, reaparecía en este trozo de la tierra, con versos de Chocano, música de orquesta y gasas *chambery!*

—Y ¿habrán discursos?

Doña Cármen, respondió:

—Ya lo creo, como que uno de ellos será pronunciado por el doctor Manuel Antonio de Bragada, miembro ilustre del Ateneo de Lima. me parece demás comprometerle.

—Alto allí, tía Cármen, no estoy ahora para esas cosas, y aunque usted algo me dijo el otro día, yo no le contesté definitivamente. Además, no tengo tiempo, ni quiero tener tiempo.

—Se nombrará una comisión de señoritas; quiero ver si te niegas—dijo Sofía; y Mercedes, coquetamente, agregó:

—Procuraré formar parte de esa comisión para tener el gusto de que me desaire usted...

Ricardo intervino burlonamente en su afán de lograr un triunfo, pues ya se iba acabando la noche y permanecía tristemente callado:

—Ahí tienen á los intelectuales de este país, condenados á no ser útiles á su medio, sino para recrear los oídos en las veladas y funerales. Oradores de salón, oradores de cementerio.....

Luego se precipitó sobre Manuel Antonio, en una acusadora pregunta:

—¿A eso están reducidas, Manuel Antonio, tus credenciales universitarias y académicas? ¿el lustre de tu cerebro, la

sabiduría y seso admirables que te caracterizan, solo servirán para cosechar aplausos de manos enguantadas?

—¡Que más quisiera usted que esos aplausos.—Refutó Mercedes, tomando la defensa de Manuel Antonio; y, éste, gozoso hasta la médula por tan significativa deferencia, agradeció á su amiga y prometió el discurso.

Los intelectuales, efectivamente, no servían para otra cosa. Señor Bragada, le decían los amigos:

—"Necesito un pensamiento para una tarjeta postal; tres versos; un par de déeimas; media docena de sonetos para mi hijito el menor, que hoy es santo de su maestro....."

Así, por lotes, le pedían á Manuel Antonio, retazos de su intelectualidad, que nunca se atrevía á negar. Siempre se mostraba obsequioso y pródigo con su talento que se encontraba disperso en estériles papeles aislados. Su amigo Chocano, no hacía otra cosa que recitar, con disciplinada voz nasal, después de algún banquete, trozos de sus épicos cantos.

En una reunión, cierta señora se acercó á Bragada, y le dijo:.

—Haber un verso, señor Bragada...

Y no había que protestar: recitaba, y ¡bravo, bravo!

La condesa habíase retirado y la señora Cármen se despidió:

—Ya sabe usted Manuel, uno de esos discursos que sabe usted *echar* en los días de fiesta.

Se conversó luego de varios asuntos, y Ricardo observó:

—Pero usted, señorita Amelia, está muy callada; toda la noche la he notado muy pensativa; no se le ha oído la voz; de seguro que extraña usted Chorrillos.

El criado Juan pasó una bandeja con galletitas y anunció el té.

—Le habrá parecido—contestó Amelia, adoptando un gesto jovial—como se ocuparan de tantas cosas graves, no creí oportuno intervenir.

—Siempre es usted oportuna, señorita—se animó á decir Carreras, y como ya sobre una mesita del centro, humeara el té, Manuel Antonio dijo:

—Se enfría, señores, se enfría.....

Enrique del Palacio, dijo que no tomaba el té, porque sentía calor, y que más bien se retiraba por hacerse tarde y poder perder el último tren del Callao á donde tenía presición de ir.

—¿No tomas té, Enrique, porque sientes calor?—volvió á

hablar Carreras.—Es curioso, nunca he sentido un invierno tan fuerte. Acércate.

Pero Palacio experimentaba cierta desazón en esa casa que visitara con tanto amor y constancia. Pasaba los días en la casa de San Pablo, y era uno de los jóvenes menos pobres de Lima. Calculábase su fortuna en medio millón de soles y las crónicas sociales al ocuparse de él, le llamaban, "acaudalado." Además, tenía la corrección de varios viajes á Europa, y se le consideraba como "un gran partido." La señora Juana, aceptó gustosísima tales amores y Manuel, aunque no de muy buen grado, tuvo que resignarse, porque siempre eludía su intervención en los asuntos de familia. No usaba bigote y en su cara afeitada hallábase la galantería de un cantante de ópera. En el dedo índice lucía enorme turquesa. No fumaba.

Mientras todos sorbían el té, Enrique salió al patio. Julio, á su vez, cuando hubo terminado, solicitó permiso para fumar, y salió. El verdadero objeto era conversar con Enrique de un asunto que hacía un par de horas le daba vueltas en la cabeza.

Una vez fuera, le preguntó:

—Y, dime, por fin, ¿cómo te fué?

Enrique metió las manos en los bolsillos y acabó con petulancia:

—No es el momento, pero lo que tanto anhelaba....

—¿Se realizó esta noche?

Enrique vaciló sonriente; y, espaciando la mirada en la celeste claridad de la luna.....

—No seas tonto—dijo.

—No me vengas con disfuerzos... ¿fué en el jardín, donde te dije... donde te aconsejé, ó en el patio?

De pronto apareció Manuel Antonio y propuso un rocambor.

Enrique se disculpó:

—Es tarde, y pierdo el tren. Necesito estar mañana en el Callao. Otro día.

—Yo también tengo que solucionar una combinación esta noche—dijo Julio con misterio, y entraron en el salón para despedirse.

Momentos después, Ricardo tomaba su sobretodo, y, dando el último apretón de manos, dijo á Manuel Antonio:

Mañana vengo á verte á las 3 y ½.

Te espero; no faltes.

como llevara distinta dirección á la de los otros amigos marchó solo.

—¿Ustedes también?—dijo Laurita, al ver que éstos se aproximaban con las manos tendidas.

¡Era tarde, el tren los dejaba! Amelia miró á Enrique con melancolía, y, cuando éste se le acercara, contestó: "no faltaré", á una pregunta, innoble y borrosa, que le sopló al oído.

Sofía comunicó á Carreras un "mañana vamos también á Chorrillos," y los dos amigos salieron.

—Con que, dime ¿cómo te fué? hombre de Dios, que me tienes en una tonta curiosidad.

Enrique respondió entónces, con libertad y lleno de regocijo:

—Nada, sencillamente, que Amelia es ya cosa de este mundo y que se me prepara la más hermosa luna de miel

—Pero... ¿yá?

—¡Yá!

Llovía abundantemente y soplaban fuertes rachas del norte. Los focos eléctricos rompían la interminable sombra que la desaparición de la luna amontonaba en las calles..... De trecho en trecho, la luz rebotaba, charolando el fango de la calzada.

Julio levantó el cuello de su gabán y gruñó con rencor:

—Feliz tú, Enrique... Lo mío está muy verde. Sofía es de acero.

—El tiempo lo dirá!

—¡Caramba, que llueve!

Pasó un cupé con unas mujeres, que cantaban aires del género chico.

—Si pasara otro.....

Dos huecos rojos horadaban la sombra y avanzaban hacia ellos. Eran los faroles de otro coche. Metiéronse en él y gritaron:

—¡Rápido... al Club Nacional!

Al día siguiente llegó á San Pablo la señora doña Segismunda, la enorme madre de Mercedes. Esta habíase quedado á dormir en compañía de las Bragada; y aunque eran íntimas amigas y estuvieran juntas en el colegio, continuando esa amistad á través de ocho años largos, la señora Ríos, la venerable doña Segismunda, no gustaba mucho de esas relaciones.

—Si al principio—decía á su hija—te daban esas relaciones, ahora que eres novia del señor doctor, te quitan.

¡La madre, la madre! Era el gran temor de la señora; la gente murmuraba y no era posible que se dijera lo mismo de su hija, nieta de un héroe de la Independencia y novia de un ilustre personaje peruano, don Mariano Vásquez, tres ó cuatro veces ministro, otras tantas senador, catedrático de la Universidad y abogado de los tribunales de la República.

—Es la última visita que les hace á los Bragada—pensó la señora Ríos y se decidió á ir debilitando esa amistad hasta extinguirla por completo.

Ese día amaneció un cielo sucio, por el que erraban las golondrinas y huían nubes pardas y dispersas. Una gruesa neblina empañaba el ambiente y en los cristales de las manparas lloraba la lluvia. Las flores del patio perfumaban suavemente, y la policromía del jardín, al través de la niebla, aparecía lejana y dormida.

Manuel Antonio, en bata de mañana, contemplaba el minúsculo paisaje del patio, y, sin querer, pensó en el amor y en la felicidad.

En su alma cultivada, y cautiva entre el humorismo alado y convencional de la civilización, ascendió, con lentitud y amable, la visión de la esperanza. Sintió un hondo y recio d[illegible]o de vivir una existencia despreocupada y sobria; abandonar los libros; despreciar la severa disciplina social; ahuyentar de su cerebro el sofisma de la civilización y el aniquilante ejetro de fechas, nombres, generaciones y razas ilustres; borrar los rastros y oscurecer la claridad que en su

cerebro dejara el paso de libros sabios; olvidarse de su personalidad intelectual y civilizada, del catálago complejo de la historia y penetrar en la más sana inconsciencia de su yó, para vivir después las fuertes, puras, enérgicas emociones de un mundo infinitamente bello, por infinitamente simple...

Apartado un instante de su cultura y refinamiento, allí, en el escritorio de las vigilias literarias, de los tormentos intelectuales, hallábase contemplando idiotamente una neblina vulgar tras la que aparecía un jardín cualquiera. Muchas mañanas, frías y nubosas como esa, había visto con fastidio, aburriéndole las flores y el cielo, al punto de tirar la ventana con fuerza y sentirse molesto.

¿Por qué, pues, ese mismo paisaje le hacía incurrir en una apostasía artística? ¿por qué le distrajera, ahora, lo que antes le cargara?

Y calló en la conclusión de que la belleza del cuadro existía dentro de él, dentro de su yó, subjetivamente, como un sueño, como una fantasía.

Ese halago, ese buen rato que le ocasionaba la mañana, debíaselo, pues, á sí mismo, á la civilización que refinara su gusto y que le hacía encontrar felicidad en un paisaje, que en distintas condiciones de cultura, hallaría soporífero é intolerable.

Se rió de sí mismo, comprendiendo la ridiculéz de esos fenómenos, y cómicamente, dió unas gracias muy expresivas á Maupasant, que, oleográfico y marchito, colgaba de la pared.

Cuando le llevaron el desayuno, gritó furiosamente al criado Juan:

—¡Más mantequilla, estas tostadas son imposibles..... qué café es este..... y la sal, uno se va á morir de hambre!

Crujió una puerta al abrirse, y la gentil figura de Mercedes se recortó en el fondo del patio, soñolienta y vaga, entre una orla de niebla. Manuel Antonio sorbía el café glotonamente y saludó á Mercedes.

Dijo:

—¿Se madruga?

Mercedes soltó la carcajada:

—Lo vé usted, Manuel Antonio, usted no sirve para marido. Echa usted la casa abajo porque no le llevan pront el salero y la mantequilla; y luego á una persona mayor, que se levanta á las 10 le dice usted que madruga..... Lo dic o, no sirve para marido.

Manuel Antonio celebró esa locuacidad matinal, y e- confortado por el café, sintióse audaz y prosaico. Se ac- ó

á Mercedes, secando las hojas del paso con la falda de su bata japonesa y le sugirió la idea de darle una lechuga al canario. Luego aseguró:

—Qué mañana tan ridícula!

—Lo que son las cosas: ahora un rato, no más, estaba diciendo para mis adentros: "¡qué linda mañana que se pierde!" porque debe usted saber, que después de todo, tengo mi poquitín de romántica. ¡Me encantan las mañanas tristes! ¡Me parecen mandadas al mundo para emplearlas solamente en hablar de amores, intensos y puros!

Manuel quería, en efecto, hablar de esas cosas. La miró capciosamente:

—Pues, entónces, hablemos de amor...

—Ya le dije, que no servia usted para marido.

—Y ¿para amante?

Mercedes fijó en él una mirada, en la que tras la ironía y el reproche, creyó Manuel Antonio percibir luminosas esperanzas, asentimiento, talvez.

Mercedes dió media vuelta:

—Atrevido—dijo y escapó.

La señora de los Ríos conversaba en la sala con la señora condesa del peligro que corría doña Cármen de entrar á la cárcel. En último caso, hablaría al señor doctor Vásquez. que hacía lo que le daba la gana de los hombres pudientes del Perú, y las cosas terminarían pacíficamente. Todo quedaría en nada.

Después pasaron á tratar asuntos políticos. Doña Segismunda era civilista "hasta el hueso." Luego cayó la conversación en lo de siempre. Al señor doctor don Mariano Vásquez le iban á confiar la plenipotencia de Chile. De seguro que arreglaria los asuntos pendientes de Tacna y Arica. Ya lo creo!

—¡Ah, como todas pudieran conseguir un partido igual. —exclamó la condesa, por seguir la corriente á su amiga.

Doña Segismunda se infló como un pavo real; y, sentándose en el filo del sofá, habló con magestad y ceremonia:

—Oiga usted, Juanita, es lo que yo me digo: una persona seria, de nota, un abogado, una personalidad... Y !solo Dios conoce el porvenir! ¡Puede llegar á la presidencia de la República, y siempre es un consuelo tener un apoyo; yo no aseguro nada, pero solo Dios sabe las cosas!

La viuda de Bragada, sonreía de tanta necedad y le preguntó rudamente, como si en en esa pregunta quisiera encontrar una provocación:

Y ¿qué edad tiene?

—Ya tiene sus añitos; no digo que nó, pero ahora no se puede contar con los jóvenes para el matrimonio. No sirven, amiga Juana, porque como son tan jóvenes.....

El señor doctor don Mariano Vásquez tenía sesenta años de edad, padecía de fuertes dolores de estómago y usaba bastón con puño de oro y monograma.... Pero siempre era un consuelo tener un apoyo, y ¡solo Dios sabe las cosas! ¡podría llegar á la presidencia de la República!

Entró Manuel Antonio y saludó ceremoniosamente á la señora:

—¿Hablan del doctor Vásquez?

—Que le parece, pues, le participo que se casa Merceditas dentro de muy poco tiempo.

—¿Su hija?

—¡Claro; quien va á ser!

—Y ¿con quién?

—¿No lo sabía usted, Manuel?

Manuel Antonio sabía todo, pero afectó ignorancia para convencerse de las cosas por un órgano más autorizado, más oficial. Respondió evasivamente:

—Si sabía que se casaba... creo haber oído algo á mis hermanas, ó á ella misma; pero lo cierto es que no sé quien sea ese afortunado mortal,

Doña Segismunda, llenándose de solemnidad, acabó con esta frase, redonda y sugestiva:

—¡El señor doctor don Mariano Vásquez!

¡Era cierto lo que le dijera Mercedes, no había lugar á duda! Un violento entusiasmo iluminó el rostro de Manuel Antonio, y, ávidamente, inquirió:

—¡Hola, que tal! y ¿cuándo es esa boda?

—No sabemos todavía, pero el señor doctor quiere que sea en cuanto acabe el Congreso, para irse á dar un paseíto por Europa.

La condesa intervino:

—Entónces, dentro de un mes...estamos en el Ordinario...

—Pero—argulló Manuel Antonio, en el colmo de la satisfacción—que tal, qué tal!

La señora doña Segismunda habló luego de otras perspectivas y de otros proyectos para cuando llegase á tener por yerno al ilustre hombre peruano. Después preguntó por su hija. Esta salía acompañada por las niñas y con el sombrero puesto.

—Acabo de participar tu matrimonio con el señor doctor—dijo la señora Ríos, acomodándole la falda que no creyó bien entallada.

Laurita respondió en tono casi burlón:

—Si ya lo sabe todo Lima, esas cosas son las que primero se conocen.

Manuel Antonio, dirigiéndose á Mercedes, como queriendo enrostrarle esa transacción, le dijo:

—La felicito á usted, señorita Mercedes... Ojalá que llegue usted, cuanto antes, á ser nuestra presidenta.

—Se irá al matrimonio!—exclamó Sofía.

Manuel Antonio, intentó ser irónico:

—Por manera que yo también *iré* al matrimonio!

Hubo un estallido de besos. Salieron.

Manuel Antonio las acompañó hasta la puerta de calle; luego se quedó, siguiendo con la vista el cuerpo admirable de Mercedes, junto al que parecía estallar la brutal opulencia de carnes de la señora Segismunda. Cuando ésta, apenas se percibía á través de la niebla, como una enorme mancha, borrosa y móvil, Manuel Antonio se animó á volver á la sala.

Cuando Manuel Antonio volvió, ya se habían retirado sus hermanas y la condesa permanecía en su cuarto.

Un sutil aroma de mujer alegraba el grueso ambiente de la sala; y las sillas en desórden; las migajas derramadas sobre la alfombra y hojas marchitas sobre las sillas, acusaban dos cosas: la tertulia de la víspera, y la decidia de los criados. Las ventanas permanecían cerradas y el ruído de los carros urbanos que pasaban hacía retemblar los cristales.

El doctor Bragada encendió un cigarrillo y disciplinóse los bigotes. Estaba del mejor humor. Algo bueno se le esperaba. Tumbóse en el sofá y, entonando una coplilla de la última zarzuela, abrió "El Comercio."

Despreció los Telegramas y Cablegramas; entresacó algo de El Día; detuvóse en un "Sensible" de la crónica y se atolló en las "Notas Sociales".

Experimentaba una extraña exijencia de nutrirse de Li-
de su sociedad; eso es, de su vida minúscula; pero que á
s, como nó, solo á ratos, en ciertos estados de ánimo,
lta adorable, encantadora, sabrosa. Conocióse benévo-
omplaciente y hasta acabó por decir:

—¡Esta Limita, cuando menos, tiene sus cosas!...

Efectivamente, tenía "sus cosas," y Manuel Antonio en esa mañana turbia, fría, sentimental, quería saturarse del Lima elegante, con su aristocracia á medias; del Lima de gasa *chambery* y tul *braudée*; del Lima del girón de la "Unión", que por la mañana va á misa y por la tarde asiste á la Plaza de Acho; quería, en fin, gozarla, apetitosamente, allí, en la sala de San Pablo, fumando un cigarrillo y disciplinándose el bigote.

Encontraba cierto original encanto en esos hipos de civilización, en esos empinamientos para alcanzar un nivel europeo, en esa leal convicción que tenemos al decir:

—De Lima á la gloria!

Luego brincó la crónica, oscura y anodina, porque no era ese el Lima que necesitaba. Allí fermentaban las rudezas y vulgaridades de la plebe; los robos, los homicidios, esa información común á todos los países. Allí solo encontraba sensaciones fuertes y saturaba su alma de los rencores de la canalla.

Pasó, pues, á las Notas Sociales, y allí solazóse, crédulo y burlón.

En un banquete se decía: que "todo había estado puesto con el más esquisito gusto;" "completamente á la europea," "nada había que desear," "la primera copa del rubio champan"... "*hall.*"

Y una carcajada hízose incontenible, cuando, sucesivamente, leyó, entre la ampulosa cursiva y la extrangera fonética de los títulos:

"Diner blanc,"
"Garden party,"
"Paper chaise."

—¡Já, já, já!—rió estrepitosamente tirando la colilla del cigarro que amarilló furtivamente en el aire—¡qué Lima este de contrabando. Todo se importa, como dice Eça de Queiroz, por las aduanas. ¡Admirable, admirable!

Después, en "velada literario musical," se daba cuenta del programa de esa fiesta y terminaban anunciando su discurso. Ya lo habían calificado de "un conceptuoso discurso sobre la caridad."

Entónces, experimentó una ligera molestia. ¡Qué dirían sus amigos al leer esta apostasía! ¡No tenían derecho para anunciarlo y calificar!

Sí; diría un discurso, y, aunque rabiaran después los organizadores, les encajaría cuatro claridades, ¡ya lo creo que

se las diría! Luego experimentó verdadera piedad por su pueblo natal, postizo y fanfarrón; exclamando para desahogarse:

—¡Imbéciles!

Con lentitud y ronco, dió el reloj las once.

Disipábase el cálido aroma de mujer que flotaba en el ambiente de la sala, y Manuel Antonio se dispuso para salir á la calle. Iría al club.

Tras un breve taconeo en el patio, llamaron á la mampara. Manuel Antonio no quiso abrir, pero, familiarmente, miss Edda, dió vuelta á la aldaba y entró:

—*Good morning... miss!*—Dijo Manuel Antonio, alegrándose de que no fuera alguna importuna.

—*Good morning sir.*—Respondió la irlandesa, aventando sobre Manuel Antonio un fuerte olor á Margaritas.

Era la profesora de piano y muy bien formada. Natural de la patria de O'Connell, aventurera de la vida, personificaba ese tipo extrangero, la profesora por excelencia. impenetrable, único maestro, respetada por el misterio que siempre rodea sus existencias desconocidas.....

A los profesores criollos, se les conocía la esposa, los hijos, el nombre, toda su vida y pasaban entre los alumnos con la intimidad de un tipo familiar.

No sucedía lo mismo con los extrangeros. El verlos por primera vez, con nombres raros, idioma distinto y esa aparatosa severidad ú honradez que pregonan tener, les aureolaba de cierto matiz fantástico, novelesco.

Ese tono de grandioso y legendario que los cerebros infantiles proyectan sobre la gente nueva, les hacía más respetables y solicitados. Por esto, la irlandesa logró hacer de Laurita una eximia pianista y de Amelia y Sofía unas verdaderas inglesas. "Sabían el idioma de Gladstone como para ocupar un asiento en la Cámara de los lores." Miss Edda enseñara en San Pablo desde el año 98 y aunque ya eran casi innecesarias sus lecciones, la condesa toleraba su presencia en la casa, por gratitud, como una muestra del aprecio que se puede tener por una buena amiga, una camarada.

Era bastante simpática la miss, y Manuel Antonio siempre admiraba su maciza arquitectura y sus recias carnes extrangeras. Nunca se habia enamorado de una miss, y aunque la profesora tuviera *sus años*, se conservaba perfectamente apta para salir airosa en una lucha de amor....

Manuel Antonio dijo que sus hermanas no tardarían en bajar, y la miss tomó asiento en el sofá, que crujió al peso de sus carnes opulentas.

—Sabe—dijo aceptablemente en español—que resulta curioso este invierno. Está lloviendo y siento calor. Usted permitirá que me quite el abrigo.....

—¡Oh, yo le permito todo!—respondió prontamente el doctor y se dispuso á intervenir con la mirada en todos los detalles del procedimiento.

Miss Edda se puso de pie; y, al desenfundarse del paletó, un corchete, rebelde y sabio, que se enganchara en la blusa, decidió á Manuel Antonio á intervenir de hecho en lo que hacía un rato viera solamente.

—A ver, yó—dijo tomando el abrigo y hundiendo las narices en esa nuca que surgió, brutal y blanca, bajo un remolino de pelos bravíos y sensuales. La cabeza dorada permaneció altiva y enérgica; nuevamente el olor á margaritas se le coló hasta la médula; y, ya quitado el abrigo, apareció ante sus ojos, desbordante, bajo la delgada tela de una blusa negra, el carnoso busto de la irlandesa. En el pecho y en las mangas se trasparentaban carnes copiosas y sensuales; y, Manuel Antonio, lejos de volver á la silla que antes ocupara, tomó asiento en el sofá al lado de la miss.

Esta dijo, levantando los brazos para arreglarse el peinado:

—Ahora, sí, ya está mejor; y ¿Laurita?

Manuel Antonio se acercó un poco; y, entre burlón y sincero, aventuró una *entrada:*

—Ya vendrá señora maestra.... ó es que se aburre usted conmigo?

—Nó; eso ¡nunca!

Hizo un leve movimiento de protesta y sus senos temblaron....

Manuel, tocándola con las rodillas, habló melosamente de la música puccinianana, y que le encanta oirla tocar el piano. Después, con lamentable torpeza, le dijo qne él también quería aprender música, pero con la especial condición de que ella misma, por sus propias manos, le enseñara todos los días:

—Ya sé que estoy algo crecidito para aprender música.. pero usted, solo usted puede enseñarme... porque yo no s que extraña simpatía me lleva hacia usted.

La miss comprendió que se trataba de un ataque á s virtuosidad sajona; á su seriedad de persona "extrangera; á sus títulos pedagógicos; y se puso en guardia.

Era la milésima vez que le pasaba lo mismo y esas escenas acababan yá por entretenerle, además, ¡que caramba! en el fondo era mujer y le gustaba que un hombre como Manuel Antonio se le insinuara.

—Para mí sería un orgullo el ser su profesora, doctorcito—exclamó miss Edda, zocarrona y galante.

Alentado, Manuel Antonio, se acercó bien á ella y le deslizó unas "gracias" maliciosas y equívocas que enmudecieron á la irlandesa. Al cabo de unos instantes, ésta, se animó á decir volteando la cara y dando con su hálito en las narices del cercano rostro de Manuel Antonio.

—Ud. se lo merece, señor.....

Feroz!.

Triunfando del aroma de margaritas, se pronunció el olor de esa boca irlandesa.....Horrible! En ese momento de aguda sensualidad, causada por un aroma de flores, un corchete, unos brazos que blanqueaban y unos senos que temblaban bajo una blusa negra, hubiera llegado á tener un remordimiento; pero vino otro aroma que le sacó del engaño y le hizo caer en el fango de la realidad. ¡Un momento había olvidado el defecto de la miss!.....¿con no besarla.....?

Pero nó .....había pasado el momento azul y, parándose, bruscamente, gritó;

—Laura!.....¡aquí está miss Edda.....la profesora....!

Y, escupiendo un:

—Con su permiso

Salió.....

Laura estaba estudiando la obertura de Tanhausser, la la sublime ópera de Wagner. Creía que este era el primer músico y discutía á la miss que adoraba á Verdi y á Puchini.

—¡Los italianos.....los italianos¡.—Exclamaba gozosa la miss y Luarita insistía:

—Wagner.....Wagner.....solo aquí, que nada sabemos de nada, puede pasar desapercibida la música wagneriana, el mas vasto, el mas genial de los compositores.....Puchini me gusta mas que Verdi en las fantasías sentimentales y caracterización de almas; pero en la música fuerte, en lo trágico, en esa música compleja, amplia, solemne, que eleva, decae pobremente.....

Luego, plagiando á su hermano de quien escuchaba larg polémicas con un famoso profesor de violín agregó:

-¡En sentimiento llega al corazón y conmueve; pero no e ompleto como Wagner!..... ¡Los italianos escriben para l hombress; los alemanes para los dioses.....!

-Y ¿los franceses?..... y ¿los ingleses?..... ¿los norue-

gos?..... !como! Ud. cree que los alemanes no mas saben escribir música?

La miss no podía consentir que los alemanes tuvieran supremacía en ninguna cosa .....

Pero, luego, la miss tuvo que darse por vencida ante la incontenible y selecta verbosidad de su discípula. Dió por terminado el "lance" abriendo el libreto de Tanhausser:

—Tocaremos á cuatro manos ..... si viniera Amelia.

—Está por adentro con un poquillo de dolor de cobeza..... Siempre tiene ella sus mañas..... Tocaremos nosotros no mas.

Y comenzaron la genial obertura.....

Encendieron las velas del piano; y, sobre la caja negra, amarilló el fulgor de los candelabros dorados..... La música surgía, trabajosa y tarda, llenando la sala de una extraña aristocracia.

La neblina habíase disipado un tanto y el sol aparecía difusamente, recortando en el cielo, una mancha alta y clara..... La luz de las velas entristecía la sala, dorando ligeramente la penumbra del ambiente y desperazando los muebles de la somolencia de la hora.

Un granuja se detuvo en la puerta de la calle para escuchar, y, aburrido, vengóse de Tanhausser, silvando desaforadamente:

—Bribón!—Gruñó la miss y volvieron á empezar.

Era un trozo muy difícil.

Se aburrieron. !Era muy difícil!. La miss aseguro que había conseguido "La marcha" y que la traería al día siguiente.

—Por ahora, basta,—aconsejó—la próxima lección haremos "La marcha". Aida, óh! Aida.....ya veremos á Verdi.....

Laura dijo que Verdi no podía con Wagner. La miss, preguntó, entonces, por Amelia; y, Laura, ofreciéndola llamar, despidióse, por que estaba preparando una melcocha, para un regalo.

La irlandesa permaneció sola. Tuvo un momento cierto pudor, y, pensando en un asunto que tenía que solucionar con Amelia, dijo, para sí:

—Nó, nó lo debo hacer.....!

Parecía sostener una lucha en el interior de su ser. Hacer ó no hacer una cosa. Algo la mortificaba como si fuera á pedir un adelanto de sueldo. Al través de la ventana, miró el sol que se pronunciaba más vivamente y alzó los hombres en una convencida resignación, en un !que importa mundano y sabio.

Era la primera vez, !cierto!, pero como algún día principia ¿por que no debía ser ese?

—Eah!—pensó— además nada de decoroso tiene para mí que soy una desconocida..... y *all rigt.!*

En ese momento entraba Amelia con un pañuelo atado á la cabeza:

—!Cómo!— dijo espantada miss Edda— ¿Con jaqueca?.... oh, oh, oh!.

—No sé: pero estoy muy mal.

Efectivamente. Estaba demasiado pálida, con hondas ojeras y con una triste melancolía en el semblante.

Se detuvo junto al jarrón del centro, y, su figura alta, dominadora, agregó á las cosas de la sala un detalle artístico.

—Laura dijo que Ud. me llamaba.

Cariñosamente, miss Edda, la llevó al sofá y, poniéndole una mano sobre el hombro, adoptó una actitud amistosa y trató de explicarse:

—Sabe Ud., mi amiga Amelita, que á veces se vé una..... ¿como diré?..... sí, obligada á hacer ciertas cosas que nunca ha hecho y como Ud. debe comprender, en fin que no siempre se hacen las cosas por que uno quiera..... le pido perdón.....

Amelia no comprendía una palabra de lo que le bablaba la miss y se intrigó, maliciosamente, con esa excusa anticipada y misteriosa:

—Pero.....no sé á que se refiere Ud.—dijo mirándola atentamente—no se me ocurre, francamente, á que puede Ud. aludir y ya me tiene en curiosidad.

La profesora se hallaba en una actitud de embarazo y dudosa. No sabía como atacar el asunto y volvió a los preámbulos:

—Es una cosa que nunca he hecho.....

—Pero acabará Ud. que estoy intrigada.....!

—Es.....¿como diré? pues, una carta que me ha dado el señor del Palacio..... para Ud. es..... y como Ud. comprende..... que una no esta acostumbrada.....

—Haber, haber—interrumpió Amelia.....

La miss sacó del seno el sobre cerrado y, como para resarcir su solemnidad sajona vulnerada por esa acción, se disculpó, nuevamente:

—Tanto me rogó el caballero..... y me dijo tantas cosas..... y como yo tengo interés en servir á Ud..... pues.....

—Nada..... nada, pero que no lo sepa Laurita..... ni el .... nadie..... yo no he hecho estas cosas..... para servir-

Salió.

Amelia quiso encerrarse en un cuarto para leer la inespe-

rada carta de su novio; pero, no pudiendo resistir á la creciente curiosidad que le invadía, rompió el sobre y principio á leer.

Adentro, Amelia gritaba angustiosamente y colérica:

—Esas gallinas que se van á quemar en el perol de la melcocha..... se van á pasar á la otra casa.....¡Juan¡

El sol cortó la nota oscura de la mañana tendiendo una riente claridad, como si hubiera desabrochado la niebla!

Amelia terminó la carta, y, pensativa, miró el rectángulo amarillo, que, el paso de la luz por la veñtana, precisaba sobre la alfombra de la sala. Dudó un instante, pero, con invasora lentitud, fué apreciando el verdadero sentido del billete.

Un desgano, soportable primero y mortificante después, ascendió en su alma soñadora, hasta abatirle y tumbarle sobre la ruda prosa de la vida. Sintió una lenta germinación de nostalgias, evocadoras de un pasado risueño, pintoresco, en el que había sido feliz y amada y desde el que había presenciado los mejores años de su vida.

Recordó Chorrillos, Barranco, las mañanas, las inolvidables mañanas del baño; las horas de paseo por la playa en las que, á la agonia de la tarde, se extasiaba contemplando en los ojos de su Enrique, en el fondo de sus pupilas espejeantes, la vasta melancolía del mar, escapando por la retina á medida que el sol huía y los paisajes morían entre la sombra de los crepúsculos..... Evocó las charlas de "la bajada" entre el romanticismo de las noches de luna; y, cruel, se detuvo en el recuerdo de los bailes, tertulias, diálogos en los salones y citas en las iglesias: todo ello agrandado y remoto por la fantasía.....¡

Y, allí estaba, despechada y triste, cuando la vida le abría las puertas de la felicidad!

"Mañana me es imposible asistir donde las Gómez, ya te diré. Un asunto imprevisto me detiene, &."

Unas cuantas vulgaridades más.....¡

Total: que no podía estar con ella, en esa tarde.

"Mañana me es imposible..... algo imprevisto..... inesperado....."

¿Había algo mas brutal, mas hiriente para una mujer que el día anterior se le entregara?

Después de una labor continua y astuta, en la que Enrique desesperara del triunfo, una tarde, entre las abyectas comadrerías de una sociedad malvada, Amelia cayó vulgarmente, en el patio del rancho de las Gómez, cuando el sol moría.....

Todo el azul de sus juramentos, el romanticismo de su noviazgo, los bailes, las sedas, comidas, viajes, paseos, veladas, actuaciones, iglesias, baños, crepúsculos, se estrellaban contra la prosaica estupidés de esa caída brutal..... ¡La vida era así, de incomprensible y vasta!

Esa tarde, donde las Gómez, había sido animada y alegre. La Naturaleza ataviárase con las melancolías amables de una suave tarde de Otoño Desde el patio del rancho se abarcaba el mar en una yerma inmensidad. Todos habían salido á "la bajada" y, solo Amelia y Enrique, quedáronse en el patio de la casa, hablando de un amor inacabable, tan inacabable como el mar. ¡Quizás si no faltaron amigas que protejieron y ocultaron esa entrevista!

Enrique evocó fuertes y pasadas emociones, siguiendo su vieja táctica de hablar á la memoria de la mujer, y Amelia gemía un "¿te acuerdas?" enamorado y lánguido.....

La noche asomó; y, lenta y negra, trepaba por las cosas.....!

Ya entre sombras, Enrique tomó de la mano á su amada y la besó. Amelia le besó también, é, irresistiblemente, rodaron sobre un banco de madera, bajo unos trapos, puestos á secar.....

.....

Cuando al cabo de un rato Amelia se arreglaba las faldas, Enrique se recostaba en la baranda, y se acariciaba los labios afeitados.

El mar se alargaba uniforme, triste, oscuro..... A veces por el cárdeno horizonte huían las gaviotas claras ó las velas de las balandras.....

No hablaron una palabra. Entró una criada, y, desembarazados por la intervención de ese tercero, se dijeron cosas pueriles.....

Alborotadoras y rientes, aparecieron las demás amigas y el mar llenóse de luz y de gracia!

Tal fuera la escena. Recordábala Amelia con admiración y dolor. Demasiado romanticismo; demasiada solemnidad; demasiado aparato de explendor y belleza lo del paisaje, para enmarcar esa escena vulgar que terminara en un billete de marinero.....

—¡Los hombres..... los hombres!..... Ya manda él y hay que obedecer!

Miró la carta sobre el sofá y un vendaval de odio envolvió su alma. Quiso contestar esa carta con otra brutalidad, diciéndole cosas estúpidas; pero comprendió que eso sería necio.

Había sido de un hombre; se le entregara en la crisis más interesante de su pasión y no podía alardear de desprecios. Le había amado y le amaba aún con mucha mayor intensidad, con la exijencia, la tiranía del que no quiere desprenderse del último placer.

Comprendió que estaba vencida, que no podía ni luchar, que tenía que humillarse ante el que, el día anterior, mandara; y, formidable, claro, preciso, dibujóse en su conciencia el gran delito.....

Ya estaba perdida! Apreció su situación y supo que la sociedad, rencorosa y triunfante, le dominaria para siempre, condenándola al destierro.....

Y todo ¿por qué? por un temperamento hostil, un mar hostil, una sociedad hostil... .. Lloró, entónces, las crueles injusticias de la vida que le llevaron á ese hombre, le colocaron en ese patio, y, que, por último, le marchitaban toda esperanza de felicidad á que, aún, podía tener derecho en la vida.

Ese antojo de la suerte lo pagaría ella, injustamente, llevando una existencia de afrentada.

Entró Sofía, cantando un airecillo español y diciendo animadamente:

—"La pico de oro" está clueca, Amelia.

Pero, reparando en el llanto de su hermana, cambió de tono:

—¿Qué tienes?..... ¿por qué lloras?

Amelia sin contestar, vivamente, cojió la carta, tratando de esconderla, pero no tan rápida para impedir el que Sofía la viera.

—Ah! es esa carta—dijo Sofía colocándose frente al sofá.

—¿Sabes algo?

—Nó; pero supongo que sea de Enrique..... me parece que puedo leerla.....

Leyó la carta, que Amelia le entregó, y, serenamente, dijo:

—Pero ¿tan enamorada estás que lloras porque no puede ir esta tarde.....?

—Es.....

—Es qué!..... Peor para él..... ¿acaso es tu marido?

—Nó; pero, oye Sofía..... De ayer á hoy mi situación con Enrique ha cambiado..... Ahora tengo que obedecer..... r si no sé ni lo que digo.....

—Nó te comprendo.....

Permaneció un instante indecisa, mirando á Amelia, maliciando instantáneamente, le interrogo con vagueda

—Pero tu has.....

Sin poderse contener, Amelia soltó el llanto. Sofía comprendió, entónces, todo lo que pasaba y una honda piedad sofocó el reproche que ya ascendía á sus labios.

—¡Pobre hermana mía—apenas pudo decir y le besó en la frente.

Después, dando salida á sus nervios de mujer impresionable, le consoló:

—Ya está hecho y mal que no tiene remedio..... Ahora hay que cuidar de que mamá no se entere..... Hay que evitar lo mismo con Manuel Antonio..... Oh! nadie.....por que tú comprendes.....

—Ese es mi temor—exclamó al fin Amelia—Tiemblo ante la idea de que se llegue á saber algo..... que yó .....

Se detuvo.

Esa dolorosa serenidad que sigue al pecado, la halló desprevenida y fué necesaria esa carta para darse cuenta de la honda transformación que se habìa operado en su vida.

Quizás si inconscientemente, irresponsablemente, cayó, víctima de superiores, invencibles voluntades. Educada en la superficialidad de Belén; movida en un centro postizo, falso; acostumbrada á gustar de la galantería del salón, su alma vivió ignorante de las negras decepciones de la vida. Y, cuando ésta, la irónica prosa, principió á atacarla, hallóse desarmada y perdió pobremente en la pelea.

La elegancia de Enrique, su pulida argumentación social, el marco vistoso que siempre cautivara su nombre, lograron deslumbrarla y..... fué!

Aunque vagamente, pero logró darse cuenta de sí misma y un brusco raciocinio desvió sus deliberaciones:

—Eah!—dijo—quizás si Enrique, efectivamente, no pueda ir donde las Gómez..... y lo que vendrá, vendrá.....!

Sofía elogió esa determinación, que estaba más en armonía con su temperamento superficial y le consultó á su hermana un figurín de la "Moda elegante".

Amelia sintió que se quitaba un gran peso de encima y opinó porque ese corte de traje era muy bonito.

Fueron á consultarlo á su madre.

Manuel Antonio, en su escritorio, revolviendo unos papeles, pensaba en Merceditas Ríos y en cierta gasa shantilli que no del todo mal le viniera..... ¡Qué hermosa había estado la noche anterior! ¡Perduraría en su memoria como un fuerte recuerdo para la vejez!; porque Manuel Antonio esperaba llegar á la edad suprema.

Imajinósela casada, señora del señor doctor don Mariano Vásquez, con grandes ojeras y adúltera.....!

La visitaría. El marido siempre leyendo "El Diario Judicial" y, él, Manuel; el Bragada antipático á la señora Sejismunda, introduciendo la "discordia"..... ¡Delicioso!

Siguió revolviendo papeles. Halló una carta de una señora Gaudencia que poseyera á los catorce años. Fué la primera mujer que le enseñó de amor. Le compraba cajas de soldados y le daba dinero para que paseara en Carrousel. Era muy amiga de la condesa y recordaba que los amigos le llamaban "una señora interesante".

No había escrito nunca á una mujer. Las amaba una semana y no las olvidaba; pero las abandonaba.

Cesó de entreverar papeles y la recia musculatura de la irlandesa, con su blusa negra de mangas transparentes, desalojó la fina imájen de Mercedes y la aristocrática de la señora Gaudencia. Recordó perfectamente que la primera vez que la señora Gaudencia le dió un beso, fué en la sala de una casa que tenía por la calle del "Quemado". Principió por decirle que "le hiciera el favor" de amarrarle la cinta de la bota. Manuel Antonio, apenas con la malicia de los catorce años, tuvo cierto pudor; pero la señora Gaudencia replicó y tuvo que obedecer. Luego, ella, provocadoramente, se ajustó la liga y Manuelito sintió que le echaban los brazos al cuello. Al principio tuvo horror para hacer esas cosas feas con una amiga de su mamá y que era "interesante"; pero cedió y tuvo dinero en el bolsillo, regalos, teatro y cigarros, gratis.

De ese recuerdo, volvió al de la miss. Recordó el sofá; el olor de margaritas y..... el otro olor.....!

Puf!..... ¡abominable!

—Y que estuve por caer..... nunca se olvida uno de ser imbécil.....!

Luego erró la vista por sobre los lomos de los libros; y, de un estante, rotulado con el brevete "Predilectas", sacó "Salambó"; pero no pudo leer. Cojió, entonces, una revista de arte, y, repasando los fotograbados, acabó por aburrirse.

Quiso escribir una página más de su novela "Lima" pero se habían llevado el tintero.

Halló demasiado intelectual eso de estar mirando el cielo y acabó por pensar, nuevamente, en Merceditas, en "El Diario Judicial", en doña Sejismunda, la señora Gaudencia y la miss, la irlandesa.....

Oficial, resonó un campanillaso; y, frotándose las manos, acudió á almorzar.

Amelia pretextaba dolor de cabeza y Manuel fué personalmente á traerla. Volvió solo, diciendo:

—Estar con dolorcitos de cabeza, cuando siento más ganas de ponerme contento..... ¡No sé por qué me siento feliz, ligero.....! Estoy del mejor ánimo..... Juan?..... ¡Burdeos! Burdeos!

La condesa ponderó tal entusiasmo y Sofía, calmosa, irónica, miró á su hermano. Laura llegó, la última, silvando.

—Los canarios—dijo—están muy tristes..... mi *petit*..... Hola! Burdeos! de quien es el santo..... pobre mi *petit*.

La señora condesa opinó porque *petit* fuera puesto en otra jaula y Laura dijo que se lo llevaría á su cuarto para dormir con él.

—Llamaré á un médico—río Manuel Antonio.

—Para Amelia si hay que llamarlo porque no está muy bien—intervino la condesa.

Sofía comprendió todo el inconveniente de esa visita médica y se opuso:

—¡Qué médico, ni que ocho cuartos! Amelia es una mañosa..... á la tarde ya no tiene nada..... verán!

Todos estuvieron acordes, luego, en no llamar al doctor Fabiani, distinguido facultativo italiano, hombre de gran fortuna y que se limitaba á curar á muy determinadas personas.

Era amigo de los Bragada y, mutuamente sentíanse honrados con tal amistad. Asistiera con el más feliz éxito una [illegible]foidea de Laurita y curara una escaldadura á la seño-

ra condesa; luego, podía decirse que era bastante amigo de la casa.

El almuerzo se deslizó sin la menor novedad. No había interés en la charla á pesar de que Manuel Antonio quería pasar un día feliz.

A las cuatro de la tarde, hora en que debía llegar su amigo Ricardo Bezanes, Manuel Antonio le esperaba en la sala. Pero como Amelia continuara con un agudo dolor de cabeza, la señora Juana llamó por teléfono al doctor Fabiani.

Manuel Antonio fumaba en la sala un cigarrillo, cuando sintió que un coche paraba á la puerta.

Creyó que era Ricardo, muy puntual siempre á las citas; pero vió que el doctor Fabiani bajaba del coche y avanzaba, enchisterado, por el patio.

Un momento no acertó á explicarse tan intempestiva visita; más al recordar la jaqueca de Amelia, salió á la puerta para recibir al galeno.

—¡Hola doctor noto que es usted demasiado puntual.....

—Cosa rara entre los del oficio—respondió el médico tomando asiento.

Vestía gran leva negra que le pasaba las corbas y un pantalón que, por debajo del vientre, al sentarse, se le arrugaba millonariamente. Era bastante gordo y gastaba en el dedo meñique el mejor brillante que se conocía en Lima. Era el médico de la casa, porque ya el médico cumpliera con la eterna y fatal renovación de las generaciones.

¡Otro médico, otro lavandero, otros criados, otra gente!

—Y por fin ¿quién es el enfermo?—preguntó pasándose las manos por los vastos mofletes afeitados.

—¿Quién va á ser?..... ¡Amelia! dice que tiene dolores en la cabeza ¡ella llama á eso jaqueca!..... ¿lo vé usted? es una muchacha que gasta jaqueca..... ¡un horror!

Rieron.

Manuel Antonio fué á avisar la presencia del Hipócrates.

El doctor Fabiani se dobló para ajustarse la liga de la media y deseó que la enferma fuera Sofía. ¡Nó por desearle un mal..... nó, mil veces nó! sino por hallar la oportunidad de curarla, verla, palparla, tenerla agradecida y fácil. Habíase enamorado de ella.

Su tumultuosa castidad de cincuenta años, apenas interrumpida por una temporada matrimonial en la que, después, tuvo que abandonar, por infidelidades, repetidas y escandalosas, á su mujer, quiso terminarla en un concubina

aristócrata que le rodeara de admiración y placer. Era casado, aunque su mujer vivía separada de él, ¡las leyes le obligaban á no poderse casar con otra mujer! Ambicionó, pues, un amor ilegal, con todo el exquisito sabor de una gran querida. Necesitaba una mujer de la belleza y auge de la señorita Bragada. Para ello tenía mucho dinero, una envidiable posición científica, el prestigio y el misterio de varios viajes á Europa y una pujante reputación católica.

Diera limosnas, curara gratis á los pobres y para la construcción de una iglesia obsequió más libras que el presidente de la Juventud cristiana.

Sin embargo Sofía no le hiciera *caso;* y allí estaba de simple médico, esperando la realización de sus ambiciones!

El padre Camacho era uno de sus más afortunados protegidos y el fraile, en San Pablo, procuraba siempre hablar "bienes" del facultativo.

—Es una joya—decía á la señoro Juana—Como todos pudieran tener amigos de este calibre!

Manuel Antonio volvió y haciéndole una seña al doctor entró en el cuarto de Amelia.

Esta habíase acostado yá, y puéstose una venda blanca, bajo la que palidecía su rostro. Las ventanas permanecían cerradas y un laxante olor ascendía de la sensualidad de las ropas colgadas. La invernal claridad de la tarde desleíase sobre los muebles y los tapices, proyectando tristes sombras en el rosa muriente del papel de las paredes.

Un crucifijo se abultaba en la pared como un detalle local.

El médico alzó la cortina de la puerta de entrada y balbuceó:

—¿Se puede?

Alargado y muerto, llego desde la cama un:

—Pase usted.

La señora Juana se puso de pié y dió la mano al médico:

—Un horrible dolor de cabeza..... ahora tiene fiebre..... señorita Sofía, usted siempre buena..... vamos á ver á Amelia, á la Camelia, como yo le digo ¿qué es lo que tiene?

Luego, tomándole el pulso, acabó:

—Sí, tiene un poco de fiebre..... ¡Pero una congestión! ja! ja!

Y su risa vibró en el cuarto con irónica extrañeza.

—De manera que esto es pasajero—preguntó desfallecida Amelia..

-Una bicoca..... á ver la cabeza.

La enferma se sentó y de entre la lujuria de las ropas de cama, ascendió un vaho cálido y sensual. El doctor le examinó los ojos, la boca y retuvo una larga mirada sobre aquellas ojeras, anchas y obscuras. Amelia palideció súbitamente, creyendo que el doctor iba á reconocer el orígen de la enfermedad y quiso decirle:

—Calle usted doctor!

Pero toda la familia estaba presente, con la vista fija en la gestión investigadora del mal y esperó resignada una feroz acusación del médico.

A la vista del doctor no pasó inadvertida esa súbita palidez y recordando algo borroso que le contaran esa mañana, se propuso una total investigación. Sí! esa mañana, en casa de otra enferma distinguida, le habían dicho que Amelia y Enrique se quedaron solos en el rancho de la Gómez y algo hubo, porque algo..... algo! se malició. Recordó todo esto el doctor y quiso cerciorarse.

Después de examinarla cruelmente, exageró la fiebre:

—Hay que ponerse el termómetro—dijo cavilosamente —creo que ha aumentado la fiebre.

Luego añadió, capcioso y vacilante:

—En fin, veremos.

Sacó un tubo primoroso y la condesa aplicó el termómetro á la enferma.

Había que esperar cinco minutos!

Se hizo un espectante silencio.

En la calma triunfó el reloj sonando las tres y media.

Manuel Antonio dijo que iba á hablar por teléfono con Ricardo. Laura se fué también á coser. Para ver el termómetro Sofía encendió una vela y su luz amarilló la alcoba.

El doctor entró en mortificante sospecha. Aunque la gente era muy habladora, pero quizás si era verdad y ya que la ciencia no le proporcionaba un medio eficáz, infalible, para convencerse, intentó aprovechar y sorprender el menor gesto de la enferma.

—Señora—dijo el doctor á la condesa, adoptando una científica actitud—sería conveniente que usted misma, por su mano propia, me preparara un poco de agua destilada y hervida.....

Doña Juana, presurosa y obediente, para cumplir el mandato doctoral, salió. Quedóse, entonces, el doctor co las dos hermanas; y, armándose de grave tonalidad científ ca, interrogó:

—Ayer estuvieron ustedes donde la Gómez..... ¿Verdad

Sofía respondió con sencillez:

—Sí..... fué una tarde agradable.

El italiano cabalgó una pierna y, con desenfado, fijó la vista en el rostro de Amelia:

—Y usted también estuvo, Amelia.

Esta, sin turbarse y desfallecida, respondió:

—Sí, fuímos las dos.

El doctor insistió:

—Allí cogió usted la enfermedad..... de seguro irían de paseo á la "Bajada".

—No, no—interrumpió inocentemente Amelia—yo no fuí á la "Bajada".

—No creo que sea resfrío.

El doctor se convenció, entonces, de que Amelia se había quedado en el rancho, aquella tarde memorable; y, deseando cerciorarse definitivamente, bajó la voz; luego se acercó á la la cama y señalándole las enormes ojeras, dijo con severidad y ciencia:

—Y..... ¿no hizo usted alguna locura?

Amelia quedó en suspenso. Creyó que el médico le había conocido en las ojeras, en la cara, en quien sabe qué, y turbóse. Entonces el doctor, implorando su saber, agregó:

—Yo necesito para curarla..... usted comprende.....

Ágiles, aproximábanse los pasos de la condesa.

Sofía se acercó al médico y le sopló al oído una formidable revelación. Luego, sentándose, le dijo:

—Doctor, silencio! ¡Cállese, por Dios!

¡Había triunfado!

Sabía lo que tanto deseara saber y una luz, fuerte y propicia, aclaró sus murientes esperanzas. Consultó el reloj y ya habían pasado los cinco minutos. La condesa, solícita y servicial, trajo el agua:

—Hierve, doctor..... yo misma..... yo misma.

El médico pidió el termómetro; y, á la amarillez de la vela, le examinó:

—39 grados—dijo—¡Caracoles!

Recordó, después, que allí había una agua hervida, trabajada con solicitud por la condesa, y, lleno de ceremonia y falso, tomó el vaso, deslió en él unos polvos que halló al acaso en un bolsillo y dijo con facundia:

—Esto es para desinfectar las manos y los aparatos.

[illegible]etió los dedos y mojó el termómetro. Reparó, des-
pu[illegible] pasada su ofuscación, en el agua hervida y que el ter-
m[illegible]etro habíase malogrado.....

[illegible]espués de todo, tal descubrimiento muy bien valía un
te[illegible]metro!

Habló luego, de un sanatorio que pensaba fundar en la Magdalena; y, dando la mano á Amelia dijo admirablemente:

—Es nada. De esta y de mayores jaquecas, puedo salvarla, señorita Amelia.....

Sonrió irónicamente y salió, airoso y feliz.

La condesa y Amelia le acompañaron hasta el salón.

—¿Nada de cuidado, doctor?—Preguntó la primera.

—Una bicoca, señora. Con la receta que le voy á dar saldrá del paso. ¡Una bicoca!

Llegaron á la sala y el doctor se sentó para recetar.

La condesa creyó de más su presencia y, alegando los cuidados de la enferma, retiróse. El médico había terminado de recetar y Sofía, sigilosamente, le habló:

—Usted comprenderá, doctor, que se trata de la más grande desgracia de familia. Una imprevisión. Que sé yo. Una desgracia; y esperamos que usted..... no, ¿cómo dire? vamos, ya usted me comprende.....

—Oh, oh— dijo el doctor con discreción y generoso—eso morirá conmigo. Comprendo, comprendo..... niñas inexpertas..... bien dice usted. Un momento de imprevisión..... Una desgracia.....

Y acabó filosóficamente:

—Esa es la vida!

Dobló la receta y la puso en manos de Sofía:

—Y esta receta podrá.....

El doctor bajó la mirada:

—Sí!

Entró Manuel Antonio, impaciente; porque habían dado las cuatro y Ricardo no venía. Al verse con el doctor Fabiani preguntó por el estado de la enferma:

—Una bicoca, don Manuel! ¡Una bicoca!

Sofía salió haciendo una reverencia.

El doctor ofreció su coche á Manuel Antonio y éste dijo que estaba esperando á un amigo. El sabio galeno salió asegurando una vez más que lo que tenía Amelia era una "bicoca".

El criado Juan le dio en el patio media libra y el coche rodó.

———

En tanto Manuel Antonio se aburría de esperar!

—Estos incumplidos.....éstos incumplidos.....!—Se decía, cuando entró Ricardo.

—Dispensa hombre; en el Club.

Luego, sacando el reloj, agregó:

—Para lo que has esperado..... ¡cinco minutos.....!

Manuel reprendió á su amigo por esa falta de cumplimiento á los compromisos y le preguntó por las últimas noticias.

—Ninguna, hombre, ninguna!..... Esto se muere de aburrimiento..... Ni un asesinato, ni un suicidio, solo uno que otro matrimonio.....

—Bromista..... Siempre tu con chirigotas. ..... Se conoce que estás del mejor ánimo..... Eres un feliz!

—Hombre, y tú ¿por qué no lo estás?

—Sencillamente, porque tenemos enferma á Amelia y ya tú sabes el lío que se tráen las muchachas cuando tienen jaqueca .....

Ricardo manifestó que no sabía nada y que esa era la primera noticia.

Cambiaron de conversación y Manuel Antonio habló de sus proyectos literarios:

—Que te parece Ricardo estoy en la tercera escena de mi drama..... ¡una cosa monumental! Si leyeras esa parte en que el marido intenta averiguar la infidelidad de su mujer..... Oh, grandioso!

Bezanes se frotó las manos y, lanzando un formidable bostezo, acabó:

—¡Iluso! ¡querer hacer del adulterio cuestión social! Aquí, este villorrio..... te repito, eres un iluso!

El doctor quiso discutir y sostuvo con entusiasmo su media. Alegó:

rándose directamente, sino de un modo reflexivo y parcial. Así llegó á los más dañosos equívocos. No conseguía tener el don de las dimenciones, del tiempo, de la verdad, de nada. Conforme sus conveniencias adaptaba las fórmulas de vida. No era extraño, pues, verle exajerar, deformar, desproporcionar. En una palabra: no conocía la vida.

Cuando Manuel Antonio escribía, era incontenible. En la comedia ' Redención" pasaba más de un año, y en la novela "Lima", cerca de tres meses. Creyó que estaba chiflado, é intentó corregirse, enmendar su manera de ser.

Pensó en mujeres, en el amor de las mujeres, con su complejo mecanismo de citas, besos furtivos, posesiones clandestinas y sollozantes..... En los amigos, en las charlas del club, en la muchedumbre de placeres fuertes que la vida de ciudad proporciona; pero nunca sintióse más aburrido.....!

Después de un afanoso peregrinaje por la urdimbre de emociones de esa nueva vida, hallóse con unas mujeres cursis, plebeyas, incompletas y unos amigos baratos, supérfluos.....

Fué conociendo, entónces, las ridiculeces de todas nuestras clases sociales; las ridiculeces de los salones, las ridiculeces de la política, las ridiculeces de la juventud..... Una aristocracia con presupuesto de gastos; una clase media, superficial y hortera; un pueblo estúpido y borracho.

Ese el Lima del siglo XX, vulgarote é incoloro, en el que naufragaba la elegancia de su alma.

Amó varias mujeres y todas acababan por pedirle dinero ó por ponerse celosas..... Los amigos; sólo dos ó tres que, desesperados del medio, se asían entre sí, para librarse de la catástrofe.....

Y, después de una lenta investigación de vidas y de costumbres, llegó al convencimiento de que para vencer tenía que ponerse vulgar con los amigos; cursi con las mujeres; servil y estúpido con el gobierno.....

Un sordo rencor; un varonil encono, anularon en su alma toda esperanza, todo porvenir: sólo ambicionó un presente llevadero, una existencia frívola y fácil. Y, allí estaba, decepcionado y amargo, acompañando á Ricardo para tomar un té donde Broggi. Después del té de seguro que no sabrían qué hacerse y se incorporarían á un grupo de oradores politiqueros ó habitúes del género chico.

En tanto, pasó la tarde..... Las niñas, en la noche, pudieron ir al Barranco, donde las Gómez. Trascurrió día siguiente y otros días pasaron en la sordidés de una monotonía inacabable.....

Los diarios sólo hablaban de abyectas transacciones políticas y en las crónicas sociales, negreaban su cursiva los nombres extranjeros..... "Matinée" "Soirée".

El doctor Fabiani había intimado más, aún, con la familia y los domingos asistía á las reuniones de la casa con leva y tarro.

Amelia sanó y Enrique era su amante. Manuel Antonio leía poetas ingleses, filósofos indios y comenzó á abismarse en Maeterlink. La condesa estrenó la primera peluca postiza; Juan aprendió el rondín y en una noche cualquiera un gato se tragó á "Petit".

Tales acontecimientos, inclusive una que otra peregrinación á la casa de préstamos, eran las únicas novedades en la casa de la calle de San Pablo.

La condesa tenía empeñadas algunas alhajas y desesperaba de su situación económica.

Una tarde, á principios del verano de 1903, llegó á visitarla el padre Camacho, este famoso y viejo amigo de la familia. Contaba ya, el reverendo, con unos setenta años, que, envidiables chocolates y mucha cerveza negra, lograban vigorizar.

Con solemnidad y sigilo, hizo una insinuación al fraile para que entrara en la salita.

—Vamos..... vamos..... parece que se trata de algo grave..... á ver..... á ver.....

Manuel Antonio y sus hermanas habían salido. Sólo Teodoro, que, momentáneamente, se había reconciliado con la familia, dormía una *mona* en el interior de la casa. Entraron en la salita japonesa, en donde, litúrgico y de cuerpo entero, colgaba el retrato del señor don José Manuel de Bragada.

—Y que es ello—preguntó el padre poniendo melosidad en la voz y protección en el gesto.

La condesa cojió un papel para entretener los dedos y dijo, entre acobardada y prudente:

—Sabe usted señor que como uno está, puede decirse, sóla en esta vida, pues mi hija todavía es muy jóven, una tiene que acudir á su padre espiritual, donde su director de conciencia..... para.....

—Comprendo, Juanita, comprendo..... Es lo más natural; y vengo á ser tu guía y me alegro que lo comprendas.... ara que es ello..... veremos veremos.....

Resuelta habló la condesa:

—Oiga, padre, voy á hacerle la más grave confidencia y ero que me aconseje usted.

Medió un silencio durante el que se miraron con ansiedad:

—Mi hija Amelia estaba de novia, como usted sabe y me aconsejó, con Enrique del Palacio, jóven de apellido y fortuna.....

—Sí..... sí.....!

—Bueno ¿cómo le diré? debo de ser franca con usted..... pues que Amelia ha tenido un mal paso..... y.....

El fraile se puso de pié y, llevándose las manos á la cabeza, exclamó:

—Pero..... ¿es cierto?

—Sí..... es verdad. Y lo peor es que la tiene de tal manera sujestionada que creo siguen..... Y ya comprenderá usted todo lo que le he dicho; lo que la he aconsejado..... lo que le he llorado.....

El padre Camacho manifestó profunda sorpresa y no menor abatimiento. Púsose de pié, y, arrimando la silleta, palmeó, compasivo, cristiano, los hombros de la condesa; luego habló parsimoniosamente:

—Juanita..... ¡que se ha de hacer!..... esta es la vida, este es, pues, el valle de lágrimas..... pero ¿quién había de creer que iban á pasar estas cosas?

—Como usted me aconsejó tanto que prefiriéramos á Enrique.....

El fraile interrumpió vivamente:

—Sí, te aconsejé, porque creí que iba á ser muy feliz á Amelita..... pero..... ¡sólo el papa es infalible!

—Nó; nó. Léjos de mí, padre, semejante acusación. Yo lo que quiero es que me aconseje usted..... que me dé alguna luz.....

El reverendo miró las hevillas de sus medios zapatos y meditó ampulosamente. En sus ojillos rielaba una divina claridad y, familiarmente, engranó los dedos.

—Ay! hija, este es un asunto verdaderamente grave..... verdaderamente grave.

Se detuvo.

Luego, como hallara una salida feliz, acabó, señalándose el vientre en una indicación obcena:

—Y..... hay consecuencias.....?

La condesa bajó los hojos:

—Esa es, pues, la desgracia. Ya siente los síntomas y usted comprende que mi hija no puede tener un niño.

—Y Enrique..... ¿ha hablado usted con Enrique?..... Ah porque él es un caballero, al menos yo lo he creído así..... y su madre, oh, su madre ¡oh, una santa señora!

La condesa tuvo un arranque de impudor y, mostrándose, desenmascarada y cabal, habló de corrido:

—Oh, que no habré hecho!..... si usted supiera: pero sería una necedad insistir ya en este matrimonio porque cuando los hombres ganan sacan todo el provecho á la victoria. Además que si entráramos en este género de negociaciones todo Lima se enteraría..... y que esto no puede ser.....Hay que pensar en otra cosa..... en otro medio.....!

El fraile se afiló la nariz, exclamando á media voz:

—No hay más que hacer un viajecito..... Pretextar un capricho, un antojo, y largarse este verano á cualquiera parte..... á Chile, al Ecuador, al polo..... á cualquiera parte, la cuestión es salir..... y ya esto sí que me parece una solución.

—Sí una solución; pero en distintas condiciones de las que yo me encuentro.

—¿Se refiere usted?

—Nada, que los males nunca vienen solos; que vamos de desgracia en desgracia..... Sencillamente que estamos casi en la miseria, que hemos vendido casi todo y que..... lo que ha oído usted.

Y, Juana, aproximando su silla japonesa, cantó al reverendo las gruesas calamidades que le abatían. Habló de la venta del último callejón que le quedaba "San José", un fundito cerca de Lima y de las alhajas empeñadas. Luego le habló de los cobradores, las amenazas de pobreza que se le presentaban lentamente, en fin de todas esas espectativas negras, pavorosas de la miseria.

El reverendo escuchó la grave y larga confesión, con serenidad y solemne. Por su imaginación se atropellaban soluciones diversas y acabó por declararse victorioso al reparar en que la familia Bragada disponía para la lucha por la vida, de un formidable apellido y de tres mujeres supremamente hermosas.

Luego consoló á la condesa:

—No hay que ponerse así, condesita. No hay por qué ahogarse en tan poca agua. Yo soy algo viejo y macuco. Conozco la vida..... además los quiero á ustedes como si fueran mis hijos..... es una comparación.....

Luego, cambiando de tono, preguntó con maliciosa insinuación:

Y ¿quién ha visto á Amelia?

Se refiere usted al médico?

Tabiani?

—Sí.

Por un momento Juana pensó en el asesinato. Que Amelia abortase..... matar al niño; pero, pasado el tono rojo y trájico de esa pregunta del fraile, apreció turbio, criminal, redentor, el verdadero sentido de esa idea:

—Es el doctor Fabiani—recalcó, maliciosamente, cambiando con el padre Camacho, una abyecta mirada de comprensión.

El doctor Fabiani era millonario, tenía una de las más saneadas fortunas de Lima y el doctor Fabiani vivía enamorado hasta la médula de su adorable Sofía. Pero no era posible un matrimonio. Además ¿qué se hubiera dicho en Lima de semejante enlace?

Medió un silencio embarazador. Comprendíanse sin mirarse y era necio continuar la hipocresía. La condesa, en un último repulgo, argumentó:

—Pero el doctor es casado; cierto que por Sofía diera su fortuna y la vida; pero usted señor, comprende que yo no sería capaz de decirle nada á ella; ni aceptar semejante proposición..... nó..... nó..... jamás!

El reverendo comprendía que, con una insistencia nueva, triunfaba y llamó en su auxilio los poderosos recursos de su oratoria y habló largamente:

—Oh! nadie como yo ha de procurar su bien..... Ese viaje es necesario, Juanita, y por consiguiente es necesario dinero..... Déjeme..... ya sé yó lo que tengo que hacer .....

—Pero.....

—Nada..... nada.....

—Ya verá usted lo que vale nuestro apoyo.... ya verá.... ya verá.

Y, enigmático, redentor, fabuloso, gesticuló una reverencia y salió.

La condesa quiso detenerle para explicarse; pero ¿no resultaban demás esos repulgos? ¿no se habían comprendido yá? ¿no estaban acordes en el fondo de sus conciencias? ¿esos dos viejos, el fraile y la condesa, miembros de una generación muriente, no habían resuelto ya empantanar y pudrir á la generación en flor? ¿no concurrían á empañar, con el hálito turbio de sus almas viejas el claro vidrio de las almas nuevas?..... Allí, entre las monerías de esa salita japonesa, triunfante de civilización y de novedad, ¿no se había resuelto cegar el fresco jardín, radiante y hermoso?

Estaba resuelto, pues.

La suerte lo había querido. Un fin incomprensivo y obscuro, lo reclamaba..... y ya andaban por las calles de Lima un sacerdote perseguidor y un Fabiani insaciable.....

En tanto una señora condesa, tumbada y mustia sobre una butaca, elaboraba malsanos proyectos, sujeridos por una historia de adulterios y porquerías.

En ese momento que marcara una honda evolución en su existencia, le asaltaron los recuerdos de su tumultuosa juventud! Jauranga; un ministro argentino y su secretario; un gomoso de sociedad; un primo suyo; un torero; un tenor de ópera..... y otros hombres, atraídos por el deseo hacía esos brazos que, en las crísis más agudas de sensualidad, sólo ambicionaran estrechar á todos los machos de la tierra..... Y en su conciencia encallecida en el desenfreno de las pasiones, se retorcían como sierpes, los remordimientos.

Meditó profundamente la situación de su casa y vino en comprender que estara perdida, sino aceptaba una transacción que, aunque repugnante, innoble, redimiría el abatimiento de sus miserias.....

Y, por primera vez, experimentó cierta compasión por sus hijas, fatalmente condenadas á heredar el estigma de la raza!

Amelia había caído..... y ¿Sofía?..... ¡quizás si ella también.....! ¡quién podría saberlo.....! sus nervios, su educación, la condenaban..... ¿Laura?..... ¡era muy niña!..... todos habían heredado..... ¡todos! y ¿Teodoro?..... ¿no era, desde hacía algún tiempo, la vergüenza de la familia?..... Un pesetero! Y Manuel Antonio, como su padre, *shic*, bien!

La herencia, la injusta herencia.....

Y, con lentitud y sorda, fué levantándose en el alma de la anciana, una sensación de dolorosa piedad para sus hijas que, inocentes y fatales, iban caminando hacia el mal.

Luego vino la reacción, esa eterna reacción que siempre acometía á la condesa y exclamando un "esa es la vida" se puso de pié:

—Hay que usarla tal como es.....!

Luego se encaminó á la sala á esperar á sus hijas que debían regresar temprano. Laurita había salido con la c da.

Junto á la ventana, vió blanquear una carta.

Leyó:

—¡La invitación para el matrimonio de Mercedes Ríos el señor doctor don Mariano Vásquez.....!

El 15 de ese mes debería casarse. Reparó en que solo el sobre estaba dirigido á Manuel Antonio sin agregar "y familia". Doña Sejismunda, personalmente, iría á invitarles.

Dieron las cinco de la tarde.

Por el callejón se escabullía sigiloso Teodoro, con un gallo debajo del brazo. La condesa le vió alejarse sin decir una sola palabra.

Como á los cinco minutos llegaron Sofía y Amelia. Vestían traje corto y claro. Avanzaron, llenando el patio con el murmullo de sus faldas y el frescor de sus carnes jóvenes.

—Mamá nos espera en la sala—sopló Amelia el oído de Sofía.

Esta abrió la puerta y entraron.

Preguntaron por Laura. Luego se quitaron los sombreros, y, al notar el humor que gastaba su madre, preguntó Sofía:

—¿Nos hemos sacado alguna suerte que estás de tan buen humor?

La condesa rió:

—Y quieres que ponga la cara de ustedes que parece que se les hubiera muerto algún miembro de la familia.

Sofía no quiso contestar y Amelia entró al cuarto de vestir para dejar el amplio sombrero de tules blancos.

Venían aburridas; venían tristes..... Una vez solas, Sofía habló, con abatimiento y dolor:

—Tengo que contarte un incidente, un asunto para el que necesitamos mucha calma.....

Dijo que esa tarde habían estado con Enrique y Amelia le hablara, decisiva y resuelta, de su conducta. Le echaron al rostro la sombra de su falta y le exigieron una reparación decorosa:

—Le dije—agregó Sofía—que su caballerosidad le mandaba casarse en el día con Amelia y que no era de un caballero leal, el portarse así, con una mujer que le había dado hasta la honra. Después traté de emocionarlo, pintándole la ruina á que nos llevaría insistiendo en no contraer matrimonio y llegamos hasta suplicarle, hasta llorar.....

La condesa llevó el pañuelo á sus ojos:

—Y él..... él..... ¿qué dijo.....?

—Sencillamente..... ¡que nosotros deberíamos comprender que él ya no podía casarse con Amelia, que eso sería una

tontería y que se iba á Europa..... por asuntos de familia.....! Entónces no me pude contener; le dije..... ¡miserable..... cobarde.....! todo lo que se me vino á la boca y volvimos á suplicar..... Ah! ya se lo decía yó á Amelia..... pero ¿quién puede responder del porvenir?

Medió un largo silencio durante el que apenas se oía la bulla de la ciudad.

En los pintados vidrios de las mamparas, moría el sol.

Ese crepúsculo de verano presajiaba una noche de estrellas. Del fondo de la casa, trotando por los cuartos, llegaba el tufo de los guisados y la música de un rondín.

El viejo criado Juan ensayaba un yaraví de su tierra, saturando la hora con el melancolismo de su raza.

La condesa meditaba en las últimas palabras de su hija. Encontradas ideas atormentaban su hueco cerebro que por primera vez se encontraba frente á frente con la vida y una densa niebla entorpecía toda deliberación, todo raciocinio. Quiso aconsejar á sus hijas; hablarles sábia, salvadoramente, pero sólo alcanzaba á comprender su impotencia. A sus piés veía abrirse un abismo, la espantosa vorágine de la miseria en que se retorcían monstruos, obscuros, densos, sobre un tráfago de sombras..... por un momento apreció su caída formidable y sonora; y, llena de pavor, se deshizo en pueriles insultos contra Enrique:

—¡Miserable, canalla, perdido.....!

Pero ¿no era ella la culpable? ella que no había sabido llevar á sus hijas por los Chorrillos de la vida; que nunca les aconsejó; que nunca les habló sino de trajes y de tonterías; que les dió, la más absoluta libertad como si caminaran entre un mundo ideal de buenos!

Luego se tornó irreflexiva; y, torpemente, vomitó sobre Sofía las más crueles inculpaciones:

—Ustedes, también—dijo la condesa poniéndose de pié—Sí, ustedes, que son indignas del nombre que llevan, que no están sino con los hombres..... Allí tienen el resultado: la miseria y la deshonra!

Al oír los gritos de su madre salió Amelia, blanca y esbelta, en su traje de verano, como un lirio. Una triste palidez hermoseaba su semblante.

—Mamá—dijo—lo he oído todo..... Has sido injusta...

Se detuvo un instante, é, irónica, le preguntó:

—Y ¿tú?

Sofía temió una escena violentísima y se dispuso pa detener á su madre. Ese "¿y tú?" de Amelia, era la ete

interrogación que se le asomara á los labios, cuando veía que su madre las trataba con altanería ó desdén.

La condesa miró á su hija con repulsiva miopía y gruñendo un "desgraciada" dejó la sala.

Sofía, entónces, increpó á su hermana:

—No tenías derecho—le dijo—para enrostrar á tu madre las feas aventuras que tuviera en su juventud ó en su vejez. Eres una mala hija, Amelia y debes pedirle perdón.

—¿Yó?—dijo Amelia dominante levantando airosamente la perfección de su busto—¿de qué?..... acaso ella nos lo ha pedido antes que nos llamó "perdidas".....yo he sido una muchacha..... una niña..... y ella era toda una mujer..... una señora casada..... ¿acaso no hemos sufrido, sufrimos y sufriremos, las consecuencias de esas *cosas* de mamá?

Sofía quiso terminar esa conversación:

—¡Calla, por Dios, Amelia.....!

Esta sufría horriblemente al decir tales palabras; pero su alma impresionable atravesaba por la ofuscación de una crísis. Ella era la más desgraciada, al menos, era la primera. Sobre ella descansaba, por lo pronto, esa trama complicada y dolorosa que acabaría en un epílogo triste. Sofía se la quedó mirando, pero viendo que no iba á pedirle perdón á su madre, le dijo:

—Luego quiere decir que esto ya no tiene remedio; que estamos irremisiblemente perdidos?..... ya no hay respeto, moderación, que todos vamos á hacer lo que nos venga en gana?

—No seas así—respondió Amelia, algo calmada—no seas cruel; comprende mi situación..... es cierto..... estuve muy violenta..... me has convencido! ¡como hubiera tenido siempre una consejera!

Serenáronse; y, para despistar á Laurita que entraba por el patio, lanzaron una escandalosa carcajada.

Laura entró con la criada, riendo también, y preguntando por el cognac:

—Apura Maquito—dijo á la criada—tres cognacs..... bien servidos..... ¡me muero de fatiga y de calor..... uf!..... Muchos saludos les mandan las Gómez..... que ¡por que no las vamos á ver!..... Las encontré donde Klein, me convidaron..... ¿de qué reían tan escandalosamente?..... Miren he comprado esta fantasía de Leoncavallo..... Jesús hijas..... o hablen y no la miren á uno como si fuera el chino.....

—Que quieres—contestó Sofía—estamos esperando ese nac para ir á comer..... apesar de que el cognac no me ce lo más á propósito para preceder una comida..... Y

ya son cerca de las ocho de la noche y usted señorita se aparece á su casa á estas horas.....

—Prepárate para el sermón que te va á echar mamá en cuanto te vea.

Amelia preguntó por la hora. En ese momento oíanse las campanas de las iglesias y Sofía volvió á reprender á su hermana por la llegada tarde. Laurita adoptó una sonrisilla:

—Ay, hija! estuve con Blanca y Graziela que me estaban contando la mar de combinaciones, todos los bailes, los amores, en fin, todos los líos y enredos que se preparan para este verano. Figúrate, hija, que van este año al Barranco..... ¿á qué no sabes quienes?

Sofía se había intrigado y olvidando la escena anterior, intervino ansiosa é insinuante.

—No se me ocurre—dijo Amelia, cavilosamente.

—Pues á mí, sí—respondió Sofía, agregando:

—Pues, va la Reyes, esa trujillana..... no, no, estoy equivocando, ya, ya, es la Ruiz que ha comprado un rancho con la plata de ese vejete negociante en cueros..... tú, Amelia, sabes.....

—Sí, el chapetón ese—contestó Amelia, intrigada y feliz.

Laura rió y dijo:

—Pues, no señor, ninguna de esas es..... agárrense para que no se caigan de espaldas..... es, es..... ¡nada menos que esa que encontraron en un cuarto de baño, á las 9 de la noche, en un paseo por la playa, con Cabrera!

—¿La López?—preguntaron á un tiempo las dos.

—Vaya, hombre, al fin..... Y ¿qué les parece? no creen que es un insulto á la sociedad la presencia de esa mujer en Barranco?

—Y de donde sacará para esos gastos? porque ella gasta—anotó Sofía.

—¿Que no sabían? pues, nada, que se ha permitido la friolera de sacarse la última de cuarenta mil y allí la tienes dispuesta á dar bailes, fiestas y reconquistar su puesto en sociedad.....

Amelia meditó un momento; y, dándose una palmada en la frente, como quien recuerda algo, exclamó:

—Ah! ahora recuerdo..... ya me explico lo de la suerte; y dirigiéndose á Amelia, continuó:

—No recuerdas aquella tarde que Merceditas Ríos nos contaba que era muy posible que Cabrera se casara con Julia López? Ahora me explico! Como la López tiene plata

el otro, el antipático de Cabrera quiere casarse por la fortuna y sólo por el dinero, porque lo que es amor.....?

Hizo un gesto de desconfianza.

—Sí, sí — afirmó Amelia—pero aunque se case nunca podrá rehabilitarse ni figurar en sociedad..... aunque aquí son tan adulones y tan bajos que como la van á ver con dinero, y les va á llenar la barriga, pues irán á sus bailes y lo olvidarán todo..... todo!

—Hay algo más—agregó Laura; pero en ese momento llegaba Maquito con el cognac y brindaron por lo que se divertirían ese verano.

Sonó la campana de comida y Laurita preguntó:

—Está Manuel?

—No..... debe quedarse á comer porque hasta ahora no ha venido;..... pero me llama la atención que no avise.

Hablando tan alegremente de tan entretenidas espectativas, llegaron al comedor.

Maquito regresó las copas y Laurita le mandó guardar el sombrero y los guantes que había olvidado en la sala.

La señora Juana, séria, grave, no dijo una palabra á Laurita, quien, como de costumbre, fué á besarla en la frente. Después, hubo una acalorada conversación entre las muchachas.

Al terminar un pescado, llamaron por teléfono. Laura fué y regresó diciendo fácilmente:

—Manuel que se quedaba en el Club Nacional, porque le dan un banquete á Enrique. Dice que Enrique se vá para Europa..... y, ¿qué es esto?

—Que se vá, pues, pero por corto tiempo..... ¿si tú quieres acompañarle?

Con este motivo Laura chirigoteó respecto á la posibilidad de que Enrique se fuera y dejara *plantada* á su hermana.

Sofía y Amelia recordando lo pasado pusiéronse pensativas y durante el resto de la comida la condesa no habló una palabra y fijó sobre el fondo negro de su silla de cuero, la mancha blanca de sus canas.....

———

Al día siguiente pensó en la llamada por teléfono y en las escenas que tuviera con sus hijas y exclamó:

—¡Qué ironías! Dios mío! qué ironías!

Se encontraba, pues, frente á un formidable problema; en pleno periodo de lucha y había que proceder con toda la cautela y todo el valor de una alma fuerte. Por un lado su hijo Manuel Antonio, ignorante de todo; y, por otro, la sociedad, esa sociedad por la que había paseado triunfante toda su vida. Siempre la dominara, siempre se riera de ella y ahora le amenazaba de muerte arrastrándola al sacrificio. Su cerebro, experimentado y astuto, comenzó una labor de apreciaciones, de cálculos, empleando todas sus sabidurías y fuerzas, en la manera de salir más airosa de la contienda. Por lo pronto era de prioridad principal el conseguirse dinero, porque apenas si tendrían, con el préstamo de las últimas alhajas empeñadas, para concluir ese mes el gasto ordinario de la casa. Pero el verano avanzaba y las niñas tenían que dar tées, tertulias, comprar los vestidos de moda, pagar cuentas atrasadas; y no les alcanzaba.

Juana, en su desesperada situación, pensó en abyectas transacciones, en pedir dinero á sus viejos amigos, á sus ex-amantes, invocar las horas de placer, pasadas con sus *queridos* y sacarles dinero; más, todos eran pobres, estaban como ella, vagando por Lima, viviendo al día, incrustados en algún empleo de gobierno. No había que pensar en ellos.....

Y, siguiendo una solución, miraba las venas de sus manos pecosas, cuando entró Manuel Antonio.

—¿Cómo no me habían dicho que Enrique se embarcaba para Europa, hoy mismo?

—Porque no lo sabíamos; Amelia es la que nos dijo ayer. Parece una determinación de ahora tres días.

Manuel Antonio pensó un momento, luego dijo:

—Y tú, ¿qué has resuelto.....? se casa ó no se casa!

La condesa sin dar gran importancia al asunto:

—Pero no es sino por unos meses..... una herencia..... y precisamente va á preparar las cosas para el matrimonio....

—De manera.....

—Pierde cuidado, hijo; ese está en casa.

Manuel Antonió volvió á quedarse pensativo:

—Porque tú comprenderás—dijo—que en Lima puede comentarse esto muy mal y no es conveniente pasar por alto lo que se diga.

La condesa guardó silencio y al cabo de un rato preguntó:

—¿Anoche comistes con él?

—Sí..... me sorprendieron con esa noticia y..... francamente, me contrarió eso de que se enteraran de que yo no

sabía nada;..... pero felizmente no se dieron cuenta. Enrique me dijo, después, que había recibido un cablegrama, anunciándole una herencia de su abuela..... ¡qué suerte! Con tanto dinero y más, más.

—¿Y fué buena la comida?—preguntó su madre por decir algo

—Improvisada, pues, pero algo pasajera, aunque el Maury está detestable.

—¿No fué en el Club?

—Sí, les avisé por teléfono que era en el Club, pero á última hora se resolvió ir al Maury.

Se puso el sombrero. Vestía de azul marino, chaleco blanco y zapatos de cuero amarillo. Metió las manos en el bolsillo y quiso decir algo, pero se detuvo. La condesa abrió "El Comercio" de la mañana y leyendo el párrafo que en "Notas Sociales" dedicaban al matrimonio de Merceditas con el señor doctor, se dirigió á Manuel Antonio:

—Ni me había acordado..... aquí tienes una invitación.

Se puso de pié y abriendo el secreter de su escritorio, entregó á su hijo la invitación para el matrimonio de Mercedes.

—Fíjate en el sobre—dijo.

—No dice "y familia" como debiera—respondió Manuel, leyendo la invitación—será un olvido del amanuense, no creas, ó ella misma vendrá en persona .....¡habrá que asistir!

—Anda tú, si quieres..... porque nosotras..... ni lo pienses.

Manuel Antonio consultó su reloj y armándose de valentía, dijo:

—Tienes ahí dos libras prestadas? Tengo que almorzar abordo con Enrique..... como se va hoy, tengo que convidarle aunque sea un buen cigarro puro!

La condesa le miró irónicamente y le dió las dos libras.

—¡Gracias mamasita..... esta es una deuda sagrada..... no me esperen á almorzar.

Salió.

¡Sólo quedaban esas dos libras! pero, ¿cómo se iba á ir Enrique del Palacio sin que Manuel Antonio le regalara siquiera un buen cigarro puro?

Así pasaban las cosas en San Pablo. Al día siguiente, por la mañana, vino la irlandesa y, ostentando pudorosa insistencia, dió á la candesa una carta que el señor Enrique le diera el día anterior. Salió luego, haciendo taconear sus formidables zapatos de cuero.

Una vez sola, Juana, leyó con avidez.

En la carta campeaba, entre cierta redacción insolente, unas letras y unos números..... Las letras decían resoluciones vulgares y tristes; los números fijaban una cantidad de libras.

Enrique le obsequiaba en un cheque, reparador y magnánimo, cuatro mil soles!

—De manera que esto, mi querido padre Camacho, es.....

El fraile interrumpió:

—Nada mi amigo..... yo no he asegurado nada. Apenas uno dice las cosas, creen los demás que se han asegurado. Y una cosa es decir y otra es asegurar. Yo digo, no aseguro..... ja!..... ja!..... La señora condesa cree que ha llegado un momento decisivo y es preciso que sus amigos le salven de la ruina. Usted, mi doctor Fabiani, es un hombre piadoso y buen amigo de esa familia. La piedad y la amistad le obligan para con los Bragada.

En el escritorio del doctor Fabiani ventilábase, hacía un cuarto de hora, el problema de la reabilitación de la familia Bragada. El padre Camacho le incitaba esa tarde, cumpliendo la vaga promesa que dejara ofrecida á Juana en su última entrevista.

La desgracia de los Bragada era formidable y el remedio tenía que ser heroico. El fraile y el médico habían hablado largo. Discutieron la ingerencia que el rico facultativo debiera tener en la futura vida de la familia de San Pablo y acordaron, en un conciliábulo sombrío, cosas obscuras y miserias. Tras una sorda argumentación del fraile, el doctor ofreció visitar á la familia al día siguiente.

Fumaron, bebieron, y el fraile se despidió, cuando el sol moría.

Hacía tres meses que la casa de San Pablo estaba vacía. La familia habíase trasladado al Barranco y veraneaba. En carnavales dió un gran baile de máscaras al que concurrió toda la aristocracia limeña y que mantuvo por algún tiempo la jerga social de los diarios. Una caprichosa ho :- dad en la fiesta, cierto *Mefistófeles* de Manuel Antonio y n primoroso *art nouveau* que vistió Laurita, rehabilitaro :l auje de los Bragada, colocándolos de nuevo en una flam i- te posición social. Algunos congeturaron maliciosame e sobre tal fiesta, pero fueron muy pocos.

Había terminado ya el verano y nuevamente volvieron á San Pablo, cuando un otoño triste melancolizaba las plantas de los patios La casa estuvo cerrada en aquella ausencia de sus moradores. A veces, Juan, el viejo criado, interrumpía con su andar, fatigoso y tardío, el sueño de los cuartos. Una vez al mes hacía la limpieza de la casa y luego lo cerraba todo y, hasta otros treinta días.

Ya vuelta la familia se notó en el barrio cierto cambio. Los canarios y gilgueros volvieron á sus viejos sitios y parecían apenarse por la muerte de las flores. Veíaseles esponjados, friolentos, pensativos..... Las niñas remozaban la enorme tristeza de ese otoño triste, con el cascabel de sus risas, con los colorines de sus vestidos, con el frescor de sus pocos años. Sin embargo, la casa estaba triste, tan triste como ese otoño que marchitaba las flores. Cuando la condesa, grave y preocupada, atravesaba por los cuartos ó mandaba á los criados, en el ambiente se hacía un eco extraño y su voz resonaba dolorosamente en el silencio de los patios.

Y la condesa creyó advertir un funesto presagio. Habían vivido hasta allí, gastando "bailes de máscara" y "veraneo", pero Juana sabía que ese pasajero esplendor tocaba á su término. Como vieja católica y protectora de pobres, comprendió que en este Lima fanático, le sería muy útil la religión. Y emprendió la gran labor. Viejo amigo de ella había sido el reverendo Camacho y demasiado se conocían. Le confió toda su vida tumultuosa y le recordó pasados favores. Nadie mejor que él podría ayudarla y se le entregó.

Tras breves objeciones de fórmula, que el padre Camacho opuso á la condesa por haber aceptado el dinero de Enrique, concluyó por asentir y calificar de "necesaria" esa primera transacción de conciencia. La desgracia se precipitaba formidable: Juana, Camacho y Fabiani, le salían al paso. ¡El mal social, contra el clero, la ciencia y el ingenio de una Melgarejo, juntos!

Amelia y Sofía apenas conocían los proyectos de su madre y pasaban la vida en la confianza pueril de la inocencia. A veces se preguntaban por el porvenir, á veces pensaban seriamente en sus destinos; pero agoviadas por superiores reflexiones, concluían por no ocuparse de sí mismas. Se-
an pensando en sus trajes, en los bailes, oyendo, ufanas v
es, las galanterías y elogios que les dedicaban en los
rios. Nada supieron del dinero de Enrique, porque la
desa les dijo que era un deudor de la familia que, en me-
situación, abonaba su antigua deuda. Las niñas creye-

ron lógica esa relación, lo mismo que Manuel Antonio. Este, también, vivía ignorante de todo lo que pasaba. El ocio de su vida refinada; el eterno alejamiento con que siempre había mirado esas minucias domésticas; la satisfacción, cumplida y fácil, de sus necesidades, le habían amarrado á los ojos una venda y no veía sino lo superficial y falso.

Una vez en San Pablo, pensó seriamente en su novela. ¡Escribiría el gran libro! Tenía hecha ya una comedia en tres actos, pero no hallaba quien se la representase. Lima solo era visitada por payasos y cómicos baratos; y, pensó seriamente en la novela. Sería una obra artística, sutil, llena de ironía y de refinamiento, ¡Una novela francesa! Pensó en el género epistolar: declaraciones ardientes, citas entre el misterio de los jardines, juramentos impetuosos, perfumados billetes de papel celeste, visitas á museos, agonías de tardes otoñales entre el fraseo de la fronda. Un libro artístico para damitas y jovenzuelos. Un recreo, un solaz. Tendría justamente cien páginas y sería impreso en papel satinado. Hablaría á un dibujante barato para que ilustrara el libro con primorosas orlas. Una carátula color acero, un "á ella" y cierta autocrítica, harían de su obra un libro tan cursi como modernista.

Ricardo Bezanes le había dicho que no pensara en la tal novela, porque le iba á resultar una detestable composición, melosa, estéril, nacional; pero Manuel Antonio estaba bajo el imperio de un extraño romanticismo. Aquel otoño comenzaba iniciando en su alma una mística disposición para el amor. Merceditas Ríos de Vásquez, había vencido la luna de miel y nuevamente ingresaba á los salones con el fausto de unas caderas suculentas y el prestigio de un gran apellido! La señora del señor doctor Vásquez, viejo abogado y gallaso en política! En Chorrillos llamaba la atencion y Manuel Antonio se decidió á embarcarse en una peligrosa aventura. Cierta noche que comieran juntos en San Pablo, ella le había dicho demasiado y él, quizás, si le habría comprendido demasiado también. Desde muchachos jugaran á novios y fuera su enamorado. Manuel pensaba para sí que las mujeres nunca pueden olvidar al primero que les habló de besos y de paseos tomados de la mano. ¡Imposible! El nombre del primer enamorado queda fuertemente impreso en la memoria de la mujer y mucho más si el amante fué ingrato y la olvidó: estos recuerdos quedan fijos, co la misma insistencia que la imágen del primer cadáver q se vé. Manuel Antonio le había hecho la corte desde el c legio y luego que llegó á hombre grande y doctor, le ec

en olvido. Algún tiempo después volvió á verla, ya toda una señorita incomparable, espléndida, y su afecto infantil renació convertido en ardiente pasión. Un momento creyó que podría hacerla su esposa, pero bien pronto hubo de convencerse de que aquello era una locura y supo esperar. Ya había conseguido de ella el ser casada, señora de un político criollo, cuatro ó cinco sonrisas, marcadas deferencias en los bailes y un "sea usted cuerdo, Manuel" rubricado por un suspiro, en cierto *two step*, que cierta vez muy juntos bailaran. Había que seguir hasta el fin esa aventura, de cuyo resultado Manuel Antonio, hacía depender su felicidad ó su desgracia.

Su actuación en el "Ateneo", sus artículos literarios, su título doctoral, uno que otro discurso rematando algún banquete, cierta serenidad en el continente y, sobre todo, una levas impecables, le colocaron en la más simpática posición social é intelectual. Era el necesario, el imprescindible. Su sola presencia era suficiente para prestigiar un acontecimiento. Cuando se hablaba de alguna reunión se preguntaban:

—¿Vá Bragada?..... ¿Irá de frac? De leva, de smoking.... ¿Estuvo?

Las familias ponían en juego todas sus influencias, llegaban al último extremo para conseguir que el señor de Bragada asistiera. Unas le mandaban invitación especial ó el jefe de la casa acudía, en persona, solicitando tan indispensable concurso. Manuel Antonio no acertaba á explicarse este fenómeno, pues, nunca le había gustado la perpétua vida de los salones. Si á veces asistía á ellos era como un medio, como un puente, para alcanzar un fin personal, demasiado personal; pero nunca para vivir esclavizado á sus vulgares peripecias, ni para uncir su nombre al eterno carretón de las notas sociales. Sin embargo comprendía que aquello le resultaba útil para su prestigio y, con él, para colmar las espectativas de su naciente ambición. Al principio de su carrera no pensó mas que en sí mismo, en sus libros, en su Ricardo Bezanes. Vivió así, ageno á toda preocupación, pero la suerte le brindaba una hermosa oportunidad para llegar muy léjos y se propuso aprovecharla. Casi sin darse cuenta se encontró con que gustaba de nuestros
os círculos sociales; en el corazón mismo de nuestra me-
sociedad triunfó sin luchas y notó que todos le aclama-
, por quién sabe qué. Por esos caprichos inexplicables
a suerte se miró en la cumbre, dominando un paisaje in-
so y se sintió invadido por una ambición remota, obs-

cura, que lo llevaría muy léjos. Por primera vez sintió la influencia colectiva de las grandes situaciones; sintió sobre su frente el resplandor de un porvenir grandioso; un momento pasó por sus oídos el rumor de las grandes aclamaciones, y, envuelto en su ambición, creyó en triunfos estupendos: ¡creyó en la gloria!

Decidió abrir estudio y acudió á uno de los más prestigiosos de Lima: al del famoso doctor Vásquez que acababa de ser elegido senador de la República. Allí procuraría añadir á sus laureles sociales, la palma de ruidosos triunfos jurídicos. Desde el bufete ilustre del señor doctor Vásquez, inundaría Lima con sus notables defensas, sus informes elocuentes, en fin, iluminaría esta obscura tristeza de nuestra vida con la fuerte llamarada de sus glorias. Se hundió en las más extravagantes congeturas; ideó una defensa de los derechos de la clase obrera; pensó con amor en una novela artística; luego columbró una diputación; un formidable discurso, un ministerio, una vocalía..... llegando, en sus invasores devaneos, hasta sentirse elegante, con la coquetería de la banda presidencial. ¡Qué chic! ¡Cómo deslumbraría á Merceditas! Sabía que ella era ambiciosa; por eso se casaba con un cerdo. Y Manuel Antonio, este Bragada incomparable, después de tan penoso viaje por todas las fantasías de su ambición improvisada, después de tanta fatiga por abultar y por fabricarse toda una personalidad, después de esa presidencia de la República, sólo acertaba á encharcarse en un adulterio con la esposa del señor doctor!

Esta desusada actividad que experimentó el doctor Bragada, se señaló en su vida como un inexplicable acontecimiento. Incapaz de toda reacción hacia la vulgaridad de las cosas, se sorprendió ante esa evolución que en su espíritu se operara. De cazurrón é irónico, tornóse expresivo, palabrero, superficial, aparatoso, frívolo. En vez de concretar las respuestas, herir con finura, pensar con sobriedad; abultaba las cosas, posponiendo la claridad de la idea á lo recargado de la forma. En Chorrillos asistió contra su costumbre á los mejores saraos, y, desde entonces, su figuración social resaltó sobre las demás. Sin darse cuenta vióse admirado, grande, y, con un golpe de pensamiento, su cerebro descubrió á lo lejos un mundo superior.....

Y, se sintió hombre, criollo, "útil" á su país!

¡Todo por el amor á una mujer! Sólo podía verla, deslumbrarla y vencerla, en los salones; y, tuvo que ir á ella. Allí transigió con nuestra petulante mediocridad social, adaptándose á las esclavitudes de ese medio y procuran-

ser original ahí entre ese severo marco de vulgaridad. Aprendió la galantería criolla; supo de vestidos; algo del hogar y algo de imbécil. Su innata franqueza moría en las cuadrillas lanceros y su moralidad agonizaba también entre las chismografías del *fliert*. Una vez asintió, cobardemente, en que su amigo, su íntimo Ricardo Bezanes, era un pela-fustán!

Mercedes se sorprendió, á su vez, de este repentino cambio operado en las costumbres de Manuel Antonio. Siempre le había oído hablar pestes contra la sociedad y ahora le veía en el corazón de ella ocupando puesto principal

—Bah!—se dijo—todos tienen que acabar en lo mismo.

Y, lejos de inquietarse por esa repentina figuración de su ex-novio, lejos de apercibirse para las veces que lo encontrara en los bailes, experimentó cierta secreta satisfacción de orgullo que le hizo ser más ambicionada y prometedora. Y, cuando su marido, el señor doctor Vásquez, le comunicó la nueva de que el doctor Bragada era ya su compañero de estudio, mercedes tuvo viva y doble emoción.

—Después de todo—decía el señor doctor—es un mozo de talento, erudito y que me servirá de mucho. Ya le he encomendado un juicio..... El asunto es muy simpático, pero algo dificilillo..... Ese muchacho Antonio, de que te hablé, que mató á otro por celos.

Y, terminó sinceramente:

—Lo sacará de la cárcel! En fin..... veremos como se las compone.

Efectivamente, Manuel Antonio había estudiado el asunto con verdadero amor profesional. Aunque falto de práctica tenía talento é *influencias*. Y lo sacaría de la cárcel! Era su primera campaña y había que emplear todos los recursos.

El doctor Vásquez tenía su casa en la calle de Negreiros; ocupaba los altos y en una ventana de reja de la planta baja estaba el estudio. Prendida á los barrotes de la reja que daba á la calle, relucía la plancha de cobre del doctor Vásquez y, debajo de ésta, se agarraba la del doctor Manuel Antonio de Bragada. Todas las tardes, con estricta puntualidad, asistía al estudio y consultaba "su asunto" con el ilustre abogado. Dos amanuenses y un tinterillo que trabajaban allí, le saludaban con respeto y admiración. El doctor Vásquez, guardaba especial deferencia por Manuel Antonio, le conversaba á veces, en tono de consulta, sus especulaciones políticas; y, ya, un día, le había invitado para al-

morzar en su propia casa, estrechando así la naciente intimidad que, con rapidez, se entablaba entre los dos.

El mes de mayo tocaba á su término, y el doctor Vásquez preparaba un viaje al departamento que le honrara con su representación senatorial. Como fuera el candidato del gobierno, su triunfo había importado una verdadera conculcación del voto popular; pero, como su elección venía de "lo alto" consiguió que el Prefecto y los Sub-prefectos fueran "adictos á la causa". Como no conociera el departamento mencionado, proyectó un corto viaje "para imbuirse de sus necesidades y agradecer personalmente á ese pueblo que tan unánimente le había designado para su representante en el H. Congreso del Perú".

Con ese motivo, una tarde que se hallaban reunidos en el estudio, Manuel Antonio y don Mariano, éste habló de su viaje:

—Sabrá usted, mi don Manuel Antonio, que estoy pensando, mejor dicho, que he resuelto emprender un viajecito á mi departamento.

—¿A su departamento?—interrumpió Manuel Antonio, sin comprender una palabra.

—Sí, pues, al departamento por el que soy senador. Se trata de un viaje de instrucción. No diré que soy muy popular; pero tengo grandes deseos de servirlo..... además, quiero visitar unas minas que me han ofrecido en venta y que dicen ser espléndidas.

Manuel Antonio pensó rápidamente en varias cosas y acabó por objetar:

—Pero, ¿y su estudio?

—¡Cómo! ¿Y usted no es tan abogado como yo? Usted, pues, hombre, estando usted no hace falta nadie.

—Que buen humor gasta usted mi querido don Mariano..... ¡cómo se conoce que ya es usted todo un miembro del Senado de la República!

—Oh!—contestó don Mariano, con fingida modestia—con el tiempo lo será usted y quizás si algo más.

Luego, cambiando de conversación preguntó, por decir algo:

—Y ¿cómo anda el juicio de ese muchacho Tapuma?

—Pienso informar próximamente..... tengo preparado un informe.....

—Haber, haber—preguntó el señor doctor, calándose los lentes, quiero leerlo.....

—Lo tengo en el magím y ya verá usted, ya verá usted

Hablaron de otras cosas y el doctor le invitó á com

Era la primera vez que estaría de noche al lado de Mercedes, en la calle de Negreiros. Algunas veces almorzara en su compañía, pero siempre hubiera algún importuno. Cuando no era la obesa de la señora Ríos, era una amiga ó un viejo invitado. Pero esa noche estarían solo los tres.

A las siete llegó Manuel Antonio. Llovía un poco. Con familiaridad salió Mercedes á recibirlo.

—¿Me esperaba usted?—preguntó Manuel Antonio, quitándose el paletó y tomando asiento en el sofá.

—Sí, Vásquez me dijo que hoy nos cabría la altísima honra de tenerlo por acá..... porque usted es un ingrato—Y mientras Manuel Antonio incurría en el lugar común de decir "la honra será para mí" etc., Mercedes prosiguió:

—Ya lo creo..... como usted no hace sino olvidarse de los que le estiman de verdad.....

—Luego usted efectivamente me estima de verdad, y.....

Con un gorro inglés, apareció por la puerta del fondo el señor doctor.

—Vaya—dijo—veo que es usted más puntual que un paisano de mi gorro.....

Rieron de la comparación y Mercedes, provocadoramente, preguntó á Manuel Antonio:

—Con que ¿mé decía usted?

—Nada, sencillamente que ya hace un friecillo que hiela los huesos.....

El doctor confirmó lo aseverado por Bragada y sirvieron un *Cok-taill*. Desde Europa vinieran unas cortinas color coágulo de sangre y desde Bruselas llegaran las alfombras. Un enorme espejo en el fondo hacía luz. Mercedes habló del viaje del doctor, y en la mesa, á la hora de los postres, quedó fijado el dia de la partida. Sería una ausencia de treinta días.

Efectivamente, á la semana de esto, el señor doctor emprendía el viaje á su departamento. Llevaba en el magín todo un programa político. Los diarios anotaron el viaje de don Mariano. Mercedes quedó acompañada de su madre, la gruesa señora de los Ríos.

El joven abogado se hizo cargo de todos los juicios pendientes en el estudio de Negreiros, y, el próximo mártes, debería informar en la querella criminal interpuesta contra su cl ıte, el muchacho Antonio Tapuma, que mató á otro en u ·apto de celos. Algunos amigos, tinterillos y curiosos, fu on á escuchar la palabra del abogado novel. El tribu- ·estaba excepcionalmente concurrido. Todos esperaban u verdadera pieza de oratoria forense. Entre la especta-

tiva general, el doctor Bragada ocupó la tribuna. Principió con serenidad y frío. Entró, luego, en profundas consideraciones de orden social y acabó, con impetuosidad y brío, pidiendo la completa libertad del acusado. Varias veces fué interrumpido su discurso por los aplausos del auditorio que, llegando al colmo del entusiasmo, le tributó, al terminar, una gran ovación.

—¡Qué tal!—se decían todos asombrados—eso es una defensa!.....

¡Qué discurso! Y todos estaban acordes en que era la primera vez que se oía documento tan acabado de oratoria forense. Por los rostros, apergaminados y graves, de los miembros del Tribunal, fugó violenta jovialidad, revelando la más favorable impresión. ¡Había triunfado!

A los dos días Antonio era libertado de la cárcel y los periodicos dedicaron al joven doctor Bragada sinceros elogios. Una revista de papel satinado le llamó "gloria del foro peruano". Con este motivo su figuración adquirió mayores proporciones, llegando al punto de que nuestros políticos profetizaran en él todo un porvenir, lo que ellos llamaban "todo un porvenir". De muchos recibió felicitaciones y á su estudio llovió una tempestad de causas. Entre *cachuelos* y litigantes, tenía una envidiable renta. Al terminar junio, obsequió á su madre las primeras cincuenta libras que ganara en el trabajo.

Una tarde regresaba al estudio de Negreiros, preocupado con un juicio de vivencia que debía iniciar, cuando al atravesar el patio de los bajos oyó una voz conocida que le gritaba tras de los crudos toldos de los altos barandales:

—Téngalas usted muy buenas, doctor!.....

Manuel Antonio, sin responder, en una rápida y audaz determinación, trepó las escaleras:

—Perdone usted pero no la había visto. Venía preocupado.

—Sí..... desde que se fué Mariano, no he tenido el gusto de saludarle..... y ni de felicitarle.

—¿De felicitarme?..... no sé á qué se refiera.....

—Pase usted á la sala, allí hablaremos.

Manuel Antonio animó á Merceditas con la intempestiva resolución de subir á saludarla personalmente..... y ya estaba en el salón, vasto y con muebles nuevos, hablando con su vecina.

—Francamente que no me explico esa felicitación—dijo Manuel Antonio.

Mercedes rió sarcásticamente:

—Veo que maneja usted la inocencia.

—Eso lo discutiremos después; pero ¿aquella felicitación?

—¿Cómo? y la luminosa defensa..... y el formidable discurso y tantas otras cosas bonitas que le han dicho los diarios con motivo de su informe en el Tribunal?

Manuel Antonio se puso de pié y hundió las manos en los bolsillos de su americana:

—Esos son triunfos pasajeros, son los triunfos que fabrican siempre la benevolencia y la simpatía de los periódicos; nada más. Un pobre muchacho de la sierra que mata á otro por unos celos estúpidos. ¡Ha visto usted! Matar á otro, derramarse en la conciencia la sangre de un homicidio, porque una mujer lo engaña á uno. ¡Esto es vivir en el siglo XIII! Pero, en fin, se ha logrado impresionar á los jueces y el caballerito ese está en libertad.

Mercedes seguía los detalles declamatorios de su amigo con enigmática sonrisilla y acabó por tildarle de inmodesto:

—Esa es una modestia que no le aplaudo; ¡muchos le envidian y ya es algo tener envidiosos!

Manuel Antonio clavó sus grandes ojos en Mercedes y lleno de pasión murmuró:

—Bien sabe usted que esos triunfos no me importan..... toda mi vida he buscado una sola victoria..... y eso, repito, usted Mercedes lo sabe.....

—¿Yo?— preguntó Mercedes sin levantar el rostro.

—Sí, usted.

Se hizo el silencio. Manuel Antonio de pié, con las ojos llameantes de pasión, miraba á la esposa del doctor, como si quisiera penetrarla de la violencia de su deseo. Mercedes jugaba con el flequillo de un bordado y sus carnes vestidas por una tela clara, surgían tentadoras de entre la obscuridad de los muebles. Callaban. Manuel Antonio sabía que esa mujer le había querido y varias noches y vigilias había [illegible]ado con ella. Nunca podría haberla hecho su esposa, [illegible] habría dado la vida por hacerla su amante. La desea[illegible]con dolor, con tortura, con preocupación. Muchas ve[illegible]se lo había dicho y siempre ella le había oído y estaba [illegible]lto á seguir hasta el fin. Y ya la tenía casada con un fi-

gurón, pero no con un hombre. Toda una labor; el sacrificio de una intempestiva actividad; la molestia de adaptaciones y componendas sociales, esperaban en ese momento definitivo un resultado favorable. Manuel dudó un instante, temeroso de un fracaso, pero avanzó hacia el sofá donde estaba Mercedes. Esta se puso de pié y, entre serena y reprensiva, habló á Manuel Antonio:

—Ya le he dicho Manuel que esto no puede ser; usted es ya un hombre y cuando estas cosas las dice un hombre hay que tomarlas en serio. Por eso nunca dí importancia á sus promesas y juramentos; permítame, le tomé en broma. Ahora ya es otra cosa.....

—¿Qué?..... ¿qué?.....—interrumpió Manuel Antonio, esperando la palabra salvadora.....

—Digo que ahora es otra cosa; porque un amor así, como el que nos uniría, á la edad de usted y en mis condiciones, sería un amor doloroso, sería un triste amor. Su situación, Manuel Antonio, ha cambiado grandemente. Usted está en la época en que los hombres piensan en el matrimonio, como una necesidad social; su corazón tiene que latir ya por una muchacha soltera, digna de usted,..... ¡y yo, puf!..... yo, ¿qué cosa soy yo? una mujer casada, quiere decir una mujer que acabó esta vida á la que usted me quiere llevar y que ha entrado de lleno en la serenidad del matrimonio..... y que no puede ser, no puede ser.

Manuel Antonio se sorprendió ante la admirable ecuanimidad de su amiga; un instante se vió desconcertado y se asombró de la manera cómo se defendía Mercedes. Hubiera esperado una bofetada; un "esa es la puerta"; un "caballero ¿qué se ha creído usted?"; pero nunca talento!

Es ese el sublime instante de las mujeres; saben ser irónicas, tristes, amargas. La sensibilidad artística de Manuel Antonio, fué la más impresionada y él que creyó hallarse con la vulgaridad de una caida fácil ó con una protesta cursi, optó por discutir..... ¡por discutir su pasión!

--Es cierto, Mercedes, soy ya un hombre.....¿pero acaso ser ya un hombre es un obstáculo para amar como la amo yo á usted?

Vivamente respondió Mercedes:

—¿A mí? ¡sí!..... Porque cuando estas cosas se oyen de un mocito, se les desprecia, se les olvida; nunca le mortifica á una; ¡ah! pero cuando una señora como yo escucha de una persona como usted, cualquiera declaración se ve condenada á sufrir por no poder contentar al que sabe le ama con verdadero amor. De los jovencitos nos reímos, porque l

jovencitos no saben sufrir por un fracaso de amor. Ustedes si sufren; por esto nunca podemos olvidarlos.....y no podemos olvidarlos, porque no se puede olvidar al que se ha hecho desgraciado.....

—Luego nunca me podrá usted olvidar, Mercedes.

Esta sonrió picarescamente y respondió con ironía:

—Pero no se vanagloríe con este eterno acordarme de usted, porque usted sabe que hay dos clases de recuerdos.....

—Y ¿el mío será un recuerdo hecho por el amor?

- No, mi amiguito, el recuerdo que siempre le dedicaré, será hecho por la piedad.....

—¡Mercedes!—murmuró Manuel Antonio, bajando la voz—comprendo esa situación de que me ha hablado usted. Todo está bien; pero usted, Mercedes, sabe que la adoro, que siempre he vivido pendiente de sus ojos; que toda la vida no he soñado sino con la realización de este amor. .... y usted recuerde que nunca me quiso como esposo.....y ahora que la felicidad se nos presenta vamos á dejarla por tontos repulgos?

Había llegado hasta un silloncito junto á la puerta, en donde, con la cabeza baja, Mercedes meditaba cosas obscuras y amorfas. Un momento pensó en su protector, en el ilustre Mariano Vásquez..... pero ¿quién lo sabría?

—¡Mercedes!—balbuceó Manuel Antonio, temblando de pasión.

—Mi marido, Manuel, no sea ingrato!—Dijo Mercedes, retrocediendo á la puerta.

—¡Su marido!—acabó excitado Manuel Antonio.—¿Mi protector? es cierto; le pago perfectamente con mi cerebro y le cobro con el corazón. El es un viejo burgués que la tiene á usted como un bonito mueble; como un lujo; pero es indigno de su belleza..... de tu juventud.

Y le tomó las manos que parecían arder. Mercedes retrocedió y Manuel por darle un beso se apoyó con una mano en la pared y adentro sonó un timbre.

—¡Dios mío!—gritó Mercedes, pálida por el susto y la emoción—¡que ha hecho usted!..... ahora vendrá el criado!...

¡Maldición!..... ¡ironía de la vida!.....¡la estúpida y eterna intervención de insignificancias, en el destino de las grandes cosas!

—¿Desea algo la señora?—preguntó, apareciendo y curvándose, un criado.

Mercedes, que ya revisaba unos cuadernos de música, dijo, sin volverse:

—¿Está el té?

—Pero se hará, señora.

—Traiga, pues.

Salió el criado; y Manuel Antonio en la crisis más alta del deseo, brutal, decidido, macho, avanzó hacia Mercedes y, tomándola de la cabeza, restalló en sus lábios de hembra fogosa, el beso más intenso que había dado en su vida.

—Nó..... nó.....Manuel.....mi marido..... mi marido..... el criado..... té..... té.....

Pero Manuel había enloquecido. Sus concentradas energías de ocioso supremo, su refinamiento, la cerebralización de toda esa escena, toda esa compleja tramoya de su pasión, acababa de estallar formidable, entre el cálido tumulto de la fiebre. El gran deseo de toda su vida, se cumplía ya y fué esa una posesión fatal, irremediable, loca!..... En ese momento Manuel Antonio, ese admirable reposado de la calle de San Pablo, hubiera llegado al homicidio si el doctor Vásquez se hubiera presentado en la sala!.....

Al través de los cristales de las ventanas, veíase morir la tarde. Un frío crepúsculo de invierno entraba en la sala, melancolizando los muebles nuevos y precisando en los barnices lívida luz. El ruido de la ciudad ascendía con lentitud y tristeza. Los toldos, enrrollados y altos, desdibujábanse en la sombra..... ¡Todo parecía morir con ese frío crepúsculo de invierno! Esa sensación de lejanía, de distancia, de algo que escapa, que huye, se difunde, cuando, negra y lenta, asoma la noche! Dos sensaciones iguales! la agonía de una tarde y la satisfacción absoluta de vendaval de deseo!

Cuando el mayordomo anunciaba el té, Mercedes, desde el fondo del salón, respondió

—Es ya tarde..... ¡espere mi llamada!

El criado regresó la bandeja con las tazas llenas. Pasajeramente llegó á las narices de Manuel Antonio un cálido tufillo que le molestó. Miró á Mercedes y á la turbia luz de la hora, la vió tumbada aún sobre el sofá con la cabeza enterrada entre las manos. Luego la sintió llorar. ¿Había sido tan brutal que le había hecho daño? ¿lloraba un dolor físico ó era un arrepentimiento? ¿pensaba en su marido, en su madre ó en sí misma? ¿ó sólo era un modo de estallar la aguda crísis de sus nervios?

Manuel Antonio atravesaba por un momento difícil; satisfecho el placer, calmada la excitación de sus sentidos, sintió una pesada serenidad en el cerebro, que le anulaba toda galantería. Sin embargo hizo un esfuerzo y, fingiendo afectación, se aproximó á Mercedes:

—Amor mío—le dijo—¿es que te arrepientes? ¿es que no me quieres como yo á tí? Anda, no seas niña; déjate de tonterías. No creas que esto sea una historieta vulgar; ahora te amo más que nunca. Mercedes ¿lo oyes? si quieres te libertaré de tu marido.....

—Oh! calle usted..... ¡calle usted!

—Y, ¿por qué nó? Anda, levanta esa cara de cielo y olvídate de necios prejuicios y repulgos. Mírame..... bésame!

Y, enervado nuevamente por un golpe de pasión, la besó rabioso.

Entonces Mercedes levantó sus hermosos ojos, y, echando los brazos al cuello de Manuel Antonio, balbuceó temblorosa:

—Sea; ya no hay remedio..... no puedo más..... y..... soy tuya. Sí! te amo, haz de mí lo que quieras, tómame!.....

Y, un indecente crujir de sedas sensualizó la sombra!.....

Esa misma tarde, el doctor Fabiani, cumpliendo lo ofrecido al padre Camacho, había estado en la calle de San Pablo. La condesa sabía de esa visita y se preparó para afrontarla. El primer momento fué embarazoso para ambos. Hablaron de cosas pueriles. La condesa auguró un invierno terrible y el doctor se había encastillado en simples monosílabos. Poco á poco fueron rompiéndose los últimos repulgos y entraron de lleno en un asunto escabroso y obscuro:

—A usted, doctor, le consta nuestra desgracia; y ya que usted lo sabe todo, debe ser nuestro benefactor. Yo estoy en vísperas de cobrar una antigua deuda y le ofrezco pagarle en cuanto pueda hacerla efectiva.

—¡Oh, señora! eso es lo de menos..... entre nosotros no debe haber esas etiquetas; yo soy su amigo y cuando soy amigo, sé portarme como tal.

Y, sacando de la cartera un libro de cheques, acabó con solicitud:

—Aquí tengo uno de cien libras..... ó necesita Ud. más....

—Oh, doctor, suficiente por ahora; no tengo palabras con qué demostrarle mi agradecimiento.

El doctor se puso de pié, fingiendo indiferencia:

—Vamos, no hablemos más de esta bicoca.....¿las niñas?

—Salieron, solo Amelia está en su cuarto; siente un vivo dolor de cabeza.

—¿Dolor de cabeza?

—Sí; y sabe usted también que está algo avanzada; ¿no fuéramos á tener un rápido desenlace?

El médico reflexionó unos instantes, apuntando con sagacidad:

—¿No podría verla?

La condesa le llevó al cuarto de Amelia. Esta saludó al doctor débilmente y le dijo que se sentía mal de la cabeza.

—Veremos, veremos "Camelita"; y, tomándole el pulso se enteró de que tenía un poquillo de fiebre.

—Esto pasará—agregó—voy á recetar.'

Y, al despedirse del enfermo, murmuró:

—¿No hay que hacer otra locura, eh?

Una vez en la sala, el doctor dijo gravemente á la señora Juana:

—Y ¿cómo no me había dicho usted nada?

La condesa se alarmó:

—¿Qué?..... acaso.....

—Sí, mi amiga, hay ciertos síntomas y yo no sé por qué temo un aborto"

Ahora, al examinarla, he hallado graves síntomas.....oh, oh, ¡cómo no me habían dicho una palabra!

Juana, ofuscada, apenas si se daba cuenta de las palabras del doctor y sólo acertó á decir:

—Entonces ¿qué le parece á usted? ¿qué debemos hacer?

—Nada; sencillamente, hablen á una partera de confianza y que duerma aquí todas las noches por si acaso; y, si llegare el momento, ya usted sabe que con un telefonema vendría yo en el acto.

—Ay, doctor, pero y ¿Manuel Antonio?

El doctor se llevó una mano á la frente y pareció contrariarse:

—Tiene usted razón, ese es un inconveniente. ¡Caracoles! pues, no hay más que pretestar un viajecito como dice Camacho y asunto concluido.

—Sí, pero ¿con qué pretesto ese viaje?

—Precisamente, el estado de su salud; que el clima le hacía daño, etc. En fin, cualquiera cosa; para estos casos las mujeres tienen muchos más recursos que el hombre; usted, pues, invente algo..... Y pronto, en el día, porq Amelia está mal y estos estados de las mujeres son m traidores: ¡la ciencia no los puede precisar!

La condesa se sumió en un serio silencio. Comprendía la gravedad de ese suceso, sí, como lo decía el doctor, se efectuaba tan próximamente, y acabó por asentir á tales consejos, no sin objetar antes:

—¿Pero ese viaje no sería de fatales consecuencias para Amelia? ¿no podría precipitar los acontecimientos?

—Quizás; pero hay que hacerlo así.

Y, tomando su sombrero, consultó el reloj:

—Ya sabe usted, señora, que si ese viaje le exige un sacrificio, me tiene á sus órdenes con cuanto tengo y con cuanto valgo.

La condesa bajó los ojos, silvando un: "gracias doctor".

Ya en la puerta, el italiano aconsejó nuevamente que todo estuviera listo, hasta la partera. Quizás si esa misma noche habría una sorpresa, y bueno era estar prevenidos. Luego agregó:

—Y llámeme usted en el acto. Si no hay nada espero que nos veremos antes del viajecito..... ¿esta noche hay reunión?

—No, pues, ya con esta novedad no recibiremos. Habrá que prepararlo todo.

—Entonces hasta pronto.

—Adiós doctor.

Y cerró la mampara.

Esta vez ningún criado esperaba al doctor en el patio, para darle la clásica media libra! A los pocos momentos, como si hubiera estado en la esquina esperando la salida del doctor Fabiani, entró el padre Camacho. La condesa salió á recibirlo; y, algunos momentos después, hablaban en la salita japonesa.

—Y—preguntó el fraile, una vez cerciorado de que estaban solos—¿qué ha resultado de la entrevista?

La condesa le mostró el cheque, y, con pormenores, contó lo ocurrido. Después le enteró, presa aún del temor de la noticia, del probable aborto de Amelia. Sí, ya recordaba.... Una de esas últimas tardes, Amelia había contado que, paseando en coche por el parque Colón, se encabritaron los caballos y una de las ruedas sufrió violento choque contra un poste. ¡Eso había sido!

El fraile quedó pensativo. El asunto era vidrioso y había que ponerle inmediato remedio:

—Y ¿piensa usted hacer lo que le dice el doctor?

—Ya lo creo. Es la única solución que soluciona..... á ver.....

—No, no, á mí me parece eso lo más acertado..... ¿tiene lo suficiente?

—Sí, creo. Manuel Antonio me ha dado dinero estos días y creo tener lo bastante..... ahora tengo que salir en busca de la profesora.....

El fraile recordó á la condesa que en la mañana siguiente tenía sesión y que no faltara.

—Si puedo—respondió Juana preocupada.

—Es su deber.....

—Cierto..... iré sin falta..... á propósito: el otro día hablé con el arzobispo y me ofreció arreglar satisfactoriamente su asunto..... creo que cumplirá.....

—Oh! gracias, gracias—balbuceaba el reverendo con su eterna sonrisilla—y ¿á donde ha pensado ir?

La condesa meditó un instante, y, vacilando respondió:

—No sé todavía si á una hacienda..... á la sierra..... ó á Huacho..... el asunto es bien difícil.....

—En Huacho tengo una hermana..... algo vieja la pobre; pero tiene sus reales..... creo que ahora está en una chacarita..... si quiere puede escribir..... veremos cuando sale vapor.

Tomaron "El Comercio" y vieron que no salía vapor para el Norte sino hasta el viernes, es decir que tenían que esperar tres días.

—Tiene usted razón—dijo la condesa—Huacho sería muy conveniente, tanto más que tenemos allí á una hermana de usted..... pero no hay vapor..... habrá que pensar en otra cosa.

Discutieron sobre este punto y, sin llegar á ponerse de acuerdo, el reverendo, dió nuevamente las gracias por la influencia de la señora Bragada acerca del Arzobispo y se despidió, ofreciendo, desinteresadamente, todos sus servicios para el caso de un conflicto.

Una vez sola, Juana, oprimió un timbre. Apareció Maquito, hija de la negra Mamaco, que curaba el mal de años en un hospicio de Beneficencia. Maquito contaba unos treinta años y servía algún tiempo á la familia, ganándose, por completo, la confianza de la condesa:

—Oye Maquito, vas á quedar al cuidado de la casa; tengo que salir..... no deben tardar en venir las niñas..... aunque cierto que Laura se queda á comer donde la Gómez... Ya sabes.

Maquito murmuró un "perfectamente señora" y salió. La condesa alegó cualquier pretesto ante Amelia para salir y se fué en busca de la profesora.

Cuando Manuel Antonio bajaba rapidamente las escaleras de la casa de Negreiros, en el reloj municipal daban las siete. Las luces ya estaban encendidas y principiaban á caer gotas de lluvia. Al llegar á la puerta de la calle se volvió para ver si Mercedes le miraba desde la baranda y se dió con el mayordomo que afianzaba una escala de tijera para encender la gran bomba del corredor. Sin duda Mercedes lloraba todavía.

Terminó Negreiros é iba á seguir esa recta cuando observó que arreciaba la lluvia. Torció entónces á Núñez y, calzándose los guantes, entró al Club. Una relativa calma parecía dominar en las vastas salas, llenas casi siempre de carcajadas y luz. Apenas, de cuando en cuando, rodaba por los mármoles de las anchas escaleras el ruido de un billar. Manuel Antonio subía inconscientemente como si entrara en una iglesia. Sólo la abundancia de luz y dos sirvientes que le saludaron al entrar, le hicieron comprender qne estaba en el Club Nacional. Una sensación de superioridad se distendía, se derramaba, en el interior de su ser. Esa tarde había sido feliz en toda la intensidad de la palabra. Sus contínuos triunfos sobre la sociedad y el medio; sus sueños de talento y sus espectativas profecionales, quedaban empequeñecidas y petulautes. Su vida entera, sus treinta años con toda la varia cumplicación de alegrias, placeres, halagos, quedaban, miserables y oscurecidos, ante ese momento de supremo placer animal, en que dos cuerpos y dos cerebros se unieron, como si hubiesen querido fundirse, compenetrarse, en uno solo,

Manuel Antonio ni siquiera podía darse cuenta de lo que le había pasado. No se creía capaz de tanta felicidad.....! ¿Había sido todo una mentira? ¿había sido una ilusión de su fantasía? Nada podía responderle. Ofuscado aún por tanta dicha, trataba de amontonar duda; aparejar pruebas ntrarias; discutirse la verdad de lo ocurrido; molestarse n la comprobación intelectual de un hecho, de algo efeco. Pero nó, allí, en la memoria, tenía un cuadro imborra- allí estaba el retrato de la escena, un retrato cálido, ca-

bal, coloreado, un retrato que era el recuerdo mas airoso de su vida. No cabía duda; estaba en el Club; un Club que halló demasiado serio, demasiado grave, pero eso obedecia á que lo comparaba con la alegria que le embargara en esos momentos. Pensó, despúes, en la llegada del señor doctor, en las citas misteriosas, en enojos pasajeros, en sabrosas coqueterías y se creyó el hombre más feliz de la tierra. Dominado por esa arbitrariedad, entró escandalosamente en la biblioteca.

—¿Se vela muertos? —grító, dando un puñetazo sobre la mesa del centro.

Juanito Chávez, que leía "La moda elegante" en un extremo, levantó la vista y, con una voz aflautada, reprendió á Manuel Antonio.

—¡No sabía que el Czar de Rusia era socio de este Club!

¡Claro!—respondió Manuel Antonio, entre serio y burlón —Tú no sabes sino lo referente á vestidos, á telas, á gasas chamberí, gasas braudée.... apuesto á que sabes de que género son los pañuelos del..... Czar.....

Juanito se puso de pié y tendiendo una mano larga, flaca, enguantada, exclamó:

—Ah! eras tú, chico. Vaya, vaya, con estos abogados de homicidas..... ¡como te vá!

—!Sí, señor, de homicidas!; hemos llegado en este medio al punto de que, el que asesina, ejecuta una acción elogiosa porque demuestra virilidad; sangre en las venas..... tú, por ejemplo, no matarás, aunque encuentres á tu mujer con un hombre, y no matarás porque no tienes sangre porque como muy bien dijo cierto diputado, tenemos agua de malvas. y respecto á que como me vá..... muy bien, señor.

Juanito silvó su eterna carcajadilla y argulló:

—¿Ves? no eres sincero. Me acabas de hacer una frase, me has ensartado al final un "señor" que quedó colgando, extraño á ese retazo de tu informe que me acabas de descerrajar.....

—.....¿Quieres un chaquete?

En ese momento apareció un sirviente del Club.

—Este papel para Ud. señor doctor—dijo el criado, entregando un papel á Manuel Antonio.

—¿Espera respuesta? —pregunto éste.

—Como Ud. quiera, doctor.

Manuel Antonio leyó y no pudo contener una sonrisa de satisfacción.

—Estas cosas son de Ricardo—acabó, enseñando el papel á Juan Chavez.

—Sí, Bezanes debe ser, porque antes le ví bebiendo wíshki con uno del Cerro de Pasco.....

—¡Donde está este botarate! -gritó Manuel Antonio, avanzando hacia el salón de billar -ya no estoy en edad de jugar á la gallina ciega.

Con tarro de unto y largo sobretodo hasta los tobillos, apareció Ricardo.

—¿Que es de tu vida, hombre? -preguntó éste al ver á Bragada.

Manuel Antonio abrazó á Ricardo, como si le saludase después de una larga ausencia y, alejándose un tanto para contemplarle:

—Te noto gordo —le dijo —has crecido; de buen color, elegante, claro, chico, bien, un hombre, "bien."

—La costumbre, la costumbre, pero, ¿que viene á ser esto?..... Ahora tres dias hice tu caricatura y al verte hoy se me vino á la mente mandártela por si dabas con el autor... no está mal ¿verdad?

—Sí..... me parezco un poco, pero le falta algo.....esta del presidente..... oh! soberbía.....!

—Y ¿no me conoces la de Juanito....?—Sacó de la cartera un papelucho y lo mostro á Manuel Antonio.

—¡Colosal!—respondió éste, lanzando una escandalosa risotada.

Juanito, con su clásico mechón de pelo colgante sobre la frente y vestido de mujer, estaba sentado en una silla de paja india, apuntalándose la boca con el dedo índice en el que lucía una sortija; al lado, una señorita conocida, vestida de hombre, le hacía el "flirte". La comicidad estribaba en los detalles, en simples gestos, lineas, sombras.

—¡Colosal, chico, colosal!.... —no acababa de repetir Manuel Antonio —se le podría publicar en una revista humorística..... pero ya se vé aquí no hay ni revistas.....!

—Y, aunqne hubiera, Manuel, no seas impacable. ¡Como se iba á publicar esto!, Juan, es cierto que no tiene otra preocupación que la de su persona, sus vestidos, sus pantalones apretados, sus chaquecitos, sus originalidades y extravagancias, pero es un buen muchacho y cuando llega la ocasión es hombre!

—¡Hombre! un individuo que no piensa sino en *la moda*, que se pasa los dias y las noches ideando una americana sin solapas ó un pantalón con la bragueta por detrás!..... te parece hombre el que se concreta al espejo seis ú ocho horas al día, para salir á la calle y conseguir un "que buen cuerpo" de los transeuntes.... eso es superficilialidad.....eso es tener el cerebro

hueco, en las venas agua de colonia y picazón de notoriedad en... ¡vamos al chaquete.....! ¡quiero ganarte la comida!

—Todo eso tengo de infeliz —respondió Ricardo—mañana será, cholito, porque hoy tengo que ir donde las Gómez, al Barranco. Hombre, creo que Laurita come allá.....tú, ¿porqué no vas?

Manuel Antonio dijo que nó porque ya le iba cargando esa familia y haría lo posible para que sus hermanas nó regresaran mas. Ricardo consultó el reloj y, ajustado un compromiso para almorzar el día siguiente en el Club, se despidió, asegurando que se podía decir mucho respecto de las Gómez, pero que sabian proporcionar unas noches envidiables....

Cuando salía volvió el rostro á Manuel Antonio, soplándole en voz baja:

—Me olvidaba felicitarte mas que por ese informe..... por lo otro.

Manuel Antonio se ruborizó un tanto, pero acabó por preguntar:

—¿Que otro es ese?

—No te hagas el bellaco!. Entiendo que habrás sacado todo el partido posible de la ausencia de Vasquez..... ¡ya hablaremos mañana! —y descendió presuroso las escaleras de mármol,

Nuevamente Manuel Antonio volvió á pensar en Mercedes. Una desesperante felicidad sentía en todo su ser! Vió el porvenir de su existencia como una vasta y larga avenida en la que habían flores y árboles añosos. ¡La gravedad del roble y la coquetería de los lírios! *posición* y amor! No había sino seguir adelante hasta llegar.....

Intempestivamente se le ocurrió salir del Club y volver á Negreiros para proponer á Mercedes un paseo á la Magdalena.

Allí la luna solia ser mas amable. Estarían en esa soledad rocosa, llena de melancolías y de brisa.....

—Manuel, listo el chaquete!..... te juego la comida. —gritó Chavez.

—No recordabà..... ¡vamos!

Al día siguiente, puntuales, acudieron los dos amigos Manuel Antonio se había preparado para cualquiera in

creta pregunta que le hiciera Ricardo en el almuerzo. Efectivamente cuando fumaban, terminado un sabroso menú en una salita del Club, Ricardo le habló de Mercedes.

—Ya se murmura—dijo—al rededor de este asunto y á mí no se me escapa que esta ausencia tuya ha obedecido á un conato de luna de miel.

Manuel Antonio, sin dar importancia á las palabras de su amigo, contestó corriente:

—Vamos, tú siempre con tus cosas..... ¿Cuando se te quitará esa maldita contumbre de conjeturar?

—Conjeturar —repitió Ricardo con sarcasmo —son hechos..... explícame, pues, esa ausencia.....

—Sencillamente, ahora trabajo mucho y ya sabes que ese juicio me ha ocupado por completo.....

—O! oh! no me vengas con ocupaciones.....dime que ayer no estuviste hasta las seis y pico en casa de ella.

—Claro! si ahí está el estudio.

—¿En los altos?

Manuel Antonio se sorprendió. ¿Cómo podría saberse? pero podía ser un mero ardid de Ricardo para arrancarle la verdad y respondió con aplomo:

—Desde que se fué el doctor Vásquez no he subido á los altos..... estás mal informado.

—¿Ves? — exclamó vivamente Ricardo—¡caíste! porque mientes; yo sé que estuviste; quién te vió bajar me lo ha contado..... y, como ahora me lo niegas, es claro que ha habido algo ..... pero como comprenderás ese es un asunto completamente tuyo y de Mercedes; quizás si también sea del doctor..... ¡quizás! y perdona mi estupidez..... he sido brutalmente indiscreto.

Manuel Antonio comprendió que era tonto el seguir en ese silencio, para con su mejor amigo. Desde la escuela se habían confiado mútuamente sus secretos y nada oculto había para ellos. Conocían sus vidas y, tarde ó temprano, se acabaría por conocer los amores de Bragada. Además, experimentaba la necesidad de consultar su aventura, charlar sobre ella, solicitar consejos; y, ¿de quién mejor que de Bezanes?

Adoptó un tono confidencial y tomó asiento junto á su igo:

—Ricardo—dijo—serías un necio si te enfadaras por un nto que de suyo no tiene importancia para tí..... quizás demoré en comunicartelo, pero los acontecimientos son y recientes y..... efectivamente..... Mercedes.....

Antes de terminar un señorón, de pera y flaco, le felicitó bullangueramente:

—¡Ese informe, doctor..... colosal..... ya hablaremos!

—Con que es probable que venzas—interrogó Ricardo una vez alejado el importuno de pera.

—Ricardo..... ¡se ha vencido ya!

Bezanes vaciló un instante y tuvo impulsos de saltar al cuello de su amigo y acabó nerviosamente:

—Cuenta, hombre, cuenta.

Manuel Antonio cerró las puertas del saloncito y refirió á su amigo la aventura de Negreiros, con todo el colorido y calor de sus detalles. Le contó primero de una conversación elevada, culta; de un intempestivo apasionamiento; de un timbrazo; de unas crujientes enaguas de seda y de un llanto final, unos sollozos que nunca se borrarían de su memoria!

—Quiere decir—exclamó Ricardo—una comedia en donde se dieron la mano todas las escuelas. El romanticismo, el materialismo.....

Iba á terminar, pero Manuel le interrumpió:

—Bien haces en calificar de comedia, á este asunto originado por el amor y resuelto por el amor.....

—Vamos, comprendo perfectamente el que me vengas haciendo frasecitas, porque es natural que estés contento con poseer de contrabando una mujer que yo saludo por la calle; ¡qué diablo! ¿oyes? pero no me puedes asegurar que esa mujer te ame por tí mismo..... no señor; yo conozco mucho este medio y si Mercedes cayó, fué por una compleja corriente de simpatía que tu nombre..... ¿me entiendes?..... ¡sólo tu nombre! rodeado con el prestigio social, jurídico..... y, hasta *heráldico*, estableció entre ella y tú..... además que la cojistes en un momento de felicidad y..... yo sé lo que te digo Manongo!

—Esas son literaturas, Ricardo, en esto no eres sincero. Algo más: eres cruel. Esa mujer me ama á mí, al hombre mío, no al nombre mío como tú díces, porque entonces se hubiera casado conmigo..... mucho le hablé de esto cuando era soltera y más bien parecía querer aplazamientos.....

—Claro—interrumpió Bezanes — para casarse con un hombre que tenía más que tú..... con un señor doctor Vásquez..... presidente del consejo..... ex-senador..... etc., etc Pero no me puedes negar que esa mujer y su madre son forzmente ambiciosas.....

—Y por ambición se me entregó..... ¿verdad?

—No me creas tan necio; pero, como enantes te dije, la ambición llegó á establecer en su cerebro una fuerte simpatía. Inconscientemente, ese tren de actualidad que te traes ahora, ha hecho en su cerebro una constante preocupación, obligándola á pensar en tí, quizás si á compararte con su marido, hallándote, por su puesto, superior; oyéndote nombrar siempre con admiración, has llegado á ser en ella un nombre sujestivo..... ¿comprendes? ¿cómo diré? un nombre gustado, llegando á fanatizarse con tu "Manuel Antonio de Bragada", como si se tratara de un tipo legendario..... y con todo eso en tu favor tuviste la idea de ser audaz una tarde y de asaltarla vulgarmente..... y, ella se entregó, vamos, se entregó como una res.....

Manuel Antonio sonrió con aires de complacencia y dando un tanto de razón á su amigo, le reprochó de cruel:

—Manejas el sofisma y sabes ser mordaz. Sólo te digo que esa mujer, esa res ha conseguido hacerme enteramente feliz, como no pudieron conseguirlo ninguno de los entretetenimientos de mi vida. Sea por ambición ó por lo que tú quieras, Mercedes me ha dado un baño de felicidad, me ha enseñado que esta existencia guarda todavía fuertes placeres; que no todo es aburrirse y desesperarse; que en Lima aún existe la religión del amor. Yo soy un fanático de ella. Sólo sé que esa res me ha levantado moralmente y la amo con locura, con fanatismo; será deseo, bien, pero el deseo es mi manera de amar. La amo, pues, porque me ha hecho el mayor bien, porque no soy un ingrato, porqué sé yó..... pero la amo. Ahora que ella lo haga por todo menos por amor..... eso no me importa, no soy tan pechugón para averiguarlo..... adoro en ella su cuerpo y me dá su cuerpo..... amo en ella el poder de hacerme feliz y, haciéndome feliz, no tengo que saber más..... te repito, que nunca supe ser ingrato.

—Esa es ya una cualidad—exclamó Ricardo con ironía—La gratitud es una hermosa palabra..... es un hermoso "Manuel Antonio de Bragada".

—En el terreno de la ironía podriamos ir muy léjos y ahora no estoy para seguirte, Ricardo, en ese camino. Ya he dicho que soy feliz con esa mujer y te esfuerzas en amargarme y en hacerme pensar lo que nunca debe pensarse. Si con la fría serenidad de la razón vamos á analizar las pasiones éstas resultarían siempre ridículas.....

Ricardo comprendió que su amigo estaba efectivamente enamorado, hasta los tuétanos. Al principio creyó que se trataba de una aventurilla sin importancia y quiso tomar

en broma las palabras de Manuel Antonio. Pero todo era cierto; el asunto no se presentaba tan superficial y Ricardo acabó por convencerse de que Bragada había tomado en serio esa pasión. Después de todo ella se merecía eso y mucho más. Pocas en Lima podían comparársele en frescura, elegancia, belleza. Cuando el doctor Vásquez, grave y amarillo como un pergamino, la paseaba en su coche particular, tirado por un tronco de potros zainos, los jovencitos la miraban golosamente y los provincianos se entusiasmaban. Su nombre figuraba en los *carnetts* de los más altos personajes y en las "Notas Sociales" más interesantes.

En el curso de esa charla confidencial y sincera, Ricardo llegó á felicitar á Manuel Antonio y á calificar la adquisición de Mercedes como un "buen lote".

Se acercaron algunos amigos y se conversó de caballos. Luego se dispersaron por las salas y cuando Manuel Antonio se despedía de Ricardo, para ir á San Pablo, Bezanes le repitió al oído:

—No te olvides que estas mujercitas son así..... procura conservar esa res..... porque es un "buen lote".

Manuel Antonio comió donde unos parientes y á las doce de la noche se dirigía á la casa de San Pablo. Había olvidado el paletot y con las manos enguantadas y subidas las solapas de su americana, caminaba rápidamente. La lluvia arreciaba encharcando las aceras. Manuel pensó en un coche, pero como era corta la distancia apuró el paso por el medio de la calle.

Los guardianes del órden, envueltos en sus capotes, gruesos y obscuros, dormían en los quicios de las puertas. Los focos eléctricos resbalaban por las mojadas baldosas una fantástica luz, enfilándose á lo largo de la sombra.

Con gran sorpresa advirtió que el postigo estaba abierto. Un momento creyó en ladrones y pensó en despertar al *celador* de la esquina, pero notó cierto movimiento en el fondo de la casa y se alarmó. Entró de prisa, lleno de ansiedad y se dió con Sofía, envuelta en un chal de lana y p sativa.

—¿Qué pasa?—le preguntó Manuel al entrar.

Sofía, que se sobresaltara á la presencia de Manuel tonio, se armó de sangre fría y respondió:

—Nada..... lo de siempre..... tonterías..... que se siente un poco mal y mamá está empeñada en que la vea el médico..... disfuerzos.....

—¡Pero quién!

—Quien ha de ser..... Amelia..... pues..... ella siempre es..... tú la conoces.

Manuel Antonio creyó efectivamente que todo no era sino "tonterías", y como no tenía el espíritu para asistir á enfermos, acabó como para descargar su conciencia:

—Entonces es nada..... ¿qué médico viene?

—Ya lo creo que nada..... ¡Fabiani!

Y, vencido por las emociones del día, siguió hasta su departamento para agregar una página más á su libro.

—¡Qué me voy á meter hasta el cuarto de ésta, por disfuerzos!..... ¡disfuerzos!.....—Pensó, encerrándose en el escritorio.

—Gracias á Dios, que se fué—dijo la condesa levantando una cortina de la sala y avanzando hacia Sofía—¿ha sospechado?

—Nada.....nada absolutamente. Pero ¿has pensado mamá, un momento siquiera, en lo que va á pasar si Manuel sospecha?

La señora Juana guardó silencio. Era su espantoso temor..... ¿qué haría si Manuel se enteraba de lo que sucedía? ¡Imposible! Había que evitarlo á todo trance, sin violencias, con astucia..... mucha astucia. Por lo pronto ya estaba en su cuarto..... en breve dormiría..... sí, ¡dormiría! Todos los criados dormían en el interior de la casa. Solo Maquito, de confianza absoluta, llevaba y traía anafes, agua, paños, ayudada por Sofía y la profesora que, desde las once, habia venido.

Amelia tenía una fiebre altísima y espantosos dolores arrancaban de sus labios gritos contenidos por la reserva y el misterio que estaba en su interés guardar. A veces contraía el rostro en tristes y sufridos gestos, para acallar los alaridos que le llegaban á la boca. Estaba intensamente pálida y en sus ojos, secos y vidriosos, advertíase la fiebre y la angustia del dolor. Se había llamado por teléfono al doctor Fabiani, porque la profesora desesperaba del desenlace y el médico no tardaría en llegar. No habían podido llevarla á Huacho el día anterior, porque no habían vapores para el Norte y porque tampoco creyó la señora Juana, que estuviera tan próximo el "desenlace".

Sofía cerró cuidadosamente todas las puertas que conducían á los cuartos de Laura y Manuel Antonio y una vez

aislado el departamento de Amelia, procedió á compartir con las labores de la profesora. Era esta una setentona y desmolada. Vestía de negro y su cuerpo flaco parecía adherido á una monumental nariz, sobre la que se aupaban unas gafas negras. Llamábase "la señora doña Santos;" tenía una voz de ventríloquo y manos y piés extraordinarios. Se expedía sin torpeza y cuando fijaba en el semblante de la enferma las dos manchas negras de las gafas, aparecía intelectual y sesuda.

—El caso no es de los peores—decía aparte á la condesa—pero siempre es conveniente la compañía de un facultativo..... á veces, señora, son necesarios los conocimientos quirúrjicos..... y la cirujía, ¡ah! la cirujía..... nosotros no somos tan competentes.

—Pero..... ¿una operación?—preguntó aterrorizada la condesa—¿será necesaria una operación?

—¡Oh! ¡oh! señora..... la ciencia, nuestra ciencia no es tan precisa.....

Luego añadió, jactanciosa y fúnebre:

—¡Por todos los medios tenemos que combatir á la muerte!

La condesa tuvo un momento de suprema angustia. La idea de la muerte pasó por su mente como una ave agorera. Amelia podía, pues, morirse en una crisis del mal, y habría que enterrarla. Todos agruparían sus miradas sobre el acontecimiento y, de tantas miradas, alguna habría de ver la realidad y se sabría..... y, ¿qué diría la gente? Se imaginó un entierro costoso y pensó que junto con Amelia enterrarían el orgullo y la petulancia de su raza. Entonces..... ¿qué habría entónces? ¡un pantano!

—No, señora doña Santos..... no es posible..... no es posible eso que me dice usted..... mi hija.....mi hija.....!

La señora doña Santos que había calmado un tanto los dolores de la enferma con un brevaje, indiferente, calmosa, no acudió á mitigar la congoja de la señora Juana. Con las manos cruzadas sobre su flaco vientre, permanecía de pié, delante de la cama de Amelia, recortando su flaca silueta sobre la pared. En los rincones y en las arrugas de los tapices, empozábase la sombra. Amelia dormía. La condesa, como queriendo nutrirse de la ciencia de la partera, le contemplaba los escurridos flancos. Esta avivó el fuego d in anafe; ordenó unos tazones de loza; olió dos pomos; r ó nuevamente á la enferma;

—¡duerme!—dijo á la condesa; se acomodó las gafa. y lenta y negra, púsose á pasear por la alcoba. Pasaba e-

pasaba delante de la pantalla gris, tras de la que lloraba una lámpara. Su sombra viajaba por la pared como un enorme vampiro. En el silencio de la alcoba, asfixiados y elásticos, oíanse los pasos de la señora doña Santos.

Luego, afuera, viniendo del patio, se oyó un andar atropellado. Era el doctor. Sofía le esperaba en la sala.

—Y, ¿cómo sigue?—preguntó Fabiani á Sofía.....

—Pase, doctor.....—respondió esta—creo duerme.....

—¿Está la profesora?

—Sí.

El doctor conocía bien la casa y, sin titubear, se dirigió á la puerta del costado, torció á la derecha, atravesó la salita japonesa, el cuarto de vestir y entró en el de Amelia. La condesa le esperaba en la puerta. El doctor le hizo la misma pregunta que á Sofía y saludó á la comadrona.

—¿Qué le ha dado usted?—preguntó.

Conversaron, breve y técnicamente, y el doctor se acercó al lecho. Amelia acababa de despertar y se quejó de unas fuertes punzadas en el vientre. El médico le tomó el pulso y refiriéndose al calmante suministrado por doña Santos, exclamó:

—No había necesidad.

Volvieron á hablar en voz baja y, convencido el doctor de que no faltaba ninguno de los utensilios del caso, sacó una hojilla de papel y recetó.

—Que vayan inmediatamente á la botica.....que digan que es receta mía.

Maquito corrió á la botica de turno.

El doctor examinó detenidamente á "Camelita" y se quedó pensativo. Doña Santos guardaba silencio, enterrada en el vasto sofá. Juana hizo una seña al médico llevándoselo al cuarto de vestir.

—¿Verdad que no hay complicación, doctor?

Este prendió un cigarrillo.

—Una bicoca—dijo—siempre son riesgosos estos lances... pero he visto que no hay peligro.....absolutamente. Ahora con el remedio que van á traer..... le bajará pronto y con felicidad.....no se alarme..... yo le respondo.

—¡Oh! doctor, no sé con qué pagarle sus servicios.....

—Señora.....

La condesa se retiró un momento porque Sofía la llamaba

Ya sólo el doctor, chupó el cigarrillo y, á su rápida luz, en derredor una larga fila de trajes colgados. De las chas y de los cajones de las cómodas, salía un enervante ropas femeniles. Acostumbrado ya á la sombra, fué

percibiendo dispersas prendas de vestir, pertenecientes á las señoritas. Sin duda, allí también estaban las de su Sofía, su adorada Sofía. Sobre una poltrona, blanqueando entre la sombra, vió un corsé. Miró en derredor. Nadie había. Una resolución triunfaba en su ánimo y se aproximó. Temblaba como si fuera á cometer un asesinato. Súbito cogió el corsé y, oliéndolo glotonamente, como si quisiera saturarse de su aroma sensual, lo besó una y mil veces. Junto á él llegó á percibir los aros blancos de dos ligas. Las halló de gran diámetro y pensando en la rosada plenitud de las piernas de Sofía, las besó rabiosamente. Leves, sintió aproximarse unos pasos. Sin darse cuenta se metió las ligas á los bolsillos del gabán.

Apareció Juana:

—¿Quiere Ud. café, doctor?

Fabiani aceptó el café. Conversaron luego y la señora hizo un ligero plano de la casa.

—Allí está mi cuarto —dijo señalando con una mano —allí el de Sofía..... mas allá el de la criada, luego el de coser; después Laurita, comedor, despensa; á la izquierda Manuel Antonio, en el fondo cocina, cuartos de sirvientes. Oh! doctor, es muy comodo. Cada cuarto tiene junto el de vestir... mire Ud., por ejemplo, en este cuarto me visto yo..... es el mio..... en el de allá se visten mis hijas..... una gran comodidad.....

El doctor se quedó clavado en el sitio. Si no fuera por la sombra, la condesa descubriría su anonadamiento. Fabiani lanzó al rededor, sobre todos esos trapos que cubrian las carnes de esa vieja condesa, una mirada de indignación y despecho. ¿No era, pues, ese el cuarto de vestir de Juana? ¿Luego había besado un corsé y guardaba unas ligas, destinadas á modelar y embellecer las magras carnes de la viuda de Bragada? En el instante se dió cuenta del formidable ridículo que gravitaba sobre él en esos momentos y si no hubiera sido por la sombra que recataba su vergüenza; hubiera huida de esa casa.

Sintió impulsos de precipitarse, airado, vengador de su despecho, sobre esa condesa que tenía delante..... pero, ¿no había hallado bien oliente ese corsé, denunciadoras de admirables formas, esas ligas? ¿no le habían hecho feliz? ¿porqué, pues, ahora, reaccionaba contra esa emoción? Sintió que le pesaban esas ligas en el bolsillo y, lentamente, las sacó y abandonó sobre una silla. ¡Estaba salvado! ¡Sintió ligera la conciencia!

—¡Amelita..... delira y siente de nuevo los dolores—esclamó apareciendo la señora doña Santos—creo que ha llegado el momento doctor.

Este acudió rapidamente. Amelia deliraba y, entre el barullo de palabras inconexas que pronunciaba, sobresalía un nombre: un "Enrique" doloroso, irónico, un "Enrique" de moribundo. Cesó y comenzaron entonces espantosos dolores. Amelia no pudo contenerse y comenzó á dar grandes gritos.

—¡Por Dios!—le suplicaba la condesa, pero Amelia, en la crisis mas aguda del mal, no podía oir nada y, sin darse cuenta, principió á lanzar farmidables alaridos.....

Lastimosos y huecos, repercutían en el fondo de la casa...

En cuanto Manuel Antonio cerró la puerta del escritorio, se quitó la americana y tomó asiento á su mesa de escrobir. Tenía en el magin una escena portentosa. Un hermoso capítulo de novela. Las emociones del día le inspiraron y fué á su casa decidido á escribir. Un momento pensó en episodios romancescos, dorados por una palabrería, musical y rebuscada. Ideó gentiles aventuras de caballeros postrados á los piés de una marquesa; pero halló que no era tal la forma en que debía manifestar sus pensamientos. Recordando, en toda su plenitud, la travesura de Negreiros, resolvió presentar una completa situación; turbulenta, de amor y de deseo, de ambición y de orgullo, de oportunidad y educación, en donde el naturalismo ostentara sus magnificencias de arte y de verdad. Lo demás era falso, hueco. Era no elvivi esta vida tumultosa de apasonamientos y miseria; era engañarse á sí mismo. Sabía que el romanticismo elevaba el alma y deprimía el cuerpo. Agradecido al cuerpo, sentía, pues, un fuerte deseo de corresponderle y se trazó el plan del formidablecapítulo. Detallaría, sí, detallaría frecuentemente y llamaría á las cosas por sus nombres.

Enfundado en su gran bata blanca, meditaba delanterid s cuartillas la manera de emprender aquella labor literara. o hallaba medio de principiar. Solo se le ocurrian luga e- munes y vulgaridades. Creyó que era la luz y debilitó el .s. Asomóse luego á la ventana y reparó que había dismi- ido la lluvia. El cielo estaba infinitamente negro y hondo; enas si una estrella parpadeaba, solitaria y rebelde, como

un recuerdo tenaz en la sombra de un olvido. Manuel Antonio filosofó un instante acerca del fenómeno. Pensó:

—¡Como todas esas sombras no pueden oscurecer el brillo de una sola estrella! – luego observó que las sombras avanzaban lentamente, ocultando esa estrella, pero al mismo tiempo, reparó en otra, que brilló luego.

—¡Ah!—dijo para sí—ya se oscureció; pero la sombra para oscurecer esa estrella ha tenido que descubrir otra.. ... ¡siempre tiene que brillar alguna!

De allí indujo una sabia enseñanza. La alternabilidad eterna de la vida, el turno constante de los hombres y de las cosas; unos se opacan para que luzcan otros; reir para llorar, sufrir para gozar, vivir para morir. Toda una lección había recibido de la naturaleza Se admiró de esa apreciación filosófica. Poco gustaba de pensar y ahondar en las entrañas de los fenómenos. Con frecuencia se quejaba de la frivolidad de nuestros cerebros; á casi todos los calificaba de vacíos, superficiales; pero gustaba poco del raciocinio profundo. Se admiró, pues, de esa intempestiva disposición para las cosas serias y se extrañó de haber discurrido, con claridad y desenvoltura, sobre la fatigosa aridez de la filosofía.

Se le ocurrió entonces unas rimas *á lo* Becker y acabó por prender un cigarrillo. No pudo empezar el capítulo, galante y pasional. Estaba demasiado serio y ya se retiraba á dormir, cuando creyó oir el eco de unas voces. Pegó el oído á la puerta y sintió que del fondo de los cuartos llegaban unos gritos. Al instante pensó en Amelia. Los atribuyó á los "nervios" y pensaba volverse á la cama, cuando oyó un "ay" agudo que lo decidió á salir. En la oscura noche, su larga bata blanca, esforzaba una fantástica claridad. Halló las puertas cerradas. Pegó el oído. Oíanse más precisos los gritos y decidió ir por el callejón al primer patio. Llegó á él; en ese instante entraba Maquito con la receta. La puerta de la sala estaba abierta.

—¿De donde vienes?—preguntó Manuel Antonio.

—De la botica—respondió Maquito.

Entraron en la sala. Sofía apenas tuvo tiempo para decir á su madre:

—¡Ya viene Manuel Antonio!

Fuera de sí, la condesa le salió al encuentro:

—No entres—le dijo—sería una barbaridad.....se sie demasiado nerviosa.....

—¿Pero que es lo que tiene?..... ¿Porqué esos gritos?

La condesa inventó una crisis nerviosa; un cólico; cosas; persistiendo en su empeño de evitar á todo trance

entrada de Manuel. Le dijo que el doctor Fabiani estaba con Amelia en ese momento y que no podía entrar.

Al fin Manuel Antonio, impacientado por la intransigencia de su madre, le objetó:

—Pero tú comprendes que estoy intranquilo..... yo necesito estar allí..... quizás si sea necesaria la presencia de otro médico..... una junta. Y se encaminó al cuarto de Amelia. La condesa hizo un último esfuerzo para detenerle, pero Amelia seguía dando agudos gritos de dolor.

—¡¡Te prohibo que entres, Manuel, tu madre lo manda!!...

Y, al ver que su hijo, blanco y fantástico, se hundía en la sombra del segundo cuarto y avanzaba hacia el de Amelia, cayó desvanecida en una silla japonesa, exclamando:

—¡¡Dios mío..... Dios mío!!.....

En ese instante la profesora atendía á Amelia. Esta llegaba al final de la dolencia cuando Manuel Antonio levantó una cortina. Iba á dirigir la palabra al doctor Fabiani, cuando reparó en la profesora, á quien conocía, en los paños, videles y comprendió la espantosa escena. Sus labios enmudecieron y sintió que la tierra huía de sus pies. Todo giraba en derredor; una espesa niebla obscurecía sus ojos, haciéndole entrever cosas remotas y lejanas. Clavado en el dintel de la puerta, con una mano levantando la cortina, la vista enredada en la sonnolencia de la alcoba, blanco y tieso como un duende, apenas si pudo gemir, agrio, gutural, destemplado, un:

—¡¡Doctor!!.....

Fabiani se acercó é, imponiéndole silencio, dijo:

—¡Ni una palabra.....puede usted matarla!.....

Entonces se dió cuenta de la magnitud de su desgracia. Un instante pensó en ir y arrancarle el hijo de las entrañas y después matarla Luego sintió impulsos de brincar sobre ese médico y esa comadrona, cómplices inmundos de ese crímen..... pero "¡ni una palabra..... podía matarla!" .... Quiso avanzar hacia el lecho de Amelia y enrostrarle su falta, pero la partera alzó penosamente la nariz y, enfocando á Manuel Antonio en sus gafas negras, le dijo con imperio:

—¡Ha llegado el momento, debo estar sola!

Efectivamente Amelia enmudeció de pronto y la partera dijo al cabo de un rato:

—Ha sido con felicidad, doctor.....

En tanto Manuel Antonio quiso tener, en ese mismo instante, una explicación con su madre. ¿No sabía ella la causa esa tremenda desgracia? ¿No conocía ella de antemano el ito? y, si lo conocía, ¿porqué no se lo había dicho? ¡Como

le iban á decir! Con una lazada en la garganta y una ola de llanto en los ojos, apenas si podía orientarse en ese naufragio espantoso de sus espectativas y esperanzas. Sólo acertaba á creerse desgraciado..... muy desgraciado, sumamente desgraciado. Creyó en una nueva adversidad de la suerte que ahora se cobraba caramente los goces que le había dado en la vida. Esta fué la única faz que le presentó la cuestión y sintió desesperarse ante esa crueldad del destino. Una amarga convicción de su impotencia fué envolviéndole lentamente y á su cerebro se agarró con furor la idea de la miseria humana. ¡Todo no era sino un pantano!..... Cuando la luz ilumina el fango éste proyecta varias y coloreadas reflexiones.

¡Oh! cuán hermosas son á veces las iridecencias del fango! pero viene la obscuridad; por un momento se apaga la luz, y el fango sigue, pestilente y opaco. Esa era la vida. Un pantano iluminado por la luz de la suerte. Pasa la suerte y sólo queda un charco de podredumbre.

Atontado, bamboleante, huía de ese cuarto maldito, cuando vió á su madre hundida èn una silla. Su hermosa cabeza cana, triunfaba de la penumbra. Manuel Antonio sintió impulsos de avalanzarse hacia su madre y arrancarle la verdad. Decirle, con las frases más crudas, estúpidos insultos; herirla en su dignidad y en su nombre; resucitar su bochornoso pasado y volcarle sobre el rostro el fardo de porquerías con que habia plagado su vida; humillarla en la memoria de su marido, y acabar por maldecirla en una exclamación deforme y desgraciada. Pero, ¿no era su madre? ¿no era la autora de sus días? ¿no era una anciana indefensa? ¿acaso sería culpable?..... ¿no podría ser inocente?

Su figura, blanca y fantástica, dió dos vueltas en el cuarto de vestirse, como una fiera enjaulada. Quiso, por fin, tomar una determinación, entre hablar ó no hablar á su madre, matar ó no matar. Vagamente, en el fondo de su imaginación, fué asomándose un extraño paisaje, tan extraño, tan triste, que, al precisarse, fijarse y reparar en él, Manuel Antonio, sintió que las lágrimas nublaban sus ojos y, como un duende blanco, huyó por el comedor hasta su depártamento.

Dieron las cuatro de la mañana. En el cerebro de Manuel Antonio resonaron esas campanadas como en un sepulcro. La lluvia disminuía y en el cielo aumentaban las estrellas. Al través de la sombra, temblaban los contornos de las cosas y Manuel Antonio, tumbado en el diván, junto á la ventana, trababa la mirada en el silencio móvil de la penumbra. Las plantas, humedecidas por la lluvia, abrían sus hojas colgantes que rebrillaban como navajas. Apenas se oía el cortante chirrido de los grillos y el chorro del caño que corría y cantaba en la calma sonora de la noche. Manuel Antonio cerró con furia la ventana y se puso á pasear de un extremo á otro del cuarto. Al principio le asaltó una cólera salvaje contra Amelia. Ella, ella sola, tenía la culpa, la enorme responsabilidad de la falta. Ella que no supo nunca preveer los peligros que encerraba una juventud como la suya. Ella que jamás pensó en los amargos reveses de la fortuna. Paseándose, acudía á su imaginación una turbia muchedumbre de ideas. Suponía absurdos, cosas inconexas, sentía que en el cerebro le roían inmundos pensamientos. ¿Quién era el hombre que deshonraba á su hermana? Como un foetazo sintió vibrar en su memoria el recuerdo de un viejo amigo. Esa fatal clarividencia de los primeros instantes, desentrañó el nombre de Enrique del Palacio. Al reparar en este leal camarada de la infancia, Manuel Antonio se detuvo. Erró la vista como si se esforzara en cerciorarse de lo ocurrido; y, cuando por una violenta compulsación de detalles, conjeturas, sospechas, llegó al convencimiento de que su gran amigo Enrique, había sido el malhechor, sintió pasar por su cerebro una súbita claridad que le deslumbró. Como en un derrumbe sintió la caída de todos sus ideales. Todo ese complejo proceso lo abarcó plenamente y vió á su madre, al fraile Camacho, al doctor Fabiani, á Enrique, su buen amigo. La vida sólo le había enseñado á ser romántico, á soñar felicidades, cosas claras. Iniciado en el equívoco intelectual, en la situación engañosa de su familia, entre las falsas decoraciones de una sociedad mogigata, fue de triunfo en triunfo, recibiendo piropos de todos los lábios y venias de todos los espinazos entre un himno constante de salutación. Y, ahora, se veía
o, manchado, rota el alma, vacío el corazón, ese corazón
o que toda la vida se afanara en llenar de afectos hacia
madre, hacia los Fabianis, hacia los Camachos y los En-
ues de Lima..... Operada esa honda evolución en su ce-
ro, experimentó el amable sadismo de la miseria. Len-
ente fué nutriéndose de la podredumbre de la realidad.

Y, ya con más calma, pasado el turbión vulgar de las grandes emociones, restablecida su eterna ecuanimidad, se vió debutando en un escenario extraño, desconocido, pero simpático; sobre los escombros de sus rotos idealismos, entre el cascajo de sus creencias muertas, enderezábase, recia, clara, grotescamente hermosa, la nueva verdad.

Por esto, Manuel Antonio de Bragada, tuvo á bien acostarse, exclamando:

—¡Mañana será otro día!

Y, efectivamente el sol ya se alzaba luminoso, dominante, como la verdad!

Cuando el criado Juan llamó á la puerta de su cuarto, para darle el desayuno, Manuel Antonio dormía bienaventuradamente.

—El chocolate, señor!

—¡Ah! —dijo Manuel, incorporándose en el lecho— ¿Es tarde?

—Las diez..... ¿carne fría?

—Trae, me siento algo débil..... abre primero esa ventana.

El criado abrió la claraboya, por la que se derramó una intensa luz solar. Sobre el mármol de la cómoda se barajaban cajas, peines, cepillos, corbatas, frascos y en un ángulo reía cierto bibelot. Un violoncelo dormitava entre una funda verde. Manuel Antonio aprendió el violoncelo en el colegio; pero lo tocaba bien. Sin embargo, lo tenía olvidado y mudo. El atril amarillaba sus varas de bronce y el vicelado espejo en un monumental armario, al recibir de lleno la barra de luz que colgaba de la claraboya, reflejaba sobre todo el cuarto una fuerte claridad.

Juan entró con la carne:

—Parece de pavo.....

—Vete!

Terminado el chocolate, que halló con demasiado azúcar, púsose á vestir. Llamó por teléfono al Club Nacional y salió por el callejón. Antes de llegar á la puerta que daba al primer patió oyó la voz del doctor Fabiani que recién se despedía.

—Voy á echar un sueñecito, mi querida Sofía, ya es hora.....

Luego oyó que, bajando la voz, acababa:

—.....como soñara, con usted,

Manuel Antonio escuchó con todo el pavor de una espantosa revelación, ese "mi querida Sofía..... como soñara con usted"..... Tuvo impulsos de salir al patio y estrangu-

lar á ese doctor Fabiani; pero algo mas poderoso lo retuvo escondido, temeroso, tras de las puertas del callejón, como si hubiera cometido un delito. Una vez que se extinguieron los pasos del médico, Manuel Antonio salió de su escondite, mirando receloso en deredor como si alguien le hubiese visto esconderse.

Cuando llegó al Club Nacional le apesadumbraba menos la ruina de su familia, que la debilidad de haber oido tras de una puerta ese "como soñara con usted". Le remordía menos la cobardía en el cuarto de Amelia, que la cobardía en el callejón!

Un amigo le saludó, como de costumbre, y le dijo: "mi querido Bragada".

—Me carga ese adjetivo. Recuerdo que dejé cierta vez á una mujer, porque me llamaba "querido"; decía refranes y porque "le gustaba ir al teatro".....

—Y á propósito de teatros..... fuiste anoche á la ópera?

—Esperándote, hombre, —exclamó Manuel Antonio al ver á Ricardo que asomaba su flaca figura y sin oir al otro que le hablaba de la ópera. Este sin respuesta de Manuel Antonio, se retiró, haciendo la mismo pregunta á un amigo obeso que revisaba ' El Comercio".

Una vez solos, Bragada y Bezanes, pidieron un ponche de cognac y se encaminaron á una salita contigua.

—¿Se trata de un desafío por la venus de Negreiros, que me has llamado con tanta solicitud? —dijo Ricardo bebiendo un sorbo de ponche— ú otra combinación..... eh?

Manuel Antonio tosió y después de sorberse íntregro el cognac, obsequió una breva á su amigo, recomendándola porque era "Larrañaga".

—No es un desafío; pero es un duelo —acabó Manuel Antonio, encendiendo el grueso habano.

—Ha muerto alguien..... explícate; porque así..... además nunca me he ensayado en geroglíficos.

—Un duelo Ricardo. La cosa no es para chistes. No siempre se ha de estar alegre, En fin, yo no tengo derecho para asociarte á mis contrariedades, pero después de todo, la amistad, una vieja amistad como la nuestra, puede concederme ese derecho. Aquí, donde me ves, acaba de asaltarme la desgracia..... Anoche ha parido mi hermana..... la mayor..... Amelia.

—¡Manuel! —apenas pudo decir Bezanes, aplastado por la magnitud de la noticia. En la turbación de la sorpresa llegó á acercarse á su amigo y sinceramente apenado le abra-

zó. Le había visto desde el principio de la conversación, demasiado serio, demasiado triste. La gallarda figura morena de Manuel Antonio, le pareció abatida, mustia; y, en el tono sufrido de su voz, malició un terrible abatimiento.

—¡Manuel!—repitió Bezanes sin acertar una salida feliz—¿pero es cierto todo esto?

Manuel Antonio le refirió entonces la sordidez de la escena. Le contó lo de los gritos; la oposición de su madre; la complicidad del doctor y el figurín, negro y con gafas, de la comadrona. Toda una escena de caverna de bandidos; toda una repugnancia de folletín; todo el asco de unos videles; unos trapos y unas uñas, largas y sucias, jalando un feto....

Fué cínico en la narración. Detalló á Ricardo con malsana complacencia, toda la escena de San Pablo, recargando el colorido de las frases con rencorosos adjetivos, como si así efectuara la revancha de su dolor. Bezanes le oía sin atreverse á interrumpir esa correcta y amena exposición, y, cuando su amigo hubo terminado con un "que te parece", comprendió que Manuel Antonio estaba demasiado retórico para ser un agobiado. No iba á dar consejos, pues, á un anonadado por la suerte; á un embrutecido por la adversidad; sino á un ecléctico, á un despreocupado del sentimiento; á un ocioso equilibrado á quien la desgracia no había hecho sino proporcionar un entrerenimiento que solozara su alma artística; un gimnacio intelectual en el que su erudición pudiera ejercitar competencia filosófica y en el que su talento y buen gusto lograran triunfar, descubriendo redentoras fórmulas de felicidad para todos los desgraciados!

—¿Y de quién es?—preguntó Ricardo, proponiéndose dominar la situación.

Manuel Antonió sonrió al oír esta pregunta; no creyó decoroso informar personalmente acerca de ese punto. A un criollo honrado, á un limeño le repugnaría pronunciar alguna vez el nombre del miserebale que le hizo desgraciado; pero Manuel Antonio comprendió que eso era tonto y que, además, perdería una oportunidad para desembarazarse del montón de opiniones que amasaba en su cerebro.

—¡De Enrique!—dijo—pero yo no soy un imbécil para creer que él sólo sea el responsable. No es el primer caso que se presenta en Lima; esta es la eterna enfermedad social..... en otras partes se apercibe á las generaciones que nacen para luchar contra el mal; pero aquí..... en esta Li a fanática y mediocre; en esta aldea que gasta diploma e ciudad y escudo de armas..... sólo se enseñan cuadri s lanceros y useñorías..... ¡Enrique..... no solo es él..... s Amelia..... es Sofía..... es..... mi madre, soy yo..... es el

tor Fabiani..... es el fraile Camacho..... es mi padre; es Lima, es el Perú entero!

Manuel Antonio hablaba exaltado, manoteando declamatoriamente:

—Tú, Ricardo—continuó—tú que tienes una alma selecta, pensarás conmigo..... Tú conoces la vieja y caduca tramitación de estas cuestiones domésticas; y, dime: ¿no es absurdo, no es injusto que la misma familia, los extraños, la sociedad entera condenen á una pobre muchacha que irresponsablemente cayó en los brazos de un hombre?..... ¿no te parece estúpido exigir acierto á un corazón fanático y á un cerebro hueco? Almas indefensas, entregadas desde la infancia á las tiranías del cura y á los humos del salón; movidas en la superficialidad de un medio minúsculo, postizo..... y, ¿condenarías á estas pobres almas?.....¡Este es mi problema! Interiormente lo he resuelto; para mí son inocentes; algo más: las quiero con el doble parentezco del amor y la piedad..... pero yo no soy sólo..... vivo aquí. Estos asuntos se ponen inmediatamente al voto de los demás; esa injusta fatalidad del "que dirán". ¿Porqué se ha de hacer una cosa y esta cosa ha de recibir el visto bueno de la gente, es decir de la masa colectiva, la menos apta, la menos preparada para juzgar? ¿Porqué no es un núcleo selecto de almas el que juzga y compulsa y no la muchedumbre animal y estúpida, incapaz de todo concepto de moral ó de belleza?..... Ese voto de la multitud es el que me aterra; siempre es adverso porque es anónimo..... la multitud es cobarde..... Lima entero con su jauría de envidiosos y medradores, se cebarían en mi desgracia y me condenarían ..... Esto es, Ricardo, una estúpida debilidad; pero créeme que es lo único que me atemoriza.....

Ricardo acabó por pensar como Manuel Antonio; este había hablado con apasionamiento, con rencor; era natural que se despeñara en insultos contra la sociedad que le había herido, pero, en el fondo, en el nervio de sus palabras, vibraba una amarga verdad. Nunca había pensado tan seriamente en asuntos que sólo él contemplara desde el punto de vista de la moralidad relativa al medio, pero Manuel Antonio había logrado contraer su atención y ya sólo pensaba en docilitar un poco la exaltación que dominaba sus nervios. Como en el fondo estaban acordes no pudo contradecirle, ni tampoco apoyar, porque hubiera acabado por enfurecerle tanto, que la hubiera emprendido á balazos contra todos los del Club.

—No creas—dijo al fin—que llegue á saberse.....sería veniente, por lo pronto, asegurar la reserva por todo medios. Eso es muy posible. Y..... aunque se supiera.. creas que somos tan canallas; de todo hay, es cierto, son los menos..... no se sabrá.....

—¡No se sabrá!—repitió sordamente el doctor Brag muchos han intervenido en el asunto..... y aquí todo be..... á esta hora, de seguro, que en otra salita del Cl tán comentando el asunto..... tú supistes lo de Me por uno que me vió bajar de los altos, y ese porque ha mayordomo, y éste por el timbrazo aquel, nos vió ju sólos en la sala..... ¡siempre se saben las cosas! Ac aquí hay ciertos individuos que están esperando un adverso de la suerte para lanzarse sobre el desgraciad son capaces de luchar con generosidad y valentía; si están escondidos, acechando una oportunidad par sobre la víctima. Son los chacales de la vida que hu los campos de batalla para devorar á los moribundos abandonados; á los que sufren la agonía del cansancio ca atacan á los victoriosos..... y siempre merodean p osarios..... Ese que va allí es un chacal.....

En ese instante señaló con el dedo un sobretodo q vaba dentro á un jovenzuelo llamado Teófilo.

—Ya me está rondando—prosiguió Manuel Ant cuando se asegure de la víctima se lanzará por calles zas diciendo que mi hermana es una.....

Ricardo comprendió que esa escena violentaba der do á su amigo y tomó un aire de reconvención, interru dole:

—No seas tonto, Manuel, déjate de esas apreciac de esos pesimismos. No todo ha de ser hecho á tu Por lo pronto no hay que profundizar en la filosofía cosas. En ésta siempre se llega á los extremos, genera te al convencimiento de que somos unos pobres diabl y, siguiendo este criterio, ó todos se pegarían un tir viríamos dados al demonio. No señor: hay que vivir vida; hay que adaptarse á ella para bien nuestro..... una gran cualidad el saber ser superficial. Acaba de venirte una gran desgracia, una desgracia de famili seas, pues, tan ingenuo para contemplarla desde el de vista filosófico; la parte que inmediatamente te inter el aspecto social del asunto. Lo primero que debes ha que no se sepa, que todo permanezca en absoluto mis así lograrás seguir en tus triunfos, no muy sólidos a cuando llegues á la cumbre, no importa que se des- abr

a; estarás muy alto y no te alcanzarán los ladridos; pe-
hora es lo único que debes hacer, resignarte á las odio-
transacciones de la vida; dominar tu carácter; acallar
rebeldías de tu corazón y comenzar á tramitar este ex-
iente en las oficinas del misterio ..... yo te lo digo Ma-
go..... ¿quiéres otro cognac?

Al principio Manuel Antonio se resistió á toda idea de
gnación, llegando al punto de querer salir y contarle to-
á sus amigos como quien participa la muerte de un pa-
te; se figuró que se asombrarían al principio, pero, pasa-
la primera impresión, concluirían en asentir en que aque-
no era sino una desgracia, una mera contingencia de la
tuna. Exaltado por las escenas de San Pablo, solo an-
ba salir airoso de ese problema, solucionándolo de una ma-
a genial, elegante; si él no fuera el más directamente com-
ometido, ya se hubiera alzado de hombros y hubiera se-
ido indiferente ó festivo. Pero su vida futura dependía de e-
momento, de el solo instante en que Lima dijera es una "cri-
nal" ó es una "desgraciada", ó el castigo ó la compasión.
uno ni otro toleraba su temperamento. I, ¿era esto lo
e le convenía? Después de un rato en que oyó á su amigo
icardo, fué convenciéndose de que por su misma felicidad
bía transigir. Pensó, pues, en ponerse de acuerdo con su
adre y, aunque en el fondo le repugnaba, se decidió á ha-
arle.

—Hombre—respondió vivamente Ricardo—ya lo creo;
o hay que pasar un segundo.....inmediatamente.

Manuel Antonio reflexionó:

—Es que temo encontrarme con el fraile Camacho, y no
odría contenerme.....

—¿Pero tienes la seguridad de que él pueda tener la culpa
n algo?

—¡Oh! lo vengo maliciando hace tiempo. Es muy amigo
el doctor Fabiani.....y no me preguntes más.....que estoy
eguro. Tomó su sombrero y encendió un "Larrañaga".

—¿A que hora vas á la casa?

—Será esta noche ó mañana. Tengo que estar en el es-
tudio esta tarde.

Ricardo se asombró del aplomo de su amigo.

—Y—dijo—¿tendrás suficiente tranquilidad para hablar
de a or sin saber si tu hermana sigue bien ó mal.....

— spérame mañana en el Maury; allí almorzaremos. No
teng abeza para contestarte.....?

bajando rápidamente las escaleras, consultó la hora.
Era 12. Quiso volver para almolzar con Bazanes, pero

se arrepintió. Un mundo de ideas se barajaba en su cerebro. Creyó que iba á estallar. Pasó una victoria y diciéndole "Malambo" se metió en ella.

Esa noche había permanecido ageno á todo recuerdo. Pensó en sí mismo y en las consecuencias que á él le pudieran sobrevenir. No calculó, no midió el porvenir en las diversas aptitudes de su vida, sino que se dedicó á preocoparse de la parte irónica y filosófica. Cuando Bezanes terminó sus sesudos consejos, una luz intensa brotó en su memoria. Recordó que el día anterior, al despedirse de Mercedes, la había pedido una cita que ella aceptara ruborizada. La cita era á las 2 y tuvo la estupenda tontería de olvidarse; pero todavía era tiempo y allí andaba metido en una "victoria" de plaza, caminando hacia Malambo, nuestro plebeyo é histórico barrio.

Cuando el coche pasó por el puente de piedra. Manuel Antonio lo hizo detener para llamar un granuja que corría vendiendo periódicos. Bajo los densos toldos de niebla, el Rimac huía, bramando y retorciéndose. Mientras se acercaba el granuja, Manuel Antonio contempló el panorama del río.....Hundió la vista en la neblina, á lo largo de las menudas arboledas y percibió distante el negro tirabuzón de un tren de la sierra, que parecía atornillarse en la turbia lejanía.

—¡Un Comercio.....sigue!

El coche arrancó y tuvo que desviarse hasta montar casi las aceras, porque el tranvia de subida, tirado por cuatro caballos, no lograbra salvar el puente. Al cabo de un rato paró el coche delante de un viejo caserón.

—Espérame—dijo al cochero—te necesito toda la tarde!

Sentados en el suelo, dos chiquillos jugaban á los *ñocos*.

—¿Qué es de la portera?—preguntó Manuel Antonio á uno de ellos.

Los dos respondieron á la vez:

—Allá, señor. Pase usted este patio y á la entrada ese callejón está.....á la derecha.....

—Yo le enseñaré—dijo otro y lo llevó al callejón.

Atravesaron un patio fangoso, de paredes rajadas y p tilentes; torcieron hacia un pasadizo oscuro en el que he y chorreaba el agua de un caño, y llegaron á un "cuart

—¡Esta es señor!—exclamó el granuja señalando una chola, recortada y joven. Manuel Antonio dió una peseta al chiquillo; y:

—¿Usted es la portera?—dijo.

—Sí, señor.....¿mandaba usted?

—Donde vive el señor Teodoro .....

—¿Teodoro?—caviló la portera, porque podían vivir allí muchos Teodoros—no sé á quien se refiera el señor.....¿pero no sabe usted su apellido?

Manuel Antonio sintió vergüenza de pronunciar su apellido, entre ese ambiente de sordidez y podredumbre.

—Es uno.....yo no sé, tampoco, el apellido.....medio del ojo vivo.

—¡Ah!.....ya sé.....—interrumpió la portera—no diga usted más. El hombre más atrevido, más perdido, más corrompido. El dueño de la casa lo quiere votar á la calle hace más de seis meses y él como si tal cosa. Ayer nomás me soltó un gallo, hecho y derecho, contra un pollo fino que yo estaba criando y me lo ha muerto. Ya sé quien es: arriba, á la derecha, ese que tiene mampara sin vidrios.

Manuel Antonio volteó sin responder y trepó unas escalerillas, mugrientas y sin barandal. Había oído con calma las quejas de esa chola contra su hermano y no le había tapado la boca de un bofetón.

Tocó la mampara sin vidrios, y salió una zamba clara, color capulí y hermosa, como no había visto ninguna. Todo un ejemplar criollo.

—Buenos dias—dijo la morena, abriendo la mampara y mordiendo entre sus dientes impecables, una penetrante sonrisa.

Manuel Antonio se sorprendió á la presencia de ese admirable tipo de raza. Creyó haberse equivocado de puerta y preguntó con timidez por Teodoro.

—Pase usted á sentarse.....está por adentro, voy á llamarlo—Y volvió á morder esa admirable sonrisilla.

Estaba envuelta en un pañolón claro y cuando desapareció por una puerta interior, Manuel Antonio, constató un cuerpo irrepochable. No quiso sentarse y permaneció de pié observando las oleografías que innundaban la pared. Luego se quitó los guantes y miró las punteras de sus zapatos, salpicadas de barro. Vestía un chaquet plomo oscuro que le sentaba muy bien y un claro paletót hasta las corvas. Como Teodoro tardaba en salir, Manuel Antonio dió un bostezo sobre la tapa de una máquina de coser, gritando, con desenvoltura y dominio:

—¿Te estás poniendo leva?

Al oir la voz de su hermano, salió Teodoro, exclamando:

—Caramba!..... ¡cuanto bueno! quién me había de decir que eras tú, hombre! Anita me salió diciendo: "te busca un señor muy elegante y muy buenmozo".

—No crea usted—dijo Anita, saliendo desconcertada—Verdad, sí, que le dije un señor muy elegante.....

—Y muy buenmozo—agregó Teodoro con imperio conyugal.

Manuel Antonio intervino:

—Sea de cualquier modo..... no hay que pelear—Y tomó asiento.

Anita se retiraba cuando Teodoro la retuvo:

—Oye mujer, no te vayas. Para los pieses. Acércate, no conoces á este caballero.....

Anita comenzó á reir:

—Vas á salir ya con tus bromas.

Manuel Antonio les miraba con interés.

—Nada—continuó Teodoro, adoptando un tono español aprendido en las tandas del "género chico"—Este caballero tan buen mozo y elegante..... como tú dices..... ¡silencio! como tú dices, repito, es mi hermano..... No te alarmes; así como suena, mi-her-ma-no..... ¿lo oyes? Los dos somos Bragada y Bragada legítimos..... sólo que él es un caballero y yo..... bueno, ya tú sabes lo que soy.

Ana y Manuel Antonio soltaron la risa.

—¡Qué Teodoro!—exclamó Manuel Antonio.

—Y tengo el gusto de presentártelo, Anita. Pero con una diferencia..... abre bien las orejas: que este Bragada es muy distinto al mío, en cuanto se refiere á sociedad..... no te creas que es un "Don Tiburcio", un "Quimba", ó un "compadre" de esos que me traigo yo..... A este caballero hay que tratarlo con todo el respeto y seriedad que se merece: primero, porque es uno de los mozos más elegantes de Lima; segundo, por que tiene mucho dinero; tercero, por que es concejal y pronto será diputado; cuarto, por que es abogado; quinto, por que es el monarca de todos los bailes; y sexto, por que lo mando yó.....¿eh?.....tu cholo viejo, tu zambo cachetonazo.....Tráete ese Lunahuaná que me regaló mi comprade Tiburcio.

Todos rieron estrepitosamente y Manuel Antonio estaba encantado de la felicidad de su hermano. Este le pidió disculpas:

—Yo no puedo invitarte champán, como estás acostumbrado; pero vas á probar un *piscolábis*.....que yá.....yá.. !

—Tráelo pronto Anita—recalcó—múdate de ropa que parece que estuviéramos en quiebra.....y prepáranos un almuerzo criollo.

Manuel Antonio dijo que no podía almorzar con ellos; pero, á la insitencia de Teodoro y temiendo ir al hotel y soportar las majaderías de sus amigos, aceptó el almuerzo. Además estaba en tal estado de ánimo que necesitaba de algo superficial, alegre, fuerte, de un "Teodoro" y un "compadre Tiburcio". Así no estaría todo el tiempo obsesionado por la idea negra y disiparía un tanto sus aburrimientos, entre el humorismo, sano y festivo, de Teodoro y á la luz de la sonrisa de Anita, esa sonrisa original que la había sugestionado y que ya sentía resonar en el alma. Allí almorzaría; allí, entre ese trozo del Lima criollo, del Lima de los virreyes; allí entre ese caserón pestilente y colonial en el que ahora vivía una generación fuerte, plebeya y que guardaba en sus alacenas el ahorro de algún avaro y en sus paredes las balas de las revoluciones ó la sangre de algún esforzado mancebo, que, peleando por su dama, entre el recato del zaguán, cayó herido á la hora galante de los desafíos.....¡Allí pasaría dos horas; volvería después, al día siguiente.....varias veces..... muchas veces.....Se asomaría á los balcones, ventrudos y viejos, apoyaría los codos en los curvos barandales, y, con la mirada hundida en la penumbra del zaguán, se dejaría invadir por el sueño de las edades muertas, hasta que en su imaginación se animara la Lima del sayo y manto y de los espadachines.....Por la noche bajaria al zaguán.....pasearía e- callejón.....toda la casa.....Estas ideas se morían en su cerebro como si fueran tristes y lejanas luces.....

—Bueno.....y hasta ahora no me has dicho el motivo de tu visita—le preguntó Teodoro, después que su hermano le ofreció quedarse á almorzar·

Manuel Antonio se quitó el abrigo y refirió á Teodoro la causa de su visita:

—Te lo diré en dos palabras y con franqueza.

—¿Con que necesitas un servicio de mí?

—Y grande.....Tu me hablastes de una comadre que tenía una casita-huerta.....bien: necesito esa casita.....

—¿Vas á comprar fincas?

—Nó, hombre!; que lerdo estás.....la necesito por una t de.

Teodoro se acercó á Manuel Antonio, dándole un pun- o en las costillas:

—Con que por una tarde, eh?.....así me gustan los hom-

bres.....Ya me figuro la María Santisima que te vas á llevar.....

Manuel Antonio sonrió, agregando con gravedad:

—¿Puedes hacerme este servicio?.....ó ¡nó!

—¡Hecho!.....¿Para cuando lo necesitas?

—Hoy mismo.....esta tarde!

—¿Para esta tarde?.....—Y se quedó pensativo.....

¡Como no se lo había dicho antes!

—Y ¿porque me lo dices ahora?—replicó Teodoro—sin embargo lo que se quiere se puede.....¿á que hora?

—A las dos.

Y yo que no tengo teléfono.

—Pero en la puerta hay un coche que te puede llevar. ¿Es lejos?

—Nó; aquí no más.....al terminar la calle.....voy ahora mismo.....¡espérame!

Manuel Antonio intentó oponerse, pero Teodoro había tomado ya su sombrero y descendía rápidamente las mugrientas escaleras

El coche partió.

Manuel Antonio se quedó enterrado en el sofá. Sus pensamientos iban de Negreiros á San Pablo y ahora distinguía una casita-huerta, con patos y gallinas. Luego meditó en un fenómeno. ¿Por que su hermano, ese miembro de su familia, no había intervenido absolutamente en el desarrollo de los últimos sucesos? ¿Por que no tomaba su parte y desempeña su rol? Allí estaba en una cloaca de Malambo, ageno á todo lazo familiar, perfectamente desvinculado de su casa y de su sangre. El drama de su raza habíase representado sin su concurso, sin su venia, sin su reproche. El nombre de Bragada, caía al fango del vituperio social, y, él, ni había concurrido á hundirlo, ni procuraría levantarlo.

Manuel Antonio pensaba en estas ironías de la vida con refinada delectación artística. Calificó el caso de "patológico" é iba á salir á la puerta para observar el sonoro ejetreo de los vecinos, cuando Anita salió con las copas de pisco.

—¿Qué es de Teodoro?—preguntó al notar su ausencia.

—Salió. No tarda en llegar.

—Entónces..... esperaremos.

—¿Y por qué no podemos brindar los dos?. Cuando él llegue beberemos otra.

Anita sonrió, nuevamente, y, diciendo un "vá por ust" que enardeció á Manuel Antonio, bebió de un sorbo su copa de aguardiente.

—Ahora—dijo—me vá usted á permitir, por que quiero hacerle un almuerzo como para que no le dé cólico.

Salió.

En ese instante volvía Teodoro, alegre y sudoroso:

—Está usted servido, doctor.....está listo..... ¡Mi comadre María Luisa se constituirá aquí dentro de un par de horas y la casa Nº 10 de Malambo le pertenecerá al señor doctor hasta que desée!

—Así me gustan los hombres..... y ¿quién es esa María Luisa?

—Una buena mujer, que posée sus realitos, y tiene su casita bien puesta y que sirve á los amigos..... Toma las llaves.

Le entregó tres llavecillas y le enumeró las chapas á que correspondían. Después lo llevó al corral para que viera los gallos que criaba:

—En Lima tendrán más gallos que yo, pero ¿más finos? —y mostrándole uno que dormitaba trepado á un pié de madera, agregó:

—Este es, pues, el "mata siete"..... ya está viejo y malogrado de una pata..... Más de cuatro veces ha salido librecito ..... ahora lo tengo para *padrear*. Ha ganado la mar de peleas y en una tarde se mamó á siete.....El "mata siete" es, pues. ¿Quién no lo ha oído mentar?..... este es hijo de él y de esta papuja.....

Manuel Antonio dijo que le había oído mentar y se asombró de la fineza y de la estampa de esos animales.....

—¿Y te dan plata?

—El domingo hay una de 25 y 500. ..... Allí juega un pollo mío..... Una pelea muerta..... ¡no me falla una!

Pasearon los casilleros y se bebió otra copa á la salud del "Sol de oro" y del "Mata siete". Manuel Antonio preguntó, entónces, por la hermana de Anita:

—¿La cuñadita de que te he hablado?—Preguntó Teodoro.

—Sí; ¿dónde está?

—Como no avisas con tiempo. Esa está con su madre en el Barranco. Es una negra de rechupete. ¿Tú conoces á mi contraparte? pues bien: quítale cinco años y ponle unos ojazos del tamaño de un sol y tendrás una polla de 18 que nandada hacer..... Ya le he hablado de vivir con un hom- que la quiera y ella se ha reído. Yo conozco á esta fa- ia. Anita para el amor es un volcán; y su hermana, la a Cármen, es un sistema de volcanes..... Vamos que ya á el almuerzo.

zó. Le había visto desde el principio de la conversación, demasiado serio, demasiado triste. La gallarda figura morena de Manuel Antonio, le pareció abatida, mustia; y, en el tono sufrido de su voz, malició un terrible abatimiento.

—¡Manuel!—repitió Bezanes sin acertar una salida feliz—¿pero es cierto todo esto?

Manuel Antonio le refirió entonces la sordidez de la escena. Le contó lo de los gritos; la oposición de su madre; la complicidad del doctor y el figurín, negro y con gafas, de la comadrona. Toda una escena de caverna de bandidos; toda una repugnancia de folletín; todo el asco de unos videles; unos trapos y unas uñas, largas y sucias, jalando un feto....

Fué cínico en la narración. Detalló á Ricardo con malsana complacencia, toda la escena de San Pablo, recargando el colorido de las frases con rencorosos adjetivos, como si así efectuara la revancha de su dolor. Bezanes le oía sin atreverse á interrumpir esa correcta y amena exposición, y, cuando su amigo hubo terminado con un "que te parece", comprendió que Manuel Antonio estaba demasiado retórico para ser un agobiado. No iba á dar consejos, pues, á un anonadado por la suerte; á un embrutecido por la adversidad; sino á un ecléctico, á un despreocupado del sentimiento; á un ocioso equilibrado á quien la desgracia no había hecho sino proporcionar un entrerenimiento que solozara su alma artística; un gimnacio intelectual en el que su erudición pudiera ejercitar competencia filosófica y en el que su talento y buen gusto lograran triunfar, descubriendo redentoras fórmulas de felicidad para todos los desgraciados!

—¿Y de quién es?—preguntó Ricardo, proponiéndose dominar la situación.

Manuel Antonió sonrió al oír esta pregunta; no creyó decoroso informar personalmente acerca de ese punto. A un criollo honrado, á un limeño le repugnaría pronunciar alguna vez el nombre del miserebale que le hizo desgraciado; pero Manuel Antonio comprendió que eso era tonto y que, además, perdería una oportunidad para desembarazarse del montón de opiniones que amasaba en su cerebro.

—¡De Enrique!—dijo—pero yo no soy un imbécil para creer que él sólo sea el responsable. No es el primer caso que se presenta en Lima; esta es la eterna enfermedad social..... en otras partes se apercibe á las generaciones que nacen para luchar contra el mal; pero aquí..... en esta Li fanática y mediocre; en esta aldea que gasta diploma ciudad y escudo de armas..... sólo se enseñan cuadril' lanceros y useñorías..... ¡Enrique..... no solo es él..... Amelia..... es Sofía..... es..... mi madre, soy yo..... es el d

tor Fabiani..... es el fraile Camacho..... es mi padre; es Lima, es el Perú entero!

Manuel Antonio hablaba exaltado, manoteando declamatoriamente:

—Tú, Ricardo—continuó—tú que tienes una alma selecta, pensarás conmigo..... Tú conoces la vieja y caduca tramitación de estas cuestiones domésticas; y, dime: ¿no es absurdo, no es injusto que la misma familia, los extraños, la sociedad entera condenen á una pobre muchacha que irresponsablemente cayó en los brazos de un hombre?..... ¿no te parece estúpido exigir acierto á un corazón fanático y á un cerebro hueco? Almas indefensas, entregadas desde la infancia á las tiranías del cura y á los humos del salón; movidas en la superficialidad de un medio minúsculo, postizo..... y, ¿condenarías á estas pobres almas?.....¡Este es mi problema! Interiormente lo he resuelto; para mí son inocentes; algo más: las quiero con el doble parentezco del amor y la piedad..... pero yo no soy sólo..... vivo aquí. Estos asuntos se ponen inmediatamente al voto de los demás; esa injusta fatalidad del "que dirán". ¿Porqué se ha de hacer una cosa y esta cosa ha de recibir el visto bueno de la gente, es decir de la masa colectiva, la menos apta, la menos preparada para juzgar? ¿Porqué no es un núcleo selecto de almas el que juzga y compulsa y no la muchedumbre animal y estúpida, incapaz de todo concepto de moral ó de belleza?..... Ese voto de la multitud es el que me aterra; siempre es adverso porque es anónimo..... la multitud es cobarde..... Lima entero con su jauría de envidiosos y medradores, se cebarían en mi desgracia y me condenarían ..... Esto es, Ricardo, una estúpida debilidad; pero créeme que es lo único que me atemoriza.....

Ricardo acabó por pensar como Manuel Antonio; este había hablado con apasionamiento, con rencor; era natural que se despeñara en insultos contra la sociedad que le había herido, pero, en el fondo, en el nervio de sus palabras, vibraba una amarga verdad. Nunca había pensado tan seriamente en asuntos que sólo él contemplara desde el punto de vista de la moralidad relativa al medio, pero Manuel Antonio había logrado contraer su atención y ya sólo pensaba en docilitar un poco la exaltación que dominaba sus nervios. Como en el fondo estaban acordes no pudo contradecir y, ni tampoco apoyar, porque hubiera acabado por enfañarle tanto, que la hubiera emprendido á balazos contra todos los del Club.

—No creas—dijo al fin—que llegue á saberse.....sería veniente, por lo pronto, asegurar la reserva por todos medios. Eso es muy posible. Y..... aunque se supiera.... creas que somos tan canallas; de todo hay, es cierto, son los menos..... no se sabrá.....

—¡No se sabrá!—repitió sordamente el doctor Braga muchos han intervenido en el asunto..... y aquí todo be..... á esta hora, de seguro, que en otra salita del Clu tán comentando el asunto..... tú supistes lo de Mer por uno que me vió bajar de los altos, y ese porque hab mayordomo, y éste por el timbrazo aquel, nos vió jun sólos en la sala..... ¡siempre se saben las cosas! Ade aquí hay ciertos individuos que están esperando un adverso de la suerte para lanzarse sobre el desgraciado son capaces de luchar con generosidad y valentía; sie están escondidos, acechando una oportunidad para sobre la víctima. Son los chacales de la vida que hus los campos de batalla para devorar á los moribundos; abandonados; á los que sufren la agonía del cansancio. ca atacan á los victoriosos..... y siempre merodean po osarios..... Ese que va allí es un chacal.....

En ese instante señaló con el dedo un sobretodo qu vaba dentro á un jovenzuelo llamado Teófilo.

—Ya me está rondando—prosiguió Manuel Anto cuando se asegure de la víctima se lanzará por calles zas diciendo que mi hermana es una.....

Ricardo comprendió que esa escena violentaba dem do á su amigo y tomó un aire de reconvención, interrum dole:

—No seas tonto, Manuel, déjate de esas apreciaci de esos pesimismos. No todo ha de ser hecho á tu g Por lo pronto no hay que profundizar en la filosofía cosas. En ésta siempre se llega á los extremos, genera te al convencimiento de que somos unos pobres diabl y, siguiendo este criterio, ó todos se pegarían un tiro viríamos dados al demonio. No señor: hay que vivir vida; hay que adaptarse á ella para bien nuestro..... una gran cualidad el saber ser superficial. Acaba de s venirte una gran desgracia, una desgracia de familia seas, pues, tan ingenuo para contemplarla desde el p de vista filosófico; la parte que inmediatamente te inter el aspecto social del asunto. Lo primero que debes ha que no se sepa, que todo permanezca en absoluto mis así lograrás seguir en tus triunfos, no muy sólidos a cuando llegues á la cumbre, no importa que se d--ubr

ta; estarás muy alto y no te alcanzarán los ladridos; pe- ahora es lo único que debes hacer, resignarte á las odio- transacciones de la vida; dominar tu carácter; acallar rebeldías de tu corazón y comenzar á tramitar este ex- diente en las oficinas del misterio ..... yo te lo digo Ma- ngo..... ¿quiéres otro cognac?

Al principio Manuel Antonio se resistió á toda idea de lignación, llegando al punto de querer salir y contarle to- á sus amigos como quien participa la muerte de un pa- nte; se figuró que se asombrarían al principio, pero, pasa- la primera impresión, concluirían en asentir en que aque- no era sino una desgracia, una mera contingencia de la rtuna. Exaltado por las escenas de San Pablo, solo an- ba salir airoso de ese problema, solucionándolo de una ma- ra genial, elegante; si él no fuera el más directamente com- ometido, ya se hubiera alzado de hombros y hubiera se- ido indiferente ó festivo. Pero su vida futura dependía de e- momento, de el solo instante en que Lima dijera es una "cri- inal" ó es una "desgraciada". ó el castigo ó la compasión. uno ni otro toleraba su temperamento. I, ¿era esto lo e le convenía? Después de un rato en que oyó á su amigo icardo, fué convenciéndose de que por su misma felicidad bía transigir. Pensó, pues, en ponerse de acuerdo con su adre y, aunque en el fondo le repugnaba, se decidió á ha- larle.

—Hombre—respondió vivamente Ricardo—ya lo creo; o hay que pasar un segundo.....inmediatamente.

Manuel Antonio reflexionó:

—Es que temo encontrarme con el fraile Camacho, y no odría contenerme.....

—¿Pero tienes la seguridad de que él pueda tener la culpa n algo?

—¡Oh! lo vengo maliciando hace tiempo. Es muy amigo el doctor Fabiani.....y no me preguntes más.....que estoy eguro. Tomó su sombrero y encendió un "Larrañaga".

—¿A que hora vas á la casa?

—Será esta noche ó mañana. Tengo que estar en el es- tudio esta tarde.

Ricardo se asombró del aplomo de su amigo.

—Y—dijo—¿tendrás suficiente tranquilidad para hablar de a or sin saber si tu hermana sigue bien ó mal.....

- Espérame mañana en el Maury; allí almorzaremos. No teng cabeza para contestarte.....?

bajando rápidamente las escaleras, consultó la hora. Era s 12. Quiso volver para almolzar con Bazanes, pero

se arrepintió. Un mundo de ideas se barajaba en su cerebro. Creyó que iba á estallar. Pasó una victoria y diciéndole "Malambo" se metió en ella.

Esa noche había permanecido ageno á todo recuerdo. Pensó en sí mismo y en las consecuencias que á él le pudieran sobrevenir. No calculó, no midió el porvenir en las diversas aptitudes de su vida, sino que se dedicó á preocoparse de la parte irónica y filosófica. Cuando Bezanes terminó sus sesudos consejos, una luz intensa brotó en su memoria. Recordó que el día anterior, al despedirse de Mercedes, la había pedido una cita que ella aceptara ruborizada. La cita era á las 2 y tuvo la estupenda tontería de olvidarse; pero todavía era tiempo y allí andaba metido en una "victoria" de plaza, caminando hacia Malambo, nuestro plebeyo é histórico barrio.

Cuando el coche pasó por el puente de piedra. Manuel Antonio lo hizo detener para llamar un granuja que corría vendiendo periódicos. Bajo los densos toldos de niebla, el Rimac huía, bramando y retorciéndose. Mientras se acercaba el granuja, Manuel Antonio contempló el panorama del río.....Hundió la vista en la neblina, á lo largo de las menudas arboledas y percibió distante el negro tirabuzón de un tren de la sierra, que parecía atornillarse en la turbia lejanía.

—¡Un Comercio.....sigue!

El coche arrancó y tuvo que desviarse hasta montar casi las aceras, porque el tranvía de subida, tirado por cuatro caballos, no lograbra salvar el puente. Al cabo de un rato paró el coche delante de un viejo caserón.

—Espérame—dijo al cochero—te necesito toda la tarde!

Sentados en el suelo, dos chiquillos jugaban á los *ñocos*.

—¿Qué es de la portera?—preguntó Manuel Antonio á uno de ellos.

Los dos respondieron á la vez:

—Allá, señor. Pase usted este patio y á la entrada ese callejón está.....á la derecha.....

—Yo le enseñaré—dijo otro y lo llevó al callejón.

Atravesaron un patio fangoso, de paredes rajadas y t tilentes; torcieron hacia un pasadizo oscuro en el que he y chorreaba el agua de un caño, y llegaron á un "cuart

—¡Esta es señor!—exclamó el granuja señalando una chola, recortada y joven. Manuel Antonio dió una peseta al chiquillo; y:

—¿Usted es la portera?—dijo.

—Sí, señor.....¿mandaba usted?

—Donde vive el señor Teodoro .....

—¿Teodoro?—caviló la portera, porque podían vivir allí muchos Teodoros—no sé á quien se refiera el señor.....¿pero no sabe usted su apellido?

Manuel Antonio sintió vergüenza de pronunciar su apellido, entre ese ambiente de sordidez y podredumbre.

—Es uno.....yo no sé, tampoco, el apellido.....medio del ojo vivo.

—¡Ah!.....ya sé.....—interrumpió la portera—no diga usted más. El hombre más atrevido, más perdido, más corrompido. El dueño de la casa lo quiere votar á la calle hace más de seis meses y él como si tal cosa. Ayer nomás me soltó un gallo, hecho y derecho, contra un pollo fino que yo estaba criando y me lo ha muerto. Ya sé quien es: arriba, á la derecha, ese que tiene mampara sin vidrios.

Manuel Antonio volteó sin responder y trepó unas escalerillas, mugrientas y sin barandal. Había oído con calma las quejas de esa chola contra su hermano y no le había tapado la boca de un bofetón.

Tocó la mampara sin vidrios, y salió una zamba clara, color capulí y hermosa, como no había visto ninguna. Todo un ejemplar criollo.

—Buenos dias—dijo la morena, abriendo la mampara y mordiendo entre sus dientes impecables, una penetrante sonrisa.

Manuel Antonio se sorprendió á la presencia de ese admirable tipo de raza. Creyó haberse equivocado de puerta y preguntó con timidez por Teodoro.

—Pase usted á sentarse.....está por adentro, voy á llamarlo—Y volvió á morder esa admirable sonrisilla.

Estaba envuelta en un pañolón claro y cuando desapareció por una puerta interior, Manuel Antonio, constató un cuerpo irrepochable. No quiso sentarse y permaneció de pié observando las oleografías que innundaban la pared. Luese quitó los guantes y miró las punteras de sus zapatos, picadas de barro. Vestía un chaquet plomo oscuro que entaba muy bien y un claro paletót hasta las corvas. mo Teodoro tardaba en salir, Manuel Antonio dió un tonazo sobre la tapa de una máquina de coser, gritando, desenvoltura y dominio:

—¿Te estás poniendo leva?

Al oir la voz de su hermano, salió Teodoro, exclamando:

—Caramba!..... ¡cuanto bueno! quién me había de decir que eras tú, hombre! Anita me salió diciendo: "te busca un señor muy elegante y muy buenmozo".

—No crea usted—dijo Anita, saliendo desconcertada—Verdad, sí, que le dije un señor muy elegante.....

—Y muy buenmozo—agregó Teodoro con imperio conyugal.

Manuel Antonio intervino:

—Sea de cualquier modo..... no hay que pelear—Y tomó asiento.

Anita se retiraba cuando Teodoro la retuvo:

—Oye mujer, no te vayas. Para los pieses. Acércate, no conoces á este caballero.....

Anita comenzó á reir:

—Vas á salir ya con tus bromas.

Manuel Antonio les miraba con interés.

—Nada—continuó Teodoro, adoptando un tono español aprendido en las tandas del "género chico"—Este caballero tan buen mozo y elegante..... como tú dices..... ¡silencio! como tú dices, repito, es mi hermano..... No te alarmes; así como suena, mi-her-ma-no..... ¿lo oyes? Los dos somos Bragada y Bragada legítimos..... sólo que él es un caballero y yo..... bueno, ya tú sabes lo que soy.

Ana y Manuel Antonio soltaron la risa.

—¡Qué Teodoro!—exclamó Manuel Antonio.

—Y tengo el gusto de presentártelo, Anita. Pero con una diferencia..... abre bien las orejas: que este Bragada es muy distinto al mío, en cuanto se refiere á sociedad..... no te creas que es un "Don Tiburcio", un "Quimba", ó un "compadre" de esos que me traigo yo..... A este caballero hay que tratarlo con todo el respeto y seriedad que se merece: primero, porque es uno de los mozos más elegantes de Lima; segundo, por que tiene mucho dinero; tercero, por que es concejal y pronto será diputado; cuarto, por que es abogado; quinto, por que es el monarca de todos los bailes; y sexto, por que lo mando yó.....¿eh?.....tu cholo viejo, tu zambo cachetonazo.....Tráete ese Lunahuaná que me regaló mi comprade Tiburcio.

Todos rieron estrepitosamente y Manuel Antonio estaba encantado de la felicidad de su hermano. Este le pidió disculpas:

—Yo no puedo invitarte champán, como estás acostumbrado; pero vas á probar un *piscolábis*.....que yá.....yá..

—Tráelo pronto Anita—recalcó—múdate de ropa que parece que estuviéramos en quiebra.....y prepáranos un almuerzo criollo.

Manuel Antonio dijo que no podía almorzar con ellos; pero, á la insitencia de Teodoro y temiendo ir al hotel y soportar las majaderías de sus amigos, aceptó el almuerzo. Además estaba en tal estado de ánimo que necesitaba de algo superficial, alegre, fuerte, de un "Teodoro" y un "compadre Tiburcio". Así no estaría todo el tiempo obsesionado por la idea negra y disiparía un tanto sus aburrimientos, entre el humorismo, sano y festivo, de Teodoro y á la luz de la sonrisa de Anita, esa sonrisa original que la había sugestionado y que ya sentía resonar en el alma. Allí almorzaría; allí, entre ese trozo del Lima criollo, del Lima de los virreyes; allí entre ese caserón pestilente y colonial en el que ahora vivía una generación fuerte, plebeya y que guardaba en sus alacenas el ahorro de algún avaro y en sus paredes las balas de las revoluciones ó la sangre de algún esforzado mancebo, que, peleando por su dama, entre el recato del zaguán, cayó herido á la hora galante de los desafíos.....¡Allí pasaría dos horas; volvería después, al día siguiente.....varias veces..... muchas veces.....Se asomaría á los balcones, ventrudos y viejos, apoyaría los codos en los curvos barandales, y, con la mirada hundida en la penumbra del zaguán, se dejaría invadir por el sueño de las edades muertas, hasta que en su imaginación se animara la Lima del sayo y manto y de los espadachines.....Por la noche bajaria al zaguán.....pasearía e- callejón.....toda la casa.....Estas ideas se morían en su cerebro como si fueran tristes y lejanas luces.....

—Bueno.....y hasta ahora no me has dicho el motivo de tu visita—le preguntó Teodoro, después que su hermano le ofreció quedarse á almorzar·

Manuel Antonio se quitó el abrigo y refirió á Teodoro la causa de su visita:

—Te lo diré en dos palabras y con franqueza.

—¿Con que necesitas un servicio de mí?

—Y grande.....Tu me hablastes de una comadre que tenía una casita-huerta.....bien: necesito esa casita.....

—¿Vas á comprar fincas?·

—Nó, hombre!; que lerdo estás.....la necesito por una t de.

Teodoro se acercó á Manuel Antonio, dándole un punt o en las costillas:

-Con que por una tarde, eh?.....así me gustan los hom-

bres.....Ya me figuro la María Santisima que te vas á llevar.....

Manuel Antonio sonrió, agregando con gravedad:

—¿Puedes hacerme este servicio?.....ó ¡nó!

—¡Hecho!.....¿Para cuando lo necesitas?

—Hoy mismo.....esta tarde!

—¿Para esta tarde?.....—Y se quedó pensativo.....

¡Como no se lo había dicho antes!

—Y ¿porque me lo dices ahora?—replicó Teodoro—sin embargo lo que se quiere se puede.....¿á que hora?

—A las dos.

Y yo que no tengo teléfono.

—Pero en la puerta hay un coche que te puede llevar. ¿Es lejos?

—Nó; aquí no más.....al terminar la calle.....voy ahora mismo.....¡espérame!

Manuel Antonio intentó oponerse, pero Teodoro había tomado ya su sombrero y descendía rápidamente las mugrientas escaleras

El coche partió.

Manuel Antonio se quedó enterrado en el sofá. Sus pensamientos iban de Negreiros á San Pablo y ahora distinguía una casita-huerta, con patos y gallinas. Luego meditó en un fenómeno. ¿Por que su hermano, ese miembro de su familia, no había intervenido absolutamente en el desarrollo de los últimos sucesos? ¿Por que no tomaba su parte y desempeña su rol? Allí estaba en una cloaca de Malambo, ageno á todo lazo familiar, perfectamente desvinculado de su casa y de su sangre. El drama de su raza habíase representado sin su concurso, sin su venia, sin su reproche. El nombre de Bragada, caía al fango del vituperio social, y, él, ni había concurrido á hundirlo, ni procuraría levantarlo.

Manuel Antonio pensaba en estas ironías de la vida con refinada delectación artística. Calificó el caso de "patológico" é iba á salir á la puerta para observar el sonoro ejetreo de los vecinos, cuando Anita salió con las copas de pisco.

—¿Qué es de Teodoro?—preguntó al notar su ausencia.

—Salió. No tarda en llegar.

—Entónces..... esperaremos.

—¿Y por qué no podemos brindar los dos?. Cua él llegue beberemos otra.

Anita sonrió, nuevamente, y, diciendo un "vá por ust que enardeció á Manuel Antonio, bebió de un sorbo su c de aguardiente.

—Ahora—dijo—me vá usted á permitir, por que quiero hacerle un almuerzo como para que no le dé cólico.

Salió.

En ese instante volvía Teodoro, alegre y sudoroso:

—Está usted servido, doctor.....está listo..... ¡Mi comadre María Luisa se constituirá aquí dentro de un par de horas y la casa Nº 10 de Malambo le pertenecerá al señor doctor hasta que desée!

—Así me gustan los hombres..... y ¿quién es esa María Luisa?

—Una buena mujer, que posée sus realitos, y tiene su casita bien puesta y que sirve á los amigos..... Toma las llaves.

Le entregó tres llavecillas y le enumeró las chapas á que correspondían. Después lo llevó al corral para que viera los gallos que criaba:

—En Lima tendrán más gallos que yo, pero ¿más finos? —y mostrándole uno que dormitaba trepado á un pié de madera, agregó:

—Este es, pues, el "mata siete"..... ya está viejo y malogrado de una pata..... Más de cuatro veces ha salido librecito ..... ahora lo tengo para *padrear*. Ha ganado la mar de peleas y en una tarde se mamó á siete.....El "mata siete" es, pues. ¿Quién no lo ha oído mentar?..... este es hijo de él y de esta papuja.....

Manuel Antonio dijo que le había oído mentar y se asombró de la fineza y de la estampa de esos animales.....

—¿Y te dan plata?

—El domingo hay una de 25 y 500. ..... Allí juega un pollo mío..... Una pelea muerta..... ¡no me falla una!

Pasearon los casilleros y se bebió otra copa á la salud del "Sol de oro" y del "Mata siete". Manuel Antonio preguntó, entónces, por la hermana de Anita:

—¿La cuñadita de que te he hablado?—Preguntó Teodoro.

—Sí; ¿dónde está?

—Como no avisas con tiempo. Esa está con su madre en el Barranco. Es una negra de rechupete. ¿Tú conoces á mi contraparte? pues bien: quítale cinco años y ponle unos oiazos del tamaño de un sol y tendrás una polla de 18 que mandada hacer..... Ya le he hablado de vivir con un hom- que la quiera y ella se ha reído. Yo conozco á esta fa- ia. Anita para el amor es un volcán; y su hermana, la a Cármen, es un sistema de volcanes..... Vamos que ya i el almuerzo.

Efectivamente, sobre una mesita, baja y enmantelada, humeaba un chupe criollo. Se habló del porvenir conyugal de Anita y Teodoro, llegando éste, á asegurar que: "tal era el camote que le tenía su consorte provisional, que le seguiría hasta el infierno". Manuel Antonio, satisfecho de haberse adaptado facilmente á ese medio original, estuvo criollo y feliz. Se bebió mucho vino "Ocucaje" y, al despedirse Manuel Antonio dió un cheque á su hermano, diciéndole:

—Para que lo juegues al "Sol de oro".

Ofreciendo regresar para conocer á su cuñadita Carmen, bajó las escaleras:

—¿Nº 10..... nó?—preguntó desde abajo.

—Sí!..... apura..... porque es tarde!.....

Efectivamente, consultó el reloj y eran la una y media. Dió las señas al cochero y sacó "El Comercio".

Una muchacha como de quince años le esperaba en la puerta:

—¿Es usted el señor Bragada?..... Bueno. Mi mamá me encargó que le enseñara la casa.

Manuel Antonio se encontró con un enorme solar de paredes grises, fajadas por un alto zócalo de alquitrán. A la entrada, erguíase una vieja y coposa higuera; más allá dos pinos alzaban sus varas negras recortándose en la niebla, con sobriedad y elegancia. Por las barandas del corredor, escalaban tristes madreselvas interrumpiendo su verdura la nota clara de las campanillas. A la derecha enfilábanse las macetas, cargadas de plantas. En una que otra sonreían las flores. Ciertos rosales coloreaban sus botones; y, en un extremo, dormían las margaritas. Solitario, rabioso, sangriento, ardía un clavel.

—Bonitas flores—exclamó Manuel Antonio, temiendo entrar en los cuartos—Lástima que no sea este el buen tiempo!

La muchacha recomendó la hamaca del corredor y ab la puerta. Entraron. Era la salita. Estaba alfombrad tenía cortinas blancas en todas las puertas. Pasaron dormitorio, y, entre una mueblería escandalosamente n va, se veía una cama obcenamente ancha y confortable. había más. Seguía un cuartucho de baño, una mesa

anafes y ron, "por si los señores necesitaban algo caliente". Manuel Antonio se lo había imaginado; no era posible exigir más á una criolla que nunca había salido de Lima; que no era suscritora de revistas de arte..... En la sala habían cuadros, cortinas, un juego de muebles, escupideras, una mesita "al centro" *y su* alfombra. El "dormitorio", tenía *su* ropero, *su* lavatorio, *su* cómoda, *su* mesita de noche, *su* cama con *su* colchón de alambre y *sus* mueblecitos..... ¿qué más?

Dió una propina á la chiquilla. Esta recibió el dinero y le ofreció quedarse "por si se le ofrecía algo." Manuel Antonio dijo qne no necesitaba nada y la chiquilla salió diciéndole al cochero, por encargo de Manuel Antonio, que se estacionara en la esquina.

Una vez sólo el doctor, consultó el reloj; faltaba un cuarto de ora. Se puso, entónces, á desordenar los objetos de la "salita" y del "dormitorio" para no hacer tan odiosa esa perspectiva de estar todo "en su sitio". Principió por arrojar al suelo uno que otro periódico que había sobre la mesa del primer cuarto y disponer macetas arbitrariamente. Sobre la cómoda habían varios libros, revisó algunos y tuvo impulsos de romperlos, cuando se enteró de que eran folletines de Luis de Val.....Braemé..... Invernizzio..... Luego se dió con números del Psicalíptico y revistas taurinas, en donde un "Guerra" ó un "Fuentes", entallados, derramaban pavor. Caído al pié del ropero, halló un gallito de papel; debajo de la almohada, encontró otro de papel azul y en el primer cajón de la mesita de noche, dos trapos limpios y doblados, un oráculo y dos naipes.

Contagiado por ese ambiente de superstición, un momento pensó en echar un solitario para ver si Mercedes acudiría ó nó á la cita. Pero, recordando una parte interesante que había dejado de leer en "El Comercio", prendió un cigarrillo y se fué á la hamaca del corredor. Era un abuso del Gobierno, cometido contra la candidatura contraria á la de don Mariano Vásquez. Siguió con interés el curso de la lectura y se enteró de que á su ilustre protector no lo habían dejado entrar á la población y que el populacho enfurecido disparara contra la fuerza pública.

—Pobre don Mariano—pensó—Es el colmo de la desgra..... él allá, con la vida en un hilo..... y yó, entre este nide amor, esperando á su mujer.....

De pronto una noticia escondida en los últimos renglo- del telegrama, le sobresaltó. Decía así: "..... el doctor

Vásquez habrá conseguido ser senador; pero nó nuestro representante..... así es que le negamos ese título....."

Terminando:

".....En vista de este fracaso ha emprendido un precipitado viaje de regreso á la capital de la república....."

De manera, pues, que, dentro de cuarentiocho horas, el doctor Vásquez estaría en Lima. Manuel Antonio experimentó una violenta contrariedad. Ya no podría estar con Mercedes..... á lo menos, esas citas serían muy espaciadas y, entónces, ¿qué sería de él? Nuevamente, la obsesión del infortunio, le abatió. En esa contingencia del viaje del doctor creyó advertir una nueva y alevosa hostilidad de la vida. Todo se conjuraba contra él, creyó estar en esa crísis fatal, por la que tarde ó temprano tienen que pasar ciertos desgraciados; recordó con todo el negro colorido de sus detalles, el drama de "San Pablo"; y. quizás, si por una gestión de su remordimiento, llegó á preocuparse de la nota obscura que siempre predominaba en sus aventuras. Reparó, entonces, que allí estaba esperando á una mujer que, para pertenecerle, tenía que enlodar el nombre de su marido, de su madre, de una generación entera. Y, sin embargo, se espantaba ante lo que le había pasado á su hermana. El mismo caso; el mismo mal..... y ¿por qué era él el elegido para actuar en ambos, para sobrellevar ambas responsabilidades, ambos remordimientos? ¿Por qué sólo él era el directamente ofendido en esa hostilidad de la fortuna?

Todo su buen humor huyó como por encanto, y pensó con delectación en una extravagancia.

—Soy un pobre diablo—se dijo—un predestinado, un elegido para la desgracia, uno que rueda ciegamente hacia el mal..... ¿por qué no lo evito?

Y, una artística exentricidad, le sugerió la idea de matarse allí, entre ese ambiente de plantas y muebles nuevos, de oráculos y gallos de papel.....! Contempló con indolencia las rayas negras de los pinos, la mancha, sonora y móvil, de la higuera y los rosales en flor..... Alzó la vista al cielo y se dió con los cuervos.... parecían estar esperando su cadáver...

Se mataría; sí, un suicidio pondría término á esa estúpida existencia que viajaba, irresponsable y voráz, hacia los antros del Mal...Sí, se pegaría un tiro: llevaba revolver. La gente al encontrar su cadáver, ensangrentado y de bruces contra el suelo, se llenaría de solemne tristeza. Los negros de Malambo, al oír la detonación, acudirían solícitos, para quedarse, acongojados y cavilosos, ante un cadáver con el quet plomo y botas de hule.....El cochero también acudi-

exclamando: "Fué el doctor Bragada".....Los diarios hablarían hasta la saciedad y comentarían el sensible acontecimiento. Todos dirían:

—.....Pobre.....pobrecito.....

Pero, al imajinarse que algún pobre diablo dijese con motivo de su fallecimiento; "El tuvo la culpa....." reaccionó hacia la vida.....Además no faltaría un Teófilo que dijera:

—Fué un cursi .....un inbécil.....un suicida.....

Manuel Antonio sintió rabia y masculló el cigarro; no acertaba á tomar una determinación; era su eterna debilidad, su natural cobardía; la indecisión.....Todo ese bagaje de miserias, barnizado con los oropeles del talento, que su padre le había metido en las venas como su mas estimada herencia!

—Señor,—dijo apareciendo el cochero en la puerta.

Manuel Antonio se puso de pié, creyendo que había llegado Mercedes; pero, al darse con el cochero, gritó mal humorado:

—¡Que hay!

—Que todavía no he almorzado .....y si usted se vá á quedar algún rato, puedo ir á la fonda del frente.

Miró el reloj y se llevo una mano á la cabeza. Eran las 3. De seguro ya no vendría Mercedes. Claro! ¿Como iba á asistrir á una cita al día siguiente de su caida? Manuel Antonio se calificó de imbécil, de torpe.....Había hecho el ridículo tanto tiempo y de seguro iba á quedar como un "iluso" ante los ojos del auriga. Desorientado por esa nueva faz del asunto, tardó en decidirse. Se puso á pasear por el corredor. Quizás si aún vendría Mercedes..... Era muy comprometedora esa cita.....Y solamente una Julieta hubiera arrastrado las hablillas para acudir donde su amante. ¡Si!, se convenció de que era necio el seguir esperando por más tiempo; y, ruborizado ante si mismo, cerró las puertas, cachazudamente, y, después de arrancar el rabioso clavel que prendió en el ojal del paletót, salió creyendo que el cochero estaba al cabo de su ridículo fracaso. Le contó, con desenfado y displiscencia, el motivo de esa aventura:

—Es una que cae esta noche. Ya dejé todo listo.....Voy ai estudio.

—Negreiros.....aunque primero para donde fuimos enan—agregó.

—Si la que á usted se le escape, patrón.....!—respondió el hero, entre adulón y sabido—Ahora hay muchas liebres.. lo creo que la tiene usted fija para esta noche!

Manuel Antonio respiró. ¡Estaba salvado! El cochero no había maliciado nada. Estaba disculpado.....!

Paró el auriga. Subió al departamento de Teodoro. Este le recibió asombrado.

—¡Que pasa! - gritó al ver de regreso á su hermano.

—¡Nada, hombre!.....que me cargó la niña y, después de una hora, la despaché. Toma las llaves.

Teodoro las guardó y, al despedirse Manuel Antonio, le habló de su cuñada:

—Esta si que no te cargará.....¿Cuando vuelves?

—Pronto—gritó desde abajo Manuel Antonio, y se metió en el coche.

—¡A Negreiros!

Una menuda y fuerte lluvia comenzaba á caer.....El cielo se cubría de nubes oscuras y en el infinito enturbiábase el sol!

Esa mañana á las 10, Mercedes, sentada en el corredor del segundo patio, leía un telegrama. Era del doctor Vásquez y breve; "mañana te abrazaré—Vásquez". Con el papel abierto sobre las rodillas. Mercedes meditaba. Su cabeza femenil, llena de oscuros pensamientos, abismábase en los recuerdos de la tarde anterior. Nunca hubiera reparado en que podrían presentarse, alguna vez, casos difíciles y graves. De manera que llegó ese telegrama y se espantó. La última escena con Manuel Antonio solo había logrado dejar en su alma el rastro de un perfume, y esos recuerdos que debían arder en su memoria con la intensidad de una hoguera, apenas si los divisaba, remotos y dispersos, entre una luz agónica de lámparas.....Allí, sentada en el corredor, esforzábase por armar la escena de su caída y retratarla en la imaginación, con toda la violencia de su colorido; pugnaba por reconstruir la situación y rodearla de comentarios y apreciaciones; pero apenas si lograba percibir una sala conocida, un hombre fa miliar, un estallido de nervios.....Era todo.....Lo dem naufragaba en una gruesa tiniebla. No conseguía perci detalles, avalorar frases, medir tiempos.....Apenas si re daba de un hombre que no era su marido, proseyéndola violento.....lo culminante.....porque hasta Manuel Anto se había desdibujado en su memoria, dejándole apenas el

cuerdo de una corb ita oscura y de un perfume de Guillón.... Y sólo trascurrieron quince horas!

¿Era que no le había amado nunca, ó era que habiéndole amado, no le amaba ya?.....¿Era que le había deseado ageno y que ahora le desinteresaba propio? ¿Era una alucinación ó una convicción? ¿Era un romaticismo social, un naturalismo físico ó un despecho matrimonial? Por primema vez ahondaba en los problemas de su psicología y se preguntaba el porqué de ese fenómeno inexplicable. No solo sentía el remordimiento de haber engañado á su esposo, sino de haberse engañado á sí misma. En otras mujeres el dolor de haber amargado la vida de su esposo, se equilibra con la satisfacción de haberse hecho feliz, aunque sea una tarde, la vida propia. Pero, en Mercedes, ¿había sucedido así? Perteneciendo á Manuel Antonio ¿era suficientemente feliz para aventurar un escándolo social? Su exaltada imaginación criolla abarcó plenamente ambas fases del asunto.. Comparó, aquilató, sesudamente, llegando al convencimiento de que Manuel Antonio había sido para ella una ave de paso, un pasagero de amor. Su misma impetuosidad de limeña le hizo temer al escándalo, á su marido; á sí misma y resolvió, fría, secamente, cortar toda relación con Manuel Antonio y presentarse al otro'día ante su marido con una resolución en la voluntad y una cicatriz en la conciencia.

La mañana era fresca, azul y triste, como el romaticismo.....El frío entumía las carnes almacenando sensualidad. Mercedes tomó el telegrama y se desperezaba dislocando los brazos, cuando entró su madre.

—Con que mañana llega—dijo la ilustre señora, arrojando por la boca un vaho denso, como si estuviera fumando—¡Que buena sorpresa!

Mercedes la miró con fastidio y quizás si solo por contradecir, respondió:

—No me hace muy feliz esa llegada.....no estamos de acuerdo.

La señora Ríos hizo en brusco visaje y, acercándosele, habló:

—¡Que dices niña! ¿es que no te he oído bien ó es que es: bromeando?

Adquiriendo un aire de coquetería:

—¡Claro!—contestó Mercedes—si mi marido viene, es rque no lo han dejado entrar en ese lugar que dice él re:senta y que lo echa con cajas destempladas.....¿te parece : eso pueda hacerme feliz?

En tanto su madre había estado pensando. Alejada de esa conversación que ella misma provocara, sus ideas iban á cierta revelación que creyó advertir en ese "no me hace feliz" de su hija. Eso había sido sincero.....sentido.....Además, las últimas disculpas eran demasiado pueriles, forzadas. Desde que se fué el doctor, la señora Ríos averiguaba y juzgaba los menores actos de su hija, al punto de llegar á p nerse de acuerdo con los criados. Valiéndose de bromas y palabras sencillas arrancaba de la criada las palabras, visitas, en fin, todo lo que constituye la vida de una mujer casada y limeña. Y como ella comprendiera los peligros que corría su hija con Manuel Antonio, redobló su vigilancia. De esta manera llegó á enterarse de que Manuel Antonio, la tarde anterior, había permanecido de visita un largo espacio de tiempo.

—Y—dijo sonriente y cambiando el tono de la conversación—¿como no me habias dicho que el doctor Bragada había estado ayer?

"Como lo ha sabido" fué lo primero que pensó Mercedes, y, ruborizándose lijeramente, dijo:

—Porque me había olvidado.....además, anoche no hubo tiempo.....te fuiste temprano á acostar y,.....hoy.....solo ahora nos vemos.....

—Y ¿puedes olvidarte de una visita de dos horas que creo si te haría feliz?

—¡Vamos!.....para bromas tienes mil asuntos y el que has escojido no me parece el más oportuno.

En ese instante, como quien sale de un túnel á un día de sol, fué presentándose en su imaginación la violenta escena. Sorprendida por esa traición de la memoria, que hacía un rato no acertaba reunir los recuerdos, temió que su madre se lo conociera en el rostro. Si antes no había logrado aunar las ideas dispersas, era porque no tenía un estímulo interno ó externo que ayudara esa labor de reconstrucción; pero ahora, delante de su madre que le hablaba y detallaba sobre el tema oscuro, halló un eficaz estímulo externo y en su imaginación la figura de Manuel Antonio fué recobrando la precisión de sus contornos. Le vió apasionando; galante-sensual, estrechándola con manos voraces y trepadoras... Recordó un diván, una lucha fugaz y violenta, un criado, u promesa, una cita. ....todo ello animándose entre el sor chasquido de los besos y á la celeste luz de un crepúsculo vernal.

Temió que también el semblante le hiciera traición, pu

sería imposible conservarlo inalterable, cuando en el interior se incendiaba un montón de recuerdos.....

—No hables tonterías, mamá, ya no estoy en edad de..... tonterías.....No encuentro otra palabra.—Luego habló con desesperado anhelo de acallar las impertinencias de su madre; y, en su afán de no dejarla hacer pregunta alguna, cedió á sus nervios, despeñandose en una acre y vengadora recriminación:

—Siempre tú con celos, con pesquizas ridículas que nunca se le ocurrieron á mi esposo. Toda la vida me estás con Manuel Antonio para arriba y Manuel Antonio para abajo.. que "no bailes mucho con él"; que "mide siempre el alcance de tus palabras".....que "la sociedad" que "los jóvenes de sociedad" y ahora me sales con un "como no me has dicho que el doctor Bragada estuvo aquí".....¿que es lo que te has figurado?.....crees que estoy en la lactancia para no saber lo que me toca ó me quieres hacer el insulto de compararme con la señora de..... tu sabes quien.....Vamos, esto debe terminar, mamá, para el bien tuyo y el mío; ni tú ni yo podemos estar satisfechas; si mi marido viniera con estas ridiculeces, le daría lo mismo y algo más.

Se había puesto colorada. La cólera y el combate que se libraba en su conciencia le habían llevado á ese extremo, haciendo estallar sus nervios.

En cambio la viscosa y polveada faz de la señora, á cada arremetida de su hija, experimentaba una emocionante satisfacción. Vieja astuta y sobre todo vieja, comprendió que ese intempestivo arrebato podría obedecer á todo menos al furor que en Mercedes pudieran despertar sus celos. Si "nada hubiera", pues, contestaría sin inmutarse y serena; pero esa altanería de protesta la hizo sospecha y procuró ser pequeña y sutil:

—La cosa no es para que te enfadez, hija. No es cierto que yo te cele; pues, me mereces tanta confianza, como si fuera yo misma.....Lo que pasa es que como madre, procuro.....nó, no te aburras, levanta esa cara, mírame.....digo que como madre procuro.....

Mercedes no pudo resistir por más tiempo esa pesada y odiosa interrogación. En su cerebro hervía ya la idea de la cita; la de continuar; la de perseverar.....Mercedes quería ıer tiempo para discutirla y resolverla; y, previendo un rio disgusto con su madre, le interrumpió secamente:

—Hoy habrás tenido un disgusto en la iglesia, un pleito n el confesor.....no estoy para responsos.....otro día haremos.....

E inquieta, mortificada por los nervios, estrujó el telegrama, dirigiéndose á la salita de coser.

Su madre, casi con la certidumbre del peligro, furiosa, despechada, retadora, la rastreó con la vista, hasta que hubo desaparecido, tras las puertas encortinadas.

Una vez sola en el cuarto de costura, sintió Mercedes que en su cerebro estallaba un mundo de emociones. Las palabras de su madre habían derramado en su memoria una violenta luz y á esa viva claridad fueron surgiendo los contornos, animándose las cosas, precisándose los tipos. Fué una reconstrucción intempestiva; si antes no había logrado percibir los recuerdos, mirándolos borrosos con el desdén de la distancia, ahora veía todo y lo veía cerca, tan cerca que vacilaba y temblaba. Lentamente, invasoramente, fué poseyéndola el miedo. Esa heladez trepadora del terror fué dispersándose por sus nervios, en ondeante calofrio.....Ya estaba en las consecuencias; con la imaginación había hojeado su porvenir.....Pensó en las últimas palabras de su madre; en la malicia de sus preguntas; en el tono interpelante de su voz.....¿sabía algo su madre? ¿presumía, acaso? y si lo sabía ¿cómo? ¿por quién? ¡Por el criado! ¡sí! ¡no podía ser sino por él! su madre estaba siempre interrogando á los sirvientes y de seguro el mayordomo le había dicho que Manuel Antonio había estado un par de horas en la sala.....Sintió impulsos de llamarlo, preguntándole; desechó esa idea y pensó en llamar á la sirviente pero no, esa tarde había salido á "pasear". No cabía duda: el criado era el delator.....! Pero ¿el que Manuel Antonio hubiera estado allí, dos, tres ó cinco horas, significaba algo comprometedor para ella, una señora respetable, sin el menor lunar en su vida de soltera?..

En estas cavilaciones su cerebro se fatigaba y rendía. Era demasiado femenina para sostener una larga controversia intelectual, de manera que, cuando pasó á ocuparse de si asistiría ó nó á la cita de Manuel Antonio, desistió; resolviendo no provocar el escándalo de una separación, si su marido hubiera llegado á enterarse.

Hizo, luego, lo posible para principiar un bordado y no pudo ni siquiera acertar una "pata de pajarito". Leyó, entonces, por segunda vez, el telegrama del doctor y lo volvió á leer. Solo sacó en limpio que el telegrafista no sabía ortografía; era muy bonita la letra, pero un "Basquez" con "b" labia la avergonzaba y desperstigiaba. Por allí fué internándose en la idea de exigir muchos requisitos á los empleados de correos, á todos los empleados públicos.....¡Todos eran una calamidad. Después pensó con amor en un proyecto.....S

esposo que acababa de ser elegido senador lo presentaría en el Congreso, haciendo una luminosa defensa.....Sí, su marido, el doctor Vásquez, le ayudaría.....Y, saltando de una idea á otra, de una á otra sensación, acabó por suspirar en un sincero arranque de piedad:

—Pobre Mariano.....¡pobresito viejo!

La señora parecía haberse olvidado del agrio reproche de su hija. Con su eterno vestido negro bajo el que pendulaban sus monumentales caderas, navegaba por el corredor del segundo patio, con el mareante vaiven de una balandre sin lastre. En desagravio, preparó á su hija unas torrejas de sesos y compró tamales. A la hora del almuerzo fué al cuarto de Mercedes:

—Perdóname, hijita—dijo besándola—fué una tontería; pero al fin madre.....

Mercedes quiso resistir; pero la señora insistió, recomendándole las "frituras".

—Yo mismo las he hecho..... vamos, vamos.....

Después del almuerzo, en el que reinó la rajada voz de la señora Ríos, Mercedes miró el reloj. Faltaban quince minutos para la hora de la cita y acabó por rechazar la idea de acudir. Además ella había dicho que "sí" en un momento de ofuscación, de vértigo; pero, restablecida la calma..... era imposible. ¡Cómo iba á asistir á un lugar que no conocía; en plena luz del sol; en coche!..... ¡cómo una prójima de la Barranquita!..... ¡No! bajo ningún punto de vista. Así Manuel Antonio mismo comprendería la justicia de su resolución. ¡Eran locuras! Debería haber recato..... además ¿con qué cara volvería á ver á ese hombre? ¡No! nunca! Todo debía concluir y el mejor modo era ese!

A las dos entró su madre en el salón.

—¿No sales hoy?—dijo.

Mercedes creyó advertir honda ironía en esa pregunta de su madre y dudó en contestar. Además todavía quedaban restos del combate que se trababa en el interior de su ser. Pero sólo fué un instante, porque aseguró:

—No, no pienso salir, absolutamente.....

—Yo si tengo que ir á la sesión.... debe ser interesante.... ¿Y tú por qué no te animas á ir?

Mercedes contestó con displiscencia:

—Me hartan esas señoronas que hacen la caridad por moda, por aparato y porque sus nombres salgan siempre entre las "organizadoras"..... Todas son ministras, presidentas, celadoras..... y sólo quiero que me traigas lo que te argué enantes..... á Mariano le gustan mucho.....

—¿Te refieres?

—Al silencio y á la tranquilidad.....!

—Hoy estás imposible..... hasta luego.

Y, al cabo de un rato, el barco negro de la señora Ríos, descendía las escaleras, meneando su enorme popa.

Cnando Manuel Antonio llegó en coche á Negreiros, Mercedes corrió á la ventana de la sala para verlo. Tras de los vidrios permaneció observándole y pensando..... Manuel Antonio levantó los ojos y como no viera nada, abrió la puerta del estudio y entró. El amanuense no había concurrido y solo estaba Morales, viejo tinterillo que corría inimitablemente cuanto papel se pusiera en sus manos.

—Esperándolo, doctor—dijo alegrándose de ver á Bragada—Este asunto de la señora Checllo..... me falta una firma..... esta mañana no más me vine á fijar.....

El doctor hojeó con desgano el expediente y puso una firma nerviosa:

—Hay poca tinta—dijo, teniendo que volver á mojar la pluma para concluir su "Bragada" agregando luego:

—Llévelo inmediatamente..... y no me traigan más asuntos..... no estoy para defender miserias. ¡Las cuatro!

Una vez sólo cerró la ventana que daba á la calle y fijó la mirada en el bufete vacío de su protector. Allí estaban sus códigos, sus papeles, su cenicero de latón; su amplia silla, obscura y muelle, con una mancha grasosa en el respaldo, formada por el contínuo roce del cráneo del ilustre abogado. Allí estaba también un Garofallo, un Grocio, toda la ciencia jurídica..... Desde su escritorio, Manuel Antonio contemplaba, con filosofía y desdén, ese bufete venerable sobre el que habían pasado los más ruidosos espedientes que viera el tribunal Los derechos y deberes; las congojas, tristezar y miserias de todas nuestras generaciones, desfilaron bajo el tardo mirar del doctor Vásquez, y ya este tapete verde amarillaba descolorido por los rastros de tantos p gaminos.

Recordó luego sus últimos triunfos, su atrevido infor que sorprendió á los jueces, desalojando con la luz de teorías modernas la niebla de los viejos criminalistas

hacía mucho tiempo flotaba en las graves salas del Palacio de justicia..... Con la cabeza apoyada en una mano, miraba en derredor toda esa papelería de letra manuscrita que encerraba los derechos y el abuso de otros. La felicidad ó la desgracia de mucha gente, estaban allí barajándose en irónica intimidad..... En esos papeles se conocía de cerca la gran miseria humana; se leían sabias lecciones; se formaban liberales conceptos y sobre todo se aprendía á despreciar las huecas fantasías de la vida. Toda esa letra, menuda y capciosa, imploraba "justicia". Las más hermosas palabras se distribuían sobre las páginas y de entre esa convulsión de letras, asomaban su "D", "V", "J", el Derecho, la Verdad, la Justicia!

Manuel Antonio se sintió invadido por ese ambiente malsano del estudio. Pensó en la desgracia de tanta gente que él estaba destinado á defender. De seguro ganaría esos juicios y haría feliz á más de un hombre..... y, ¿por qué él no conseguía hacerse dichoso? Comprendiendo que para él ya no había redención, experimentó la necesidad de reconcentrar sus pensamientos, quiso palparse á sí mismo, sentirse el esqueleto, reconocerse animal y nuevamente se llevó las manos á la cabeza, se tocó el cráneo, oprimió las sienes con los dedos y púsose á sentir las sinuosidades de los huesos. La calva invadía ya los occipitales; iba envejeciendo..... Después metió la cabeza entre sus dos manos y creyó que entre éstas no tenía sino un aparato de pensar; ¿cómo sería por dentro? se palpó el espinazo, le pareció sentir las palpitaciones de la médula, y, plácidamente, intelectualmente, pensó, otra vez, en el suicidio.....

La campana del reloj le sacó de esa abstracción. Entónces se miró ridículo, demasiado solemne, entre las sombrías catacumbas de la filosofía. ¿Qué le pasaba? ¿por qué esas tendencias á hacerse desgraciado? O tenía una exquisita sensibilidad de artista; el comienso de una terrible neurastenia ó una soñadora enfermedad de loco!

Sintió que arriba sonaba un timbre y como quien recibe una noticia intempestiva, recordó á Mercedes. Quiso saber quién entraba y observó por un juntura de la puerta. No llegó á ver á nadie porque las puertas de la sala acababan de cerrarse. Entónces pensó en Mercedes..... ¿subiría? ó ..... Esta era la nueva cuestión. Al principio quiso verla echarle en cara su incumplimiento.... Pero, luego, comprendió que eso de "incumplida" se le podría decir á una lavandera que no lleva á tiempo una muda de ropa; pero á una mujer como Mercedes, sería una horrible cursilería..... Ade-

más era muy pasible que no saliera su madre ó que llegara alguna amiga de confianza..... ¡tantas cosas! y, él mismo, ¿cómo la habría juzgado su hubiera asistido con esa puntualidad? "Nada..... está muy bien..... muy bien" pensó Manuel Antonio satisfecho de no verse obligado á la molestia de una explicación con Mercedes.

—El amor debe tener sus inconvenientes, sus obstáculos, para hacerlo más ambicionado..... siempre estas prórrogas son deliciosas..... ¿En qué he estado pensando que sin comprender esto he ido á Malambo y ahora estoy aquí como un imbécil? Soy un desiquilibrado; algo me pasa.....!

Y, riendo de estas extravagancias de su cerebro, se puso á estudiar un expediente. Era de un homicida. Le había mandado una carta, congojosa y triste. No obstante Manuel Antonio la abrió. Hablaba de muchas cosas y, abajo, al final, escrita con tinta roja, se retorcía y sangraba, una "L" mayúscula de Libertad.....

En esto llamaron á la puerta del estudio:

—¡Quién!—gritó Manuel Antonio.

Era José, el poeta.

—Vengo por tí—le dijo—hay sesión en el Ateneo.

Una vez en la calle, Manuel Antonio, como si no hubiera oído las palabras de José, preguntó:

—¿Qué me dices?

—Que hay sesión en el Ateneo..... ¿vamos?

—Y para qué.

—Hombre, sencillamente, para tener un rato de arte, para estar siquiera cinco minutos hablando de literatura.

Manuel Antonio se echó á reír:

—¡Arte! ¡Literatura!..... ¿pero eres tú quién así habla? ¿es nuestro gran poeta, el que dice estas cosas? Ateneo..... ¿qué es el ateneo? Una reunión de muy honrados señores, es cierto, pero que nunca supieron sentir..... Fuera de tres ó cuatro sujetos de gusto, hay allí una mancha de pobres diablos que me carga. Poetastros de la legua que nunca salieron de los versecitos "á ella" y de las "coronas fúnebres" á la muerte de algún "Excmo. señor", que nunca hicieron un poema de verdadera belleza; prosadores infecundos que pasaron la vida pariendo articulitos aislados y mediocres, sin escribir jamás un libro; oradores palabreros y huecos; periodistas que no salen del estribillo político y que no saben decirle á los presidentes sino que son unos "abusivos"; "unos falsificadores de la voluntad popular"..... en fin, toda un argamasa de pobres diablos, que si no fuera por los seis

ocho que nos prestigian, bien valdría la pena de suprimir el Ateneo.

—¡Ja! ¡ja!, vaya, vaya, estás incomparable; creo que jamás dos hombres han estado tan de acuerdo Estoy con tigo. Ahora hay un círculo de medradores que se valen del título de intelectual para figurar..... precisamente en la sesión de esta tarde, uno de ellos va á proponer no sé qué forma de homenaje que el Ateneo debe rendir á ese hombre que van á hacer presidente ó diputado ó un demonio!..... no sé bien, pero ¿has visto?

—Sé que es una crueldad lo que voy á decir y sé también que ya está desprestigiado hablar mal del propio país, pero, José, respóndeme: ¿creés tú, que en la entera redondez del planeta haya una nación más infeliz que el Perú? Por ejemplo, ahora, lo que está pasando con Vásquez. El gobierno lo quiere y no hay más que hacer.

—Sabes, es que dicen que el presidente tiene sus arreglos con la señora.....

—¿Con Mercedes?

—Algo más. Dicen que ya es cosa hecha.

—¡Calla! ¡no disparates! Todo eso de imbéciles tienen nuestros prohombres. Por el amor no serían capaces, nó, ni de dar una subprefectura; lo hacen por..... vamos, ni ellos mismos saben por qué lo hacen..... Mercedes está muy por encima de ellos. Después llegas á los ministros traídos á lazo de nuestras bravas serranías y que tienen que principiar por alquilarse un frac para el "juramento", prefectos, directores de justicia, jueces, miembros del Ateneo! ¡uf! me apesta Lima; me hace el efecto de un muladar.

Habían desistido de ir al templo del "arte nacional" y tomaron un coche. Llegados al parque Colón, hicieron detener al auriga. José no iba muy bien vestido y objetó á Manuel Antonio esa parada del carruaje.

—Hoy es día de paseo..... yo no estoy en facha.

—Pues ahora no te mueves de mi lado. Esperaremos la llegada de la "creme" y me harás compañía hasta que yo quiera.

José resistió prudentemente, con razones caseras. Dijo que no era hombre de sociedad, que nunca había frecuentado salones y acabó por repetir su razón formidable: "que no estaba en facha".

—Nada, nada—dijo Manuel Antonio tomándolo de un brazo—en cuanto vengan las Gonzáles me les acerco y te presento. ¡Nada! Que no les resulte tan barato el caminar conmigo. Quiero cobrarles con la tortura de que te admi-

tan en su compañía. Calla hombre, verás si te reciben riendo. ¿No las conoces?

—¡De vista!

—Ellas también á tí ¡Cuántas noches de aburrimiento se habrán recreado con tus versos! Cuántas veces en los teatros ó en las veladas, se habrán quedado con un palmo de narices ante tu voz sonora..... Pues bien: se me ha ocurrido presentarte. Además, no creo que te vayas á quedar mudo ó á hablar estupideces, te recomiendo á la Angélica; es una muchacha de cierto talento y que no incurrirá en la simpleza de preguntarte si "te gusta" la literatura ó si eres "aficionado á *hacer* versos". Ya verás..... ya verás.....

Habían llegado á la plazoleta donde ahora surge el monumento á Bolognesi. En el fondo, tras la negra terraza de los palacetes, el sol ponía una mancha de oro líquido; comenzaba un crepúsculo, triste y soñador; una lenta brisa llegaba de la Magdalena, saturada de sal marina y de estiércol. La larga avenida, con su escasa paralela de árboles, se abría á un costado, bajo el cielo hermoso y entre la fea tierra de los tapiales. En el confin, siguiendo la vasta alameda, se embocaba un mar azul con transparencias de nácar. Un coche surgió entre ese estuche verde.....Mas allá se veían las chácaras agrestes, solitarias, rodeadas de enormes adobones. Apenas si una que otra casucha miserable recordaba al hombre. Después, altas arboledas enrarecidas por el invierno; luego campos eriazos y sin cultivo, hasta llegar al mar, el mar remoto que vicelaba una clara lejanía.. Hacia la ciudad se veían los blancos edificios, á ambos lados del parque.....Algunos estaban concluídos, pero los más negreaban sus andamios, erizando al cielo sus formidables esqueletos.....En el centro, con municipal disposición, se alzaban gruesas figuras de mármol, conmemorativas de algún glorioso hecho de armas ó de algún glorioso sujeto: alzábanse tristes, litúrgicas, bajo la niebla del crepúsculo, como los mausoleos de un cementerio.....Luego, á la derecha, junto al enrejado de la "Exposición", albeaba el famoso "palacio" orgullo y prez de nuestra más pura majeza criolla, que un tiempo fuera teatro de los bailes más sonados y que ahora solo servía para cobijar los huesos de un elefante, las ridiculeces de un "museo histórico" y el canto agorero de las lechuzas.....!

—No está del todo mal este rinconcillo de Lima—c Manuel Antonio, meneando la cabeza—No es nada del o jueves, pero, en fin, para nosotros, está aceptable.....¿qué pinas, tú Pepe?

El poeta ni escuchaba. Su cerebro estaba engolfado en una odiosa comparación. Ese cuadro tan estupendo de belleza, ¡cómo desafinaba con su negro paletót hasta las corbas, su pantalón claro á cuadros, sus zapatones de cuero ordinario y su tongo pasado de moda! ¡Sin embargo pensaba que las señoritas Gonzáles no le iban á hallar feo de cara, ni ridículo. Recordó que pesaba 70 kilos; que una prójima, en cierto baile de huachafas, le había dicho que tenía "lindos ojos" y que contaba "con la galantería de unos bigotes lacios y castaños".....¡Qué caramba! para un poeta era suficiente!

—¿Qué opino respecto á este trocito de Limita?—preguntó José, atrapando las últimas palabras de su amigo— Hombre que no está del todo mal.....

—Me parece que el señor Alcalde nos está europeizando por acá; porque lo que es por allá, en Mercaderes, estamos en plena colonia.

—¡Tú que has estado en Europa!

—Pero hace tiempo.....

—¡Dos años!

—¿Y ya no recuerdas?

—¡Para qué! En estos dos años se me ha atragantado mi pueblo. Todos los países que he corrido los miro á través del mote y la lana de Lima. Ni París, ni Londres, ni Italia, ni el Asia, hombre, ni el Asia, puedo recordar separadamente de la idea de mi Lima. Un fenómeno muy curioso..... no se que es.....El otro día que hice recuerdos con un amigo del "paseo de las pirámides" de Alejandría, no pude separarme un momento de la idea de nuestra "alameda de los Descalzos". Es una extravagancia. Todo lo comparo y como aquello es superior, resulta que las cosas de allí me parecen tan grandiosas que muchas veces llego al ridículo de la exageración. Mas de un chasco he tenido por esto.....hace un rato no mas comparaba la hermosura del cielo con mi paletót!.....Y, ¿qué es de esa novela, esa voluminosa novela de que me hablaste?

—Ya verás. Al principio quise hacer arte, solamente. Lima no está preparado para una obra de arte, necesita un libro en que se le diga la verdad, en que se le castigue y se el corrija sus porquerias. Ahora sopla un vientecillo hacia el m l que está arrastrando á todos y barriendo todas las conci icias. El vicio va llagando nuestro organismo y creo que h: llegado el momento de cicatrizar esa llaga. Un libro au d: , valiente, con la noble valentía del que dice la verdad; u libro de crítica social, es el único remedio. Chillarán al-

gunos, aquellos que no tienen muy limpia la conciencia; gritarán otros, estorbados en la sombra de su vida; no faltará quien me insulte y me diga mil de cosas; pero los más estarán conmigo, porque al escribirse en este país la primera novela se ha procurado ennoblecerlo y despecudirlo!

—Tienes razón: el primer libro que se escriba en un pueblo, antes que de arte debe ser moralidad. Y, ¿cómo se va á llamar?

—Lima.

—¡Sujestivo es el título pero entiendo que sea la Lima del siglo, XX!

—Ya habrá tiempo para dedicarse á la Lima colonial, ó á ese Cajamarca de los Incas, ese glorioso é histórico Perú de Manco-Capac, de Calcuchimac y Rumiñahui.....Esa vieja patria de los indios, oscurecida por los siglos, con sus reyes poderosos; sus cortes reverentes; sus mujeres exóticas; sus extrañas pasiones; sus formidables ejércitos; sus palacios de oro maciso y piedras preciosas; sus grandes bosques llenos de aves y murmullos; sus ciudades silenciosas; su religión panteista; en fin, toda esa vida sabrosa y virgen del Perú, que ofrece más color, más belleza, para la novela de arte, que toda la tierra de 1900.....ya verás....ya verás....!

Se fueron aproximando á las anchas veredas del Colón. De las remotas praderas, llegó el lento mujir de un toro. Se encendieron los focos eléctricos y comenzó el canto de los grillos. Los coches en convoy fajaban el paseo, corriendo en la sombra las manchas rojas de sus faroles. No llovía y notábase crecida concurrencia. José caminaba al lado de Manuel Antonio esperando á las Gonzáles. De pronto las divisó, tras un grupo de jovenzuelos.

—Ni mandadas llamar—dijo Mannel Antonio—vienen solas ...José: ¡ha llegado tu hora!

El poeta apenas tuvo tiempo para jalarse los puños y equilibrar el nudo de su corbata, pues, ya Manuel Antonio deteniéndolas, les decía facilmente:

—Voy á tener el gusto de presentarles á mi amigo José Mercedes Silvestre.....

Este dió, embarazosamente, su nombre y, como Bragada le aconsejara, se colocó junto á Angélica.

—De nombre deben conocerlo ustedes.....porque es más conocido que la catedral.....

Consuelo, apenas repuesta del desagrado que esa inopestiva presentación le causara, respondió galantement

—Sí, mucho.....Hemos tenido el honor de escuchar a ballero.

—Siento contradecirle.....pero el honor ha sido para mí.

Suficientemente correctos para no insistir en eso del "honor". Angélica principió con su nuevo amigo un diálogo animado y Consuelo solo ansiaba separarse un tanto de su hermana, para preguntarle á Manuel Antonio, á que obedecía esa nueva amistad.

Aunque no se vivía en Rusia, pero siempre debían existir sus diferencias sociales. Además, nadie se había atrevido á presentarles un prójimo sin consultárselo, sin anunciarlo anticipadamente. ¿Cómo, pues, e doctor Bragada se había permitido una excepción? Un momento creyó Consuelo que se trataba de un pobre diablo á quien debía tomar el pelo y que solo tenía el mérito de hacer versos. Pero pronto desechó esa idea ante la corrección y el continente desenvuelto de José Silvestre. No...¿sería un pretendiente? Un mundo de conjeturas hervía en su cerebro hasta que llegó un instante en que, aprovechándose de cierto alejamiento de la otra pareja, le preguntó al doctor Bragada:

—Y su amigo, doctor, ¿ha solicitado esta entrevista original?

—Vamos, Consuelo..... ya me lo esperaba. Está usted molesta. El no la ha solicitado esta "entrevista" como dice usted. Paseaba conmigo y como me acerqué á ustedes creí que no era de toda necesidad el abandonar á un buen amigo..... pero si usted.....

—¡Oh! Bragada, la cosa no es para tanto. Usted es amigo de cierta confianza y por esto le pregunté si él había solicitado ser amigo nuestro..... de la casa.....

Manuel Antonio rió, comprendiendo su triunfo y acabó por preguntar á su amiga:

—¿Lo que usted teme es que Pepe esté enamorado?..... ¿de que venga aquí por el amor? No se asuste usted..... está aquí de simple transeunte, de pasajero de la vida, como en un hotel, con la diferencia de que no siempre se toca con esta clase de gente. Nos acompañará un par de horas, Ud. y María Angélica conocerán á un hombre distinto de esta manada de gomosos; reirán y admirarán su talento, y..... pasó la luz; se fué..... Nunca volverá al parque y no habrá oportunidad de oírle nuevamente..... y, atiéndame Consuelo, quizás si alguna noche, una de esas noches de spleen recordaran ustedes á este poeta sin guantes, que tanto les gustó..... y que ya no volverá.

—Pero..... ¿está de viaje?

—Conoce todo el mundo. Ahora dos años vino de Pa-

rís..... Ha estado en el Asia, en el Africa..... Dentro de un mes estará en la China ó en la Arabia.....

—¿Tendrá dinero?

—Tiene mucha alma y con eso tiene de sobra.

—¿Es soltero?

—No es casado.

—¿Tiene familia?

—¿Señor Intendente?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!..... ¡qué dirá usted que le pregunto tanto! pero francamente que sabe usted hacer hermosas defensas. Un abogado, pues. Toda la brusquedad de la primera impresión, ha logrado usted invertirla. Ahora siento por su amigo.....

—Por *nuestro* amigo.

—Sea; por nuestro amigo, gran simpatía. Y me es un tipo agradable, familiar..... y no es feo.....

—Usted se fija en eso.

—Naturalmente. Es elemental la belleza. A veces camino por la calle y miro hombres sucios; encorvados; sudosos; feos, pues, lo que se llama "feos"..... lo mismo le pasa á ustedes con nosotras.

Había volteado la cara para ver á su hermana, en circunstancias en que ésta, completamente dedicada al poeta, reía fuertemente.

—Los ve usted—dijo Manuel Antonio á Consuelo, en su deseo de imponer á su amigo—José ha llegado á dominar á su hermana; fíjese: ella que es tan ecuánime con los demás, á los cinco minutos de presentada, ríe como un chiquillo .....

En ese momento Angélica se acercaba á su hermana diciendo con la voz algo entrecortada aún por la risa:

—Este caballero es terrible..... si supieran ustedes.....

—¡Qué sucede!—preguntó Consuelo intrigada.

—Eso es: cuéntenos el motivo de tanta bulla, que bien necesitamos reir—agregó Manuel Antonio fijando la mirada en José, que, grave y triunfal, se afilaba un bigote.

Angélica cesó de reir y acabó asegurando seriamente:

—Esto es un secreto que morirá conmigo.....¿verdad señor Silvestre?

—En interés suyo está el que así lo sea, señorita. Fué hecho exactamente para una sola persona..... y si una parte va usted á regalarla, me parece que se quedará usted como con un folletin á quien le faltase una entrega.

Manuel Antonio intervino, preparando una salida airosa para su amigo:

—Pero—dijo—¿se trata de un folletin, así, con sus argumentos inverosimiles y sus carátulas pintadas?

—No sé, allá la señorita; pero creo que lo que le he dicho, aunque tiene argumento y carátula, no es inverosimil ni pintado.....

María Angélica miró á un jovencito de pantalones ajustados que paseaba junto á un viejo, é interrumpió á José:

—Aquí—dijo—lo único inverosimil y pintado es.....

—Silencio—cortó José—que se le va á caer una entrega y se le descompagina el secreto.

Todos rieron, comprendiendo la ironía y cambiaron de tema. Ya juntos, los cuatro, comenzaron una conversación animada y sutil. Manuel Antonio, llevado por un enfermizo deseo de peligro, planteaba temas escabrosos y difíciles, que tocaba con exquisito cinismo y sostenía delante de esas dos cabecitas conservadoras, llenas de prejuicios y repulgos. Habían llegado á hablar hasta del "adulterio", logrando convencer á sus amigas de que la forma más humana de unión, era el matrimonio civil, con el correspondiente divorcio. Manuel Antonio se sentía en uno de esos momentos de impetuosa locuacidad; discurría con admirable lógica, esgrimiendo la ironía y la buena sátira, como en sus mejores polémicas literarias. Por otro lado, el amigo José procuraba afianzar su supremacia aquella tarde y enterar á sus nuevas amigas de la existencia de una clase de caballeros, distintos á los que las fatigan en los salones; de una casta de hombres superiores; de cerebros civilizados y almas selectas, que cumplen las ceremonias de otra aristocracia más elegante y más inacçesible que la del parque Colón.....

María Angélica, á su vez, satisfecha de encontrar un campo más abierto que el habitual para sus expansiones intelectuales, emitió juicios sesudos y masculinos. Parecía un viejo camarada que recuerda sus buenos tiempos ó un chico de escuela que, después de la disciplina del estudio, dá rienda suelta á sus entusiasmos, á la hora del recreo. Para María Angélica esa charla civilizada, representaba más que un recreo, todo un día de azueto. Habló también, con oportunidad y liberalismo, uniendo á la fácil concepción de su cultura, el calor y el sentimiento de su alma meridional. nsuelo tenía el suficiente tino para adaptarse á esa consación y, de cuando en cuando, intervenía para llamar al den á los oradores ó para recordar á su hermana el apelo y las costumbres que llevara.

Se habían sentado en una banquita del extremo y los seantes desfilaban á su vista. Todo el Lima de "Notas

Sociales" estaba allí, rondando los mausoleos del Colón..... Algunas señoritas gastaban acompañante. Las habían con dos ó tres caballeros, bien vestidos ó afeminados. Una que otra paseaba con su padre ó hermano. Las más iban por parejas, sin hombre alguno, con un lento y desganado andar. Parecían aburrirse soberanamente. Sus caritas ojerosas y sus cuerpos encorcetados y minúsculos, olían á fastidio. Pasaban y repasaban por las aceras, con un fatigoso taconeo de aburrimiento. Iban solas. Ningún jóven se les acercaba para acompañarlas en su dolor..... Solo uno que otro conocido las agredía con un saludo..... Una tarde muerta; un placer menos en sus vidas. Las limeñas van al Parque como á un fin de felicidad; como un deber de diversión para alegrar la existencia; de manera que las que se ven obligadas á girar y girar en derredor del paseo sin más compañero que una amiga ó una hermana, sienten el abatimiento de una derrota, de un gran fracaso, como si hubieran perdido diez años de vida. En el porvenir de nuestras mujeres, figura, con premiosa necesidad, las asistencias al parque. ¡Oh! qué tristeza cuando se vuelve del paseo sin un buen recuerdo en la memoria!

Y, allí estaba el Lima de las "Notas Sociales", con su "creme", sus "jovencitos"..... En esa muchedumbre de luchadoras algunas parecían cantar victoria y otras, las más, andaban, ojerosas y desganadas, buscando su porvenir al rededor de las pilas y de los mármoles del parque.....!

Manuel Antonio contempló toda esa gente desorientada y triste, preguntando á su amiga Consuelo:

—¿Verdad que nunca ha sentido usted la vida con tan intensa emoción?

—¿Verdad que nunca le halló usted ese sabor especial que ahora le acabamos de revelar?—Agregó después.

—¡Oh! estoy seguro—afirmó José—pero el sabor es un fenómeno del gusto..... La señorita Consuelo en este momento, ha juzgado la vida al través de nuestro criterio..... y cuando faltemos lo juzgará con el propio..... y, ¿entónces?

—Es que el de usted es el nuestro..... por lo menos es el mío—dijo Angélica, poniéndose de pié.

Y, Consuelo, imitándole, cortó esa charla excepcional con una frase hecha, que sonó como un tiro en el buen gusto de Silvestre.

—Todo es según el color del cristal.....

Etc. etc.....

Llegando del centro del parque se oía el compás de una habanera. La banda del Regimiento de Artillería era la

signada para tocar esa tarde. Luego cambió el viento y el eco de la música naufragó entre el sordo traqueteo de los coches.

De uno de ellos vieron salir una mano enguantada y agitarse en un saludo.

—¡Mercedes y su madre!

Algo dijo Consuelo al oído de Manuel Antonio, y este respondió violentamente, en un estornudo:

—¡Ya eso acabó!

Luego fué siguiendo al coche con la vista hasta verle perdido tras las relucientes culatas de los cupées y las barnizadas capotas de las victorias.

¿Cómo había tenido valor para asistir al Parque? Fué la única pregunta que pudo hacerse interiormente, pues, la presencia de unos tipos familiares le llamaron la atención.

Fué un apretón de manos.

—Como estás, Angélica..... tú Consuelo.

—¡Como estás, Sofía..... Laurita..... y ¿Amelia?

—Manongo ¿cómo estás?—dijéronle á un tiempo sus dos hermanas.

Manuel Antonio rió disimuladamente y, llenándose de gravedad, dijo:

—José, te presento á mis hermanas..... José Mercedes Silvestre.

Y se dividió el grupo. José, Angélica y Laura se adelantaron, quedándose atrás Manuel Antonio, su otra hermana y Consuelo.

Como si hubieran dejado pendiente una conversación del día anterior, estas últimas principiaron una charla animada, llena de evocaciones y calor, agena completamente á Manuel Antonio. El doctor, en efecto permanecía abstraído en distintos pensamientos. La súbita aparición de Sofía en el Parque trajo á su memoria los recuerdos de su otra vida. aquella que arrastraba en la casa de San Pablo, llena de miserias y triste. De un golpe se trasladó á ese pudridero odioso del cuarto de Amelia, en donde se paseaba una mujer con gafas y negra. Allí estaban sus hermanas, que la noche anterior asistieran con espanto su caida formidable..... allí estaban en el Parque, en la cita común, para despistar á to-
esa sociedad desorientada..... Allí estaban imponiendo la
da con el corte impecable de sus trajes. Manuel Antonio
, en todo esto la mano sabia de su madre y la admiró.
s impresiones de la vena de su amigo José iban perdién-
se rápidamente; el Colón con sus paseantes, los coches
n sus cintas de faroles, iban hundiéndose, y en su imagi-

nación se levantaba como un resucitado el espectro de otro recuerdo..... Andando maquinalmente comentaba esas ironías de la vida, con sus opuestas dualidades, con sus burlescas extravagancias. ¿El también no estaba en el Parque? ¿No había ido obedeciendo á su propia voluntad? ¿No había reído tanto con su amigo José? ¿Lo que pensaba de sus hermanas, éstas también, no podrían pensar de él? ¿Por qué, entonces, le llamaba la atención cuando él mismo había sido el primero?

Y su cerebro desesperado ante ese constante discutir, fué persiguiendo ideas, raciocinios, hasta llegar á lo de siempre: ¡la indecisión! Dudó entre preguntar á su hermana por la fecha de un baile ó guardar silencio. No se resolvió; pero entre todas sus probabilidades triunfaba la de no darse por aludido y aprovechar de ese empalme para reanudar la cordialidad interrumpida el día anterior, librándose de ese modo la molestia de una interrogación doméstica que después de todo hallaba ritual é innecesaria.

De pronto sintió un bofetón de música; los soldados de la artillería, para terminar una habanera, hicieron sonar castañuelas y panderetas. Se iba penetrando en un ambiente cálido, cargado del vaho de la tropa. A un extremo, sobre el sardinel de la acera, tieso y solemne, erguíase el capitán de la banda. El sol moribundo le incendiaba sobre el pecho la pálida placa de bronce. Poco á poco el sol fué desapareciendo y la luz eléctrica triunfaba en la noche.

José tuvo á bien despedirse, ofreciendo hacer una visita á sus nuevas amigas y se separó. Las Gonzáles también se separaron y Manuel Antonio quedó sólo con sus hermanas.

—¿Quién es este tipo?—le preguntó Laura, escandalizada de haber paseado en el Parque en su compañía, por más de cinco minutos!

—Es Silvestre—respondió Sofía—ese que escribe versos en los periódicos..... creo que es medio poeta.....

Manuel Antonio opinó con ellas:

—Sí, es uno que dice que la luna es un reloj de plata y que tiene esa enamorada eterna de los ilusos: "ella"..... es un "ello".....

Rieron.

Cambiaron luego de asunto y jamás lograron estar t de acuerdo en aquella tarde. Al son de un paso doble, l pobres artilleros volvían á su cuartel, mandados por el so capitán. Empezó un ruidoso desfile de coches que ton ban la recta de el panóptico, para embocar el jirón de "Unión". La cinta de faroles huía y temblaba.

Sofía y Laura se detenían para esperar un momento oportuno y ganar la otra vereda, cuando oyeron una voz que les gritaba:

—¡Espérense!

Mercedes, á pesar de los codazos que le daba su madre para que no llamara á las Bragadas, hizo detener su hermoso *landeau*, tirado por el recio tronco de zainos y lo ofreció á sus antiguas amigas:

—Suban, pronto, porque pueden atropellarlas.

—No cabemos todos—objetó Manuel Antonio á quien ya iban repugnando esas irónicas situaciones—Me parece que sobro yo.

—¡Oh! usted no sobra en ninguna parte doctor..... Esperen un momento.

Hizo sentar á Laurita entre ella y su madre y en el otro asiento se instalaron Sofía y Manuel Antonio:

—Ahora sí,—acabó Mercedes—lo que se quiere se puede...

Manuel intentó dominar la situación y, mirando sostenidamente el rostro de Mercedes, le dijo con desenvoltura:

—Si usted me permite dar la dirección al cochero?

—Con tal de que no sea á Malambo—dijo Mercedes—á cualquier parte.....

Manuel Antonio le dió familiarmente con el pié y, paladeando por primera vez las coqueterías de una mujer vencida, gritó al cochero:

—¡Broggi!

El coche partió entre un irónico escándalo de risas y de cadenas.

A las 8 en punto el coche de Mercedes paraba en la casa de San Pablo. La señora Ríos se agarró al pretesto de que ya era tarde para no bajar y su hija acabó por ofrecerles una pronta visita cuando llegara su esposo.

—Otro día..... otro día.....

La condesa, desde la sala, observaba la escena, temerosa de alguna indiscreción. Todo había resultado á medida de sus deseos; pero, cuando vió que Manuel Antonio las acompañaba, una siniestra preocupación nubló sus alegrías de un instante supuso que la apariencia social les había obligado á unirse por una de esas curiosas coincidencias de la vida. Pero les unía un momento y,..... ¿después? pa-

sado el dominio de esa extraordinaria situación, ¿las cosas no seguirían como antes? Luego pensó en que Manuel Antonio vencido por la debilidad y el ocio de su temperamento, había buscado esa reunión para evitarse la molestia de una reprensión enojosa y reparadora. Después creyó en terribles planes, en sordas y secretas investigaciones para las que Manuel Antonio ocultaba momentáneamente su venganza; y, por último, después de saludarle como de costumbre, vino á saber que sábias determinaciones de concordia, exquisitos liberalismos intelectuales, altos refinamientos de civilización y humanidad, habían ahogado en su hijo las naturales polvaredas de cólera que las desgracias levantan. Serena, vidente, había esperado á Manuel Antonio sin retirarse de la ventana. Un momento creyó que iba á seguir de frente, pero se detuvo con desenfado y le dió las noches. Hablaron luego del Parque y de la llegada del doctor Vásques. Las niñas entraron á dejar sus sombreros y Manuel Antonio, después de solicitar la comida, prosiguió hasta su escritorio.

Después de comer animadamente, en donde cada uno se dió tiempo para hacer reir como en las mejores noches de sus tiempos mejores, Manuel Antonio salió. Al cabo de un rato, mientras Laura asistía á su hermana, Sofía y la condesa, comentaban el hecho en la salita japonesa, oficial y clásica. El peligro había pasado, invertido en ridículo, como un mal chiste de zarzuela. La suerte no contara con ese nuevo giro de las cosas. Amelia, pasado el periodo terrible, charlaba con Laurita preparándose para dejar la cama y volver á la vida. El doctor Fabiani aseguró que dentró de algunos días podría bailar. No existian rastros del delito; pues, esa criatura muerta, que pretendiera inicar la tercera generación de los Bragada, se pudría ya en un muladar ó en el vientre de los perros. A Laura se le había dicho que Amelia tuviera un ataque en esa noche memorable.....Y Manuel Antonio se alzaba de hombros en un gesto equívoco, que no se sabía si era de indolencia, de abyección, de civilización ó de piedad.

¡Pero se alzaba de hombros!

Sofía, la más directamente impresionada, tenía recelos de que esa actitud de Manuel Antonio fuera aparente, falsa:

—El medita algo.....yo no sé qué es, pero un hombre en su lugar tendría precisamente que hacer lo que no hace hermano.

—Yo no creo así—contestó Juana quedándose pensati

En el saloncito japonés un amplio girasol de pavos a les, devo'vía la luz eléctrica matizada y exangüe, recaman

el barniz de las cañas quemadas y el exotismo de los papeles pintados. Sobre un *boudoire* de mármol verde y decoraciones de antracita que sostenía un largo espejo, se arrodillaba un enorme coolí de porcelana, vestido con sedas amarillas y color de guinda. Una fuerza oculta le hacía menear la cabeza y reir. Hacía dos días que lo había obsequiado el ministro del Celeste Imperio. Mas allá, entre dos gordos jarrones, estaba el retrato enorme de la señora condesa, hecho al óleo por Paz de la Vega, y, descansando en los lados de un ángulo de la pared el retrato del señor don José Manuel de Bragada, conde de Barrio Nuevo, se conservaba mirándolo todo con liberalidad é irónica elegancia.....

La condesa, como si deseara reparar sus antiguos errores al creer que su ilustre marido fuera un pobre diablo, quiso convencer á su hija, allí, delante de su esposo, que Manuel Antonio estaba en armonía con una conciencia de hombre honrado.

—No,.....no creas—le dijo á Sofía, mirando el retrato del conde, como quien dá una reparadora satisfacción—que Manuel Antonio esté urdiendo una venganza. Es muy noble, sobre todo es muy inteligente para proceder de otra manera. Ha compredido que se trata de una desgracia de familia, de una de esas contingencias que le salen á uno al paso en la vida y se ha convencido de que no tiene derecho á la torpeza de un escándalo. Además sería la vulgaridad más estúpida eso de andar en explicaciones con Amelia, con Enrique, conmigo, explicaciones que nunca darían un práctico resultado de felicidad, ó de tomar un cuarto en la calle y separarse de la familia. Manuel Antonio tiene talento de sobra para comprender todo esto que te estoy diciendo y se ha callado. Debes convencerte, Sofía, de que en esta vida, siempre lo dijo tu padre, hay que buscar la mejor manera de ser desgraciado. La felicidad absoluta no existe y son tan escasos los medios para conseguirla relativa, que no se debe titubear en escojerlos.

Sofía, mientras arañaba la nariz á un muñequito de barro cocido que tenía entre las manos y se saturaba del optimismo levantador de su madre, escuchó:

—Recuerdo muy bien que tu padre seguía siempre estas «ábias máximas de felicidad y á fé que nunca le hubiera ido ejor. Al principio la gente no lo comprendió; aún yo mis a nunca llegué á comprenderlo..... pero una vez que él mu y que me faltaron sus valiosos ejemplos, vine á conocer a gran alma ignorada que siempre se rió de los aspavientos de la vida. Ahora no quiero que me pase lo mismo.

Aunque tarde aprovecharé de sus lecciones y por esto es que comprendo y elogio el proceder de Manuel Antonio. Este es retrato fiel de su padre, aunque más sentimental, lo que sucede es que hasta ahora no ha tenido oportunidad de manifestarse; pero ya lo estoy viendo..... ¡su mismo padre! ¡Oh! ¡cómo lo recuerdo! Si José Manuel viviera estaría como su hijo.

—¡Oh! si mi padre hubiese vivido no nos veríamos en esta situación.—Suspiró Sofía ingénuamente, sin comprender que si don José Manuel viviera hasta Laurita habría tenido que aceptar al Ministro Chino el obsequio de otro bibelott.

La señora se tragó la aclaración que estuvo tentada de hacer y concluyó en hallar nuevos puntos de contacto entre su hijo y su marido y esperar de allí nuevas y fáciles espectativas para el porvenir. Entró luego Laurita y anunció á Miss Edda, la ilustre profesora irlandesa. Juana salió á recibirla y oyó la eterna hipocrecía.

—Yo no quería, pero el doctor me rogó tanto.....

Entregó un papel; y, ofreciendo volver al día siguiente, salió.

Al cabo de un rato se charlaba en la sala. Habían llegado las Gómez y el doctor Fabiani propuso un siete y medio. La señora condesa sacó un naipe y principió á ganar escandalosamente. Mr Rickertes, íntimo del doctor Fabiani y acaudalado minero yanque, perdió algunas libras. Dos ó tres jóvenes perdieron paquetes de dulces y, dadas las once de la noche, se sirvió un chocolate. Preguntaron por Amelia y hablaron de todo. Terminado el chocolate, la señora condesa quiso devolver el dinero ganado, pero, ante la resistencia que hallara, acabó, piadosamente y admirable:

—¡Lo daré en la primera junta para los pobres!

Todos aplaudieron la idea y las Gómez se retiraron. Sólo quedaron el doctor Fabiani y el rico minero. Manuel Antonio, al entrar por el patio, sintió el gangoso arrastrarse de la voz del italiano y observó por la ventana. Se sorprendió de hallarlos solos con sus hermanas, pues, la condesa no estaba allí, é intentó entrar. Como siempre tuvo la eterna debilidad y se fué por el callejón, comprendiendo dolorosamente el siniestro significado de la presencia de esos hombres en su casa.

Abatido, entró á su escritorio y cerró la puerta. Intentaba escribir un capítulo de su novela, cuando oyó que madre, astuta y jovial, le decía:

—¿Dónde has estado que las Gómez preguntaron tan por tí?

Manuel Antonio no quiso responder. Sintió que sus nervios estallaban, y, arrojándose como un trapo sobre la cama, se puso á gemir desesperadamente.

¡Era la primera vez que lloraba!

Al día siguiente Manuel Antonio amaneció con fiebres. Esa noche tuvo espantables pesadillas y tosió mucho. A las 4 de la mañana, cuando los gallos madrugadores afinaban sus metálicos cantos, Manuel Antonio quiso levantarse, pero las piernas le hicieron traición. Sintió un vago temblor de calofríos y que la fiebre abrazaba su carne. Cuando el mayordomo entró con el desayuno le dijo que llamara á un médico.

Inmediatamente el criado corrió al cuarto de la señora. Ésta, que no se había levantado aún, entraba en el cuarto de Manuel Antonio, pasados unos instantes.

—Me siento mal—dijo éste al ver á su madre.—Creo que es algo serio..... Llama á un médico que no sea Fabiani.....

—Pero.....

—Llama á Ricardo por teléfono y dile que le hable á Toledo; este conoce mi organismo.

La condesa obedeció. Luego se puso á examinar á su hijo. Una sospecha nubló su vista y palideció. ¡Manuel Antonio estaba con pulmonía! Preparó los primeros brebajes de la defensa y, tomando asiento en un silloncito del escritorio, pensó en otra mañana parecida, hacía muchos años, en que don José Manuel de Bragada, su ilustre marido, moría con una terrible neumonia y con todos sus auxilios. Pensaba en todas estas coincidencias maliciosas, en estos puntos de contacto en las vidas de su esposo y de su hijo, cuando entraron Ricardo y el joven doctor Toledo. Este no usaba lentes y vestía de saco. Después de examinar á Manuel Antonio dijo que la cosa no era de cuidado, pero, aparte, á la condesa le manifestó que el caso era..... Hizo un parte de estricto tecnicismo.

Esa misma tarde, para evitar el contagio, la señora Juana habló á la irlandesa para que acompañara á sus hijas. Laura y Sofía marcharon al Barranco, donde las Gómez, custodiadas por la miss. Amelia guardaría cama algunas horas y se reuniría luego á sus otras hermanas. Estas, al

principio, intentaron quedarse para atender á su hermano, pero el doctor Fabiani, que hablara con el doctor Toledo, les presagió un inminente contagio. A los tres días solo quedaban en la casa de San Pablo, Juana y su hijo. Sin embargo, los amigos de Manuel Antonio velaban algunas noches. Ricardo no se levantaba un instante de la cabecera de la cama y Teófilo, fúnebre y flaco, parecía también interesarse por esa valiosa salud. Los periódicos diariamente daban razón del estado de Manuel Antonio y ya era de buen tono decir á los amigos:

—Vengo á ver á Manuel..... ¡sigue lo mismo!

Un ambiente de tristeza parecía envolver la casa de las alegres risotadas y de los trinos de los canarios. La primavera se afanaba útilmente en remozar los rosales de los patios y los claveles de las macetas. Desfilaban los días, claros y rientes. El verdor de las plantas se precisaba y nutría..... Los gilgueros mirábanse mútuamente y se esponjaban al Sol..... Todo renacía al soplo de la primavera..... sin embargo, todo aquello era triste como el frescor de las yerbas que bordean los sepulcros. Una verdadera romería visitaba San Pablo y había momentos en que todos temían un fatal desenlase. Manuel Antonio, en los períodos álgidos de fiebre, preguntaba por sus hermanas y las llamaba con roncos alaridos. A veces, pasada un tanto la crisis, hacía retirar á todos y se quedaba solo con Ricardo.

—Donde están mis hermanas—le decía—¿adonde se han ido?..... ¿qué es del doctor Fabiani?..... ¿viven juntos? y ¿el gringo vive con mi Laura?..... Dime Ricardo, en donde están!..... espanta esos chacales que me acechan.....!!

Y, con los ojos encendidos por la fiebre, señalaba la puerta por donde acabaran de retirarse sus amigos.....

Ricardo procuraba calmarle, diciéndole que sus hermanas estaban en los otros cuartos y que si no iban á verle era por temor al contagio. Hacía los más grandes esfuerzos para calmar á su amigo, pero éste volvía á sus delirios angustiosos.

Una tarde llegó el doctor Vásquez y entró en la habitación; quiso hablar á su protegido, pero Manuel Antonio, al verlo, recordó el hermoso pasado de su vida y se puso á llorar como un niño.

—¡Pobre Manuel Antonio—dijo el ilustre abogado—e muy mal!

Efectivamente el doctor Toledo y tres médicos más q componían la "junta" desesperaban de salvarle la vida. U noche llegó á tal punto de postración que Miguelito, pre

dente de la Juventud Católica de caballeros de Lima, propuso el viático. Este debería ser rodeado de todo su trájico ceremonial: banda de música, rezos, cirios encendidos..... Ricardo se opuso tenazmente al espanto de un viático que podría acabar con los nervios de su amigo, y, á tantas instancias, aceptó que viniera el padre Camacho. La condesa, al ver que los demas médicos no mejoraba á su hijo, llamó al doctor Fabiani, que, de seguro, no podría ser reconocido. Et doctor Fabiani asistió á la última visita de la iglesia, administrada por el reverendo Camacho. El cuarto estaba casi lleno de amigos y el reverendo que vestía hábito negro, principió el acto. De pronto Manuel Antonio abrió los ojos y vió delante de sí á la gruesa figura del italiano y á la negra sotana, recta y flaca, á la luz de los cirios. Imaginóse la otra escena que tanto le impresionara y halló en la pavorosa silueta del fraile, la imágen de la comadrona, fúnebre y agorera.

—¡Socorro!..... ¡socorro!.....—gritó, hundiéndose entre las sábanas en un gesto macabro de pavor.

Ricardo tiró de la sotana al fraile y gruño á su oído, lleno de rencor y de furia:

—¡Imbécil!

La condesa, recordando la muerte de su esposo, creyó que la de su hijo era inminente, condenado, como estaba, á calcar los actos de su padre, en una eterna y fatal imitación. Hubo noches en que la condesa pensó que la muerte de su hijo le quitaría grandes obstáculos para la felicidad; pero otras, las más, oraba por él.

Sin embargo Manuel Antonio no murió.

Después de treinta días de congojas, una primorosa mañana de octubre, Manuel Antonio dejaba el lecho. A la semana paseábase por el jardín del traspatio, dando lechugas á los canarios ó tocando su violoncelo olvidado. El doctor le aconsejaba mucha tranquilidad y aconsejó á la condesa que no viera á sus hermanas, porque le ocasionarían una fuerte impresión. Así pasaron quince días; y Manuel Antonio, sentado en la sala, veía morir la tarde entre una orla de sombra. A poco llegó Ricardo, puntual y solícito, como el mejor amigo. Conversaron trivialidades, pero Manuel Antonio ya ardía en deseos de conocer lo que quedaba en pié su pasado.....¡Dos meses abandonado! ¡Dos meses sin vi-! Se había adelgazado pobremente y en sus ojeras insonbles erraba una sombra cardenal. Creciérale la barba y palidez de su semblante tamizaba por ella un macilento gor. Estaba romántico como un trovador de la leyenda.

Se apoyó en un codo y quiso que su amigo le fuera enterando de lo que había pasado en su enfermedad.

—Díme lo que se ha comentado nó de mi enfermedad, lo de Amelia.....

—Nadie sabe una palabra.....

—¿A fé de caballero.....?

—Nadie sabe una palabra, repito, y respecto á tí ya has leido los periódicos; en ese tarjetero están los nombres de cuantos gastan tarjeta en Lima.....lo demás.....lo demás.....

Se detuvo, no sabía lo que significaba ese "demás"; pero Manuel Antonio encausó la conversación al fín que, desde hacía un rato, persiguiera:

—¿Y el doctor Vásquez.....vino?

—Varias veces.....

—¡Y, ella!

Ricardo rió:

—¿Crees por ventura, hijito de mi alma, que podría venir una señora á preguntar por un enfermo?

—Es tan amiga de la familia.

—Para qué te voy á ocultar las cosas.....No seas tonto Manuel, esa mujer se ha separado de tí un millón de leguas.. La ambición que te la llevó, ha sido colmada con el nombramiento de su marido.....

—¿Es ministro?

—¡De relaciones exteriores! La suegra está bebeante y la esposa más bebeante todavía. No está sino en coche, á toda hora y ya se habla de un lío con el presidente de la República.

Manuel Antonio protestó:

—Falso.....esa mujer me quiere y será mía cuando me le presente!

—Y, ni siquiera ha preguntado por tí.....ni un recadito con la confidente.....Estas mugeres son reses, Manuel Antonio, que se les descabella y parecen muertas. A lo mejor, se escapan.

Haciendo un esfuerzo Manuel Antonio se levantó y se puso á pasear por la sala. Al cabo de un rato dijo que como no había vivido tanto tiempo estaba romántico. El romanticismo es elemental. Luego se dirigió al piano, terminando con indolencia:

—Tienes razón.....¡estoy hecho un imbécil!

Tocó una danza noruega y comunicó un viaje á su ami

—El doctor dice que estoy muy débil de los pulmones. y dice también que debo convalecer un par de meses en Ja ja.

—¿Y, vas?

Manuel Antonio respondió que no le quedaba otro recurso, terminando:

—Y que tenga uno este idiota apego á la vida....¿porqué no me mató de una vez? Estoy condenado á una vida imposible, á una vida que es la muerte moral, y, que sin embargo, por conseguirla voy á trasponer los andes, esas bravas serranias y condenarme á la vulgaridad de la provincia.....¡Oh! es estúpido, irónico, esto de vivir.....

Cuando Ricardo se despedía, Manuel Antonio le rogó cosas tristes y dolorosas:

—Me voy á la sierra, para adquirir fuerza entre esa sociedad sana y robusta, que aún conserva este viejo Perú. Si eres amigo mio escríbeme de arte y de mi familia. Si crees necesaria mi presencia aquí en Lima, hazme un telegrama que vendré en seguida. La honra de mi familia está en tus manos, voy á regenerarme para luchar por ella.

Pero Ricardo comprendía que eso no era sino una bella frase. Conocía demasiado á Bragada y no lograba olvidar que le había visto de paseo, primero en el parque y después en coche, al día siguiente del parto de su hermana. En el fondo sabía que Manuel Antonio abandonaba la brasa por temor á quemarse; y, cuando salió de la casa de San Pablo, se fué pensando:

—"Antes que una convalecencia esto es una huida.....pobre Manuel Antonio.....el mejor día se pega un tiro!

Cuando en Lima se principiaba á vender las fresas, Manuel Antonio, casi sin anunciar su viaje, marchó en un tren de la sierra hacía la provincia de Jauja, tonificante y milagrosa. Algunos diarios comunicaron la nueva, pero, los más, guardaron malicioso silencio.

Ricardo le escribía á su amigo en todos los correos. Casi siempre le hablaba de arte ó de cosas triviales. Manuel Antonio, á su vez, le enviaba sendas cartas literarias en las que ofrecía regenerarse. Hermosas descripciones de la sierra y saladas ironías acerca de la sociedad provinciana. Parecia estar siempre animado del mejor humor y sus cartas revelaban una sana plenitud de talento, estimulado por la fuerte pureza de la puna. Montaba á caballo y tenía un perro. Todas las noches tocaba el violoncelo, sentado en una hamaca, y oía temblar en la sombra el balido de las ovejas..... Olvidándose de la ciudad, su alma divagaba en las robusteces de esa sierra milenaria, aspirando la vida copiosa de la selva. Avanzó mucho su novela "Lima", pero en las páginas que escribiera, advirtió una empalagosa monotonía, bucólica, predominando eternamente:

—"¡Estoy escribiendo un libro para hortelanos.....todos son árboles, plantas, flores, paisajes, aires puros, reses,..... creo triunfar entre los médicos y los yanaconas!"

Estudiadamente nunca volvió hacer á Bezanes preguntas acerca de su familia. La señora condesa solo le escribía de cosas pueriles y una tarde recibió una carta de Amelia escrita en un escandaloso papel azul que olía á margaritas. Lo que más le interesaba era la llegada de los periódicos. Sentado al escritorio repasaba las noticias. Todo lo mismo; Lima de siempre. Solo que los periódicos se habían olvid do de él. Manuel Antonio sentíase molestado por ese olvic jactancioso y á veces creía que una nueva locura de sus he manas había acabado con su nombre.

Cuando ya llevaba dos meses de convalecencia, recibió una carta de quien menos esperaba. Era una tosca palabrería de su hermano Teodoro, llena de rencor y triste. Fué el último golpe para Manuel Antonio. En esa carta le comunicaba brutalmente lo que ya esperaba.

Decía así, entre una buena letra y dudosa ortografía:

".....Yo no supe tu enfermedad porque esos días estuve en Huacho y nunca recibo noticias de la familia; además, bien sabes tú, que no estoy suscrito á ningún periódico....."

"Hace una semana que estoy aquí y me dá vergüenza el nombre que llevo. Yo soy un borracho, un pobre diablo, pero nunca creí que todos los de mi familia siguieran estas huellas del vicio....."

Luego, entre otras apreciaciones cabales, ensartaba la noticia definitiva:

"Amelia vive con un americano y Sofía duerme todas las noches con el bachiche ese de Fabiani. No sé con quién esté Laura. Mi madre es ya muy vieja, pero se limita á jugar poker con los amigos que le quedan..... Todo el mundo no habla de otra cosa y estoy avergonzado. Mis compadres se pitorrean de mí y tengo que callarme. Todo es cuestión de costumbre".....

En el próximo correo recibió otra carta llena de indignación. Era del mismo Teodoro.

"..... He ido á San Pablo para meter las cosas en vereda. Mi madre, *la señora condesa*, me salió al encuentro y me votó diciéndome "que no quería borrachos en su casa". Entónces me cegó la ira y vomité un mundo de insultos sobre esa..... *señora condesa* que nos lleva á la ruina. Toda la rabia que tenía, en ese instante la desfogué y te juro que si no se enmiendan voy á desgraciarme..... ¡Si yo tuviera tu inteligencia!..... Debes venirte al instante, porque si nó, esta casa va á convertirse en una de la calle de *siete pecados*....."

Manuel Antonio comprendió que estaba perdido y que le era imposible regresar á la Lima de otra época, que tanto tiempo fuera juguete de su prestigio. En lugar de darse á la pena y afanarse por investigar el aspecto filosófico que tanto le obsesionara otras veces, sintió que una racha de utilitarismo redimía sus pesadumbres y pensó sólo en la mejor solución. Necesitaba estar seguro de lo dicho por su hermano, de quien ansiaba poseer la energía que desplegara en la entrevista borrascosa, en que, de seguro, habría pegado á su madre. Dos tipos completamente desiguales! ¡Cuánto hubiera dado Manuel Antonio por ser uno de esos Teodoros en la vida, con compadres Tiburcios, zambas Anitas y

gallos de pelea! ¡La naturaleza era una eterna equivocación! ¡Ese muchacho que nunca interviniera en los asuntos de su familia, en el momento de la prueba supo ir á la casa de San Pablo y decirles á sus hermanas que eran unas prostitutas! ¡Ese matón que siempre viviera desvinculado de su familia, procuraba, á su manera, reparar el nombre en cuya caida definitiva no había tenido alguna intervención.....!

Y, él, Manuel Antonio de Bragada, doctor en la Universidad de San Marcos, abogado de los tribunales de la República y buen mozo, estaba desertado en Jauja, tocando el violoncelo y meciéndose en hamacas.

Por un instante halló interesantísima, llena de esquisito sabor irónico, aquella manera, cínica y vistosa, con que se conducía. Como nada sabían en la provincia, Manuel Antonio, continuaba deslumbrándola con la negra corrección de sus levitas y la intención punzante de sus sátiras. Cada frase suya era un triunfo barato y muchas veces el señor Alcalde le plagiara para prestigiar sus discursos edílicos con la verbología vibrante y copiosa del profundo abogado.

Pero así, aquella existencia llevadera, llena de colorido y sabor, tenía que pasar. Cierta mañana de febrero, Manuel Antonio, en respuesta á una carta suya en que preguntara á Bezares la verdad de las cosas, recibió otra de su viejo amigo. Parecía que Ricardo no quería engañarle, y aunque veladamente, confirmó lo dicho por Teodoro.

Entónces Manuel Antonio, animado á resolverse alguna vez en la vida, decidió regresar á la ilustre ciudad de los virreyes, en donde le esperaba la vulgaridad del comento social.

Nuestro Lima, asfixiador y monótono de los días de febrero, se hallaba conmovido por tan excepcional y escandaloso acontecimiento.

La paz eterna de su vida, jamás alterada por fuertes sucesos; la sofocante monotonía de su existencia vulgar y tarda, por aquella época del verano de 1904, viéronse atmentadas por la sorpresa de tal escándalo social. En Lir como generalmente sucede á las pequeñas poblaciones, hí se público brevemente, hecho de tan inesperado interés; en las altas clases sociales, en los círculos de la imperan política, en el cuerpo elegante y peinado de nuestros go

sos, discutióse con malsana fruición, el orígen y las consecuencias de la noticia formidable.

En los bebederos, en los salones, en los clubs, en las esquinas, en los pescantes de los coches, en las iglesias y en las tabernas, comentábase y congeturábase el asunto, y todos, estupefactos y tímidos, decían:

—¡Es imposible!..... ¡No puede creerse!.....

No faltaba quién asegurara:

—A mí me consta..... ¡puede decirse que lo he visto!..... la madre tiene la culpa..... Nó; quién lo tiene es el hermano mayor que no ha sabido hacerse respetar.....

Y, así, todos los habitantes de esta coronada villa, con la rencorosa delectación del que contempla la caida de una familia orgullosa y linajuda, murmuraban, llenándose de conversaciones vengadoras, implacables, en las que, agrandándose el escándalo, salían á relucir envidias y añejas emulaciones.

Nunca vióse mayor agitación, ni nunca oyóse tan significativo murmullo. Un ondeante *mur-mur* social recorría las calles, condimentando charlas y alegrando el ocio de los que paseaban por las calles centrales.

Sin embargo, las cosas no habían pasado de murmullos, de conjeturas á media voz. Algunas personas, interesadas en ocultar la desgracia de aquella familia, se echaron á repartir consoladoras noticias, desmentidoras del rumor general; y, aunque lograron satisfacer y calmar la excitación de un grupo, no consiguieron lo mismo con los demás; y un rescoldo de desconfianza y recelo, conservó, aunque no tan réciamente, el interés y la pasión. Fué en la puerta de Broggi:

—¿Sábes algo más.....Teófilo?—dijo Miguel á su amigo.

—¡Uf! casi nada..... que efectivamente Amelia, la hermana de Manuel, vive con un americano!

Miguel dudó.

—Pero—dijo—¿tienes seguridad?.....

Teófilo cogió una guía de su enlutado bigote, y, martirizándosela, contestó:

—Conoces lo amigo que soy del italiano .....y me admira que no lo sepas mejor que yo, dada tu intimidad con Manuel.....

—Es que Manuel no lo sabrá.....¡porque si lo supiera!....

—¡Silencio!—dijo Miguelito al ver asomar la figura de Manuel por los escaparates de Broggi; y, mirando á una señora, bella y elegante, metió las manos en los bolsillos del chaleco y pidió tres *vermouts*.

Manuel Antonio ya se había acercado, conversador y riente.

Hacía tres días que llegara de Jauja, chaposo y sin barba. En todos los amigos había hallado la misma respetuosa cordialidad que en otros tiempos, aunque, en lo profundo de aquellas afecciones, percibía un extraño y falso interés. ¡Había sido muy intenso el esplendor de su fama paque se opacara en un instante!

Sin embargo, comprendía que no era posible continuar así y meditć un plan de acuerdo con su amigo Bezanes; y, para llevarlo á la práctica, permaneció como siempre, acudiendo al Club y saludando á sus amigos con la naturalidad de costumbre.

—¿Ya está servido ese *vermout*?—gritó Ricardo entrando en el salón de Broggi y dando el brazo á Bragada.

Al instante se pararon todos.

—¡Hola Manuelito!

—¡Compatriota!

—¡Al fin!

—.....!

Se abrazaron escandalosamente y Ricardo no se cansaba de decir que la sierra transformaba á los hombres.

—¡Estás hecho un Demetrios! ¡caracoles!

Y todos le festejaron, contándole lo ocurrido en esos meses de ausencia.....

Vino, entonces, la charla animada y festiva, el saludo á los conocidos, los "como estás hombre", "¡qué gordo!"; las chirihotas del caso; el piropeo usual, caso familiar, con que se saludaba la presencia de un hombre del gran mundo y, acabaron por reunirse casi cinco mocitos. La *creme* de Lima estaba allí celebrando al antiguo camarada y se bebió champagne.

Manuel Antonio pagó. Salieron. Quedaron solo sus íntimos y Ricardo propuso una comida en el "Nacional".

La señora, bella y elegante, levantóse del asiento que ocupara, y, al recojerse las faldas, aventó un recio vaho de hembra fogosa y bien oliente. Teófilo se dió por aludido. Pretestó una estupidez para retirarse; pero todos le vieron seguir á la señora con andar meticuloso y martirizándose las guías del bigote.

—Siempre tan seguidor de mujeres..... Dijo Manuel Antonio, alegrándose en el fondo por esa ausencia.

Un joven que usaba peinado de raya al medio y voz plateada, aseguró:

—Es un sport que cultiva el terrible Teófilo..... no le falla una..... Esa es segura.....

Comieron en el "Nacional". Allí continuó la misma alegría y á las 12 de la noche se retiró Manuel Antonio, siempre acompañado de Ricardo.

Hacía una noche deliciosa. La luna plateaba la sombra y el cielo enorme parecía llenarse de humo azul. En las calles retemblaba la noche, haciendo gruñir los alambres del alumbrado.

—¿Vas al hotel?—preguntó de improviso Ricardo.

A Manuel Antonio pareció asombrarle tal pregunta:

—¿Al hotel?—dijo desorientado—Veo que no sabes de la misa la media. Eso sería pregonar la verdad. Mi familia está en el Barranco, veraneando, de manera que dormiré en San Pablo.....

—Como hoy las ví en el coche.

—¿En el coche.....?—interrumpió asombrado el doctor.

—Han comprado uno hermoso..... hace tiempo.

Manuel Antonio siguió andando silencioso. Ricardo le sacó de su abstracción.

—Y, ¿persistes en marchar á Europa?

—Como persistiría en salvarme la vida.....

—No te comprendo.....

—Pues estás torpe. Ahora has visto que todos se han prosternadoá mis plantas y me han abrazado..... Pero, ¿podrías asegurarme que esto va á seguir así toda la vida? No soy un imbécil para dejar de comprenderlo. Ya en Lima estoy demás; y, para llevar una vida amargada, de despechado, más vale que me largue cuanto antes. ..... Ahora mejor que nunca..... El buen hombre ese de Vásquez, es Ministro de Relaciones, y me tiene tal estimación que me servirá... oh! estoy seguro.....

—Pero ¿has pensado bien en lo que vas á hacer?

—Aquí, convéncete Ricardo; ya no puedo ser nada. Tan bien como me iba en el estudio, ahora ha pasado esto y ya nadie se me acercará. Poco á poco iré cayendo del Club Nacional á paseante en Mercaderes; dentro de un año iré á plantarme en la puerta de Guillón, jugaré cachos donde Broggi y acabaré por jugar gallos con Teodoro..... Yo soy un leproso social. Vivimos en una época y en un país de prejuicios. La gente me mirará con recelo y de seguro todos se vendrán contra mí! Es la hora de la venganza de los pobres diablos, que valen menos que yó. ¡La revancha social! Esos chacales de que ya te he hablado. Unos cuantos comprenderán que yo no tengo la culpa, pero los más, la injusta

mayoría, se cebará en mi nombre..... Y lo peor es que no tengo dinero para amordazarlos. Es lo que me duele..... lo único. Por lo demás, sé que he valido, que valgo y que valdré intrínsecamente más que todos ellos..... Pero creo que no basta.

Habían llegado á San Pablo y se detuvieron.

—¿No quieres entrar Ricardo?.....

—Ya es tarde; mañana hablaremos.

—Quizás si no pueda..... quiero ver á mi protector y pedirle la secretaría de una legación..... creo que hay vacante.

—¿Mañana mismo?

—¡Mañana!

—¿Y vas á su casa?

—No quiero ver á Mercedes y dar lugar á un desprecio.... iré al Ministerio..... ¡Después nos veremos!

Se separaron. Manuel Antonio tiró el postigo tras sí y se encaminó por el callejón hasta su cuarto. Un silencio profundo reinaba en toda la casa. Antes de abrir la puerta del escritorio, sintió deseos de entrar á las otras habitaciones y pasear esa casa mobiliaria en la que se desarrollara el gran drama. Abrió sigilosamente la puerta del comedor y penetró. Todo permanecía obscuro y los ratones corrían desaforadamente. Encendió luz y halló un aparador nuevo. La mesa era la misma y la araña del gas había sido cambiada por una eléctrica, arte nuevo y costosa. Torció al cuarto de Laura tanteando entre la sombra y lo halló idéntico. En los de Amelia y Sofía, encontró prendas obcenamente valiosas, que denunciaban gastos exagerados por la plétora de dinero. Un bacín de plata; una cuja, de dos plazas y de palisandro; varias mesitas de mármol y numerosos bibelots. Intentó abrir las cómodas pero estaban cerradas con llave. Así fué revisando toda la casa hasta llegar á la salita japonesa, en donde, al poner la luz, tropezó con el fijo y perturbante mirar del retrato de su padre. Sintió cierto estremecimiento. Un vago terror lo detuvo en la puerta, con la vela en una mano y los ojos quietos. Suspenso en una angustiosa espectación, escuchaba el zumbido del viento al escurrirse por los cuartos vacíos y sintió que su imaginación se contagiaba de la fantasía de las sombras. La llama de la vela, alzaba hasta el techo su silueta, larga y móvil. En es salita que ya no vería más, habíase fraguado la gran conpiración. Allí su madre entretegiera la trama de la trágic comedia. La halló interesante y fantástica. En la penumbra temblaban los contornos de los muebles japoneses, y, conde de Bragada, parecía desprenderse de su lienzo.....

Evocó inmediatamente la figura de su padre, feliz por haber muerto ya, pero que le había dejado en el mundo, sólo, para sostener una lucha de titán. En ese momento hubiera deseado tener una entrevista con él y comentar su vida. ¡Cuánto le hubiera aconsejado en su lucha por la felicidad!

De pronto oyó un ruido extraño y se espantó. Creyendo que su padre asistía á la entrevista, tuvo deseos de huir... Volteó la cara y se halló con una figura blanca, plantada en el umbral de la puerta del salón, que alumbraba con otra vela.....

—¡Quién!—gritó Manuel Antonio lleno de pavor.....

La figura blanca pareció adelantarse y habló con un marcado acento sajón:

—¡Ah! es usted doctorcito..... ¿qué busca por allí.....?

Manuel Antonio sintió vergüenza de haber sido sorprendido en esa inocente investigación. ¿Qué se imaginaría miss Edda?

La irlandesa permanecía de pié, en camisa, esperando respuesta de Manuel Antonio. Este se acercó, diciendo en tono de disculpa:

—Sentí pasos y creí que eran ladrones.....

—¿Ladrones?..... La señora Juana me ha encargado que le cuide la casa..... Ya se vé que esto le sorprenderá, porque no me ha visto.. ..... pero hace más de un mes que estoy con la familia..... vaya, me ha dado usted un susto..... hasta mañana.—Y, volteando las espaldas, se retiraba á su cuarto, que era después del de Laurita.

La tensión nerviosa de Manuel Antonio se tradujo, con esta nueva impresión, en una fuerte sensualidad. Hacía tiempo que le provocara la gruesa musculatura de la profesora de piano. ¡Sin besarla, sería esa extranjera un inagotable manantial de placer! La vió alejarse con los brazos desnudos, blanqueando sensualmente entre la sombra, y fué acercándosele, mientras decía para detenerla:

—Sabe usted que no estaría demás que esa puerta..... ó la otra..... que mi mamá..... porque usted comprende.....

Había llegado hasta ponérsele á un paso, y, decidiéndose, le echó los brazos al cuello, resuelto á sostener una lucha. De seguro que la miss defendería hasta la muerte, su antada virtud. Pero Manuel Antonio sintió que esos os brazos le estrechaban también y se estremecían de pla..... La vela rodó extrañamente y los dos cayeron sobre uja de Amelia, muelle y de dos plazas.....

A las tres de la mañana entraba en su cuarto, profundate arrepentido y renegando de su debilidad. Pasada la

fiebre del deseo, apenas recordó una mujer poseída sobre la cama de su hermana. Entónces solo sintió el remordimiento y la repugnancia de incesto.

La señora Juana no había llegado del Barranco esa mañana. Terminaba marzo con monotonía y tristeza. Lima atravesaba por un período eleccionario. Unos cuantos tiros en las calles; vivas á candidatos y corridas de toros..... Sin embargo la sociedad en Lima moría de tristeza. Para Manuel Antonio solo significaba el Perú una expiación, un remordimiento. La incolora mediocridad de su vida y el mediocre valer de sus hombres y sus cosas, le hacían desesperar del medio en que vejetaba. Anulado por una injusta hostilidad de la fortuna, sólo veía entre lo que le rodeaba, mezquindad, abyección, miseria y muerte. Sí; la muerte por todos lados; la muerte de su alma artista y superior, llena de civilización, de esperanzas y de ideales.....!

Cuando principió á preocuparse de su porvenir, iniciando sus triunfos sociales y jurídicos, la suerte le mataba de un solo golpe. Había, pues, que abandonar la muerte que le presentaba su país y salir á otras tierras civilizadas y magnánimas. Allá donde nadie supiese de su pasado tormentoso y amargo; allá donde la indolencia de las gentes abarca á todos en su infinita liberalidad. Tenía que buscar un horizonte más amplio; una sociedad de refinamiento y civilización en que pudiera obrar holgadamente y realizar su fin; abandonar la muerte para ir hacia la vida.....

Al principio el doctor Vásquez le manifestó que era difícil conseguir una secretaría de legación; pero, pasados unos días, Manuel Antonio supo que Mercedes se había interesado con su esposo en ese nombramiento. Ya lo supusiera. Todos querían alejarlo, porque todos tenían cuentas pendientes que arreglar.

Una tarde el Ministro entregó á Manuel Antonio el nombramiento. Debía ir á Europa; debía marchar á Madrid En el día del viaje la señora condesa le dijo:

—¿Con que es cosa resuelta?

—Tú lo has querido... ...ya no hay tiempo para discutir

—¿Pero ya que es la última vez que estamos juntos, no abrazarás á tus hermanas?

Manuel Antonio se alzó de hombros y respondió con indolencia, entre un bostezo:

—Que vengan, pues.

Por la tarde llegaron sus hermanas del Barranco. Hacía cinco meses que Manuel Antonio no las veía. Las halló doloridas y tristes. El carmín de sus mejillas y el brillo deslumbrante de sus ojos, la juventud y vigor de otros tiempos, habían desaparecido. Estaban ojerosas, pálidas, ajadas.

Las noches de poker, el vino, el amor por horas, habíalas desvastado. Dos grandes surcos de sombra flanqueaban la nariz de Amelia, que el vicio había sellado. En todas se notaba estupefacción y melancolía..... Teodoro también habitaba ya con ellas, apesar de lo que escribiera á su hermano. Toda la familia estaba reunida.

Teodoro decía:

—¡Ahora sí, porque todos somos iguales!

¡Efectivamente la suerte había nivelado á toda esa ilustre generación!

Laurita ofreció escribir en todos los correos y Amelia y Sofía lloraban inconsolablemente. Manuel Antonio observó que aún estaban bellas; que aún conservaban el sello de su raza!

Cuando, en compañía de Ricardo Bezanes, se dirigía al Callao, observó en su cartera una carta: era de la condesa. La abrió:

"Acepta el último regalo de tu madre".....

Era una letra por quinientas libras. Manuel Antonio pensó que era indigno aceptar ese dinero, arrancado seguramente á los amantes de sus hermanas y tuvo la idea de regresar á devolverlo. Pero eso de regresar á San Pablo, de vincularse nuevamente á su madre, con una réplica tonta, era una ingenuidad. Además ese dinero contribuiría á su felicidad en lo que valen quinientas libras en Europa.

—Eah!—se dijo—la felicidad impone sus sacrificios..... sea este el primero.....

Luego trabó una triste conversación con Ricardo. Hablaron del Perú y de los amigos; siempre es doloroso abandonar la patria para siempre! ¡El destierro en su forma más desesperante!

En fin, Ricardo le ofreció, bajo su palabra de honor, ir á isitarle dentro de un año.

—Tú eres rico..... puedes hacerlo—le dijo Manuel Anto o amargamente—Puedes pasear Europa un par de años y espués volver al terruño; que, después de todo, tiene sus acantos.

Cuando Ricardo descendía la escalerilla del vapor, para volverse á tierra, gritó fuertemente á Manuel Antonio:

—¡Escríbeme!

El buque zarpó á las once de la noche. Manuel Antonio apoyado en la baranda de babor, miraba alejarse el muelle y la tierra de sus mayores. En la sombra de la noche se hundía, poco á poco, el contorno de la playa; y, á Manuel Antonio, las lejanas luces de la ciudad, le parecieron de un amarillo de podredumbre!

Lima, 1907.

RETURN TO ➡ **CIRCULATION DEPARTMENT**
202 Main Library

LOAN PERIOD 1 **HOME USE**	2	3
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS
1-month loans may be renewed by calling 642-3405
6-month loans may be recharged by bringing books to Circulation Desk
Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

JAN 28 1980

SAN DIEGO
INTERLIBRARY LOAN

REC. CIR. MAR 3 1980

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
FORM NO. DD6, 40m, 3/78 BERKELEY, CA 94720

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C038170005